



Serie
Parte
de mi

LO QUE QUEDA
de mi

DIANA T. SCOTT

Lo que Queda de mí
Copyright © 2015 by Diana T. Scott

All Rights Reserved

Título original: Our demons, best friends

Traducción: Miguel Trujillo Fernández

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia. La autora reconoce la condición de marcas registradas de diversas marcas citadas en la obra sin permiso de los derechohabientes. El uso de dichas marcas no significa una esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Prólogo

Había cerrado tan fuerte los ojos que me dolían las sienes. El enfermero me pidió que me sentara en el lado de la cama mientras se colocaba enfrente de mí y me ponía los brazos sobre los hombros. Me dejó inmóvil con un abrazo sólido mientras mis manos estaban cerradas con fuerza sobre mi pecho para que no pudiera moverme ni un centímetro. Eso no solo arruinaría el procedimiento, sino que en el peor de los casos podría dañar mi columna vertebral. La aguja tenía que abrirse camino entre las vértebras con la menor resistencia posible.

Por espeluznante que pareciera, yo ya sabía los detalles sobre la operación, lo que debía hacer y lo que no. Y seguía teniendo problemas para calmarme. No solo por la enorme aguja que había visto unos segundos antes en la bandeja junto a mi cama, ahora desaparecida (lo cual probablemente significaba que se estaba acercando a mi columna), sino también porque estaba experimentando uno de los abrazos más claustrofóbicos posibles. En lo relativo a los abrazos, este no es de mis favoritos.

Hay algo que no nos enseñaron en la facultad de Medicina: el horrible sonido chirriante que produce la aguja cuando se abre camino entre dos huesos. Probablemente no fuera tan fuerte como yo imaginaba, pero en mi cabeza resultaba completamente insoportable. Estaba tan concentrada en este hecho inesperado y casi impactante que me olvidé por completo del dolor. De hecho, para ser sincera no sentía ningún dolor en absoluto. Incluso el dolor abdominal que había sentido desde que me había levantado por la mañana (que me había hecho aovillarme, gritar, llorar y decir obscenidades a cualquiera que tratara de tocarme, en ese orden exacto) había desaparecido de forma milagrosa. La anestesia ni siquiera había salido del todo de la aguja todavía, así que estaba claro que era obra de mi cerebro aterrorizado.

Cuando el sonido chirriante se detuvo, el enfermero me ayudó a tumbarme boca arriba en la cama. Me indicó que no me moviera, y sobre todo que no tratara de levantar la cabeza de la almohada. Por supuesto, yo ya sabía los posibles efectos secundarios de aquello: dolores de cabeza cuando desapareciera el efecto de la anestesia. Pero, por una vez en la vida, tenía que ignorar el consejo médico y probar algo que siempre había querido hacer.

Mientras el enfermero se marchaba, diciéndome que tuviera paciencia hasta que la anestesia hiciera efecto, levanté la cabeza de la almohada, me apoyé sobre los codos, mareada, y me concentré con fuerza en mover las piernas, a pesar del entumecimiento absoluto en la parte inferior de mi cuerpo.

Probablemente, la niña de mi interior estaba resurgiendo con mucha más facilidad ahora que mi yo maduro estaba tan drogado. No tenía planeado repetir el procedimiento en un futuro cercano, así que tenía que intentarlo.

Ahora estoy segura de que la teoría de la telekinesia es una farsa. Mis pies no eran capaces de moverse solos, pero los estaba mirando con tanta fuerza que, si la telekinesia funcionara, los habría movido de todos modos. Mis piernas decidieron ignorarme por completo, así que dirigí mi concentración hacia el pulgar, como si el tamaño importara en esa situación particular: un pulgar pequeño sin duda debía de ser más fácil de mover que una pierna completa. Nuevamente, no funcionó, y como mi yo maduro tan solo estaba mareado y no inconsciente, decidí esperar al doctor tumbada, tal como me habían indicado.

Tres minutos después, estaba rodeada por tres enfermeras muy preocupadas que comenzaron a «preparar a la paciente», a pesar de que la paciente estaba en su mayor parte despierta. Probablemente estaban demasiado acostumbradas a pacientes dormidos, porque actuaban como si yo no estuviera en la misma habitación; casi esperaba que hablaran mal de mí en cualquier momento. Pero no lo hicieron y, mientras reconocía mi pensamiento cruel, me di cuenta de que probablemente no se me daba muy bien soportar el colocón.

Me pregunté por qué no reconocía las caras de la gente a mi alrededor. Era cierto que el hospital tenía un tamaño considerable y yo no era residente en Cirugía, pero llevaba ya casi cinco meses recorriendo sus pasillos. ¿Tan ensimismada era?

Afeitada (Dios, ¡qué vergüenza!), conectada a una vía intravenosa y bien tapada (como un bebé al que hubiera que proteger de que se arañara la cara por accidente mientras dormía) y más mareada que nunca, me quedé ahí tumbada, esperando mientras las enfermeras levantaban la sábana verde que hacía de pantalla para que no pudiera ver al doctor trabajando en mí.

Normalmente no era una persona aprensiva (y estaba entrenando para ser doctora y todo eso), pero a saber... Tampoco tuve oportunidad de ver mi interior, así que probablemente era algo bueno. Me pregunté cuántas veces un paciente se habría desmayado o perdido los papeles durante la cirugía antes de la invención de la sábana verde. Esa era la razón por la que estaba tan segura de que jamás disfrutaría de ninguna clase de drogas. Mi cerebro me estaba llevando a lugares que realmente no quería visitar. Y la sensación de no estar en control de mi propio cuerpo (y mente) me hacía sentir como si

estuviera a dos pasos de un ataque de pánico. Eso y las náuseas que estaba comenzando a experimentar a causa de la anestesia me hicieron girar la cabeza a un lado y dejarla así, con la mejilla descansando sobre la almohada fresca... eso parecía ayudar ligeramente.

Permanecí en esa posición hasta que el doctor vino y me preguntó por qué no me movía. Cuando le dije que temía vomitar mientras miraba al techo, e inevitablemente encima de mí, comenzó a reír y me explicó que el mareo era un síntoma normal de la anestesia y que no debía preocuparme de que ocurriera nada. Mientras me tranquilizaba, recordé que mi estómago estaba vacío de todos modos, así que probablemente tuviera razón.

Mi cabeza daba a la entrada de la sala de operaciones, y eso me parecía perfecto. Al menos, hasta que las enfermeras me pusieron la pantalla justo delante de los ojos. Ahora, estaba obligada a elegir como punto focal lo único que podía ver: la esquina sombría de la habitación, a un par de metros de mí. Estaba mayormente a oscuras; la única luz de la habitación brillaba directamente sobre mi tripa, y no había nada que mirar, nadie a quien ver o con quien hablar. A excepción del pitido de los monitores y las ocasionales interrupciones de una voz baja pidiendo instrumentos, todo estaba en silencio. Demasiado silencio.

—Vale, Ava. Voy a comenzar con la apendicectomía. Estoy seguro de que ya sabes lo que supone el procedimiento y probablemente ya has presenciado unos cuantos. Esto no te va a doler y, si quieres, puedo explicarte los pasos mientras tanto. ¿Qué opinas?

—Gracias, doc, pero preferiría no aprender nada hoy, si no le importa. —Madre mía, ¡acabo de llamar a uno de los responsables «doc»! ¡Calla, cerebro, calla!—. Lo siento, doctor Green, estoy un poco fuera de mí hoy. ¿Seguro que no quiere dormirme? Ambos sabemos que este no será mi último comentario inapropiado.

Se estaba riendo, ¡gracias a Dios!

—No te preocupes, es perfectamente normal: tu cerebro no está en estado de procesar todo lo que quieres.

—Justo lo que necesitaba...

—Por eso es por lo que la mayoría de pacientes no recuerda gran cosa después de que se pase el efecto de la anestesia y el sedante —explicó.

—Bueno, eso es genial para mí, pero ya me verá en los pasillos y le dará la risa recordando mis encantadores arrebatos.

—Lo dudo. No soy muy risitas.

—Me encanta esa palabra. «Risitas». ¿Le importa si se la robo? ¡Pienso usarla a partir de ahora! Si es que la recuerdo...

—Claro, adelante —dijo, riendo otra vez.

Esperaba que tuviera las manos firmes. Tal vez no fuera muy «risitas», pero se estaba riendo con fuerza, y eso era lo último que quería que hiciera tan cerca de mí con un bisturí. Mi cerebro va a lugares oscuros cuando estoy colocada...

—Ahora que la zona está desinfectada, voy a comenzar con la primera incisión. No vas a sentir nada —dijo con voz calmante. Habría sido un buen pediatra. ¿Debería pedirle caramelos?

En lugar de eso, decidí responder a su pregunta, e interceptar cualquier cosa ridícula que pudiera salir por mi boca.

—Estoy lista, adelante.

Antes de tener la oportunidad de convencer a mi cerebro de que se preparara para la incisión, oí que la puerta se abría y alguien entraba con zapatos chirriantes, pero la pantalla me bloqueaba la vista, así que tuve que esperar a oír una voz para saber lo que estaba pasando.

—Un segundo, por favor —dijo el doctor—. Ava, ya he hecho la primera incisión. ¿Has sentido algo?

—Absolutamente nada, y ni se imagina lo aliviada que estoy.

Realmente lo estaba.

—Muy bien, yo también lo estoy —respondió con voz divertida—. Sí, Sebastian, ¿en qué puedo ayudarte?

¿Sebastian? ¿Sebastian está aquí? ¿Mi Sebastian? No, ¡no es tuyo, estúpida!, tuve que recordarme.

De pronto me sentí más confiada con lo de mover la cabeza, aunque no sirvió de mucho, porque la enorme pantalla que hacía de escudo no solo separaba mi cabeza del resto de mi cuerpo, sino que también me impedía ver a Sebastian.

—Lo siento, señor, sé que no le pidió a ningún residente que viniera, pero me preguntaba si no le importaba que hiciera compañía a Ava. Sé que se asusta con facilidad.

¡Yo te enseñaré quién se asusta con facilidad! Si pudiera alcanza mi zapatilla azul claro, ¡se la tiraría directamente a la cabeza! Lo haría, pero realmente quería que se quedara conmigo y, para mi sorpresa, mi cerebro me escuchó cuando le rogué que no dijera nada.

—Parece estar bien y tan valiente como siempre, pero si no tienes nada

mejor que hacer, no hay problema.

—Gracias, señor.

Cuando entró en mi campo de visión, tenía una silla pequeña y una sonrisa que casi me hizo gimotear. Como si no hubiera tenido suficientes momentos vergonzosos hoy. Mientras se situaba a mi derecha, cerca de mi cabeza, y procedía a sentarse, comencé a sentirme mareada, y sabía muy bien que no era a causa de la anestesia. Con esa sonrisa tímida en su rostro que me mataba incluso cuando estaba totalmente alerta, se llevó el índice a los labios para indicarme que debía estar callada, y sacó un guante de goma de aspecto extraño del bolsillo de su bata.

Era mi iPod azul, envuelto en un guante de color marfil, con dos de los dedos atados encima para asegurarlo. Todo salvo los pequeños auriculares blancos, que procedió a desenredar de forma tan suave y silenciosa como era posible, mientras miraba ligeramente por encima de la pantalla verde para evitar que la enfermera o el doctor Green lo pillaran.

Todavía sonriendo, me puso un auricular en la oreja izquierda, dejándome la derecha libre por si queríamos hablar, y se colocó el otro en su oreja derecha. Presionó el botón de play, se guardó el iPod gomoso en el bolsillo, junto a mi corazón y todo lo que había en mi interior, y apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados, cerca de mi hombro.

Me costaba determinar la posibilidad de que aquello fuera un sueño. Si era así, mi cerebro se había superado a sí mismo esa vez: el ceño fruncido casi imperceptible pero siempre presente entre sus ojos, la sonrisa, su olor... estaba clavado. No quería arruinar el sueño si me despertaba, o aquel momento perfecto si era real, así que permanecí en silencio, mirándolo entre los párpados medio cerrados, y disfrutando de la canción tan adecuada que acababa de comenzar a sonar.

—Estaba seguro de que ibas a comentar lo que he dicho sobre asustarte con facilidad —susurró mientras levantaba la mano más cercana a mi cara y me acariciaba la mejilla ligeramente con la parte posterior de los dedos. Me costaba respirar en ese momento, y mis pulmones se negaron a cooperar desde que el aliento de Sebastian me hizo cosquillas en el rostro e invadió mis sentidos, así que tardé unos segundos en ser capaz de responder.

—Parece que estoy perdiendo el toque. Pediría un vale para otra ocasión, pero me gusta mucho la música, así que lo dejaré correr —respondí.

Mientras giraba la cabeza para poder mirarlo por completo a los ojos, vi que me estaba devolviendo la sonrisa, con la cabeza ahora ligeramente

elevada, como si también quisiera verme con más claridad.

¡Respira, Ava, respira!

Debería haber entrenado a mi cerebro con unas cuantas noches de borrachera; tal vez habría manejado toda esta situación con un poco más de compostura. Porque estaba mirando a Sebastian y, durante una fracción de segundo, me pareció que aquella podía ser la primera mirada honesta entre nosotros. Todo lo que sentía por él estaba burbujeando en mi interior, seguramente tan clara como el agua para cualquiera que me mirara a la cara, y por un momento me pareció que tal vez sintiera lo mismo.

Debo de tener el umbral más bajo del mundo para comenzar a soñar tan pronto. Lo único que rogaba en ese momento era que mi cerebro no se decidiera por algún rumbo estúpido por si cuenta y arruinara mi amistad con ese hombre guapísimo que, por cierto, todavía estaba inusualmente cerca de mí, todavía me miraba fijamente a los ojos. ¿Se le habría perdido algo allí?

Mientras disfrutaba de ese honesto momento de divagar y discutir conmigo misma, no me di cuenta de que estaba mirando a Sebastian con el ceño fruncido. Levantó los dedos de mi mejilla (me di una patada interna por hacerle hacer eso) y me alisó el ceño con el pulgar; sus dedos eran como plumas sobre mi frente. Me pareció que cada toque suyo, sin importar lo breve o inocente que fuera, tenía el poder de poner en marcha un motor. Al menos, cualquier motor mío. Porque mi respiración salía en ráfagas rápidas y superficiales, y mi corazón me saltaba saltar de esta camilla hasta sus brazos. Si no hubiera estado anclada a la realidad mediante la vía intravenosa, no podría haberme impedido bajar de allí y hacer justo eso.

Lo estaba viendo emborronado por el dedo entre mis cejas, pero nuestro contacto visual no se rompió. Y, mientras mi visión se volvía a enfocar tras la desaparición de su mano y Ellie Goulding comenzaba a cantar una de mis canciones favoritas de todos los tiempos, juraría que vi una expresión diferente que cruzaba su rostro. Tan rápido que solo conseguí tomar un aliento brusco, se acercó desde su silla e hizo lo que yo estaba soñando pero no podía hacer. Me besó. Primero con cuidado, saboreando lentamente mis labios con los suyos como una suave caricia, y su mano era tan suave sobre mi piel que no estaba segura de que siguiera tocándome. Tenía demasiadas ganas de poder alcanzar su cara, de enterrar los dedos en su pelo desordenado, de acercarlo a mí para que supiera cuánto deseaba aquello y lo innecesarios que eran sus miedos. Pero mi mano derecha estaba atrapada bajo la sábana verde, y mi brazo izquierdo estaba unido a una vía intravenosa y otras máquinas.

Como si pudiera leerme la mente, dejó de lado la cautela y, con un suspiro, me sujetó la cabeza con fuerza entre ambas manos y sus labios separaron los míos, profundizando el beso y permitiéndome sentir su barba suave que me hacía cosquillas en la barbilla. Giré la cabeza ligeramente y abrí los labios cuando sentí su suave lengua entre ellos. Me moría por descubrir su sabor. No tengo ni idea de cómo logré no gemir en cuanto nuestras lenguas por fin se encontraron. Tan solo me saboreó una vez, una suave caricia de su lengua contra la mía, como si supiera que no debía pero no pudiera contenerse. Cuando se detuvo, apoyó la frente contra la mía, con nuestros labios todavía tocándose y nuestros alientos entremezclándose.

Lentamente, Sebastian separó los labios de los míos. Podía sentir su respiración entrecortada contra mi cara, sus dedos flexionándose contra mis mejillas como si no estuviera seguro de querer soltarme o no. Sentí que levantaba la cabeza ligeramente, pero mis ojos no estaban dispuestos a abrirse. No podía enfrentarme a sus ojos intensos, todavía no. Temerosa de que ya se hubiera ido, obligué a mis ojos a cooperar y vi que todavía estaba allí, a unos centímetros de mi cara, con los ojos todavía cerrados y el ceño más fruncido que nunca mientras su pulgar me acariciaba ligeramente la sien izquierda.

—No tienes ni idea de cuánto llevo queriendo hacer esto —susurró, y su respiración hacía que sonara como si las palabras lo estuvieran ahogando. Hizo que mi corazón se contrajera de forma dolorosa, con todos los sentimientos que tenía hacia Sebastian golpeando sus paredes.

¿Puede estar un beso lleno de dolor? Porque así es como sentía nuestro beso, como si todo su dolor quedara de repente desprotegido y libre para que yo lo viera y experimentara. Y me rompía el corazón. Más compuesto y sin abrir los ojos, volvió a besar mis labios con lentitud, moviéndose de una comisura a la otra, haciendo que mi cabeza diera vueltas y el corazón se me derritiera. No me permitió levantar la cabeza para saborearlo otra vez, así que me dejó con el sabor que quedó de él todavía en mis labios.

¿Sabes eso de que a veces el primer beso es un poco... incómodo? Puedes llegar a conocer a alguien y llegar e unos besos increíbles, pero el primero es como incómodo; puede ser demasiado lento o demasiado rápido, con las narices de pronto demasiado grandes para las caras, dientes que chocan y esas cosas. El beso de Sebastian, nuestro beso, me arruinó de la mejor forma posible. Fue apasionado, en perfecta sincronía con mí... todo, y básicamente tan increíble que de pronto me di miedo no ser capaz de vivir sin

sus besos a partir de ese momento.

Todavía estaba respirando contra mis labios cuando la ocurrencia se sincronizó con mi cerebro fuertemente drogado, y al darme cuenta de eso mi corazón comenzó por fin a reaccionar, como debería haber hecho desde el primer segundo que nuestros labios se cruzaron.

—¿Te encuentras bien, Ava? —me preguntó el doctor Green—. Tu ritmo cardiaco se ha puesto de pronto por las nubes. ¿Sientes algo extraño?

Ay, Dios, aquello no podía volverse más vergonzoso. Sí, siento algo extraño. Algo extrañamente doloroso pero demasiado hermoso hacia este hombre perfectamente imperfecto frente a mí. Por supuesto, tenía que estar enchufada a un monitor de ritmo cardiaco mientras besaba al chico de mis sueños, tanto consciente como inconsciente. Por si acaso tuviera alguna duda de mis sentimientos hacia él, creo que ahora ya lo sabía.

—Estoy bien, doctor Green, es solo que soy... muy impresionable, supongo —contesté, mirando otra vez a Sebastian, que estaba sentado recto en su silla, con la cara compuesta y sonriente.

—Es culpa mía; le estaba contando una historia triste —dijo, sin rastro de esfuerzo en su voz, y con mi iPod ya desaparecido de entre nosotros. Yo estaba confusa, con el cerebro todavía nadando en endorfinas, pero él había sido capaz de enderezarse y librarse de la evidencia musical. Madre mía, es bueno.

Cuando mi pulso errático se calmó y la enfermera volvió a comprobar mi presión sanguínea, añadiendo algunos tonos de rojo a mi cara ya ardiente, me giré hacia Sebastian y le hice la pregunta que no habría tenido el valor de hacerle en cualquier otra situación salvo aquella en la que estábamos.

—¿Has cambiado de idea? —susurré.

Parecía herido mientras se planteaba su respuesta.

—No es eso... sinceramente, no he podido detenerme. Pero sé que no vas a recordar nada mañana, así que quizás es lo mejor —dijo, aunque las palabras parecían molestarle. En fin, a mí también me molestaban.

—¿Y eso te parece justo? A lo mejor yo también quería recordar nuestro beso.

—Ha sido increíble —admitió, cautivado, con la cabeza otra vez junto a mí, apoyada en sus brazos cruzados.

—Sí, fue el primer... último beso perfecto —dije, más que nada para mí misma.

Si decía que lo mejor era que no recordara nada, probablemente podía

suponer que no habría más besos en el futuro entre nosotros. Sabía que se sentía herido mientras decía mi última frase. Vi que cerraba los ojos y que su ceño fruncido demasiado familiar se intensificaba otra vez, pero de pronto estaba demasiado cansada para interpretar nada de su reacción y, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas sin derramar, aparté la cabeza de su cara.

Salí de la sala de operaciones sin el apéndice y con el corazón roto. Las parpadeantes luces fluorescentes que pasaban con rapidez por encima de mí mientras la enfermera me llevaba a mi habitación me estaban mareando, así que cerré los ojos durante un segundo. Cuando los volví a abrir, eran las seis de la mañana. Debía de haber dormido al menos siete horas.

En la mesilla de noche estaban un vaso de agua y mi iPod.

Capítulo 1

Mi primer día como residente de primer año en el Northwestern Memorial Hospital fue brutal y confuso. En nuestro último año como estudiantes de Medicina, teníamos que hacer turnos en distintos hospitales para decidir en qué programa de prácticas queríamos comenzar nuestra residencia. Como el hospital que había acabado escogiendo no era uno de los pocos en los que había practicando, estaba perdida de tantas maneras que no podía ni contarlas.

Primero, me perdí la importante reunión del personal; esa en la que te daban la información básica para que no acabaras con la expresión confusa que tenía fijada en la cara, porque me perdí, literalmente. Tuve que llamar a un taxi para llegar al hospital, y el taxista no dejaba de mirarme como si estuviera desangrándome sobre el asiento. ¿Tiene que ocurrir una emergencia para que alguien quiera ir al hospital? Tardé dos minutos en descubrir por qué me estaba mirando como si buscara una herida. Me agarré fuerte mientras hacía dos giros innecesariamente rápidos y me dejaba enfrente del edificio que estaba buscando, preguntándome si prefería la entrada de urgencias de la parte trasera.

—No, gracias —respondí con voz entrecortada—. La entrada me va bien.

O bien tenía aspecto de estar a punto de vomitar o desangrarme, o mis movimientos estaban siendo mucho más caóticos de lo planeado, porque nada más entré en el hospital una enfermera me preguntó con clara preocupación en la voz si estaba bien. Tal vez debería calmarme un poco ahora que ya he llegado al hospital.

Cuando le conté que era residente de primer año, tuvo la amabilidad de enseñarme dónde estaba «el resto de los internos». Nunca entendí por qué insistían en llamarnos «internos». Sonaba como si quisieran emascularnos, lo cual ya era lo bastante malo para una chica que tenía poco que «emascular», y más aún para un chico que probablemente se habría hecho doctor para no volver a sentirse así. Hay tantas razones diferentes para hacerse doctor como enfermedades, pero nadie puede decirme que presentarte como doctora no suena bien.

Como Leo que soy, pues nací en agosto, me sentía como un cachorro valiente (¿te puedes considerar un cachorro con casi veintiséis años?) presentándome como doctora, cuando en realidad aquel era el primer paso en

tener siquiera la posibilidad de llegar a ser doctora. ¿Se suponía que tenía que llamarme «interna» a partir de ese momento?

¡No! Puede que sea un cachorro, pero nadie puede quitarme la melena. Aunque por el momento tan solo fuera pelusa.

Así que me pasé todo el día presentándome como residente de primer año. Cuando por fin alcancé a mis compañeros, parecían los únicos impresionados por mi escasa melena. El resto del personal con el que me había encontrado básicamente ignoraba mis intentos de exigir respeto, o bien me dirigía unos ojos en blanco, a veces seguidos de una mueca burlona. Pero no pensaba dejar que me afectara. ¡Soy una residente de urgencias de primer año, joder!

—¿Sabes? Eres la primera persona que hace que lo de «residente de primer año» suene impresionante —me dijo una de las chicas. Se acercó a presentarse tras oírme hablar con una de las enfermeras. Se llamaba Emily.

Su pelo oscuro y su piel bronceada contrastaban con cada rasgo mío: pelo moreno contra pelirrojo, ojos negros contra ojos azules, un precioso bronceado contra mi piel ligeramente pecosa pero pálida. La única forma que tenía de parecer mínimamente bronceada sería si todas mis pecas se reunieran en mi cara y se abrazaran con fuerza, formando una segunda capa de piel oscura.

Siempre me sentía cohibida, sobre todo durante la secundaria, cuando además de ser pálida, también era de miembros largos y muy delgada. Cuando caminaba, me sentía como una muñeca hinchable: solo el viento podía decidir hacia dónde se moverían mis miembros. Odiaba la clase de gimnasia con todo mi ser. Siempre nos hacían ponernos pantalones cortos y una camiseta blanca, y siempre venía Mandy, una chica fornida, que me ponía la mano alrededor del tobillo y medía mi «progreso en el proceso de ganar músculo». Hasta este día, la medida de mi tobillo es casi la misma. De verdad, lo he comprobado.

La diferencia de personalidad entre nosotras era tan grande que Mandy solo necesitó unos segundos para observarnos y ya sabía exactamente a quién acercarse para las medidas diarias. Nunca trataba de tocar a Ally. Y, aunque mi hermana salía en mi defensa cada vez que la veía molestándome, no bastaba para detener a Mandy.

Ally y yo somos gemelas. O, más bien, lo éramos. Murió cuando teníamos catorce años, dejándome sola en un mundo que tendría que haber descubierto con ella a mi lado. Enfermó tan deprisa que nadie lo vio venir. E, incluso después de que me dijeran que estaba muy enferma, yo estaba segura de que se

recuperaría. Ni por un segundo pensé que realmente moriría.

Se pasó casi un año entrando y saliendo del hospital. Cada día, después de clase, iba allí para quedarme con ella, recreando cada segundo que se había perdido, incluidas las medidas de Mandy. Pronto nos reíamos de esa parte; se volvía algo gracioso en vez de una cruel realidad. Porque no había ninguna realidad tan cruel como para compararla con lo que Ally estaba pasando.

Ese año en el que pasé tanto tiempo rodeada de equipos y personal médico fue cuando la idea de estudiar Medicina apareció en mi cabeza por primera vez. Habría dado cualquier cosa por ayudar a Ally de cualquier forma, o por ser capaz de dar algún consuelo a mis padres.

Así que ahí estaba, en el Northwestern Memorial Hospital de Chicago, tratando de salvar a Ally casi doce años tarde.

Ahora que me he graduado y he terminado en la facultad de Medicina, la residencia que he elegido durará otros cuatro años. Cuando pase los exámenes, el título de doctora será mío de verdad, no algo en el aire como ahora. Elegí la medicina de urgencias porque allí podría encontrarme con todas las enfermedades, síndromes o daños por accidentes que he estudiado jamás. Además de la experiencia obvia que obtendré, si en algún momento decido que este campo es demasiado para mí, debería ser fácil determinar adónde querría ir a continuación.

Esa era la parte lógica de mi elección. El nivel más profundo de mi decisión se basaba en la experiencia indeseada que había obtenido con Ally. Había aprendido a ignorar mi pánico y hacer lo que fuera necesario. La llevaron a Urgencias más veces de las que podía contar. La primera vez que se desmayó, yo me quedé junto a ella, aturdida y sin saber que hacer, hasta que mis padres subieron y llamaron al 911. Me sentí tan inútil y avergonzada por mi inutilidad que detuve a una enfermera en el pasillo del hospital y le pregunté que debía hacer si ocurría otra vez. Me dijo que pusiera a Ally de lado y llamara a una ambulancia. Fue muy dulce al tratar de ayudarme, a pesar de saber lo inútiles que serían mis intentos. Ally iba a morir sin importar lo que hiciera. Pero me hacía sentir significativa y posiblemente útil.

Durante los últimos meses de Ally, me vi obligada a practicar lo que me había enseñado la enfermera, y estaba cada vez menos afectada por lo que sucedía y era más deliberada con lo que tenía que hacer. Todavía no estoy segura de que fuera algo bueno o no. Fue útil porque salvé a Ally de ahogarse al menos dos veces, y me convirtió en la candidata perfecta para uno de los

programas de prácticas más competitivos del país. Pero también me robó mis últimos minutos con ella: estaba tan concentrada en el proceso al que ya me había acostumbrado que no pensé en el hecho de que algún día sería la última vez que tuviera que hacerlo.

Cuando me invitaron a la cena informal antes de la entrevista oficial para el programa de prácticas, decidí no contarles toda la historia. Nadie sabe nada sobre Ally ni cómo murió. No podía convertirla en el tema de mis trabajos ni mi escrito de presentación, y significó mucho más saber que estaba hecha de verdad para esto cuando aceptaron mi solicitud sin todo el drama que me rodeaba.

Me aceptaron en dos de los tres programas que había solicitado. Uno estaba en Sacramento, y el otro aquí, en Chicago. Y como Chicago tenía uno de los programas de residencia de mejor valoración, y mi ciudad natal se encontraba a unas tres horas, no tuve ni que pensármelo.

Todavía no había visto a ninguno de los residentes que había conocido en la cena informal. ¿Habrían sido caras bonitas que habían sacado para impresionarnos? ¿Eran siquiera candidatos reales del programa? Caras bonitas aparte, había deseado ese puesto desde mi primer año en la facultad. Así que, incluso mirando a mi alrededor en la cafetería y viendo todas las caras gruñonas y cansadas, me sentí afortunada de ser yo, y emocionada por el momento en que consiguiera los ojos hinchados y las ojeras. Era muy consciente de que los residentes de primer año éramos los curritos. Estábamos a cargo de todas las tareas de baja categoría que ninguno de los superiores quería hacer. Pero mis ojos estaban fijos en mi objetivo, y estaba dispuesta a nadar entre la mierda para llegar a él... literalmente si era necesario.

Mis ojeras no tardarían mucho en aparecer, tal como aprendí en mi primer día. Nuestros turnos eran en intervalos de dieciséis horas, con una pausa de diez horas en medio. Ya me sentía agotada. No podía imaginar quién haría cualquier cosa que no fuera dormir en esas pausas de diez horas.

¿Sabes cuando a veces tu cuerpo se asusta, aunque tu cerebro ya haya decidido que no hay nada de lo que asustarse, pero saltas de todos modos, consciente de que lo que te había asustado ya no es una amenaza? Vamos, cuando saltas a la mínima. Tienes los mismos síntomas que alguien con trastorno de estrés postraumático, aunque es solo temporal y una reacción al

estrés.

Bueno, pues yo experimenté esa molesta sensación muchas veces en ese primer día, y tengo que decir que no es algo que un cachorro como yo quisiera experimentar. ¡Sobre todo porque parecía una reacción muy estúpida! Por muy buena impresión que hubiera causado en mis compañeros por la mañana, cuando nos dirigimos hacia la cafetería para comer, algunos de ellos ya me estaban llamando «Saltona». ¿Qué era eso, el instituto otra vez? Pues no, porque si lo fuera, habría tenido allí a Ally para protegerme. Y hubiera aceptado alegremente cualquier mote que me pusiera la vida si solo pudiera verla una vez más. Siempre que tenía un momento difícil, mi mente se dirigía hacia ella al instante. Incluso entonces, era mi roca.

—No les hagas caso, son idiotas —dijo la chica que caminaba un paso por detrás de mí—. Debe de ser su estúpido mecanismo de afrontamiento para el estrés del primer día.

Me di la vuelta y le sonreí mientras extendía la mano derecha.

—Hola. Soy Ava Davies. Y gracias. Es bueno oír que otra persona piensa que debe de haber alguna explicación médica a su comportamiento. Pensaba que yo era la única que lo hacía.

Se está riendo. Ha pillado mi chiste. A lo mejor tengo oportunidad de hacer algún amigo en este lugar.

—Soy Paige. Encantada.

La cafetería era enorme. Me encontraba en un extremo, esperando en la cola para pedir la comida, y me costaba ver dónde acababa. El propio hospital era uno de los más grandes de la ciudad, y esta zona tenía que albergar tanto al personal médico como a los pacientes con sus familias y visitantes. Además del notable tamaño, el resto de la cafetería era totalmente común y corriente. Paredes blancas y sillas blancas bajo mesas blancas. El único color del lugar, aparte de los de la gente que lo ocupaba, era el suelo. Que era gris. La variedad de comida, sin embargo, era digna de mención. Para ser comida de hospital, no estaba ni tan mal. Recordemos que llevaba comiendo comida de hospital sin parar durante el último año, en una docena de hospitales diferentes, así que sé de lo que hablo.

Cuando se acercaba mi turno en la cola, vi que Emily me saludaba con la mano desde una mesa no muy lejos de los tres árboles de plástico situados de forma demasiado simétrica. Estaba con otra chica, que casi se parecía a ella desde la distancia, y dos chicos: uno rubio y en forma, aunque con facciones infantiles, y otro con pelo más largo y oscuro, recogido en un moño

desordenado, y una barba corta y descuidada. Nunca me había fijado mucho en los hombres con moño antes, pero madre mía, a ese tío le quedaba genial. También parecía completamente aburrido. Los otros dos se giraron para ver a quién estaba saludando Emily, pero él ni levantó la mirada de su bandeja. Por algún motivo, el perfil de ese chico me interesaba más que toda la gente que me miraba directamente.

Paige seguía junto a mí, así que le pregunté si quería unirse a mí en la mesa desde la que Emily me estaba llamando. Estábamos abriéndonos camino entre las mesas apiñadas cuando él levantó la vista de su comida y me miró directamente, como si ya supiera que era yo a quien Emily había estado saludando unos segundos antes. ¡Uf! Es... ¡increíblemente guapo! Estaba ya lo bastante cerca como para ver sus ojos, y por un segundo casi deseé no haberlo hecho. Casi. Eran de un marrón oscuro, y su forma de recorrerme de la cabeza a los pies... casi me quedé sin aire. Antes de poder recuperar el aliento y mis pensamientos desperdigados, ya estaba admirando su comida otra vez. ¿Lo estaba mirando con el ceño fruncido? Genial, ¡sé más obvia, Ava!

—Ava, hola. Ven a sentarte con nosotros.

Emily estaba haciendo un gesto hacia mí y hacia Paige, demasiado emocionada.

—Gracias —respondí, sentándome en la silla que había junto a ella y enfrente de él—. Esta es Paige. Es de los «bebés», como nosotros.

Formé unas comillas en el aire con los dedos y le sonreí a Paige, que parecía un tanto incómoda con toda la gente nueva que nos rodeaba.

—¡Encantada! —dijo Emily, tendiéndole una mano para que se la estrechara. Me sentía muy orgullosa de nosotras, haciendo esas cortesías y comportándonos como las adultas que nadie pensaba que fuéramos—. Esta es mi hermana, Lana. —Hizo un gesto a su izquierda. ¡Lo sabía! Se parecían un montón, y todavía más ahora que estaba lo bastante cerca como para ver sus rasgos—. Este es Collin. —Miró al chico rubio, que nos sonreía como si acabara de recibir un regalo inesperado—. Y este es Sebastian. —Emily señaló con la cabeza al Señor Masculino, que estaba sentado con ambos brazos sobre la mesa. Su cara era mucho más amistosa, pero seguía sin sonreír—. Chicos, estas son Ava y Paige, mis compañeras.

—Hola —dijo él en nuestra dirección, aunque solo me miraba a mí. Traté de convertir mi expresión facial en algo amistoso y no deslumbrado, como sospechaba que era el caso, pero la suya no cambió. Seguía observándome con ojos intensos. Dios, debe de haber visto la expresión estúpida de mi cara

antes. Entre eso y la que tengo ahora, pensará que tengo doce años. Cuanto más pensaba en ello, más sentía que me ardían las orejas.

Tuve que concentrarme en Collin, que no perdió ni un segundo en comenzar a bombardearme con preguntas personales. Por un segundo, casi me sentí agradecida por la distracción. Pero resultó que la primera era solo el calentamiento, con esa extraña sonrisa inicial todavía en su rostro.

—¿De dónde sois, chicas? —preguntó.

Paige lo miró con los ojos entrecerrados, y después a mí, como preguntándome telepáticamente: ¿Cómo puede hacer que una pregunta inocente casi suene sucia? Le sonreí y me giré para responderle a él.

—Soy de Peoria. A unas tres horas en coche de aquí.

—Sí, yo también —dijo Paige. No sabía muy bien de dónde era, pero estaba segura de que mentía, probablemente para evitar ser el centro de atención. Parecía bastante tímida en general, así que me imaginaba cómo se sentía bajo el cuidadoso escrutinio de Collin.

No estaba tan mal. Era un poco directo para mi gusto, pero se notaba que estaba de broma. Además, Emily y Lana no dejaban de mirarlo con los ojos en blanco para que Paige y yo lo viéramos, como diciendo: «No os preocupéis, es así, pero es inofensivo. Os acostumbraréis».

—Qué extraña coincidencia —dijo—. Tengo familia cerca de allí, a lo mejor podríais llevarme alguna vez. Podríamos hacer un viaje por carretera.

Tratando de quitarle la presión de encima a Paige, que abrió los ojos un poco más, probablemente imaginado tres horas atrapada en un coche con este tío, dije:

—No voy mucho por casa, y Paige no conduce.

—Bueno, podemos encontrar otra forma de quedar. ¿A lo mejor después del turno?

Esa vez parecía más sincero y daba menos mal rollo. Al parecer, solo quería hacer amigos. Tenía una forma extraña de demostrarlo.

—Sí, ¡suena divertido! ¿Qué tal si vamos todos a tomar unas copas? —comenzó a decir Emily—. Para celebrar algo en plan «Bienvenidos al mundo real, siento que sea un asco».

Todo el mundo se rio. Todos menos Sebastian, que no había dicho nada en toda la conversación. Traté de no mirarlo demasiado, sobre todo porque estaba rodeada por todos lados, pero era tan callado y reservado que me hizo preguntarme cuál sería su historia. Por qué parecía tan insociable. Creo que se dio cuenta de mis miradas poco discretas, porque un par de veces miré en su

dirección y estaba o bien mirándome ya, o bien moviendo la mirada hacia mí para encontrar mis ojos dirigidos hacia él. Menos mal que no soy detective, porque me pillarían varias veces al día, pensé.

En nuestro descanso de veinte minutos, lo único que descifré fue que Sebastian era zurdo, que no se reía fácilmente, y que se le daba fatal mantener una conversación. Mientras todos los demás hacían planes para la noche, me giré hacia él para tratar de incluirlo en la conversación.

—¿Te vienes con nosotros a tomar unas copas?

—No —respondió mientras se levantaba y tomaba la bandeja—. No bebo.

Y se marchó. Vale, así que es zurdo y con mala actitud. Qué extraño.

Creo que Lana vio mi expresión atónita, porque dijo:

—No le hagas caso, no es nada personal. Es así con todo el mundo.

Yo me limité a sonreírle, tratando de hacer como si no fuera para tanto, pero me sorprendió sentir el escozor.

Los amigos cercanos que tengo pueden contarse con una mano, pero por regla general soy amistosa. Nadie había sido tan seco conmigo nunca. Pero decidí creer a Lana cuando dijo que no tenía nada que ver conmigo, y no le dediqué más pensamientos. Después de todo, era la única explicación que tenía sentido.

Capítulo 2

Mientras me preparaba para salir a tomar unas copas, recordé cómo había llegado allí. La canción que había escuchado el día que decidí mudarme a Chicago. La música me estaba mareando, pero me encantaba cómo el bajo iba de un auricular al otro y después volvía, siguiendo el ritmo de la canción y llevando mis ondas cerebrales con él. Estaba disfrutando de la versión más larga y ruidosa de Purple Rain, que también era mi favorita.

No me sorprendería que me quedara sorda a los cuarenta. Ni me enfadaría. Tal como torturo a mi iPod para sentir cada golpe de percusión y cada cuerda de la guitarra en el pecho, probablemente piense que las únicas opciones de volumen son «alto» y «más alto». Mi sordera merecería la pena. Y, de todos modos, siempre he querido aprender el lenguaje de signos.

Me había mirado en el único espejo de la habitación, y me había parecido como si la persona que me devolvía la mirada fuera de otra planeta. Esa chica no era una adolescente, pero podía confundirse fácilmente por una. Tenía piel pálida, pelo rojo y salvaje, y pecas que iban desde la raíz de su pelo hasta su cara, bajaban por su cuello y no se detenían hasta llegar a los dedos de sus pies.

A lo mejor al mudarme a Chicago empezaré a parecer adulta. He oído que actuar como una también ayuda.

Escuchando la lista de reproducción que había creado a lo largo de los años, con todas las canciones que había amado, incluso las que adoraba por las razones incorrectas, me sentía yo misma. Como el yo que sabía que era y el yo que sabía que podía llegar a ser algún día. Mi música me había ayudado a alcanzar mi potencial a lo largo de los años. Me mejoraba el ánimo, o me recogía del suelo cuando estaba abrumada. Se podía saber de qué humor estaba basándose en lo que estaba escuchando en ese momento en particular.

Para la mayoría de la gente, el olfato es el más potente de los cinco sentidos. Puede llevarte del presente al momento en que el chico del que estabas pillada te besó por primera vez en el Mustang de su padre, solo porque habías entrado en una tienda de accesorios y habías pasado por la sección de cuero. Pero yo vuelvo a ese Mustang cada vez que escucho Buffalo Soldier de Bob Marley. Vale, no es la canción más romántica ni la más apropiada para ese momento, pero mientras Bob luchaba por la supervivencia, Brandon McCully se acercaba a mí y destrozaba la maravillosa fantasía que

tenía sobre nuestro prime beso. Mi primer beso.

No era su culpa del todo; el pobre chaval no podría haber estado a la altura de lo que había imaginado que sería un primer beso. Tan solo teníamos quince años, y todavía me siento un poco mal por no haberle dado una oportunidad justa.

Después de ese beso, tuve algunos otros dignos de mención, aunque no con Brandon, porque no dejaba de buscar el beso de mis sueños. Nunca lo encontré de verdad, y me di cuenta de que lo que buscaba probablemente no existiera fuera de mi cabeza. Los que tuve después de él fueron fuertes competidores, pero nunca ganadores. Y no empezamos con la primera vez que tuve sexo. Tardé un tiempo en deshacerme de esa fantasía y admitir que tal vez había esperado demasiado.

Dios, cómo deseaba poder contarle a Ally sobre mi desastroso primer beso, y tal vez disfrutar de un ataque de risitas femeninas mientras escuchaba su propia historia. Que habría sido perfecta, pero ella la habría hecho sonar horrible solo para hacerme sentir mejor.

Me gustaba Brandon porque tocaba genial la guitarra. Mis ojos se iluminaban cada vez que estaba cerca, pero tardé un tiempo en darme cuenta de que era por la guitarra y no por el chico que la tocaba. Pero así es como aprendes. Y así es como yo aprendí a tocar. Bueno, «tocar» es exagerar un poco. Lo que hago con la guitarra podría describirse como ruido glorioso, pero me encanta. Tardé años en llegar a este punto, y dicen que puedes considerarte un experto tras diez años de práctica en cualquier campo, así que diría que cualquier día podría ser una experta en hacer ruido.

Mudarme tanto me había dejado como agotada. Los cuatro años en la Facultad de Medicina se me pasaron volando, pero fue un vuelo muy ajetreado y costoso psicológicamente. Aunque la universidad a la que iba tenía un campus en mi ciudad, había decidido ir al que estaba a dos horas de allí. Las diferencias eran innumerables. La diversidad en posibilidades de educación, el arte, las organizaciones estudiantiles... todo sonaba demasiado bueno para ser cierto. Además, tenía muchas ganas de experimentar la vida estudiantil en una ciudad más grande, diferente a la ciudad donde crecí.

No hace falta decir lo emocionados que se pusieron mis padres cuando volví a casa al terminar con éxito los últimos exámenes y tuve que continuar con el proceso de entrar en el programa de residencia que quería. Las entrevistas, los programas de emparejamiento y todos los aros por los que te hacen saltar llevan su tiempo, y es preferible presentar la solicitud para varios

programas, por si acaso no entras en tu primera opción. Yo me presenté a tres, pero en realidad tan solo soñaba con uno.

El día que recibí mi segunda aprobación, decidí al momento que quería aceptarla. Era la que había soñado desde que entré en la facultad de Medicina, así que todavía estaba en la entrada con el sobre blanco abierto cuando decidí aceptarla, imaginándome al instante con la bata azul claro. Al entrar en la casa de mis padres, la misma donde Ally y yo crecimos, mi madre vino corriendo para ver mi nueva opción, lista para comenzar otra de sus listas de pros y contras.

Mi madre es increíble. Hizo todo lo que estuvo en su mano por ser la persona que era antes de la muerte de Ally, y sé que lo hizo por mí. No podía soportar verme incapaz de continuar con mi vida, y trató de hacer que las cosas fueran lo más normales posible en casa. No sé si eso ayudó o no, porque todavía podía verla mirándome como si estuviera a punto de romperme. Ella probablemente se sentía igual.

A veces me hablaba, y yo me sentía como si también estuviera hablando con Ally. Me miraba como si nos viera a las dos, y durante un tiempo me sentí como si tal vez tuviera razón. Y me alegraba renunciar a la parte de mí que siempre se sentía inadecuada o asustada; la parte de la que siempre se aprovechaba Mandy, a cambio de la luz de Ally y su infecciosa confianza. Así que supongo que somos como dos personas en un cuerpo. Y me encanta haber podido conservar lo bueno que había en ella y hacerlo mío.

El espejo al que había estado mirando se quedaría donde estaba, en mi habitación de aquella casa, en Peoria. Peoria está a unos 270 kilómetros al suroeste de Chicago, y es donde nací. Y aunque también crecí allí, no me siento especialmente conectada con ese lugar. Ni con ninguno, la verdad.

A la gente siempre le ha parecido extraño eso, pero yo no entiendo la relación entre una persona y el lugar en el que nace. A lo mejor tiene algo que ver con los recuerdos que construiste ahí de pequeña y la sensación de «nada podría salir mal» que experimentabas al crecer en un entorno protector. Pero yo tenía todo eso, y sigo sin sentir la atracción que tienen esas calles para algunos de mis amigos que nacieron allí. No quiero que se me malinterprete: me encanta ese lugar. Todos mis mejores momentos ocurrieron en algún lugar de esa ciudad o ceca de ella. Es solo que, cada vez que me marché durante un largo periodo de tiempo, consigo acostumbrarme al nuevo lugar casi al instante, y no pienso con melancolía en el lugar que he dejado atrás.

Tan solo echo de menos a mi familia. Así que, a lo mejor, para mí, el

hogar no es la ciudad sino la gente. Seguro que eso no me convierte en un bicho raro. El bicho raro que me siento cada vez que vuelvo y ve a mis amigos, todos llenos de lágrimas y llorosos, ahogados con la emoción de ver el hormigón con el que hicieron la ciudad. Desde luego, entiendo lo que ven cuando me enseñan algún callejón oscuro donde ocurrió algo gracioso cuando éramos pequeños. Ellos ven solo el recuerdo, pero yo también veo la basura asquerosa, y me pregunto cómo nuestros padres nos dejaban jugar en esas cloacas. Sin embargo, no digo nada. Escucho sus historias y me esfuerzo por imaginar lo que deben de ver. A veces, funciona y aparece una sonrisa en mi cara; pero otras, me resulta agotador hacer el mismo baile cada pocos meses.

Así que cuando llegó el día de mudarme a Chicago, no estaba deshidratándome por los ojos precisamente. Sabía que aquello era lo que quería, y mis padres también. Me conocían mejor que nadie, y estaban tan emocionados como yo, y no más tristes.

El apartamento que había conseguido alquilar en Chicago era... ¿cómo decirlo sin sonar demasiado dramática? Un vertedero. Con más de dos mil dólares de deuda, es todo lo que puedo permitirme. El único aspecto positivo de él es que está muy cerca del hospital, lo cual me vendrá bien no solo en los desplazamientos diarios, sino también cuando me llamen para emergencias. Normalmente, los residentes de primer año tenemos la norma de «el primero se lo queda». Si quieres un caso, será mejor que estés ahí en el momento adecuado. En el primer año, el tiempo es esencial.

Así que supuse que valía la pena soportar el hedor horrible de la moqueta de mi nuevo apartamento. Aunque solo estaré aquí para dormir unas cuantas veces por semana, con excepción de los turnos nocturnos, tengo planeado cambiar la moqueta del piso. Si pudiera encontrar el tiempo, y tal vez la ayuda, supondría una gran diferencia. No es un apartamento grande, pero desde luego tiene un ambiente «hogareño». Me encanta que esté en un edificio pequeño; solo hay siete apartamentos, y el mío es un estudio en el piso superior, lo que me da el añadido de un techo inclinado. Tal vez podría llamarlo «hogar» algún día.

¡Bendito sea el verano! La primera noche en el nuevo piso, tuve que dormir con las ventanas abiertas. El profundo optimismo de mi madre debía de ser contagioso, porque me hizo pensar que, tal vez, con la cantidad adecuada

de productos químicos, podría limpiar ocho años de suciedad incrustada en la alfombra. Y no solo eso, sino terminar la tarea en menos de media hora, darme una ducha, comerme mi cena para llevar e irme a dormir temprano para poder enfrentarme a mi primer día en el hospital fresca como una rosa.

Ya era después de medianoche cuando me rendí por completo. Se había enfriado la comida, y ahora el apartamento tenía una bonita combinación de aromas: basura y formaldehído. Como estaba sintiéndome un poco mareada y no sabía si era por la falta de nutrición o por los vapores de los productos de limpieza que había utilizado, abrí un par de ventanas y me fui directa a dormir.

Conseguí superar el primer día sin desmayarme del agotamiento y con solo unos pequeños momentos de vergüenza, los cuales, para ser sincera, tenían que ocurrir. El segundo día en el hospital fue notablemente mejor para todos. Ya nos sentíamos en una especie de armonía con ese lugar, como si ese fuera nuestro sitio de forma incuestionable, nuestro derecho de nacimiento. El hecho de que todavía no supiera dónde estaba todo, y de que por esa razón me perdiera en numerosas ocasiones, no hizo temblar ni un poquito mi fe. Estaba ahí para quedarme.

Por el momento, es cierto que estamos en lo más bajo de la cadena alimentaria. Bueno, técnicamente son los estudiantes de Medicina, pero ellos solo se quedan un par de meses en cada hospital, así que en realidad no cuentan. Los residentes de primer año están aquí para quedarse, y por eso, no puedes ser el que tenga el valor de ser impertinente. Nunca. Bajo ninguna circunstancia. Eso te pone en la parte más baja de la cadena.

Lana, la hermana de Emily, es residente de tercer año, y ellos suelen recibir mejor trato que nosotros. Bueno, prácticamente todo el mundo recibe mejor trato que nosotros. Tampoco tienen permitido trabajar sin supervisión porque necesitamos un mínimo de tres años de entrenamiento práctico antes de obtener la libertad. La persona a cargo de todos es el residente jefe, que debe de odiar su trabajo. No sé cómo tiene tiempo para practicar la medicina y mantenernos a todos controlados, asistencias incluidas. Así que, si lo piensas, todos somos bebés hasta que terminamos nuestra residencia. Todos estamos sujetos por correas, aunque estas se aflojan un poco según pasan los años. La mía me ahoga ahora mismo, pero no pasa nada. Aprenderé a acostumbrarme a respirar de forma superficial, tal como me enseñó mi profesor de natación

cuando éramos pequeñas y mi madre nos obligó a ir a clases.

Hasta entonces, me quedaré esperando a que mi visión emborronada se aclare, a que la correa se afloje y el oxígeno comience a llegar de nuevo a mi cerebro.

Si al menos pudiera aprender a moverme por el hospital, para dejar de ser la idiota que siempre llega tarde a las reuniones de personal porque se ha perdido... sería de mucha ayuda.

Capítulo 3

Mi siguiente turno era también mi primer turno de noche. Llegué temprano para poder darme una vuelta y presentarme a las enfermeras de noche. Hacen un trabajo genial y sabía que, si quería sobrevivir a mi primer turno de noche, podría necesitar su ayuda. Supuse que no haría daño comportarme con una profesional y no como si estuviera con los humos subidos, como alguno de mis compañeros.

La mayoría de los residentes superiores no estaban por ninguna parte y, como me dijo uno de las enfermeros, parecía que estábamos casi solos. Debido a la semana tan ajetreada y estresante, la mayoría de los residentes habían superado su límite de horas, y no tenían permitido ir al hospital salvo en caso de emergencias. Solo teníamos un residente superior en toda la planta para ocuparse de todo, incluidos los bebés como nosotros.

Así que parecía que el ala estaba principalmente atendida por enfermeros y los residentes de primer y segundo año. Cada uno de nosotros tenía dos o tres buscas a los que echarle un ojo, uno nuestro y los demás de distintos doctores. No teníamos permitido llamarlos salvo que fuera una emergencia. La mayoría de enfermeros y residentes antiguos estaban muy entrenados y tenían suficiente experiencia como para ocuparse casi de cualquier cosa, así que no se solía molestar a los demás doctores durante los turnos de noche. En cuanto a nosotros, los internos, teníamos que prestar atención a todo y no meternos en

medio cuando nuestra experiencia no era suficiente para ser de ayuda.

Antes de las nueve de la noche, el único residente antiguo de la planta aprovechó que llevábamos una media hora muy lenta y decidió enseñarnos cómo ocuparnos de un ingreso, por si acaso. Emily también estaba en el turno de noche, así que pudimos aprender algo nuevo, mientras que Paige probablemente tendría la oportunidad a la noche siguiente, en su primer turno nocturno.

Nuestra noche para celebrar la «vida real» fue un éxito. Bailamos un poco y, al final de la noche, incluso Collin parecía no solo soportable, sino casi divertido. Fue sin duda una experiencia para estrechar lazos. No tuvimos oportunidad de repetirlo, pero cada vez que me cruzaba con alguno de ellos por los pasillos, me saludaban con grandes sonrisas y, en el caso de Collin, el horrible apretón de manos secreto. Para ser sincera, empecé a cogerle cariño tras unos días.

Sobre las once de la noche, la lección sobre ingresos me resultó útil, porque pude ingresar a un hombre de cuarenta y siete años que vino con dolores en el pecho y dificultad para respirar. Estaba teniendo un ataque de pánico tras descubrir que su mujer estaba embarazada de su tercer hijo. Me dijo que el problema no era el número de hijos, sino la diferencia de edad entre ellos: el nuevo bebé y su hermana más cercana se llevarían unos dieciocho años. A mí también me habría asustado.

Mientras deambulaba por el hospital en busca de un residente dispuesto a ayudarme con un ecocardiograma para el pobre hombre, me encontré con Sebastian, que estaba ocupado con un hombre mayor que se había resbalado en la ducha y se había fracturado la cadera.

Sebastian era residente de segundo año, como descubrí por un enfermero charlatán. Así que Lana y Collin tienen un año más que él. Es raro, porque parece mayor que ambos, y desde luego mayor que yo. No puede tener solo un año más. Parece maduro, centrado y... sexy. Aunque solo las dos primeras cosas tienen que ver con su edad.

—Hola, Ava —dijo mientras nos cruzábamos en el pasillo; él llevando en silla de ruedas al hombre de la cadera fracturada, y yo con otra sonrisa estúpida en el rostro.

—Hola, Sebastian. Una noche ajetreada, ¿eh? —pregunté, sonrojándome

casi de inmediato. Vaya forma de mantener la calma.

A lo mejor no se dio cuenta de mi extraña reacción a su presencia, porque dijo:

—Sí, estoy muy liado. ¿Es tu primer turno de noche?

—Sí. ¡Estoy muy emocionada! —le dije, dándole la vuelta mientras pasaba junto a mí, ya comenzando a alejarse.

—Haces bien. Puede ser entretenido —dijo mientras doblaba la siguiente esquina, todavía mirando en mi dirección y sonriendo.

Después de que me ocupara con emoción de todas las pruebas para mi paciente aterrado, me permitieron contarle los resultados y darle el alta. El siguiente par de horas fueron tranquilas, y pude ir a la sala de doctores para seguir con el papeleo que tenía pendiente de mi último turno de día, más ajetreado. Solo vi a Emily un par de veces, corriendo por los pasillos con la misma expresión emocionada que yo debía de tener cuando me encontré con Sebastian.

Aunque las últimas horas habían sido tranquilas, pronto me llamaron para ocuparme de un nuevo ingreso. Esa vez, una mujer que llevaba meses entrando y saliendo del hospital. Tenía cáncer, y parecía que estaría con nosotros más tiempo que mi último paciente.

La enfermera me informó de que tenía que ponerle una vía central; la vía conectada a una vena central que me permitiera (bajo cuidadosa supervisión de un responsable) administrarle los nutrientes, la medicina y los fluidos que necesitara sin tener que clavarle una aguja en los brazos cada día. Y como probablemente tendrá que quedarse en el hospital unas semanas, la vía central es la forma menos invasiva de hacerlo.

El problema es que tan solo había aprendido a ponerlas, pero en realidad nunca lo había hecho. Ni siquiera en un muñeco. Me sabía la teoría de memoria, pero eso no me ayudaba con los nervios. Mi corazón informado estaba latiendo más rápido que el de la mujer con la que estaba a punto de practicar. Ya estaba sedada, pero aun así...

La enfermera me ayudó a llevarla en silla de ruedas a una sala esterilizada donde nos esperaba un residente de radiología, listo para ayudar. Pero también era residente, y no sabía si estaba aprendiendo, como yo, o si realmente sabía lo que estaba haciendo. No estaba segura de que fuera a ser de mucha ayuda si las cosas empezaban a salir mal de pronto.

Junto a mí, la enfermera vio mi angustia y me lanzó una mirada de ánimo, así que tomé el antiséptico y comencé a aplicarlo en la zona sobre la que

estaba a punto de trabajar. Respiré hondo y, mientras recordaba los siguientes pasos, vi que Sebastian pasaba junto a la ventana grande enfrente de mí. Debí de verme con su visión periférica, porque se detuvo en seco, probablemente preguntándose por mi expresión alarmada.

—Oye, ¿necesitas ayuda? —preguntó, medio inclinándose hacia la habitación, con una mano sobre la máscara que le cubría los labios.

—Sí, por favor —dije mientras la enfermera se acercaba a él.

Seguro que la enfermera piensa que eres un cobarde, ¿sabes?, me reprendió la voz de mi cabeza. Pero no me importaba. Prefería aceptar la ayuda que torturar a la pobre mujer con mis manos inexpertas.

—¿Cómo está el último muñeco con el que probaste? ¿Sigue vivo? —preguntó él mientras se ajustaba los guantes que le ayudó a ponerse la enfermera antes de salir.

¿Así que ahora se hace el gracioso? Lo miré con los ojos entrecerrados para dejarle claro que no tenía ninguna gracia. Parecía de buen humor, pero yo estaba aterrorizada. El olor de su jabón ligeramente acre me calmó los nervios cuando se acercó, listo para ayudar. Tragué saliva antes de contestar a su pregunta.

—En realidad, esta va a ser mi primera vez. No he probado con muñecos.

—Ya veo —dijo, recorriendo mi cara con los ojos. Por primera vez, no me miraba como si le hubiera dado un pisotón por accidente—. Bueno, pues podrías aprenderlo de primera mano. Venga, puedes hacerlo. ¿Recuerdas lo básico?

—Sí, la teoría me la sé.

—Bien. Entonces vamos paso a paso, y yo estaré aquí por si me necesitas. Aunque no lo harás.

Sonrió de forma tranquilizadora.

Hum... No sé por qué me puso tan nerviosa cuando nos conocimos. Parece un tipo decente, fíjate, pensé.

—¿Ves? No era tan difícil, ¿verdad? —Sebastian miró mi trabajo cuando terminé—. La verdad es que estoy impresionado. Lo has hecho muy bien para ser la primera vez.

—Gracias. Ayudaba saber que estabas aquí por si algo salía mal.

El residente de radiología seguía en la sala, con aspecto de estar un poco fuera de lugar. Parecía incapaz de decidir si debería quedarse o marcharse, pero tampoco trató de ayuda. O bien estaba tan asustado como yo, o era tímido. En cualquier caso, me alegraba que Sebastian se hubiera ofrecido a

supervisarlos todo, incluso a pesar de que eso hiciera que mis manos poco firmes temblaran todavía más.

—La próxima vez no necesitarás ayudas —dijo, quitándose los guantes. Mientras se inclinaba para tirarlos a la papelera de residuos, capté un vistazo de un tatuaje en su bazo izquierdo que me hizo poner un poco los ojos en blanco a sus espaldas y murmurar para mí misma.

¿Cómo puede ser justo? Un tatuaje. La barba. El pelo. Para un tío que no parece tener interés por ninguna mujer en un radio de diez manzanas, desde luego se esfuerza para ponérselo lo más difícil posible.

Es muy... ¡malo! O gay.

No, no es gay. Ya lo he preguntado.

En el tiempo que tardé en salir de mi ensimismamiento, Sebastian ya había salido por la puerta, pero no antes de lanzarme una mirada rápida por encima del hombro. La sonrisa había desaparecido. Por suerte para mí, mi paciente seguía sedada. No tendría que añadir a mi turno nocturno ya de por sí difícil el tener que explicarle la expresión estúpida de mi cara a una mujer posiblemente moribunda.

Durante el resto de la noche, traté de salir de debajo de la gran pila de papeleo que no había podido terminar. Estaba teniendo problemas para atarme los zapatos cuando Emily entró en el vestuario con los ojos inyectados en sangre y apenas abiertos.

—Uf, parece que has tenido una noche horrible —dije, tratando de hacer una broma a pesar de mi agotamiento.

—¡No tienes ni idea! He tenido que cambiarme la bata tres veces. Y la sangre no siempre era el problema, también había otros fluidos más olorosos —explicó con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra un candado junto a ella. Me pregunté vagamente por qué el borde de metal justo encima de su oreja no la molestaba, pero tal como me sentía yo incluso sin la sucia pesadilla a la que se había enfrentado, lo comprendía.

El amigo de Sebastian, Collin, estaba comenzando a entrar junto a otros compañeros, listos para ocuparse del turno de mañana.

—Hola, chicas. ¿Una noche dura?

Collin nos estaba sonriendo desde la otra esquina de la habitación. Era residente de tercer año, dos años mayor que yo y uno más que Sebastian. O eso pensaba, porque Collin actuaba y parecía más joven que Sebastian. Su pelo rubio y su piel suave probablemente ayudaban a quitarle años de la cara.

—No os preocupéis. El primer turno de noche es el peor, pero mejorará

cuando aprendáis a moveros por aquí.

Nos estaba diciendo palabras tranquilizadoras, pero parecía estar reprimiendo una sonrisa. O bien estaba tratando de ser amable y quitarnos el pánico de la cara, o había tenido un buen sueño profundo, lo que explicaría su buen humor por la mañana. En cualquier caso, parecía joven y despreocupado. Todo lo que Sebastian parecía esforzarse tanto por no parecer.

Me pregunto por qué será. ¿Por qué siempre es tan críptico y serio? Nunca lo he visto reír. O, al menos, con una sonrisa completa y sentida. Sonríe tan poco que podría no tener paletas y yo ni lo sabría. Me contuve a mitad de mi pensamiento. ¿A qué viene tanto analizar a Sebastian? ¿Me he metido en un grupo de estudio? Debería volver a casa, estoy agotada.

Respiré hondo.

—Bueno, chicos. Nos vemos mañana, me voy a casa.

—Adiós, Ava.

Emily intentó levantar la mano en un gesto de despedida, pero se rindió y la dejó caer sobre su regazo.

Mientras trataba de pasarme el tozudo bolso sobre la cabeza, Emily ya estaba hablando con Collin.

—¿Cómo es que Sebastian estaba de servicio anoche? —El nuevo tema me captó la atención, haciéndome recoger las cosas con lentitud. Aún más lentitud que antes—. ¿No hizo el último turno de noche? —preguntó, apenas articulando las palabras porque estaba ocupada bostezando.

—Sí, pero ayer por la mañana me pidió cambiarle el turno. Creo que es la primera vez que me ha pedido un favor en años.

Collin dejó lo que estaba haciendo y se apoyó contra una taquilla mientras se planteaba el misterio que era Sebastian. Parece que también ha dejado a su mejor amigo sin palabras.

—Pero, ¿tiene permitido hacer eso? ¿Quedarse tanto en el hospital?

La curiosidad de Emily parecía haberla superado. Tenía suerte de que hiciera las preguntas por mí.

—Normalmente, no. Pero Sebastian lleva en este sitio más tiempo de lo que piensas, así que tiene unas cuantas conexiones. Lo raro es que nunca se aprovecha de ello. Yo sí lo haría. —Collin nos estaba sonriendo otra vez, como si ese hecho fuera un rasgo positivo de su personalidad—. Pero, quién sabe, a lo mejor ha tenido una emergencia o algo.

¿Qué quiere decir con lo de «más tiempo de lo que piensas»? A lo mejor alguien de su familia trabaja aquí. ¿O tal vez abandonó los estudios? Igual no

aparenta veintiséis o veintisiete años como el resto de su grupo porque no los tiene.

Recuerdo a mi madre persiguiéndonos por la casa, intentando obligarnos a dormir la siesta. Entonces, todo aquello olía a castigo, pero, últimamente, la siesta se había convertido en la mejor parte de mi vida.

Me encantaba todo sobre el hospital y el trabajo que hacíamos ahí, pero los turnos eran duros por decir algo. Había pasado más de un mes desde que comenzamos, y me di cuenta de que no teníamos forma de soñar siquiera con acostumbrarnos al patrón. Porque no había ningún patrón; era solo caos. Pero lo que el resto de mis compañeros no sabían de mí es que me encantaba el caos. Mientras pudiera echarme una siesta, podía seguir adelante. ¡Era feliz de seguir adelante!

Ni siquiera tenía que ser en mi propia cama. Mi cama estaba en la casa de mis padres, en Peoria, así que era irrelevante en cualquier caso. Podía dormir en la sala de guardia, en una silla, en el suelo, en una camilla; me daba igual. Tan solo quería estar presente y aprender todo lo que estuvieran dispuestos a enseñarme. Era una esponja. Esa pequeña y útil habilidad mía y los años de entrenamiento forzado de emergencias me convertían en una competidora válida. No había ni una persona que me siguiera llamando «Saltona». Había ganado algo de respeto en el hospital durante las últimas semanas.

—Dios, mi piso es un asco.

Paige se estaba quejando un día mientras estábamos todos sentados en la cafetería, tratando de decidir cuál sería la causa de nuestra muerte: la falta de tiempo para comer o la falta de sueño. Todos nuestros pisos eran un asco. Supongo que era parte de estar solos por primera vez, residentes o no. Vivir en el campus no cuenta mucho.

—Yo vivo en un sótano, así que cállate.

Miles le dio un golpecito a Paige con el codo para suavizar su suave reprimenda. Miles era como nuestro hermano pequeño y rico. Pequeño, porque se había saltado un curso y, aunque tenía un año menos que los demás, era residente de primer año. Lo de «rico» no era una broma interna mona o

irónica. Sus padres, y por consiguiente él, eran increíblemente ricos. No estaba muy segura de cuál era exactamente su historia porque no me sentía cómoda preguntándolo, pero seguro que nos lo contaría pronto. Después de todo, no escondía la cara avergonzado cuando anunciaba la fortuna de su familia a todo el mundo en la mesa, eso seguro.

Pero tenía que darle algo de crédito. Se estaba esforzando mucho para conseguirlo en su campo competitivo sin la riqueza de sus padres. De hecho, estaba viviendo en un sótano de mierda, al menos por el momento. Sentía curiosidad por saber si su plan seguiría en pie cuando acabara el año. No es que no lo apoyara; era un chico muy majo. Tal vez su único fallo era su ingenuidad.

Ingenuo o no, desde luego se aseguraba de contarle a todo el mundo que su familia era rica. No sé si estaba tratando de hacer amigos o de librarse de algunos, pero la mayoría de los chicos de nuestra clase lo ignoraban por el momento, así que tenía que aguantarse con las chicas. Aunque no es que se quejara.

—Sí, tienes razón. El tuyo es peor —dijo Paige—. La diferencia es que puedes cambiarlo en cualquier momento.

—Paige, ¡para! ¿Estás tratando de subestimar lo que está haciendo? —Era mi turno de reprenderla—. Lo estás haciendo genial, Miles. Estamos muy orgullosas de ti.

—Lo siento —se disculpó Paige—. Ava tiene razón, lo estás haciendo genial... no me hagas caso. Es que estoy agotada. Agotada de estos turnos de locura, y por mi cama horrible en mi piso todavía más horrible. Ni siquiera puedo dormir cuando tengo oportunidad de hacerlo.

—Pobre Paigey —dije, pasándole un brazo por encima del hombro para reconfortarla. Al menos se estaba riendo. Una risa pobre y triste, pero al menos era una risa.

—Oye, tengo una idea. —Emily había encontrado su voz por fin. Había estado adormilada hasta hacía un segundo, con la cabeza sobre un brazo y aún así capaz de comerse su comida—. ¿Y si nos buscamos un piso juntos? En lugar de que cada uno pague un apartamento de mierda pequeño, juntos podríamos encontrar algo decente a un precio mayor. Cada uno tendría su propia habitación, y compartiríamos solo la cocina y probablemente el baño.

Por supuesto, Paige fue la primera en aceptar.

—Eso suena mejor que volver a una casa en la que ninguno se siente cómodo y cenar siempre solos.

—La verdad es que es muy buena idea —dije—. O sea, todavía no nos conocemos tan bien, pero de momento parece que congeniamos, y cenar juntos de vez en cuando suena genial.

—Además —continuó Miles con el análisis—, no nos veremos tanto porque nuestros turnos no siempre coinciden, así que a lo mejor no acabamos poniéndonos de los nervios. —Se giró hacia la somnolienta Emily—. Em, tienes ideas geniales cuando estás así de comatosa.

Ella parecía que le hubiera golpeado de no estar tan cansada.

—Mejor que este no forme parte del plan —dijo, señalándolo con el tenedor de plástico y dejando la fatiga momentáneamente apartada.

Capítulo 4

Ni siquiera había tenido la oportunidad de deshacer el equipaje de mi mudanza a Chicago y ya estaba sacando mis cosas del apartamento de la moqueta olorosa para cargarlas en el camión que había aparcado enfrente del edificio. Mis nuevos compañeros de piso y yo habíamos decidido que lo mejor sería contratar un camión de mudanza para los traslados que teníamos previstos para el día.

El camión ya había pasado por los pisos de todos, y había recogido no solo las cosas sino también a sus dueños. De modo que, cuando se detuvo frente al mío, mis tres nuevos compañeros salieron y me saludaron con el entusiasmo que merecía ese día.

Como el domingo era el único día que Miles, Paige y Emily no tenían turno, decidimos que era el mejor día que podíamos encontrar, así que hice los arreglos para estar también disponible. Para mi sorpresa, Collin se ofreció a ayudarnos con la mudanza, y me hizo sentir culpable al instante por no haberle dado el beneficio de la duda y juzgarlo por nuestro primer encuentro. No dejaba de sorprenderme. Primero, la noche que salimos de fiesta, cuando descubrí que realmente era divertido, y ahora cuando demostraba que también era un buen amigo. Me di cuenta de que debía mantener los juicios al mínimo. Aunque mi primer instinto a menudo había sido correcto en el pasado, a lo mejor con el cambio de ciudad mi suerte también había cambiado. A lo mejor tenía oportunidad de hacer amigos de verdad en el futuro cercano.

Nuestro nuevo apartamento no era perfecto, pero sí para nosotros. No sé si era cosa de doctores o algo que teníamos en común, pero todos estábamos escépticos cuando vimos el anuncio en el periódico. Habíamos estado un par de semanas buscando por internet, y las opciones eran escasas. Nadie pensó en buscar en el periódico hasta que nos sentamos un día en una mesa de la cafetería que ni siquiera era la habitual, y encontramos un periódico en una de las sillas. Miles comenzó a mirar los anuncios clasificados y contuvo el aire de forma audible, sobresaltándonos a todos.

—¡Me has dado un susto de muerte! —dijo Paige, usando una metáfora más suave que la que había aparecido en mi cabeza. A veces casi podías verla yendo a catequesis, solo por cómo hablaba. Nunca la había oído utilizar siquiera palabras como «mierda» o «joder».

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿Es que tus padres han puesto tu poni a la

venta?

Em y Paige se estaban riendo con la boca llena mientras Miles intentaba, sin éxito, darme una patada por debajo de la mesa. Mientras esquivaba sus palabras, juraría que oí a alguien riendo entre dientes detrás de mí. Me di la vuelta, pero no vi a nadie mirándonos ni sonriendo. A lo mejor me estaba imaginando cosas. Alucinaciones auditivas... ¡justo lo que me hacía falta en la vida!

—¡He encontrado el apartamento perfecto para nosotros! —Miles seguía mirando el anuncio con lo que era, esperaba, una expresión de falsa emoción en la cara. A veces era muy dramático. Con la peluca adecuada, sería una Liza Minnelli perfecta—. ¡Escuchad! —dijo cuando comenzamos a reírnos otra vez ante su expresión—. ¡Tiene cuatro habitaciones! Así que nadie tendrá que dormir en el salón, y por nadie me refiero a mí. Una cocina abierta, dos baños...

—De momento, todo bien... ¿cuál es la parte mala?

Emily fue la primera en verbalizar lo que todas estábamos pensando.

—¿Dónde está? —pregunté.

—A unos quince minutos del hospital.

—¿De verdad? —dijo Paige, que ya estaba junto a él.

—Y solo cuesta treinta y cinco dólares más al mes de lo que esperábamos.

—¿En serio? —preguntó Emily mientras yo trataba de tragarme el pretzel que había empezado a comerme antes y me apresuraba a acercarme a ellos.

Estábamos todos chocando cabezas tratando de leer el artículo, pensando que se nos debía de haber pasado algo crucial. Pero no. Y, cuando terminó el día, ya habíamos llamado al propietario y quedado para ver el apartamento al día siguiente. El piso necesitaba algunas renovaciones menores pero, por el cuarto de baño extra, estábamos listas para hacer casi cualquier cosa. Para decidir quién compartiría el baño con quién, jugamos al «piedra, papel y tijeras». ¿Qué podría ser más divertido que llegar a un acuerdo así? A mí me tocó compartir con Emily, mientras que Paige se tuvo que aguantar con Miles. Ninguna de nosotras quería compartir el baño con el único chico de la casa, pero resultó que Paige tuvo suerte, porque Miles era un maniático de la limpieza y mucho más ordenado que las demás.

El apartamento tenía un salón bastante grande, con la cocina en medio, delimitada solo por una pequeña isla. A cada lado de la cocina había dos pasillos pequeños, cada uno con dos habitaciones la una enfrente de otra y un

cuarto de baño al fondo. Emily y yo nos quedamos con el ala derecha, como la llamábamos, y Paige y Miles con la izquierda. Las dos eran exactamente iguales, reflejos de la otra.

Se suponía que Collin iba a quedar con nosotras frente a nuestro nuevo apartamento, así que teníamos que darnos prisa con mis cosas. Por suerte, ya lo tenía todo preparado, y con todo colocado en una hilera tan cerca como era posible de la entrada de mi ahora antigua casa. Necesitamos exactamente dos viajes, y con eso terminamos. Cuando me mudé desde Peoria, me traje casi todo lo que tenía. No parecía que fuera mucho.

En cuanto el camión se detuvo frente a nuestro nuevo apartamento, tuve que salir de un salto fuera para que los demás pudieran hacerlo, pues yo fui la última de entrar. Debía de haber olvidado cómo funcionaban los escalones, y casi me caí de cara sobre el poco indulgente bordillo. Todos saltaron para sujetarme, pero conseguí mantenerme sujeta al picaporte de la puerta y evitar el desaste. Collin y un hombre con barba familiar estaban esperándonos en la acera. Podrías pensar que mi torpeza se debía a la sorpresa de ver allí a Sebastian, y tendrías razón. Él estaba mirándose los zapatos, probablemente tratando de esconder la risa que burbujeaba en su interior. Collin no tenía ese problema; estaba rugiendo con la cabeza hacia atrás y una mano sobre el estómago.

—¿Estás bien? —me preguntó Sebastian en cuanto salimos todos y el conductor nos abrió las puertas traseras del camión.

—Sí, gracias —dije, y puse los ojos un poco en blanco, más que nada por mí misma—. Este no va a ser mi último momento poco grácil que presenciéis, ya lo veréis.

Supuse que la honestidad y un toque de humor serían la mejor opción. Debió de funcionar, porque Sebastian me sonrió, en esta ocasión haciendo contacto visual. Esta es la primera vez. ¡Buen trabajo, Ava!

Hicimos una fila detrás del camión mientras el conductor se subía a la parte trasera y comenzaba a darnos las cajas una por una, sin preocuparse por si uno de los chicos recibía almohadas mientras una chica tenía que cargar un rinoceronte o algo igual de grande.

Mientras Paige iba a abrir la puerta del apartamento para que los demás pudieran seguirla con facilidad, comenzamos a descargar mis cosas. Como yo había sido la última parada del circuito de mudanza, mis cosas fueron las primeras que sacamos del camión. Sebastian cogió mi enorme lámpara de lectura y siguió a Paige al interior.

Tras dos viajes del camión al apartamento y de vuelta, el espíritu competitivo de todos nosotros estaba comenzando a asomar su fea cabeza. Las chicas comenzamos un juego para ver quién podía sonreír de forma más bonita y hacer que le diera la caja más pequeña y ligera. Miles decidió que él también tenía muchas ganas de jugar. Emily estaba justo delante de mí cuando vio que el conductor se acercaba a ella con una caja relativamente pequeña, así que me miró y sonrió como diciendo: «¡Ja! ¡Me ha dado la pequeña!».

Ya me estaba riendo por dentro, esperando a ver la expresión en su cara cuando se diera cuenta de que en la parte superior ponía «Libros». Y ni siquiera de los ligeros, hechos de papel reciclado. La caja solo contenía manuales de Medicina viejos y pesados.

Sebastian ya estaba a mi lado otra vez, avanzando hasta la parte posterior del camión. ¿Está tratando de saltarse la cola? Si la expresión en la cara de Emily cuando el conductor le puso la caja en las manos no me hubiera hecho reír tanto, me habría enfrentado a él por mi sitio. Pero, mientras estaba tratando de respirar entre mi ataque de risa, él pasó junto a mí y cogió la siguiente caja de entre las manos del molesto conductor. Mientras se daba la vuelta para entrar en el edificio, me pareció que lo había oído reírse entre dientes. Sebastian riendo. ¡Fíjate tú! No creía que fuera capaz.

El siguiente objeto que me pasó el conductor era más grande que el de Emily. Eso me pasa por reírme de ella, me dije. Karma instantáneo. Pero el karma era amable, porque solo había subido el primero de los tres tramos de escalera hasta nuestro apartamento cuando me encontré con Sebastian, que ya estaba saliendo en busca de otra caja. Cuando me vio llevándola, tan grande que solo mis ojos se veían detrás de ella, se apresuró a bajar los últimos escalones que le quedaban hasta alcanzarme y me la quitó de los brazos.

—La próxima vez que ese idiota te dé una caja tan grande, ¡dile que no! —dijo, con más seriedad de lo que esperaba.

—¡Sí, señor! —respondí, asegurándome de añadir un ceño fruncido a mi cara también falsamente seria, por si acaso. Sebastian puso los ojos en blanco, juguetón, y sus labios se crisparon por la sonrisa que claramente estaba tratando de ocultar. Se dio la vuelta y comenzó a subir el resto de las escaleras pero, como todavía lo estaba mirando, vi que negaba con la cabeza, con una sonrisita en los labios. Unos segundos después, su sonrisa se ensanchó. No le falta ningún diente... sí, es perfecto.

Durante la siguiente hora o así, mientras descargábamos las pertenencias de todos del camión, Sebastian y yo hicimos el mismo baile una y otra vez. Yo

subía un tramo de escaleras, él me veía y cogía lo que llevara en las manos, y continuaba llevándolo hasta arriba. Yo intentaba encontrármelo al menos a medio camino, pero nunca llegué a subir más de un tramo y medio de escaleras. Y eso solo pasó una vez. La siguiente, ya me estaba esperando en el primer piso, con el codo sobre la barandilla con una cara burlona para que la viera. ¿Estará bajando las escaleras corriendo? Rompí a reír en cuanto lo vi.

Por primera vez desde que lo conozco, parece estar pasándose bien. Me encantaría verlo de tan buen humor más a menudo, pensé para mí misma mientras volvía a bajar.

Ahora estaba detrás de Emily y Collin. Como no podía adelantarlos y Sebastian se estaba tomando un descanso arriba en vez de esperarme en nuestro lugar habitual del primer piso, decidí quedarme unos pasos por detrás y dejar que continuaran con us conversación sin tenerme pisándoles los talones. Aun así, no pude evitar fijarme en lo que decían. Sobre todo porque no estaban susurrando precisamente y el edificio tenía eco, pero también porque comenzaron a hablar sobre algo que me interesaba un poco. Vale, más que un poco, pero no estaba lista para admitirlo ante mí misma todavía.

—¿Le pediste a Sebastian que viniera a ayudarte? —Emily estaba metiéndose en broma con Collin—. ¿Pensabas que íbamos a obligarte a hacer todo el trabajo?

Tal como Emily lo miraba a veces, estaba casi segura de que le gustaba. Se conocían desde hacía un tiempo, pues ella solía visitar a Lana al hospital incluso antes de recibir la aceptación y, si no me equivoco, su hermana estaba en el mismo año que Collin.

—Ja, ja. No. En cuanto le dije adónde iba, me dijo que él también quería venir. Y sí, ya sé que es extraño, pero deja de mirarme con el ceño fruncido.

Estaba sonriendo mientras lo decía. A lo mejor a él también le gusta.

—Tu mejor amigo está actuando más extraño de lo habitual. Con cualquier otro no sería para tanto, pero él ya es extraño para empezar.

—No lo es. Tan solo está pasando por muchas cosas.

Su tono era ligeramente duro, haciendo que la cabeza de Emily girara en su dirección con el ceño fruncido.

—Jo, lo siento, solo era un comentario. —Emily parecía un poco avergonzada—. No puedes decirme que no actúa extraño a veces... Eso es lo

que quería decir.

—Sí, lo sé... Lo siento. Es solo que sé la razón de su comportamiento, así que me es fácil comprenderlo, pero tienes razón. Últimamente está... diferente.

Su respuesta me hizo fruncir el ceño, esperando que esos cambios por los que estaba pasando Sebastian fueran de los buenos.

El último objeto que me había entregado el conductor era una manta de Miles. Por su aspecto, podría ser su manta de seguridad. ¡Qué mono!, pensé. Y, por la mirada ligeramente avergonzada que él me dirigió cuando la cogí y se la entregué, lo más seguro es que tuviera razón. Dentro del apartamento, di un paso más para llegar a la superficie más cercana donde sentarme y me dejé caer en el sofá beis que teníamos en mitad del salón. Como era lo único que había allí, todos lo estábamos utilizando para descansar tras el medio día de duro trabajo.

Dado que Sebastian se había decidido a ayudarme este día, estaba bastante segura de que los demás estarían incluso más cansados que yo. Los pies me estaban matando, y el aire acondicionado todavía no funcionaba, así que estábamos secos. Me levanté y comencé a repartir bebidas a todos para refrescarnos. Como no había muchas opciones donde elegir, todos acabamos con una Coca Cola o agua en las manos. No sabía si Sebastian parecía incómodo porque estaba cansado o porque estaba obligado a interactuar con gente fuera del hospital. En cualquier caso, en cuanto se terminó el agua, le dio un codazo a Collin, que estaba sentado a su lado, y usando más la cabeza que las palabras le hizo saber que estaba listo para marcharse.

—Sí, voy en un minuto —respondió Collin.

—Te espero abajo.

—¿Os vais a ir ya? —Al parece, Emily estaba tan centrada en Collin como yo en Sebastian—. Bueno, antes de que os vayáis, no hemos podido hablarlo, pero estábamos pensando en hacer una fiesta de inauguración este viernes. Y como nos habéis ayudado, sois los invitados especiales —añadió con una sonrisa orgullosa en la cara.

—Y lo más probable es que los únicos —continuó Miles—. Pero especiales de todos modos.

Él y Emily parecían curiosamente felices, teniendo en cuenta el día que

habíamos tenido y que no habíamos terminado ni de lejos.

Mientras Emily, Paige y Collin comenzaban a hablar sobre la fiesta, Sebastian ya se estaba dirigiendo hacia la puerta.

—Te acompaño —dije. No era una pregunta; tenía miedo de que dijera que no.

—Vale —respondió, sin rastro de inconformidad en la cara.

A lo mejor habría dicho que sí.

Bajamos la ahora familiar escalera.

—Muchas gracias por habernos ayudado hoy —dije cuando estuvimos frente al edificio, esperando a Collin—. Sería genial que vinieras a la fiesta este viernes, solo vamos a ser unos pocos...

—Gracias por invitar, pero no estoy seguro...

No quería darle oportunidad a buscar alguna excusa, así que continué.

—Sé que has dicho que no bebes, pero podría hacerte un smoothie si eso te va más. —Traté de aligerar el ambiente actuando de forma cuqui. Parecía haber funcionado, porque ahora me estaba devolviendo la sonrisa—. Pero, en serio, me encantaría que vinieras.

Utilicé el singular en vez del plural de forma intencionada para dejarle claro que me gustaría que fuéramos amigos, o a lo mejor quedar un tiempo para conocernos un poco mejor.

—Vale, lo intentaré —respondió, todavía sonriendo.

—Guay —dije, todavía manteniendo el contacto visual y esperando que lo rompiera en cualquier segundo. Como no lo hizo, me planteé lo extraño que era esta clase de comportamiento amable por su parte, así que decidí que no iba a ser yo quien le pusiera fin.

Era como un concurso de miradas, con los dos sonriendo y entrecerrando los ojos cuando parecía que uno se iba a rendir. Pero, en algún momento, la atmósfera cambió, y comenzamos a mirarnos a los ojos de verdad, con nuestra mirada cambiando de un ojo a otro. Había dejado de sonreír de forma gradual, y se le había fruncido el ceño entre las cejas. Es tan intenso a veces. ¡Y mi corazón siempre reacciona a sus miradas! Quería acercarme un paso, o tal vez preguntarle por qué había fruncido el ceño de repente, pero en ese segundo apareció Collin y rompió nuestra conversación.

—¿Estás listo para irnos, tío?

—Sí, vamos. Adiós, Ava —dijo él, medio girándose para marcharse, con su luminosa actitud desaparecida de pronto.

—Adiós...

Collin dirigió una mirada confusa de mí a Sebastian, y luego otra vez a mí. Me dio un abrazo rápido y lo siguió.

Aunque habíamos dejado cada caja en la habitación de su propietario y habíamos comenzado a desembalarlo todo sobre las siete, ya era después de medianoche y ninguno había terminado ni remotamente. Emily no dejaba de venir para ver cómo me iba y cómo estaba quedando mi habitación, con una enorme sonrisa en la cara. No creo que hubiera vivido sola antes de esas semanas antes de decidir vivir juntos, y ahora que no tenía que hacerlo más, parecía eufórica.

Miles estaba tratando de vivir y subsistir por sí mismo, sin la ayuda de su próspera familia, pero parecía haber robado la casa en la que creció antes de marcharse. Tenía cada objeto inútil que ningún residente médico (ni nada, la verdad) podría necesitar. Desde pequeños adornos de cristal hasta una tabla de snowboard que obviamente se iba a quedar en la pared (nunca en la vida había probado el snowboard, y explicó: «parece peligroso, ¿por qué me iba a hacer eso?»). No le hizo ningún caso a nuestras miradas divertidas, y utensilios de cocina.

Me pregunté si podría ser el primer acumulador compulsivo maniático del orden: tenía mucha mierda, por ser suaves, pero todo estaba colocado con precisión casi como si tuviera un trastorno obsesivo-compulsivo.

Paige tenía la habitación exacta que se podría esperar de una persona tan tímida y reservada. Un espacio pastel fresco, aireado y lleno de libros por todas partes. Sus estanterías estaban ordenadas por colores, claro. Creo que su habitación es la que más me gustaba.

—Sé que todas las habitaciones tienen el mismo tamaño, pero la tuya parece más grande.

Em estaba inspeccionando mi espacio, apoyada contra el marco de la puerta, con una expresión de falsa seriedad en el rostro.

—A lo mejor es porque yo no tengo tantas cosas como vosotros. Eso no ha pasado por accidente, ¿sabes? —dije, sonriendo en su dirección.

—Dios mío, ¿has visto la de Miles? —dijo, olvidando la falsa seriedad—. Va a tener que dormir con esa horrible figurita del elefanta al lado de lo llena que tiene la habitación.

—Lo sé. Su habitación ya está llena y dice que todavía tiene dos cajas

más que traer.

Si fuera posible, mi habitación y la de Miles se odiarían. O estarían muy atraídas la una por la otra, no lo sé. ¿No dicen que los opuestos se atraen? La suya parecía una casa de empeños, con un distintivo olor a abuela. No podía ni imaginar cómo había conseguido darle su propia fragancia en menos de un día. La mía estaba prácticamente vacía. No me gusta dormir en una cama, así que cogí mi colchón y lo coloqué en el suelo, en mitad de la pared.

En el anterior apartamento, me daba tanto asco el aspecto y el olor de la moqueta verde que nunca caminaba sin calcetines, ni mucho menos ponía el colchón directamente encima. Como no tuve tiempo de encontrar una solución esa primera noche, cogí la esterilla antideslizante que se suele poner bajo la alfombra para que no se mueva y la coloqué bajo el colchón. Eso y dos mantas que he lavado dos veces desde entonces. Tal vez necesite lavarlas una vez más antes de poder cubrirme con ellas de nuevo. Soy un poco germafóbica, la verdad. Pero para una futura doctora, eso es bueno, ¿verdad?

A cada lado de la cama tenía mis libros, y a la izquierda una enorme lámpara roja con aspecto de seta. La movía de vez en cuando, pero los libros permanecían. Siempre. Si alguna vez venías de visita y no había ninguno, significaba que me había mudado y había elegido los libros por encima de mi cama. No soy capaz de empezar un libro, terminarlo y solo entonces elegir el siguiente. En lugar de eso, siempre estoy leyendo al menos cuatro libros diferentes. Pasa lo mismo con la música que escucho; todo está siempre relacionado con el humor que tenga.

Cuando es posible, frente a la cama tengo mi escritorio y su colega, el portátil. La pequeña cómoda la coloco donde quede espacio tras encontrar un buen lugar para mi guitarra. La guitarra tiene prioridad sobre la cómoda.

El lunes por la mañana, al despertarme, me encontré con Miles en la cocina, preparando tortitas y beicon, con una expresión orgullosa en la cara. Sonreí. Este chico no deja de sorprenderme.

—No me mires así —dijo al verme junto a la isla de la cocina—. Esto no va a pasar todos los días, así que no te emociones. Solo lo hago porque hoy es un día especial y quería daros las gracias por permitir que un tío viva con vosotras, supongo.

—Si tú lo dices.

Tomé una tira de beicon y comencé a mordisquearla. Ese chaval cocinaba bien. Seguía sonriendo ante su inocencia. Si piensa que puede consentir a tres chicas con habilidades culinarias limitadas una vez y después dejarlo... está claro que no tiene hermanas.

—¡No voy a hacerlo! —insistió tras descifrar el pensamiento tras mi sonrisa.

—Vale... —dije, sonriendo mientras seguía mordisqueando el beicon. Esta vez no me rebatió, tan solo puso los ojos en blanco.

—¡Dios mío, Miles! ¡Estás cocinando! —La voz de Emily suena muy aguda por la mañana. ¿Es normal?—. ¡Te, mmm, quiero, mmm, mucho!

Estaba tratando de expresar su gratitud con la boca llena de beicon.

Por supuesto, a Miles le encantaba la atención. Mientras yo lo miraba con las cejas ligeramente elevadas, como diciendo: «no solo vas a hacer esto otra vez, ¡sino que lo harás porque quieres!», él captó mi mirada y, con la voz elevada y apenas capaz de mantener la cara seria, dijo:

—¡No lo haré!

—Vale, tranquilo, Master Chef.

—Paige, ¡sal de tu guarida y mira lo que ha hecho Miles! —gritó Em en dirección a la habitación de Paige. Claramente no entendía el concepto de una mañana tranquila.

—¿Estoy oliendo lo que creo que huelo? —Paige sacó la cabeza al salón en un segundo. Llevaba un pijama rosa de conejo, y su atuendo elegido era en realidad lo único que tenía sentido esa mañana—. Pensaba que eran los vecinos cocinando. Estaba soñando con llamar a la puerta y pedir que me dejaran mudarme allí.

Es graciosa por la mañana. Supongo que no habrá tenido tiempo de meterse en su fortaleza todavía.

—¡Esto es muy amable por tu parte! —Emily se giró hacia Miles mientras cocinaba—. Ofrecerte a cocinar para las chicas que no saben cuidarse solas.

Mientras Miles se giraba hacia ella con lentitud, seguramente para explicarle que era la única vez, comencé a fingir una tos para ocultar mi risa. Emily y Paige me estaban observando, así que tuve que explicar mi reacción.

—Se piensa que esto va a ocurrir solo una vez.

Ellas comenzaron a reír como histéricas y le dieron al pobre Miles un beso en la mejilla. Le gustaba la atención, así que no me sentía muy mal por él.

El resto de la semana fue frenética en el hospital. Apenas tuve tiempo de

ver a mis amigos; todos estaban corriendo por ahí, tratando de seguir el ritmo demencial. Menos mal que teníamos cenas juntos de vez en cuando en las que podíamos ponernos al día, porque solo pudimos encontrarnos para comer una vez, y tras diez minutos yo recibí un aviso y Em tuvo que ir al laboratorio de prácticas corriendo, dejando solos a Paige y a Miles. En cuanto salí de la cafetería, vi a Sebastian y a Collin yendo hacia ella. ¡Mierda! ¡Por poco!, maldije. Nos saludamos con la mano y eso fue todo durante el resto de la semana.

Lo que me daba fuerzas todo el tiempo era la fiesta de inauguración del vienes. Había pasado mucho tiempo desde que me había emocionado por algo tan trivial.

Un par de noches antes del gran evento, las chicas y yo comenzamos a hablar de conjuntos, maquillaje y posibles menús. Nunca había visto a Miles tan aburrido.

—Tienes libertad de ocuparte del menú si la charla sobre conjuntos es demasiado para ti —dijo Emily en broma tras otro suspiro suyo. Él puso los ojos en blanco y se fue de la isla de la cocina al sofá, pero vi que cogía un papel y comenzaba a escribir la lista de la compra.

Capítulo 5

A las siete de la tarde del viernes, todos estaban libres o habían terminado su turno y estaban listos para la fiesta. Incluso me esforcé por ponerme guapa. La verdad es que no me había arreglado tanto desde la graduación. Y también me sentía bien. En mi último cumpleaños me regalaron una camiseta muy mona de color marfil, con unas pequeñas bolitas esponjosas aquí y allá. A pesar de que ya había pasado casi un año, no había podido ponérmela hasta ahora. La llevaba con una falda de tubo roja que sentaba de maravilla a mi cuerpo. Hacía que pareciera que tenía curvas, aunque yo sabía que no tenía demasiadas.

Si no fuera por Emily, que estaba tan emocionada como yo (supuse que Collin tenía algo que ver con su humor), y que se esforzó todavía más que yo por ponerse guapa, lo más probable sería que me sintiera demasiado arreglada. Pero me salvó, y las dos nos sentíamos bastante confiadas cuando la gente comenzó a llegar.

Nuestra lista de invitados era corta. Solo otras cinco personas además de Collin y Sebastian estaban de humor o tenían tiempo para la fiesta. Al principio pensábamos que tendríamos que reducir la lista, pero cuando comenzamos a preguntar quién quería venir, parecía que les estuviéramos pidiendo que nos ayudaran a pintar la casa con un pincel de uñas.

Esperábamos ser un total de diez personas, o tal vez once, nosotros cuatro incluidos. Mientras comprobaba la lista, pensé en la posibilidad de que uno de nuestros cinco invitados cambiara de idea y no se presentara, haciendo nuestra fiesta todavía menos emocionante. Por alguna razón, ni siquiera me planteé la posibilidad de que Sebastian no viniera. Cuando vi a Collin dirigiéndose hacia mí, sospeché que Sebastian estaba cerca o, como mucho, llegaría tarde.

—Sebastian me ha pedido que te diga que lo siente, pero no puede venir —me susurró al oído con una expresión de disculpa en la cara.

—¿Está atrapado en el hospital? —pregunté con un hilo de voz. Más o menos sabía la respuesta, pero tenía que comprobarlo.

—No —respondió él, haciéndome asentir con la cabeza en señal de comprensión

¿Por qué no lo había visto venir? ¿Qué posibilidades había de que se fijara en mí? ¿Qué pensaba que iba a pasar? Bajé la mirada hasta mi atuendo y lo recordé. ¡Si llevo una falda, madre mía!

Tan solo duré dos horas más con esa falda. Me sentía como si se burlara de mí, así que me puse unos vaqueros y me senté en el sofá para hablar con un compañero que, de algún modo, casi siempre acababa en el mismo turno que yo. Él y Paige me hicieron compañía. Si hubiera podido deshacerme de la molesta sensación por la ausencia de Sebastian, tal vez hasta lo habría pasado bien. Pero los invitados estaban empezando a marcharse, y yo todavía me sentía rara. ¿Por qué estoy tan molesta? ¿Esto basta para arruinar mi primera noche de diversión después de tanto tiempo? ¿Un tío? ¿En serio? Para cuando terminó la fiesta, estaba enfadada conmigo misma.

Normalmente, el sábado habría sido mi día libre para... no hacer nada, pero un día libre de todos modos. Sin embargo, como había insistido en cambiar mi turno con otro residente para poder ir a la fiesta y estar de morros por la ausencia de Sebastian, me tocaba trabajar.

El entrenamiento para tratar con los pacientes que estábamos haciendo duró hasta después de la comida, haciendo que mi estómago se revolviere mientras recorría los pasillos con la esperanza de llegar a la cafetería antes de desmayarme. Tampoco había tenido oportunidad de desayunar, porque me había quedado en la cama hasta el último segundo posible por haberme acostado tan tarde la noche anterior.

Aquella parte del entrenamiento era peor de lo que había pensado inicialmente. Parecía que estaban tratando de enseñarnos un poco de decencia. Podrían haber resumido fácilmente la lección de cuatro horas en una simple frase: «¡no seas imbécil!». ¿Desde cuándo era necesario que nos aleccionaran durante horas sobre un tema como este? A lo mejor la decencia no es tan común después de todo, pensé mientras doblaba la última esquina antes de entrar en la enorme cafetería.

En cuanto vi a Sebastian, sentí un pequeño aleteo en el estómago. Cálmate, ¡tan solo tienes hambre!, me reprendí. No es que me hubiera quedado despierta la noche anterior pensando en lo que podría o no decirme la próxima vez que nos viéramos, pero cuando lo único de lo que fue capaz al pasar junto a mí fue una pequeña sonrisa y un asentimiento con la cabeza, me sentí furiosa de pronto. Solté un pequeño resoplido de forma involuntaria y puse los ojos en blanco, decidiendo en ese segundo que a lo mejor él debía ser quien tenía que ir a clases para tratar con pacientes, ¡porque era un imbécil!

No sé qué demonios esperaba de él. La verdad, no mucho. Tal vez algo más que el «no» que recibí de Collin cuando le pregunté si Sebastian iba a venir. Un mensaje, una llamada, algo... y tal vez algo más que un asentimiento en el pasillo cuando había sido yo quien le había pedido personalmente que viniera. Gilipollas pomposo.

Mientras murmuraba mi comentario poco amistoso, oí que se acercaba con pasos rápidos. Sabía que era él porque era yo quien lo había fulminado con la mirada cuando pasó a mi lado sin detenerse unos segundos antes, y me di cuenta de que el pasillo estaba totalmente vacío. También estaba diciendo mi nombre por segunda vez mientras se acercaba, seguramente porque no me molesté en darle la vuelta como quería que hiciera la primera vez que me llamó.

—¡Ava! —repitió—. Para... Mira, ¡lo siento! Soy gilipollas, lo sé.

No dije nada, sino que entrecerré los ojos un poco para confirmar lo que acababa de decir.

—Ahora que lo tenemos claro, me voy. Me muero de hambre.

Me giré para marcharme otra vez, pero él me sujetó el brazo y me giró con lentitud para que lo mirara. Ignoré por completo la sensación de cosquilleo que me producían sus dedos.

—Siento no haber ido a la fiesta —dijo mientras bajaba la cabeza para poder mirarme a los ojos.

—No te preocupes. Ya me dijiste que no estabas seguro de poder ir —respondí, calmándome en el mismo segundo al darme cuenta de que eso era lo que había pasado.

—Quería ir.

—De verdad, da igual —continué con voz más suave—. Pero no pases a mi lado como si fuera una extraña, ¿vale?

—Vale... extraña —respondió, con una sexy sonrisa en los labios.

Ya estaba retrocediendo, todavía de cara a él, cuando me dirigió esa sonrisa que siempre me hacía caer de culo, de forma figurada. Aunque estuve bastante cerca de hacer una demostración real si no me hubiera girado justo a tiempo para esquivar el cubo de la basura. Por poco...

Entré en la cafetería con una expresión de lunática en la cara. Lo sabía. Tomé aire para estabilizarme y examiné el enorme comedor monocromático en busca de alguno de mis coloridos compañeros de piso. Necesitaba una cara familiar en ese mismo momento. Vi una mano levantada por encima de todas las cabezas y supuse de inmediato que era para mí. Comencé a abrirme camino

entre las mesas abarrotadas hasta alcanzar la mano y la persona que había debajo. ¡Uf, es Emily! Lo último que necesitaba en ese momento era tener que explicar por qué había seguido una mano sin comprobar si conocía o no a su dueña.

—¿Dónde está tu comida?

Em me miraba como mirarías a una amiga que se hubiera colocado por primera vez y estuvieras tratando de calmarla y ayudarla a recuperar la lucidez.

Mierda, he olvidado por qué he venido. Comida.

Sin decir palabra, me levanté de la mesa y seguí mi camino anterior hasta la cola de la cafetería. Mientras esperaba, comencé a recuperar la compostura y a preguntarme de inmediato qué demonios me pasaba. ¿Qué mujer cuerda actúa así por un tío?

Sí, estaba bueno; sí, me había dado cuenta de que era muy listo incluso para el Northwestern Memorial Hospital; sí, había visto su tatuaje; y sí, ahora me gustaban oficialmente los tíos con moño. Madre mía, es el tío con el que soñaba con dieciséis años. Aun así, ¡tenía que controlarme! Me sentía como una idiota llorona cuando estaba cerca, y como trabajábamos juntos casi todos los días, preferiría no ser una idiota enfrente del tío por el que tal vez estaba pillada y en mi genial trabajo nuevo.

Con una bandeja llena de comida (¿cómo voy a comerme todo esto?), volví a la mesa. Otra vez. Me senté junto a Emily con algo más de confianza que antes. Estaba segura de que mi expresión era casi normal en ese momento.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Tal vez no.

—¿Qué quieres decir? —Me hice la tonta—. Estoy bien, solo tengo mucha hambre.

—¿Te sueles poner tan roja cuando tienes hambre? Porque parece una reacción extraña, y un poco... curiosa, la verdad.

Me miró como si su cara estuviera a punto de dividirse en dos por su sonrisa. En ese momento, decidí decírselo.

—Creo que podría gustarme alguien —dije, con el hambre ya olvidada, bajando los hombros.

—Sebastian, ¿eh?

Sonaba como una pregunta, pero por cómo me miraba, parecía muy segura de lo que decía. Mis ojos tenían que estar saliéndose de las órbitas.

—¡Dios mío! ¿Tan evidente es?

Bueno, si Emily, que estaba tan ocupada mirando a Collin que no se enteraba de nada, se había dado cuenta, creo que no era nada descabellado suponer que Sebastian y probablemente todo el maldito hospital ya lo sabrían.

Em vio la mirada de terror que debía de tener mientras llegaba a mi conclusión y comenzó a reírse.

—¡Tranquila, nadie lo sabe! —dijo—. Solo lo suponía porque al parecer cualquier chica dentro o cerca de este hospital ha estado pillada por él en algún momento.

Puse los ojos en blanco.

—¡Genial! ¡Ahora soy una oveja!

Una oveja celosa, incluso. Lo que acababa de decir sobre todas las chicas se pillaran por Sebastian hizo que el corazón me cayera hasta el estómago al instante, y desde luego no había espacio ahí para ambas cosas. Oh, ¡estoy en un buen lío!

—Venga ya, no seas tan dura contigo —dijo—. Sin duda ese tío tiene algo. No puedo explicarlo bien, pero madre... ¡qué bueno está! No te creas que no me he fijado.

Me guiñó un ojo.

—Me siento como una idiota —admití—. Vine porque quería ser doctora. ¡Una doctora genial! ¿Y en unas semanas ya me he pillado por alguien?

Estaba decepcionada conmigo misma.

—Ya lo has dicho, solo estás pillada. Se te pasará en cuanto te des cuenta, al igual que todas las demás, de que no solo no está disponible, sino que es totalmente inconsciente de la población femenina. Oye, ¡a lo mejor es gay! ¿Eso te haría sentir mejor?

—Probablemente —respondí—. Pero no lo es. Ya he preguntado...

Dejé caer la cabeza sobre las manos, avergonzada.

Emily comenzó a reír, con su cuerpo haciendo temblar la mesa entre nosotras.

—¡No puede ser!

Ahora estaba echando atrás la cabeza a causa de la risa. Sin levantar la mía de entre las manos, asentí mientras ella se reía todavía más fuerte.

—Ya está, ¡no voy a contarte nada más! —dije, enfadada.

—Lo siento, te juro que no me estoy riendo de ti. Es que la situación es muy graciosa.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie. No quiero que se entere.

—Sabes que no lo haré —dijo, y entonces pensó durante un segundo y

continúo—: Bueno, no lo sabes. Pero lo sabrás, y no lo haría.

—Gracias. —Le dirigí una sonrisa de aprecio—. Veo que se acerca Miles, ¿te parece si cambiamos el tema al tostón que han sido las clases para tratar con pacientes? —pregunté.

—Claro, ¿por qué no? —contestó y, como si nada, continuó con el siguiente tema como si lleváramos un buen rato hablando de ello—. En serio, voy a necesitar caféina en vena después de esto —dijo justo mientras Miles se sentaba entre nosotras. Me guiñó un ojo, y necesité todo mi autocontrol para no romper a reír.

—Estáis hablando del entrenamiento, ¿eh?

Em sonrió y me miró levantando las cejas con aire conspiratorio, mientras yo negaba lentamente con la cabeza. Estaba claro que aquel era el inicio de una bonita amistad. Es una chica genial.

Setenta y cinco, setenta y seis, setenta y siete. Tardé unos setenta y siete segundos en llegar desde el ascensor hasta el laboratorio, donde tendría que esperar a saber cuántos segundos por los resultados de laboratorio de mi paciente.

Apoyada contra una pared con un auricular del iPod en la oreja, cantando en voz tan baja que pensaba que solo los perros podían oírla, había estado esperando los resultados durante tal vez cinco minutos cuando un dedo me tocó el hombro izquierdo. Dejé de mover la cabeza de inmediato. No me preguntes cómo sabía que era él. Tal vez porque mis amigos eran de todo menos sutiles, y cada vez que me veían prácticamente me saltaban encima, o tal vez porque mi corazón comenzó a ahogarme para llamar mi atención, y sé con seguridad que eso solo pasa cuando Sebastian está cerca. Así que me di la vuelta. Se había apoyado en la misma pared, justo detrás de mí, con las cejas algo elevadas. Era evidente que estaba disfrutando del espectáculo.

—Hola —dije. Me ardía la cara.

—Hola —respondió con ojos divertidos—. Por favor, no te cortes por mí. Tan solo quería que supieras que estaba aquí para que no te diera un infarto.

—Muy considerado por tu parte. ¿Cuánto llevas escuchando mi concierto privado?

—No mucho; tan solo he podido oír esa canción. Tienes una voz genial.

—Así que esa es tu cara cuando mientes. Está bien saberlo —repliqué entre risas—. ¿Estás esperando un resultado?

—No, estaba pasando y te he visto. De hecho, te he visto y te he oído.

—Ay, Dios. —Me llevé las manos a la cara para ocultar mi vergüenza—. ¿Tan alto cantaba?

—No, es que me acerqué —dijo con una expresión mucho más seria en la cara que la que correspondía a su frase—. Pero, en serio —continuó—, tienes una voz muy bonita.

—Gracias —dije, disfrutando de cómo me miraba ese guapo mentiroso.

—No muchos pueden cantar Free Bird como lo hacen Lynyrd Skynyrd, pero tú no lo hacías mal. Así que deja de mirarme como si no me creyeras —añadió, riendo con suavidad. Sí, ¡yo también lo he oído llorar! Y ahora, ¡deja de ahogarme! Mi corazón es un cursi—. ¿Qué más te gusta cantar? —preguntó con esa mirada seria que a veces me dirigía.

—Me gusta cantar cualquier cosa, es solo que mi voz no está hecha para cantar. Normalmente no hay nadie escuchando, así que lo hago y ya está. Me alegra informarte de que este ha sido mi primer concierto. ¡Gracias por venir!

—Avísame cuando sea el siguiente —dijo—. Quiero ir.

—¿Qué escuchas tú? ¿O también te gusta cantar mal?

Me moría por descubrir algo sobre él, cualquier cosa.

—Toco un par de instrumentos, y no tarareo muy mal.

Era gracioso incluso con el ceño fruncido.

En ese momento, Jane apareció. Era una residente rubia de segundo año con piernas larguísimas que siempre se paraba a darme una breve descripción de su día (no sabía si le daba vibraciones de amigas desde la guardería o si lo hacía con todo el mundo). El comportamiento de Sebastian cambió en un instante. Se puso recto, su actitud normalmente tensa reapareció y, sin hablarle a Jane, le asintió con la cabeza, me dirigió un «nos vemos» apenas audible y se marchó. Jane no parecía molesta por su comportamiento; debía de estar acostumbrada.

—Dios, estoy agotada —dijo con un bostezo—. Hoy habría sido un gran día si no fuera porque mi amiga Sara, ya la conoces —en realidad no— se hubiera ocupado de sus asuntos. Siempre tiene «palabras de sabiduría» para mí. —Dibujó unas comillas en el aire mientras ponía los ojos en blanco—. Me empieza a poner de los nervios, ¿sabes?

Ah, que está esperando que le responda.

—¡Hola, Jane!

¿Qué posibilidades hay de que se dé cuenta de que ni siquiera me ha saludado?

—¡Hola! —respondió con una sonrisa, olvidando ya su pregunta anterior—. ¿Estabas hablando con Sebastian?

—Sí.

—Tenéis un paciente en común —dijo; no era una pregunta—. Qué suerte.

—No tenemos ninguno, solo estábamos hablando.

—¿En serio? —Sus cejas estaban tratando de llegar hasta su pelo—. Vaya, en los dos años que llevo aquí, nunca lo había visto hablar con una mujer. Solo con su amigo, el rubio buenorro; no recuerdo su nombre...

—Collin —dije, pero me di cuenta de que ya no era consciente de mi presencia.

—...o el personal del hospital. Créeme, lo sé —añadió, mirándome por primera vez—. Parece que le ha dado... por ti.

Si no fuera tan ilusa, su forma de decirlo me habría herido los sentimientos. Pero era evidente que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, y no me sorprendía, viendo lo egocéntrica que parecía.

Amaba a Em por lo oportuna que era siempre. Mientras se acercaba, Jane dio un paso atrás, se despidió y se marchó. Me pregunto qué le habrá dicho Emily. Ha debido de pillarla en un mal día...

—¡Gracias! —le dije.

—De nada —respondió, sabiendo con exactitud de lo que hablaba—. Esa chica es agotadora.

Mientras volvíamos tras recibir los resultados del laboratorio que estábamos esperando, Em y yo nos detuvimos frente al ascensor. Ella porque estaba esperando a que llegara, y yo porque vi a Sebastian al final del pasillo, con una mano en el pelo, hablando con Collin.

En cuanto la mirada de Emily siguió la mía y llegó hasta los chicos, Collin dijo algo que hizo reír a Sebastian, y este se quitó la mano del pelo. Sin pensar demasiado en lo que estaba diciendo y sabiendo que Em sabía que me gustaba, pregunté distraída:

—¿Cómo puede sonreír así alguien y que todavía parezca afligido?

—A mí me parece feliz —respondió ella, confusa, con la mirada todavía en ellos.

—No lo está —dije mientras sonaba el ascensor, poniendo fin a la conversación. Tampoco planeaba explicarme más, y sabía que Em no iba a presionarme para que lo hiciera. Y, aun así, no estaba segura de lo que diría;

cómo contarle la forma que tenía a veces Sebastian de mirarme, como si me permitiera ver el dolor detrás de sus ojos.

Capítulo 6

Mi cumpleaños era en un par de días. La verdad es que me había olvidado de que se acercaba la fecha hasta que Paige me preguntó al respecto una noche que estábamos todos cenando en el apartamento. Aunque Miles se había ofrecido a cocinarnos algo, decidimos darle un descanso al pobre y pedir comida china. El aroma llenaba todos los rincones del apartamento.

—Ava, ¿no me dijiste una vez que eras Leo? —me preguntó, todavía masticando su comida.

—Sí... ¿por?

Incluso en ese momento no sabía adónde quería ir con esa pregunta.

Levantó las cejas y me dio un codazo para ver si lo comprendía. Al verme igual de confusa, continuó:

—Ya llevamos unos días de agosto...

—Por favor, ¡no me digas que nos hemos perdido tu cumpleaños! —dijo Emily, con una mirada parecida a la que me solía dirigir mi madre cuando me metía en problemas.

—No, tranquila —respondí—. Pero se me había olvidado, la verdad.

—¿Y bien? —preguntó Miles, dejando de comer junto a las demás mientras me miraban—. ¿Cuándo es?

—El nueve. ¿Podéis continuar con la cena? —Señalé sus platos—. Estáis haciendo que me plantee parar yo también, y la verdad es que no quiero.

Los tres me ignoraron al instante y comenzaron a hablar como si ni siquiera estuviera ahí. Y, dado que así era, supuse que bien podía seguir comiéndome mi cena.

—Es pasado mañana —dijo Paige, mirando a Emily y Miles con la cabeza alternando entre ambos una y otra vez.

—El domingo —replicó Em—. Todavía queda tierno.

Ahora era el turno de Miles de mover la cabeza, solo que estaba asintiendo ante lo que acababa de decir Emily. Los estaba mirando con el cuenco bajo la barbilla, disfrutando de la cena y del espectáculo. Entonces me di cuenta de lo que acababa de decir Emily sobre tener tiempo.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Tiempo para qué?

—Tu fiesta de cumpleaños, claro —respondió Paige.

Los otros dos me miraban como si otra vez no me diera cuenta de lo evidente.

—Nooo, ¡no! ¡Nada de fiestas este año! En serio, chicos.

Me levanté de la silla para que vieran lo serio que hablaba.

—¿Por qué no? Estaremos encargados de ocuparnos de todo —dijo Emily—. Tú solo tienes que venir. Y como vivimos juntos, eso significa que solo tienes que meter el culo en esos vaqueros ajustados tuyos y salir de tu habitación.

—Sois muy majos, pero la verdad es que no estoy de humor para fiestas este año. Los veintiséis no suenan muy impresionantes, la verdad.

Traté de sonreír en su dirección para que no se sintieran decepcionados por mi falta de entusiasmo.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —Miles fue el primero en aceptar mi negativa—. ¿A lo mejor una cena, solos los cuatro?

—No me digas que eres de las que se encierran en su cuarto a llorar por su juventud perdida —dijo Emily, mirándome con una cara casi asqueada.

—Dios, ¡no! —respondí ente risas—. No soy de esas. Me encantan mis cumpleaños, y aprecio cada año que sumo a mi edad.

Y como comparto edad con Ally, supongo que si lo piensas solo tengo trece años. Tal vez debería empezar a compartir algunos de estos detalles sobre mi vida con mis amigos.

Lo haré. Pronto. Pero ahora no.

—¡Perfecto! Una cena entonces. Tendrás que estar aquí el domingo. Ya te diremos la hora, y ponte algo bonito. Nosotros nos ocupamos de lo demás.

Paige sonaba sorprendentemente emocionada para estar hablando de una cena. Pero era agradable, y su emoción se nos pegó un poco a todos.

—Gracias, chicos —dije, no muy segura de si un abrazo sería demasiado, pero decidí probar de todos modos. Mientras abrazaba a Paige, que era quien más cerca estaba, Em y Miles se unieron a nosotros. ¡Abrazo en grupo! ¡Mola!

Llevaba mucho tiempo sin pasar el día paseando por Chicago. Me encanta esta ciudad. Como era sábado y por fin tenía un día libre, quería hacer una lista de todas las cosas turísticas que me gustaban y tachar todas las posibles antes de que el hambre me obligara a volver a casa y suplicarle a Miles que cocinara algo. Em también estaba libre, pero tenía que ir a recoger a Lana a su apartamento y visitar a unos familiares que tenían en la ciudad.

Lo tenía todo planeado, y estaba a punto de salir del apartamento con un bagel de emergencia en una mano y la lista de cosas que quería ver en la otra cuando Emily me detuvo y procedió a convencerme de que «por favor, por favor, por favor» cambiara mis planes, porque «¿no molaría dedicarle un día y hacer todas las cosas de la lista los cuatro juntos?». Continuó:

—Ya sabes que Paige y Miles todavía han podido ver la ciudad, salvo por el bar al que fuimos antes de venir a este piso, y el viaje en el camión de mudanza. No tienen ni idea de lo que hay ahí fuera.

Era una manipuladora profesional.

—¡Vale, vale! Deja de hacerme sentir como una mierda. Iremos los cuatro —acepté mientras ella me dirigía una sonrisita, claramente orgullosa de sí misma—. Tan solo iré al planetario y a leer un libro en la playa.

Mientras me giraba para buscar un libro en mi habitación, la oí susurrar:

—Soy la mejor.

—¡Pues sí! —grité por encima del hombro.

Su risa reverberó por el pasillo mientras entraba en mi habitación. Cogí un libro que llevaba un tiempo en mi pila de pendientes y me apresuré a salir antes de que Emily volviera a usar sus poderes sobre mí. Quién sabe de qué sería capaz de persuadirme.

Jamas se lo admitiría a la cara, pero el hecho de que me convenciera para no recorrerme la ciudad en mi único día libre era lo mejor que podía haber hecho por mí. Quedarme en la playa leyendo un libro con los codos hundiéndose lentamente en la arena caliente, resultó ser una gran sorpresa de la mejor forma posible, justo lo que necesitaba. Por primera vez desde que me había mudado aquí, sentí que me relajaba de verdad. Casi podía sentir los niveles de vitamina D subiendo bajo mi piel expuesta al sol, haciéndome verlo todo de color de rosa, sintiéndome alegre.

Cuando el sol comenzaba a ponerse, me faltaban unos capítulos para terminar el libro y estaba sollozando en la playa como un bebé. La reacción era justo lo que exigía de un buen libro: un llanto saludable o unas buenas risas. Aquel tenía ambas.

Doblé la toalla que había sido mi cómoda compañera durante el día y volví a casa. El apartamento estaba vacío cuando llegué, así que me aproveché del hecho de que Emily seguía con su familia para darme un largo y jabonoso baño de burbujas que hizo que se me arrugaran los dedos. Me terminé el libro mientras me relajaba con una pierna fuera de la bañera. Ha sido un sábado impecable. Hacía mucho tiempo.

El domingo me levanté antes de la alarma, cosa que no solía pasar mucho. Las repercusiones del sábado perfecto parecían seguirme durante el domingo. Y, como era mi cumpleaños, ¿quién era yo para negarme a ese excelente comienzo?

No planeaba contarle a nadie del hospital lo de mi cumpleaños, y también había advertido a Paige, Emily y Miles, así que no debería haber riesgo. No me gustaban mucho las situaciones en las que era el centro de atención.

Me di una ducha y dediqué algo más de tiempo a mi aspecto. Nada llamativo, tan solo una sutil toque de lápiz de ojos antes de ponerme el rímel habitual, una pincelada de colorete y un poco de brillo de labios con sabor a cereza. Tenía el pelo rizado, no de esos de los anuncios que ansían todas las chicas de pelo liso, sino de una forma más caótica. El día anterior tuve que usar rulos para convencerlo de que se comportaba, al darme cuenta de que no iba a tener tiempo de hacerlo antes de la gran cena. Tendría suerte si regresaba a tiempo para ponerme algo decente y no comer con la bata.

Antes de salir por la puerta, decidí al instante que estaba de humor para un buen smoothie fresco. Si no tuviera turno, tal vez habría estado de humor para correr. Hum... un smoothie y correr. Me reí en silencio de mí misma. Debía de estar de mejor humor de lo que pensaba.

Mientras entraba en el hospital, comencé a recibir atención indeseada, y no solo por parte de la población masculina. Tal vez el maquillaje no fuera una idea muy inteligente. ¿Me he puesto demasiado? Preocupada, busqué el baño más cercano para poder recogerme el pelo en una coleta y quitarme parte o todo el maquillaje cuando vi que Emily y Lana se acercaban.

—Vaya, Ava, ¡estás genial! —dijo Lana—. ¡Me encanta tu pelo!

—Gracias —respondí, ruborizándome de inmediato y buscando el maldito baño.

—¡La verdad es que estás genial! —Emily me miró y se sorprendió por mi falta de entusiasmo ante sus cumplidos—. ¿Qué estás buscando?

Comenzó a escanear el pasillo al igual que yo.

—Necesito un baño. Creo que me he pasado con el maquillaje.

—¡Estás loca! Si casi ni se nota. Yo llevo más que tú, y ni siquiera es mi cumpleaños.

Susurró las dos últimas palabras, con una mano situada dramáticamente los labios.

—Pero me siento como si me estuvieran mirando.

—Creo que hoy es la primera vez que me he fijado en tu pelo, siempre te

lo ocultas. Así que seguro que esa es la explicación.

—Bueno, no puedo afeitarme la cabeza —dije mientras ellas empezaban a reír—, así que podría disfrutarlo. —Después de todo, era mi día, y el pelo debería tener una oportunidad de abrazar su libertad. Aunque solo fuera una vez al año—. Gracias. Supongo que seguiré así.

Me sentía un poco aturullada mientras me admitía a mí misma que tal vez había exagerado.

Para la hora del almuerzo, no solo me había acostumbrado a las sutiles miradas y sonrisas, sino que casi había olvidado a qué se debían. Estaba tan ocupada que ni siquiera me fijaba ya en mi reflejo en los espejos y las ventanas, como había hecho durante buena parte de la mañana. Y no sabía de dónde venía eso, pero casi podía decir que no estaba tan mal. A lo mejor podía acostumbrarme a ser parte menos visible de mí misma. Me pregunté si sería así como se sentía Ally todo el tiempo.

Cuando decidí dejarme el pelo suelto, la verdad es que no esperaba que lo maltrataran. Mientras la mano salía por la puerta, me agarraba por la cintura y me llevaba dentro, tuve una batalla interna sobre qué hacer a continuación. ¿Serviría de algo gritar para pedir ayuda? ¿O darle una patada a la persona que había decidido que la mejor forma de obtener mi atención era darme un susto de muerte? ¿Por qué no comprobé la posibilidad de que me violaran en el hospital antes de meterme en este trabajo?

En una fracción de segundo, decidí que lo mejor sería ver primero quién era ese tío antes de darle una patada en la espinilla (sí, me había dado cuenta de que era un hombre). Lo primero en lo que me fijé fue en la habitación donde estaba, un cuarto de suministros. Menudo cliché. Más le vale a este tío que tenga una buena razón para meterme aquí, o el sonido de mis gritos va a ser supersónico en tres, dos...

—Ava, soy yo —dijo—. Siento haberte agarrado.

—Bueno, yo, mis ojos todavía se están adaptando a la oscuridad, así que... —Me detuve al darme cuenta de que su olor debería haber sido la primera pista. El vello erizado de mi cuerpo era la segunda, y la más concluyente—. Sebastian —dije mientras me daba cuenta y mis ojos se clavaban en su rostro. Estaba mucho más cerca de lo que esperaba, mirándome la cara como si no pudiera decidir en qué facción fijarse primero.

—No, no puede ser interés lo que veo; seguro que sus ojos solo se están adaptando a la oscuridad. Aunque quién sabe cuánto tiempo lleva aquí escondido.

—Estás... —dijo, y sus ojos hicieron un barrido rápido e involuntario por mi cara, mi pelo, mis labios, y acabaron en mis ojos—. Bien.

Aunque esperaba algo más que un «bien», el corazón me dio un vuelco en el pecho, tomándome por sorpresa. Debía de haberse fijado en sus ojos sobre mis labios un segundo más de la cuenta.

—Gracias. ¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté.

Él dio un pasito hacia atrás y rio entre dientes, lo cual decidí al instante que era un regalo de cumpleaños bastante bueno.

—Lo siento, necesitaba un momento contigo sin interrupciones y este es el único lugar que se me ocurría. Vengo aquí de vez en cuando si estoy abrumado. Es mi pequeño secreto.

Todavía me estaba mirando como si me fuera a largar en cualquier momento. Pero no estaba pensando eso, en absoluto. En realidad estaba pensando en mi segundo regalo de cumpleaños: el hecho de que no solo me había hablado de su escondite secreto, sino que estábamos aquí, tan pegados que si fuera claustrofóbica y me desmayara, no tendría otro lugar donde caer más que sus brazos. Hum... a lo mejor sí que soy claustrofóbica. Huele demasiado bien. Como mi canción favorita. La fragancia inunda mi corazón y mi mente. Y ahora estoy hundida hasta las rodillas, sin ningún deseo de salir de ahí.

Tratando de controlar mis latidos enloquecidos, temerosa de que se diera cuenta de lo que me provocaba estar tan cerca de él, hice mi siguiente pregunta con tanta tranquilidad como pude.

—¿Es un día especialmente difícil para ti?

Ya sabía la respuesta por cómo su sonrisa iluminaba toda su cara.

—No, la verdad es que es un día muy bueno —dijo. Metió la mano en el bolsillo de su bata blanca y sacó una cajita azul. Mi ceño fruncido le hizo explicarse con palabras—: ¡Feliz cumpleaños!

Sus palabras me robaron un latido. ¿Cómo lo sabe? Me quedé mirando su mano ligeramente estirada, tratando de decidir cuál debía ser la siguiente pregunta coherente. Aunque la coherencia era solo una esperanza; no estaba segura de ser capaz de ello todavía.

¡Empieza dando las gracias, Ava!

—¡Gracias —dije, y tomé la caja de sus manos—. Pero, ¿cómo lo

sabías? Nadie sabe...

Creo. Mi primer pensamiento fue hacia mis compañeros de piso, que estarían en un lío muy gordo si se lo habían contado a todo el mundo cuando había pedido específicamente un poco de privacidad este año. Pero eso no tenía sentido, porque estaba claro que Sebastian había tenido tiempo de comprarme algo, así que debía de saberlo desde hacía un tiempo. Dios, ¡espero que no sea un acosador! Estoy disfrutando mucho de estar pillada por el momento, ¡que no se termine por esto!

Sebastian me estaba mirando con una sonrisa juguetona en los labios, de las que parecían a punto de dar paso a una gran sonrisa en HD. Parecía como si estuviera siguiendo la vergonzosa cadena de pensamientos que tenía lugar dentro de mi cabeza.

—No puedo decirte cómo lo sé sin meter a alguien en problemas, pero créeme cuando te digo que no soy un acosador. —¿Qué demonios? ¿Cómo podía saber que estaba pensando en eso? ¿Tan transparente soy? Porque si es así, debería dejar de avergonzarme en este hospital, irme a la playa y comenzar una carrera como mimo—. Esperaba que se lo contaras a más gente para poder dártelo sin tanto lío, pero no lo hiciste... y de verdad quería que lo tuvieras —continuó—, llevando la mano derecha a la parte posterior de su cabeza, lo cual lo hacía parecer un tanto avergonzado.

—No pasa nada; en realidad no me importa que lo sepas. —Y era verdad—. Solo estaba sorprendida, pero para bien. —Le sonreí, y él pareció relajarse. Tras una pausa, añadí—: ¿De verdad no me vas a decir cómo lo sabes?

—Lo haría, pero fue accidental, y la que me lo dijo me hizo prometer que no se lo diría a nadie. Tiene miedo de perder su trabajo, así que...

Se encogió de hombros para terminar la frase.

«La que me lo dijo». Una chica... Ni siquiera quería saber cómo se le podría haber escapado por accidente, pero comencé a imaginar toda clase de «situaciones» en las que una chica podría irse de la lengua de repente. Aquel pensamiento fue como un escudo para la ráfaga de sentimientos que experimentaba cerca de ese hombre. Por supuesto que tenía a alguien. A lo mejor no salía con nadie de forma pública, pero tampoco era un monje. ¡Maldita sea! Hasta este mismo segundo, era un monje para mí.

Miré la caja azul y, por inquietante que hubiera sido mi último pensamiento, seguía queriendo ver el regalo que me había hecho. Incluso aunque mi cumpleaños hubiera sido de conocimiento común, no habría

esperado que se tomara el tiempo de comprarme nada.

—¡Ábrelo! —dijo, claramente emocionado, y se volvió a pasar una mano por el pelo. ¿Emocionado o nervioso?

El último pensamiento intrusivo (y solo un poco celoso) ya había desaparecido de mi mente, así que sonreí ante la graciosa expresión de su rostro y abrí la caja. Dentro había una grapadora pequeña y gorda. Como si una mamá grapadora hubiera dado a luz al bebé grapadora más grande del mundo. ¿Qué demonios...? El ceño que sentía frunciéndose en mi rostro le hizo reír mientras me la tomaba de entre las manos, la abría y comenzaba a explicar.

—No es una grapadora —se apresuró a decir. Todavía estaba riendo—. ¡No estoy compitiendo por el regalo más cutre del año!

—Si fuera así, habría preferido un boli —dije.

Necesité un minuto para recomponerse antes de poder explicarme de qué iba la grapadora gorda bebé. Comencé a reír con él, claramente no porque comprendiera qué tenía tanta gracia, sino porque su risa era infecciosa. Y, como casi nunca ocurría, lo estaba disfrutando más de lo que debería.

—Lo siento, ya está —se disculpó.

Pero en realidad no había terminado. Seguía intentando recobrar el aliento mientras se secaba una lágrima perdida del ojo izquierdo. Quiero quitarle esa lágrima con un beso, aunque solo esté ahí por reírse por mi reacción.

Todavía seguía negando con la cabeza por dentro para escapar de mi último pensamiento indeseado cuando dijo:

—Hacía años que no me reía así. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! No es una grapadora. Es para hacer púas.

Volví a fruncir el ceño. Sé lo que es una púa, y sé lo que significa «hacer», pero sigo sin tener ni idea de lo que quiere decir. Sus ojos seguían clavados en mí, cómo si estuviera divirtiéndose un montón viéndome llegar a mi conclusión.

—¿Eso existe? ¿De verdad hace... púas? ¿Púas de guitarra?

Él sonrió y me miró a los ojos un poco más de tiempo de lo que esperaba antes de responder.

—Sí, eso es. Mira, te lo voy a enseñar. —Metió la mano en otro de sus bolsillos, sacó una tarjeta de crédito, tomó la grapadora bebé, colocó la tarjeta entre sus «fauces» y la apretó antes de que yo pudiera decir nada.

—Dime que es una tarjeta vieja —farfullé.

—Para o me empezaré a reír otra vez. —Sus ojos estaban tan... felices. Me encantaban las pequeñas arrugas a su alrededor cuando sonreía. Y como eso no parecía pasar muy a menudo, me estaba fijando en ellas por primera vez. Me puso la púa en la mano y decidí al instante que me la quedaría. Por alguna razón, quería esa en particular—. Sirve para casi cualquier cosa hecha de plástico... tarjetas, tapas, lo que sea —añadió, y dejó de hablar al darse cuenta de que lo estaba mirando.

—Sé que lo he dicho muchas veces ya —dije, tratando de explicar mi mirada—. Pero, ¿cómo lo sabías?

—¿El qué? ¿Que necesitabas púas? —Sonrió como si fuera evidente—. Vi tu guitarra cuando os ayudé en la mudanza, y yo siempre pierdo las mías, así que...

Dejó la frase inconclusa.

—¿Tocas la guitarra? —pregunté.

—Sí. Me sorprendió que tú también lo hicieras. Pero me dio la idea para tu regalo, y también me compré una para mí.

—Podría haberla compartido, ¿sabes? Pero gracias. Es... muy considerado. Ni siquiera sabía cuánto necesitaba esta grapadora bebé.

—¿Grapadora bebé?

Me dirigió una clase nueva se sonrisa. ¿Cuántas tiene? Voy a tener que buscarle un nombre a esta... sin duda se merece un nombre.

Mi sonrisa de cumpleaños.

Sebastian levantó la mano izquierda del bolsillo durante un segundo, pero volvió a dejarla caer de inmediato. Su cambio repentino de humor me hizo preguntarme lo que habría pasado para que me miraba así, pero entonces habló otra vez.

—La «grapadora bebé» no es tu único regalo. Mira en la caja; hay algo más ahí.

Volqué la caja y una púa morada cayó en mi mano. La sostuve entre los dedos y la miré más de cerca, pues había notado un patrón extraño en ella. Le pasé la uña por encima y noté unas líneas delgadas y superficiales. Además, era muy ligera, y más delgada que mis otras púas.

—La textura es extraña —dije—. Me siento como si debiera saber de qué está hecha.

Básicamente estaba hablando para mí misma, todavía mirando con atención la púa morada.

—La hice con un vinilo viejo —contestó en voz baja, como si la frase

ocultara algo más profundo tras ella.

—¿Cuál? —pregunté, curiosa por descifrar el significado de lo que acababa de decir.

—Purple Rain, uno de mis favoritos.

Parecía un poco nervioso o avergonzado, no estaba segura de cuál de las dos. Por alguna razón, no podía contarle con palabras cuánto significaba para mí esa púa de aspecto extraño. No solo había descubierto otra pieza de su puzle, sino que era una pieza que podía encajar con facilidad en mi propio puzle.

Me puse de puntillas y lo abracé, sin preocuparme de que estuviera dispuesto a dejarme o no.

—Gracias, ¡me encanta! —dije. Mi voz sonaba baja, oculta tras mi propio brazo. No estaba segura de si podría abrazarlo otra vez sin delatar mis sentimientos, así que me aproveché de ese momento y cerré los ojos, disfrutando de su pecho subiendo y bajando con rapidez contra el mío.

—De nada —respondió, sorprendido por el abrazo espontáneo, pero aun así capaz de rodear mi cintura con los brazos y devolverme el gesto. La presión a mi alrededor permaneció cuidadosamente suave hasta el segundo en que decidí poner algo de distancia entre nosotros, por si acaso se sintiera incómodo. Fue entonces cuando sus brazos me rodearon por completo y me abrazó de verdad, con la nariz en mi pelo. Durante dos segundos, hasta que se aclaró la garganta y dio un paso atrás. Aun así, esos dos segundos dejaron una huella en mi cuerpo, una que sabía que no sería capaz de olvidar en un futuro cercano.

Cuando entré en el apartamento y comprobé el reloj que había justo encima de la entrada, me sentí emocionada ante la posibilidad de darme una ducha y ponerme algo bonito para la cena que me habían preparado mis amigos. Con eso en mente, dejé el bolso en el suelo y casi corrí hacia mi habitación en un intento de darme prisa y estar lista antes de que todos llegaran.

Casi me tropecé con la mesa de comedor hermosamente decorada que ni siquiera sabía que tuviéramos. Por lo general comíamos en la isla de la cocina, que era lo bastante grande para los cuatro. Por poco. Pero de todos modos nos gustaba que fuera íntimo. ¿De dónde ha salido esta mesa? ¿Y qué es ese olor tan apetecible? Me resulta muy familiar...

En un movimiento rápido y terrorífico, Miles, Paige y Emily saltaron desde detrás del sofá y me dieron un susto de muerte.

—¡Feliz cumpleañosooooos! —me gritaron todos al oído mientras me abrazaban en grupo.

—¡Graciaaaas! —contesté, incapaz de ocultar la enorme sonrisa que amenazaba con partir mi cara por la mitad—. ¿Os dais cuenta de que me habéis sorprendido con una cena de la que yo ya sabía? Casi nada.

Nuestra risa estaba comenzando a mezclarse y vibrar entre nuestros cuerpos todavía unidos, sin que el abrazo grupal permitiera que ninguna de las vibraciones parara tras recorrernos y acariciarnos a todos de forma sucesiva. La sensación nos hizo reír todavía más fuerte.

—Tienes exactamente diez minutos para ducharte y cambiarte mientras terminamos la comida —dijo Em cuando el grupo se disolvió, y me dio una palmada en el culo—. ¡Venga, venga!

—Gracias. No sabes cuánto necesito una ducha. ¡Enseguida vuelvo! —dije, y volví a correr hacia mi habitación. Antes de llegar, me giré una vez más y grité—: ¡Graciaaaas, chicoooooos!

Todos se estaban riendo mientras cerraba la puerta de mi habitación detrás de mí.

Sorprendida de que mi pelo y mi maquillaje estuvieran mucho mejor de lo que esperaba, me recogí el pelo para no estropeármelo en la ducha y me metí dentro, asegurándome de que el agua no me llegara a la cara. Parecía un perro, luchando con desesperación de la necesidad de huir del baño obligatorio. Aunque mientras sus orejas sigan secas no lo hacen, así que hice lo posible por no mojarme las mías.

Aunque el recibimiento de bienvenida al llegar había sido breve, me había fijado en lo guapos que estaban todos. Ninguno llevaba su «uniforme casero», como Miles llamaba a sus pantalones cortos. Me puse los vaqueros negros ajustados y una camiseta de un rosa pálido que parecía lo que habrían elegido los vaqueros si tuvieran cerebro. U opinión sobre lo que me pongo.

Entré en el salón sintiéndome mucho mejor conmigo misma, y oliendo bien. En cuanto vi la mesa de la cena, se me salieron los ojos de las órbitas. Me di cuenta enseguida de cuál era ese olor familiar que había notado en cuanto el susto de mis amigos permitió que mis sentidos recobraran la compostura e hicieran su trabajo. Era la receta del pollo de mi abuela con salsa agria de cereza; una de mis favoritas y la comida casera definitiva. Todos me estaban mirando, claramente observando mi reacción.

—¿Cómo...? O sea, ¿cómo demonios lo sabíais? No solo que es mi plato favorito, sino... ¿cómo habéis encontrado la receta?

Estaba mirando la mesa con los ojos muy abiertos mientras todos tomábamos asientos. Llevaba años sin comer eso, desde la última vez que fuimos a Oregón para visitar a mi abuela. Siempre recordaba prepararlo cuando yo iba. Dios, ¡echo de menos a mi abuela! Su madre era parte checa, así que la afinidad por las combinaciones de comida salada y dulce eran bastante fuertes en nuestra familia. Me encantaba. Era el sabor de mi infancia.

—Puede que hayamos llamado a tu madre —admitió Paige con una sonrisita en los labios. Si había aprendido algo ese día, era que mis amigos no tenían límites. Los adoraba por ello.

—Ni siquiera quiero saber cómo habéis conseguido su número —respondí, apenas capaz de ocultar mi risa.

—Nos pasamos medio día hablando con ella, es genial —dijo Miles—. Mola más que mi madre, eso seguro —añadió con una pequeña punzada de decepción en la cara.

—Sí, es la mejor —asentí.

—Dijo que te llamaría después de la cena. Parecía un poco triste, pero le dije que no se preocupara, que no te dejaría olvidarlo —añadió Emily.

Probablemente habría sentido el evidente dolor de mi madre y lo habría atribuido a la distancia que había entre nosotras. No podía saber que mi cumpleaños siempre traía consigo algo de dolor. Pronto podré decir que he vivido más sin Ally en mi vida que con ella a mi lado. Parecía irreal.

¿Alguna vez desaparece de verdad esta clase de dolor? ¿O simplemente encuentra la forma de mezclarse con los demás aspectos de tu vida y se queda ahí, oculto, haciéndote pensar que a lo mejor os habéis vuelto menos enemigos hasta que un día decide asaltarte por detrás, lanzarte de forma violenta contra la pared y golpearte una y otra vez?

Para no tener que explicar las lágrimas que sentía formándose tras mis ojos, di un sorbo del vino tinto que mis amigos habían puesto frente a mí y dejé que pensarán que tan solo echaba de menos a mi familia. Lo cual era cierto. Pero sabía que uno de esos días tendría que contarle a mis nuevos amigos la historia que realmente no quería recordar. Era lo justo. Yo sabía casi todo sobre ellos y sus familias, y admitirlo iba a salvarme algún día de explicar que no estaba loca.

—Os va a encantar este plato —dije con una sonrisa falsa que pronto sería auténtica. —Los sonidos que comenzamos a producir en cuanto

comenzamos a comer me hicieron sonreír al principio y romper a reír poco después—. Menos mal que nadie nos está escuchando. Sonamos muy... inapropiados —señalé, haciendo lo posible por no escupir en mi copa de vino.

—No me puedo creer lo delicioso que está esto —comentó Em, obteniendo sonidos de asentimiento de Paige y de Miles.

—Os lo dije —contesté—. Es mi comida favorita por una razón.

—¡Pues ahora también es la mía! —dijo Em, y tomó otro bocado mientras ponía los ojos en blanco en dirección al techo.

—Tu madre nos habló de tu abuela —añadió Miles, mirándome con total seriedad—. Y no me importa cuándo sea, pero la próxima vez que vayas a visitarla, iremos contigo.

Habían hecho tanta comida que íbamos a tener que comer lo mismo al menos un par de días, lo cual era perfecto. Lo metimos todo en recipientes y los guardamos en el frigorífico, con notas para no olvidar lo que había en ellas. Era bueno que el sofá fuera lo bastante grande para todos, porque literalmente no podíamos llegar hasta nuestras habitaciones. Nos sentamos inclinándonos los unos sobre los otros hasta que dejamos de sentir que nuestros órganos luchaban por su espacio, ahora que teníamos los estómagos llenos al menos al doble de su capacidad normal.

—O eso, o están luchando por la comida de mi estómago —se quejó Miles, frotándose la tripa con suavidad—. Aunque no podría culparlas en ningún caso.

—Me reiría, pero tengo miedo de vomitar si lo hago —dijo Em, tratando de contenerse. También estábamos un poco borrachos, ¿lo había mencionado?

Había pasado más de una hora cuando Paige se levantó de pronto y dijo:

—Se acabó la siesta. Ha llegado el momento de tu regalo.

—¿Hay más?

Los miré uno por uno, pestañeando para intentar deshacerme del sueño.

—¡Oh, sí! —dijo Miles, y me tomó la mano para ayudarme a levantarme del sofá mientras meneaba las cejas, haciéndome reír. Miles me estaba dirigiendo a mi habitación sujetándome la mano izquierda, Emily me sujetaba la derecha, y Paige caminaba detrás de mí, con ambas manos tapándome los ojos por completo. Me pregunté cómo no había visto lo que quiera que hubieran escondido en mi habitación. La había recorrido entera buscando el conjunto perfecto, así que estaba segura de que, si hubiera aparecido algo nuevo de repente entre mis cosas, lo habría visto. No soy la persona más

organizada, pero sé exactamente dónde está todo. Mi desorden está organizado.

Me di cuenta de que estábamos dentro después de casi tropezar en el escalón de la entrada. Paige se estaba riendo tan fuerte que mi cabeza iba de arriba abajo a causa de su risa vibrando través de mí.

—¡Lo siento! —se disculpó Miles—. Me olvidé del escalón.

—¿Quieres parar de reír? —le pregunté a Paige, incapaz de no reír yo también—. Me estás mareando.

—Ya estamos. Puedes sentarte —dijo Em, guiándome hasta la silla del escritorio—. Pero no abras los ojos todavía.

Oí que se movía hacia la entrada de la habitación, y Paige me soltó la mano. ¿Adónde irán? Paige seguía detrás de mí, manteniéndome en mi sitio con las manos sobre mis ojos.

—Dales un momento, enseguida vuelven —me aseguró, y yo me encogí de hombros. Varios minutos después, no dejaba de oír a Emily maldiciendo en el pasillo, lo cual nos hizo reír a las dos otra vez. Entre el lenguaje de camionero y las risitas suaves de Miles después de cada golpe, me daba la impresión de que estaban llevando algo pesado.

—¿Estás bien, Em? —pregunté con clara diversión en la voz en cuanto los oí otra vez en mi habitación.

—Sí, perfectamente —replicó, casi enfadada y un poco sin aliento.

Paige me quitó las manos de los ojos, pero seguía sin estar segura de que debiera abrirlos, porque no dejaba de oír ruidos suaves cerca de mí.

—¡Abre los ojos! —dijeron todos casi al unísono.

Su falta de paciencia tan solo me hizo reír más fuerte. En cuanto abrí los ojos, vi una enorme estantería roja, reluciente e increíble frente a mí, en la pared previamente vacía justo enfrente de mi cama. Era tan grande que estaba segura de que no tendría ningún problema para convertirla en hogar de todos mis libros. Y encajaba a la perfección con todo lo que había en mi cuarto; mis cojines de rayas rojas y el bambú verde junto a la ventana.

—Madre mía, chicos... ¡es perfecta! —dije, un tanto alarmada por la cantidad de veces que habían conseguido humedecerme los ojos solo en ese día—. Me encanta el color, y encaja muy bien. Hay pocas cosas que ame más que mis libros...

—Ah, ya lo sabemos —replicó Em, sonriendo hasta con los ojos.

—Y encaja muy bien porque nos hemos colado en tu habitación muchas veces esta semana para medirlo todo y decidir cuál comprarte —añadió

Miles, que parecía preocupado por invadir mi privacidad, aunque no estaba nada enfadada. Esa estantería era uno de los mejores regalos que me habían hecho jamás.

—Me encanta. ¡Muchas gracias!

Di un abrazo sincero a cada uno de mis compañeros, haciendo lo posible por hacerles ver cuánto apreciaba su amistad. Por lo general me costaba expresar mis emociones, así que hice lo posible por no permitir que ocurriera esta vez. Por primera vez en años, tenía más ganas de sonreír que de llorar en mis comentarios. Me encantaba y daba la bienvenida a la sensación, pero también era extrañamente inquietante.

Estaba pensando en los sentimientos mezclados que estaba experimentando mientras esperaba a que mi madre respondiera al teléfono.

—¡Hola, cielo! —dijo, y su voz cariñosa me hizo cerrar los ojos como respuesta—. ¡Feliz cumpleaños! ¡Te echamos mucho de menos!

—¡Yo también, mamá! ¿Dónde está papá?

—Llegará en un par de minutos. Se muere por oír tu voz —añadió, y mi corazón se constriñó, dolorido por las ganas de su abrazo—. Tuve que impedirle que llamara e interrumpiera vuestra cena.

—¡Ay, mamá! No pasa nada, ya sabes que me encanta hablar con vosotros en cualquier momento.

Permanecemos en silencio durante un tiempo hasta que volvió a hablar en voz baja.

—Tienes muy buenos amigos allí, cariño. —Sonaba aliviada—. Parecen preocuparse por ti. No sabes lo feliz que me hace saber que no estás sola allí.

Asentí con la cabeza a todo lo que estaba diciendo, totalmente de acuerdo.

—Tengo mucha suerte, son los mejores.

—Tú también sueñas bien. Creo que Chicago, la mudanza o el hospital... algo te sienta bien, porque nunca fuiste de las que hacían amigos con facilidad. Y mírate ahora. Sueñas feliz, y estamos muy felices por ti.

Su voz se volvió más débil hacia el final, y supe que estaba conteniendo lágrimas.

—Soy feliz, mamá. La mayoría del tiempo. Pero este día es difícil...

Me detuve un segundo para recuperar el aliento, con el corazón latiendo

como un mono claustrofóbico dentro del pecho.

—Cariño, este siempre será el día que las dos nacisteis, y eso no va a cambiar. Pero tienes que dejar de convertirlo en un día triste. Fue uno de los días más felices de mi vida, y debería seguir así. Para todos.

Ahora me había puesto a llorar de verdad. Quería ser fuerte para mi madre, ser su roca como ella siempre había sido la mía.

—Lo estoy intentando, mamá, es solo que no puedo pensar que me hago mayor y ella...

Un sollozo se escapó de entre mis labios, haciendo que me doliera el pecho; el dolor ardiente que siempre sentía cuando pensaba en Ally el tiempo suficiente.

—No podemos cambiar eso —dijo entre pesadas respiraciones, y de algún modo supe que ya no estaba sola. Mi padre la estaba abrazando, y eso me hacía sentir como si también me abrazara a mí—. Ya tenemos nuestro día de duelo cada año, el día que murió. No es justo ni sano que transformes tu cumpleaños también en uno. A pesar de lo que le ocurrió a Ally, ¡el día de tu cumpleaños es uno de los días que nunca olvidaré ni me hará estar triste! ¡Y tampoco te voy a permitir que lo hagas tú!

—Vale —dije, simplemente porque sabía cuánto lo necesitaba mi madre. Todos lo necesitábamos. Y sabía que Ally se cabrearía y nos diría que somos unos morbosos por pensar así—. Te quiero, mamá.

—Yo también, cariño. Te paso con tu padre, lleva diez minutos haciéndome gestos con las manos.

Sonaba mucho mejor, lo que a cambio me hacía sentir menos horrible.

Esperaba que mi padre sonara peor de lo que lo hizo. No se le daba muy bien esconder sus sentimientos, así que cuando lo noté verdaderamente feliz de oír mi voz y no tan deprimido como esperaba, me sentí mejor al instante. En los diez minutos que habíamos hablado, me hizo prometerle dos veces que iría a casa a visitarlos en cuanto pudiera.

Por primera vez en el año, tomé la guitarra y mi nueva púa morada favorita y toqué hasta que comenzaron a pesarme los párpados. Y, esa vez, no fue porque estuviera llorando. Me quedé dormida imaginando los brazos de Sebastian a mi alrededor.

Capítulo 7

—¡Por favor, Ava! —Emily estaba utilizando sus poderes sobre mí otra vez—. He tenido un día de mierda; ¡no te lo creerías si te lo contara! Tan solo necesito descargar tensiones... bailar, beber, lo que sea. Nunca salimos. ¿No crees que estaría bien vivir un poco mientras todavía somos jóvenes?

Estaba tan metida en su discurso evidentemente ensayado que me costaba decir una sola palabra. No pensaba rechazar su invitación, sobre todo porque estaba claro que necesitaba a una amiga, pero además porque yo también estaba de humor para una noche de chicas.

Cada vez que abría la boca para preguntarle qué quería hacer, ella levantaba un dedo y continuaba con su lista de argumentos.

—Podemos ir solo las chicas. Lana está abierta a cualquier cosa y, si tú aceptas, seguro que Paige será fácil de convencer. ¿Por favooooor?

Al final de la frase, su voz se volvió tan aguda que me hizo retroceder un paso. Pensando que había terminado y que por fin iba a poder responder a su pregunta, abrí la boca otra vez.

—Em...

Volvió a cortarme otra vez.

—Venga ya, Ava. ¡Deja de ser tan difícil!

—¡Joder, Em! ¡Baja los decibelios y déjame hablar! —dije, mitad divertida y mitad irritada mientras Paige entraba en la habitación de Paige y nos lanzaba una mirada confusa—. Iré. Me encantaría ir. ¡Suena divertido!

—¿De verdad? —me gritó al oído mientras me abrazaba.

—Sí. Y, como ya estoy sorda, podemos ir a un club ruidoso o lo que sea... tú eliges.

—Paige, ¿tú vienes? —le preguntó Emily.

—Vale —aceptó, y se dio la vuelta para dirigirse al salón.

—¿Ves? —Emily me miró—. ¿Tan difícil era?

—Podría haber sido mucho más fácil —le dije, y me senté en la cama—. ¿Y adónde vamos? Dame una pista para saber qué ponerme.

—Hay un sitio nuevo que quiero mirar. Lana dice que es increíble. Podemos bailar si nos apetece, pero también tienen reservados por si solo queremos hablar y beber.

—Suena bien. Estaré lista en una media hora, ¿vale?

—Sí, puede que yo tarde un poco más. Además, tengo que llamar a Lana para decirle que quedamos allí.

—Vale —dije—, pero tienes que ser tú quien le dé la noticia a Miles. Querrá venir con nosotras.

—Yo hablo con él. Es una noche de chicas, no se permiten chicos. Lo superará.

Sorprendentemente, nuestro buen humor no se vio alterado por los cuarenta minutos de espera para entrar en el club. Mientras estábamos en la cola, en algún momento tras terminar nuestro debate sobre lo bueno que estaba el portero (que no era el típico gigantón tan ancho como alto, sino un tío muy atlético con ojos para morir, lo cual podría ser la razón por la que ninguna mujer a nuestro alrededor se quejaba de la cola; los encargados eran muy listos), Lana apareció por fin, con sus ojos examinándonos brevemente y cayendo exactamente un segundo después en nuestro nuevo flechazo colectivo.

—Madre mía... Conozco a alguien que podría colarnos, pero da igual —dijo, con solo la cabeza hacia nosotras, y los ojos todavía clavados en los esculpidos músculos del portero.

El club estaba abarrotado. No tenía ni idea de cómo íbamos a conseguir una mesa, pero Lana no parecía preocupada, lo cual hizo que todas nos relajáramos. Fue derecha al camarero, se inclinó sobre la barra con los pies colgando en el aire y lo besó en ambas mejillas, momento en el que las demás concluimos en silencio que molaba mucho. El pobre la miraba como si no se creyera su suerte, aunque no estábamos seguras de que hubiera algo realmente entre ambos. Lana levantó la mano y nos hizo un gesto para que la siguiéramos, pero no antes de susurrar algo y guiñarle un ojo al camarero, que bajó la cabeza riendo para sí mismo.

—Tenemos un reservado pequeño solo para nosotras arriba —gritó por encima del hombro mientras se abría paso entre la multitud en dirección a las escaleras—. Debería haber menos ruido, para que podamos oírnos.

Lana y Emily estaban guapas. No pude evitar mirarlas y admirar la ligereza de sus movimientos. Se notaba lo cómodas que estaban dentro de su piel inmaculada solo con verlas caminar. Además, se vestían en consecuencia, con vestidos cortos que exponían tanta piel como era posible. Paige y yo nos habíamos decidido por vaqueros ajustados. Parecía lo más seguro, teniendo en cuenta lo incómoda que me sentía cuando la gente me miraba un minuto más de la cuenta. No podía ni imaginar por lo que debía de pasar Paige, que era todavía más antisocial que yo.

Con mis vaqueros ajustados negros (los únicos que me sentaban bien y con los que me sentía lo bastante cómoda como para ignorar las miradas indeseadas) y un top verde y amarillo, podía decir con sinceridad que me lo estaba pasando bien, a pesar del lugar abarrotado. Incluso reconocí algunas de las canciones que pusieron, y por eso, cuando Lana me arrastró de la mano hacia la pista de baile todavía más abarrotada, se lo permití. Para mi sorpresa, Paige nos siguió.

Chocándonos entre nosotras, saltando según nos obligaba el ritmo, era lo mejor que me lo había pasado en años. La última vez que había salido de fiesta fue un par de años antes, en casa, cuando mi amiga Macy insistió en que era lo único que quería hacer por su cumpleaños.

Me incliné hacia Lana y traté de no romperle el tímpano mientras decía por encima de la música:

—¡Este sitio es genial! ¡Me encanta la música!

Ella se dio la vuelta y dejó de botar el tiempo suficiente para responder:

—Sí, ¡a mí también! Fue Collin quien me habló de esto, al parecer viene mucho.

Mientras seguía bailando, sentí que tenía que preguntarle algo, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo sin resultar demasiado obvia, así que opté por bromear.

—¿Es de los que salen de fiesta solos?

Se rio. ¡Uf!

—¡Un poco, sí! Le gusta jugar a los médicos —dijo, meneando las cejas con burla. Me reí, esperando que continuara si yo no decía nada, y lo hizo—. Aunque no va solo. Suele arrastrar al pobre Sebastian con él.

Mi corazón se detuvo. Me giré sin ninguna sutileza para examinar el lugar, con el pelo en la cara mientras miraba a mi alrededor con desesperación. No sé qué deseaba más, que estuviera ahí mirándome... o que no.

Tras un par de canciones que no pude disfrutar por mi frenética búsqueda del tío con el moño, decidí dejarlo correr y seguir bailando con la gente que sí que estaba a mi alrededor. Mis amigas. Mis amigas muy felices y ligeramente borrachas. Si Sebastian o Collin estuvieran allí, había muchas posibilidades de que Lana lo supiera y mencionara algo al respecto. Me terminé la cerveza, coloqué la botella sobre la barra que había junto al lugar donde bailábamos, cerré los ojos y dejé que la música me llevara donde quisiera, ya que el lugar donde yo quería estar no se encontraba en la lista de posibles opciones.

Quién sabe cuánto tiempo después, unas gotitas de sudor bajaban por mi espalda hasta mi top. Sentía la cara ruborizada, y los miembros felizmente entumecidos. Avisé a Em de que iba al baño y comencé a abrirme paso entre los cuerpos pegajosos, esquivando las ocasionales invitaciones a bailar en forma de agarres del brazo. Por lo general, eso de que me agarraran no me haría ninguna gracia, y el club no era de mi estilo, pero después de unas cervezas no me sentía incómoda en absoluto.

Hablando de cervezas, tengo que encontrar ya el baño. Con diez minutos de espera en la cola, me preocupaba que me fuera a explotar la vejiga. Dos minutos después, salí del cubículo para lavarme las manos y el sudor del cuello y la cara. En el espejo vi a una chica con mucho pelo y la cara un tanto ruborizada que me devolvía la mirada alegremente. No me había visto así en mucho tiempo. Me sentía extraña. Me recogí el pelo en un moño desordenado sobre la cabeza para que no se me pegara a la piel cuando regresara a la calurosa pista de baile. Me abrí camino a través de la cola que esperaba fuera del baño, y me choqué por accidente con una chica. Tras murmurar mis disculpas, giré hacia la esquina que dirigía a la pista de baile.

Antes de regresar a donde Em y Lana hablaban con el camarero mono, vi a Paige en nuestro reservado del primer piso. Planeaba subir las escaleras para ver si estaba bien o si solo estaba descansando cuando otra mano me agarró los dedos. Normalmente iban a por el brazo, tirando de mí ligeramente hacia ellos, pero en el segundo que tardé en darme la vuelta y decir mi habitual «no, gracias», me di cuenta de que los dedos que sujetaban los míos solo querían detenerme. Una pequeña pero extrañamente esperanzada parte de mí ya sabía a quién pertenecían esos dedos entrelazados con los míos. Me di la vuelta, esperando una confirmación. Era Sebastian. Nuestras caras se encontraban casi a la misma altura; yo en el primer escalón que me llevaría a nuestro reservado, y él en la pista de baile. No sé si era por la prueba repentina de que de verdad estaba ahí, tan cerca que si me inclinara solo unos centímetros mis labios tocarían los suyos, o por el hecho de que sus dedos seguían entrelazados con los míos, o la potente mezcla de ambas, pero no podía recordar dónde estaba. Creo que acabo de sentir que mis pupilas se dilatan. ¿Es posible siquiera? No, no lo es. ¡Pero lo he sentido, lo juro!

Deseando que no esperara a que recuperara la compostura (porque, siendo sincera, podía tardar un rato), lo miré con expectación. Me observaba con los párpados caídos sobre sus ojos de un marrón chocolate oscuro, con las pupilas casi tan grandes como creía que estaban las mías. Formó con la boca

las palabras «ven a bailar», y yo solo pude asentir con la cabeza. No podía pensar en nada, salvo en el hecho de que seguíamos con las manos unidas, y en la visión de su lengua al formar esas palabras. Levantó el bazo libre, me rodeó la cintura con él y me bajó hasta la pista de baile, justo enfrente de él. Una vez más se elevaba sobre mí. Podía sentir su aroma familiar. No era familiar porque lo hubiera olido muchas veces, sino porque no había podido sacármelo de la cabeza desde ese día en el cuarto de suministros. Creo que me voy a desmayar. Sí, ¡soy así de débil!

Pensé que iba a llevarme lejos de la pared hasta la mitad de la pista de baile, pero no lo hizo. Justo donde estábamos, me tomó la mano libre y la puso alrededor de mi cuello, recorriendo ligeramente mi brazo con los dedos. Bajó la mano hasta mi cintura mientras levantaba nuestros dedos todavía entrelazados hasta su pecho. Apoyó un poco la barbilla sobre mi cabeza, y lo único que pude hacer fue cerrar los ojos e inhalar. Repetidas veces.

Estaba sonando Kryptonite por los altavoces, y estábamos bailando a su ritmo con lentitud. Cada vez que llegaba la parte de «will you be there holding my hand», él me apretaba un poco los dedos. La pared junto a la que bailábamos era de cristal, lo que me permitía mirar nuestro reflejo sin que él se diera cuenta. Me hizo falta toda mi fuerza de voluntad para no levantar la mirada y besarlo, dejar que mis labios encontraran ese lugar perfecto entre los suyos. Lo único que me detenía era la expresión dolorida de su rostro, y el hecho de que no estaba segura de poder llegar lo bastante alto. Así que le dejé abrazarme, los dos balanceándonos al ritmo de una canción que no estaba hecha para bailar lento.

Cuando la canción comenzó a convertirse en la siguiente, él agachó la cabeza y me susurró al oído:

—Gracias.

Después, llevó los labios de mi oreja hasta mi mejilla, donde me dio un beso. Mis ojos se cerraron al instante. Cuando bajó la mano de mi cintura, abrí los ojos y bajé la mía de su cuello, dejando que se apartara de mí. Sus ojos seguían sobre mi cara mientras me daba la vuelta, confusa, y volvía a subir las escaleras hasta el primer piso. Esto ha sido... increíble. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Para cuando llegué a donde Paige estaba tomándose una Coca Cola con una pajita, ya había olvidado por completo por qué me encontraba ahí para empezar. La miré durante un segundo, deseando que mi ceño fruncido se relajara, y me senté junto a ella sin decir palabra. Me limité a mirarla,

visiblemente confusa. Por supuesto, mi comportamiento me convirtió en el foco de su atención.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí... creo.

Era lo único que podía decir. Sabía que no tenía ni idea de por qué actuaba de forma tan extraña, pero no estaba más confusa que yo. Acababa de bailar lento con Sebastian. Lo cual debería haber hecho que mi colonia de mariposas se pusiera como loca por la emoción. Y así era. Pero también me sentía como si no tuviera que haber pasado. Lo deseaba, él lo deseaba, pero era... doloroso.

—¿Estás segura? —insistió Paige, mirando con escepticismo la expresión que todavía tenía en la cara.

—Sí —dije, y esa vez me giré hacia ella y le dirigí mi mejor sonrisa tranquilizadora—. Tan solo estoy cansada de tanto bailar. Creo que me quedaré aquí contigo un rato.

—Yo también, pero ha sido muy divertido —contestó—. Estaba segura de que no me lo iba a pasar bien cuando llegamos.

Mientras asentía con la cabeza, vi que Em y Lana subían la escalera, esquivando las mismas manos que yo hacía no mucho. Emily fue la única en llegar hasta nosotras, con una botella de champán en la mano.

—¿Dónde está Lana, y a qué viene la botella? —pregunté con una sonrisa, haciendo lo posible por no pensar en el baile en el que sabía que no debía pasarme el resto de la noche pensando, cuando volviéramos al apartamento.

—Ha ido al baño. Y esto —añadió, levantando la botella en el aire antes de dejarla en mitad de la mesa—, es para celebrar nuestra primera y exitosa noche de chicas.

Lana estaba siguiendo a una camarera con dos copas de champán. Esta se detuvo junto a la mesa y dejó las copas frente a nosotras mientras Lana se sentaba en el reservado y le daba las gracias.

—Dios, qué alegría sentarme —dijo.

Todas murmuramos nuestro acuerdo mientras la camarera abría la botella, nos llenaba las copas y se marchaba.

—Como he dicho —Emily levantó la copa—, ha sido una exitosa noche de chicas, así que brindo por ello.

Todas levantamos las copas y, entre el cristal chocando, las amigas riéndose y la buena música, casi me olvidé de Sebastian. Al menos durante

unos minutos, hasta que Em comenzó a hablar.

—Bueno, casi una noche de chicas. Me encontré con Collin hace poco, y como le debía un baile... —Se rio un poco ante lo que parecía una broma interna entre ambos—. Seguro que eso significa que Sebastian está por aquí, aunque no lo he visto.

Sus ojos fueron primero a Paige y Lana, pero cayeron en los míos y se quedaron ahí, interrogativos

No lo has visto porque estaba ocupado confundíéndome mucho. Negué con la cabeza para que bajara la mirada, pero no estaba segura de que fuera a dejarlo correr. Tenía razón. Durante la siguiente media hora de conversación casual, sus ojos no dejaban de caer en los míos, acompañados cada vez por una ligera inclinación de la cabeza o una ceja alzada.

Estaba a punto de darle una patada por debajo de la mesa cuando de pronto comenzó a hablar con Lana sobre el único tema del que me moría por saber más. Y, como el personaje principal era el hombre más misterioso y reservado que había conocido, estaba dispuesta a obtener lo que necesitaba de donde pudiera.

—Oye, hermanita, se me olvidó preguntarte. ¿Qué le pasa a Sebastian? —preguntó como si nada—. Estaba hablando con Collin no hace mucho y casi me arrancó la cabeza cuando le dije lo extraño que era ese tío.

Sabía que no podría importarle menos el grado de extrañeza de Sebastian. Lo estaba haciendo por mi beneficio, y la quería por ello. No sabía si debía darle un beso ya o esperar a ver qué decía Lana.

—Sí, tiene sentido que salte con Sebastian —dijo—. Es su mejor amigo. Se conocen desde los catorce años, así que conoce su historia mejor que nadie. ¿Sabíais que los dos deberían estar en su último año de residencia?

Se nos desorbitaron los ojos a todas, incluida Emily, así que no me molesté en sentirme cohibida cuando los míos prácticamente se me cayeron. Eso significa que Sebastian tiene veintinueve años. Y Collin también. Tres años más que yo. Uno más que Lana. Eso explica muchas cosas... cosas sobre Sebastian, pero no tanto sobre su travieso amigo.

—Pero... ¿cómo acabaron en el mismo hospital con un año de diferencia?

Ahora estaba segura de que Em no había comenzado a hacer preguntas pensando en mí. En cualquier caso, escuché con atención.

—Es una larga historia, y Collin me la contó borracho —explicó Lana—. No sé si lo recuerda, y si es así, supongo que no querrá que la cuente.

—Ya es un poco tarde —dijo Em—. Ya has empezado a contarla, y además, sabes que jamás diríamos nada. Somos solo nosotras, y me encantaría saber más sobre Collin... tú ya me entiendes.

Estaba segura de que Lana ya sabía que su hermana estaba pillada por él. No era precisamente tímida al respecto.

—Vale. Ni siquiera sé si es un secreto de todos modos. En fin, todo el mundo sabe que Sebastian no debería ser residente de segundo año, y seguro que todos los de último año ya saben lo que pasó, hasta cierto punto. —Si no comienza a hablar en los próximos diez segundos, voy a gritar. ¿Qué podría haber pasado?—. Ni siquiera sé por dónde empezar. Sebastian es el de la historia dolorosa, Collin es solo el amigo que lo ayudó. Son mejores amigos desde niños, y los dos decidieron estudiar Medicina. Misma carrera, misma facultad, todo. Y ahora trabajan en el mismo hospital.

Lana se movió incómoda, pero continuó con la historia.

—Creo que Sebastian tenía unos veintiún años cuando conoció a su novia. Kristy, creo que se llamaba. O Kristen, no estoy segura. También estudiaba Medicina, y era de su misma edad. Se enamoraron y planeaban venir juntos a Chicago para acabar su residencia. Collin dijo que iban muy en serio.

¡Oh, no! Va a ser una de esas historias de «rompieron y ya no puede confiar en nadie», estoy segura. No sé si estoy en condiciones de escuchar historias sobre su ex.

—Cuando estaban en la facultad, la madre de Sebastian se enfermó muy rápido. No sé qué le pasaba; Collin no me dio tantos detalles. —Bajó los ojos hasta la servilleta con la que jugueteaba entre las manos—. El mismo año que murió, dejó a Sebastian con tanta rabia que no creía que pudiera acabar la carrera. —Joder. Su madre murió. No sé si puedo...—. Los únicos que le hicieron abrir los ojos y lo convencieron de acabar fueron su novia y Collin. Estuvieron ahí para él, durmiendo en su casa durante meses. Prácticamente vivían juntos. El padre de Sebastian se marchó cuando tenía dos años, así que aparte de ellos, estaba solo.

Me duele el pecho. Voy a llorar, y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

—Unos tres años después, terminaron la carrera, solicitaron varios programas de internamiento y se decidieron por este, pues es el que querían todos y habían sido aceptados —continuó Lana, mirándonos. Estábamos en silencio, y nuestra respiración colectiva era tan superficial que dudo que pudiera oírse incluso sin la música—. Estaban a punto de terminar el primer

año de residencia cuando la novia de Sebastian tuvo un accidente de coche y murió en la ambulancia. Tenía veintiséis años.

Quiero marcharme. No puedo seguir escuchando esto. Tengo que marcharme.

—Sebastian se volvió loco —continuó Lana en voz baja—. Estaba en el hospital cuando la trajeron, y destruyó una habitación de guardia entera. Collin trató de detenerlo y se llevó un puñetazo en la cara. —Respira, respira...—. Al día siguiente, Sebastian se marchó de Chicago. Ni siquiera se quedó para terminar el año o hablar de sus opciones, simplemente se marchó. Collin trató de llamarlo una semana entera. Terminó el año y también se marchó. Al parecer, Sebastian le escribió un correo para disculparse por el puñetazo y decirle dónde estaba. Collin fue allí de inmediato y se quedó con él un año entero; viajaban y bebían hasta que ya no podían caminar. Todo lo pagaba el padre de Collin, aunque no sé si sabía adónde iba el dinero. Cuando regresaron, Collin continuó su residencia, pero Sebastian tuvo que repetir el primer año. Por eso Sebastian está en el segundo y Collin en el tercero.

A esas alturas, todas estábamos deprimidas o al borde de las lágrimas. En mi caso, ambas cosas y mucho más. Si hubiera reunido el coraje de contarle mi historia a la gente con la que vivía, tal vez podría haber escapado de las miradas de «qué le pasa» que sabía que estaba a punto de recibir. Porque estaba temblando y llorando, y lo único que podía hacer en ese momento era correr al lavabo más cercano.

El trayecto de vuelta al apartamento fue incómodo como poco. Lana se marchó en cuanto salimos del club, y las demás tomamos un taxi. Ninguna dijo nada sobre la historia de Lana ni sobre mi derrumbamiento. Cuando volví del servicio, todas estaban listas para marcharse, y yo no tenía humor para dar explicaciones. Pero, en el taxi, era lo único en lo que podía pensar. Puede que en el club o en presencia de otra gente pudiera librarme, pero sabía que en cuanto llegáramos a casa no tendría más opción que explicarlo.

Mi locura fue una extraña combinación de cosas. Obviamente, la principal era el grado de empatía que sentía. Mientras Lana explicaba cada detalle, yo sabía con exactitud lo que estaba sintiendo y pensando Sebastian. Ya lo había experimentado todo. El hecho de que fuera Sebastian quien tuviera que pasar por ello me hacía sentir náuseas. No solo había experimentado lo

mismo que yo, sino que se había obligado a hacerlo dos veces en un periodo de tres o cuatro años. Lo más probable es que a mí me hubiera matado.

No planeaba entrar en mucho detalle sobre el grado de tristeza que sentía. Ni siquiera estaba segura de por quién sentía más lástima: por mí misma por tener el peor periodo de mi vida de nuevo en el primer plano de mi mente de una forma tan palpable e inesperada, o por Sebastian, por tener que haber pasado por aquello hacía no mucho. La necesidad que sentía de consolarlo era inexplicable. No dejaba de pensar en lo que habría hecho de haber conocido su historia antes. Pero no tenía ni idea de si había algo útil que pudieras decirle a alguien en su situación. Nuestra situación. Había estado donde él debía de estar todavía, y no podía pensar en nada que hubiera hecho nadie que fuera de mucha ayuda. Un día simplemente me di cuenta de que el dolor era menos atroz; de que se había vuelto un tanto soportable.

A lo mejor era porque seguíamos en el taxi y sabía que pronto tendríamos que poner en pausa cualquier conversación para pagar al conductor, o tal vez lo vi a él como alguna clase de protección, pero de algún modo me encontré hablando, sorprendiéndonos a todas.

—Tenía una hermana —dije, dirigiendo brevemente la mirada hacia las chicas que había a mi lado antes de mirar por la ventana otra vez—. Una hermana gemela. Se llamaba Ally, y murió cuando teníamos catorce años.

El taxi quedó en silencio. Em, que estaba sentada junto a mí, me tomó la mano, pero no dijo nada. Debía de haber imaginado que mi reacción anterior ser debía solo a estar pillada por Sebastian. Paige cerró brevemente los ojos y asintió con la cabeza, comprendiendo. La mirada del taxista se estaba apartando de mí cuando lo miré por el retrovisor.

Capítulo 8

Mis ojos seguían tratando de ajustarse a la completa oscuridad de la habitación de guardia. Habría encendido las luces, pero los suaves ronquidos de alguien que ya estaba ahí me hicieron replanteármelo. Me había inclinado contra la puerta cerrada, esperando hasta que pudiera meterme en una cama libre y cerrar los ojos, agotada. La última semana había sido una locura; la sala de urgencias había estado abarrotada, y mis turnos pronto quedaron estirados al máximo. Si sigo así, pronto voy a superar mi límite de horas, pensé.

Por fin podía ver quién roncaba con suavidad. Era Miles, durmiendo boca arriba con un pie colgando de la cama como si tuviera resaca. La habitación tenía cuatro camas, y la que había junto a él estaba ocupada por Jane, otra compañera nuestra, así que me metí en la que había al otro lado de la habitación. De cara a la pared, me tapé la cabeza con las sábanas y me quedé dormida en cuestión de segundos.

Cuando desperté, los ronquidos habían parado. Comprobé el reloj; había dormido casi una hora. Podría haber sido peor. Me di la vuelta; sentía los ojos hinchados y la boca muy seca. Podía ver a Jane, que seguía durmiendo. Miles se había ido, y la cama que se encontraba junto a la mía estaba ocupada con alguien que parecía apreciar mi técnica y se había cubierto la cabeza con las sábanas. Era muy grande para ser una chica.

Miré mi busca y, como nadie parecía echarme de menos por el momento, salí de allí y saqué un café de la máquina, esperando poder volver a la habitación para disfrutar de la bebida caliente en mi cama temporal, en silencio. Había algo pacífico en tener a alguien durmiendo junto a mí. Hacía que mi cerebro se callara y se pusiera a escuchar mientras su respiración calmaba la mía.

Cuando regresé y cerré la puerta detrás de mí con suavidad, vi a Sebastian moviéndose en sueños, ahora sin la cara cubierta por las sábanas. Tenía un brazo sobre los ojos y el otro sobre el estómago. Ahí va el momento de tranquilidad que esperaba. Mi silencio comenzó a gritar como una colegiala. Habría sido bastante difícil ignorar a un Sebastian dormido antes, pero, ahora que conocía su historia, no podía evitar mirarlo como si quisiera calmarlo de cualquier forma posible. Algunas de las formas de las que quería hacerlo me atormentaban. Sin duda no eran solo por su consuelo.

Apreciaba la oscuridad; mi rubor habría sido vergonzoso si alguien me viera. Me senté en mi cama y me llevé las piernas al pecho. Apoyé la cabeza en la pared detrás de mí y disfruté de mi café mientras miraba a Sebastian.

Su pelo solía estar atado en un moño bajo o sujeto en la parte superior de la cabeza. Pero debía de resultarle incómodo para dormir, porque lo llevaba suelto, desperdigado por la almohada como nunca antes lo había visto. Me picaban los dedos de ganas por tocarlo. Pero no lo hice, pues no sabía si era de sueño ligero y no quería que me encontrara acariciándolo mientras dormía. Eso daba mal rollo. Así que, sin ningún mal rollo en absoluto, me quedé ahí y lo miré mientras dormía sin que lo supiera.

Me había acabado el café hacía mucho, pero seguía allí sentada, admirando cómo se flexionaban sus músculos bajo su camisa mientras soñaba con algo que solo él sabía. La historia que había contado Lana el otro día me trastocó, y después me rompió una y otra vez. Por mucho que intentara que no ocurriera, Sebastian se había convertido en algo más que un flechazo para mí. Se había convertido en un compañero de mi soledad. Y, por mucho que deseara que no fuera así, una parte de mí se sentía reconfortada por su presencia, aunque él no lo supiera.

Cuando se movió una vez más, salí de la habitación y fui derechita a la máquina de café. Entré una vez más y dejé la nueva taza en la mesita de noche junto a la cama de Sebastian. Con una sonrisa, me alejé de él y me pregunté qué pensaría al respecto.

Emily estaba bostezando mientras me veía salir de la habitación. Me pregunté cuánto habría pasado desde que se hubiera echado al menos una siesta. Por su aspecto, tenía que llevar despierta al menos veinte horas. Llevábamos las últimas cuarenta y ocho sin vernos.

—Tienes que descansar —señalé

—Dímelo a mí. Solo tengo que terminar estos ingresos y me iré a la cama más cercana.

—Yo los termino. Venga, quédate mi cama —dije, cogiéndole los archivos de las manos y señalando con la barbilla la habitación de la que acababa de salir.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Aliviada, me dio un breve abrazo y prácticamente corrió hacia la puerta.

Sabía que estábamos todos exhaustos, pero me di cuenta de verdad de lo derrotados que estábamos todos cuando disfrutamos de nuestra primera cena juntos esa semana. En silencio. Teníamos la energía para masticar nuestra comida y nada más. Incluso así, en ese estado zombi temporal en el que nos encontrábamos, apreciaba tener a mis amigos a mi lado.

Esa fue la tercera vez que tenía que echarme una siesta por narices esa semana. Aquellas siestas no tenían nada que ver con las que te echas en vacaciones, o porque puedes y ya está. Eran siestas obligatorias. Nos mantenían lo bastante lúcidos como para no matar a nadie. Las siestas de emergencia. Que, por lo que parecía cuando mi cabeza tocaba la almohada, bien podían ser desmayos de emergencia. Ahora sabía por qué esas camas eran tan pequeñas: nadie estaba en peligro de caer al suelo. Nadie se movía en sueños, estaban en coma.

Poco después, desperté. Bajé las piernas por el lateral de la cama y traté de levantarme. De algún modo, funcionó, pero la cabeza me daba vueltas. Al llevar la mano a la mesita de noche para comprobar mi busca, encontré una taza de café. Tardé unos dos segundos en recuperarme de mi sueño inquieto y recordé por quién había hecho yo lo mismo unos días antes. Sería una gran coincidencia que no fuera de él, pensé. Levanté la taza y di un sorbo. El líquido caliente fue exactamente a donde no debería ir el café: mi corazón. Mientras me lo apartaba de los labios, vi algo escrito en un lateral: «¡Gracias! :)».

¿Cómo demonios sabía que fui yo?

Justo entonces, mi busca comenzó a vibrar, así que cogí mi dulce café solo para llevar. Estuve a punto de derramarlo por el pecho de Sebastian cuando salí de la habitación y me lo encontré enfrente de mí. Parecía igual de sobresaltado por verme. Estaba solo, así que decidí darle las gracias personalmente y no con otra taza de café.

—Hola —se limitó a decir, observando mi café con los labios algo tirantes.

—Gracias —dije, levantando un poco la taza para dejar clara la referencia—. Y de nada.

—No tengo ni idea de lo que hablas —replicó, y su sonrisa se ensanchó. Estaba de ese humor juguetón poco común. La última vez que había estado así,

me había ayudado con la mudanza. Y la última vez que nos habíamos visto, tuvimos el baile más intenso que había experimentado nunca. Le devolví la sonrisa, dejando que fuera evidente que sabía lo que hacía.

Decidí romper el hechizo y dejar de mirarlo como un idiota. Además, debería atender el busca. No era una emergencia, pero aun así...

En el segundo en que me vio comenzando a retroceder, se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Pero de nada.

Casi podía sentir sus labios rozando mi piel, y eso solo me recordaba nuestro baile y sus labios moviéndose de mi oreja hasta mi mejilla. Su aliento cálido me provocó un escalofrío, y se me puso la piel de gallina en la nuca y descendió por mi columna, poniéndome roja al instante. Gracias a Dios, pasó junto a mí y caminó en dirección contraria sin volver a mirarme.

Capítulo 9

Esa semana por fin pude ver cómo sería mi futuro tras aprobar todos mis exámenes. Entre mi responsable pidiéndome que diera unas esperadas buenas noticias a uno de mis pacientes y permitiéndome hacer mi segunda inserción de una vía central (lo cual hice en un momento y sin errores), la semana era al mismo tiempo emocionante y ajetreada como nunca. Supe que, desde ese momento, sería capaz de superar los días horribles (y sin duda los habría, trabajando en este campo) manteniendo la compostura al recordar cómo me sentía en ese mismo instante.

Tal como había predicho, los días horribles se encontraban a la vuelta de la esquina. Tan cerca que estaba teniendo un momento a cámara lenta, dándome cuenta de que estaba justo en medio de uno de ellos. Enfrentándome a mi peor miedo. La señora Robinson llegó una noche, tarde, con fiebre y la tensión alta. Tenía setenta y dos años, y llevaba un tiempo con problemas de riñón. Me permitieron seguir su caso y revisar su condición. Ese era mi único trabajo del día, comprobar sus constantes vitales a cada hora y llamar a un responsable en cuanto algo cambiara, cualquier cosa.

Había comprobado su pulso y su presión sanguínea hacía poco más de una hora. Había tenido que parar en el pasillo fuera de su habitación para calmar a una mujer que estaba desesperada tratando de encontrar a su marido, pero no llegué más de cinco minutos tarde para ver a la señora Robinson. Al entrar en su habitación, los enfermeros ya la estaban haciendo el electroshock, y el responsable al que tenía que mantener informado ya estaba de camino. Como la gran doctora que era, me quedé paralizada, experimentando un momento a cámara lenta en mitad de todo, mientras los enfermeros y los médicos se gritaban entre ellos.

—¡Davies! ¿Dónde demonios estabas! —me gritó el doctor Banks—. ¡Recupérate o lárgate! Bueno, no, ¡mejor lárgate! ¡Ahora!

Su voz reverberando por el pasillo me hizo darme cuenta de que seguía bloqueando la puerta y, sin sentir mi cuerpo moviéndose, logré hacerme a un lado y me apoyé contra la pared exterior.

No entendía lo que estaba pasando. ¿Cómo podía haberla fastidiado de una forma tan épica? Un trabajo... solo tenía un trabajo. Por favor, Dios, ¡que esté bien!, es todo lo que podía pensar. Mi ritmo cardíaco tardó otros diez minutos en ralentizarse lo suficiente como para que mi visión emborronada se

aclarara y pudiera entrar otra vez en la habitación de la señora Robinson para ver si se encontraba bien. Los enfermeros que la atendían estaban comenzando a salir de la habitación, llevándose el carro de parada con ellos. Eso podía significar cualquiera cosa; que la señora Robinson estaba bien o que no. No había muchas más opciones en medio.

Notaba mi pulso en los pies mientras avanzaba con pasos inseguros hacia la puerta. Debía de ser por la adrenalina; como pequeños impulsos eléctricos que mantenían mis piernas en movimiento. El doctor Banks estaba mirando su reloj mientras me detenía en el mismo umbral en el que había quedado paralizada solo unos minutos antes.

—Hora de la muerte, nueve y cuarenta y dos de la mañana —dijo, mirándome de forma deliberada.

Tenía que seguir moviendo los pies. Tenía que conseguirlo; ya casi estaba. Deseé que las malditas puertas fueran de otro color. Cualquier color distinto a las paredes. A lo mejor entonces tendría oportunidad de distinguir algo entre las lágrimas sin derramar que no me permitían conservar un atisbo de libertad y llegar a la habitación de guardia sin tropezarme con nadie.

Cuando sentí un pomo bajo mis dedos, lo giré y supe que había llegado, pero no estaba segura de si alguien me habría visto, o quién. Mis lágrimas rompieron por fin el dique que habían construido con tozudez mis párpados inferiores y comenzaron a fluir por mis mejillas, y el flujo continuo que formaban hicieron que fuera inútil tratar siquiera de limpiármelas. No podía detenerlas; eso lo sabía.

Tanteé el camino hasta la cama baja de la litera que había a la izquierda de la habitación y me senté en ella, dejando que mis manos cayeran sin vida sobre mi regazo. Solía jugar con ellas cuando estaba mal. O me crujía los nudillos, o me mordía no las uñas, sino las cutículas secas que a veces se forman cuando no estás lo bastante hidratada. Y que siguen formándose, sobre todo si no dejas de jugar con ellas para permitir que se curen bien.

Ese día no hice ninguna de esas cosas. Debe de ser malo, pensé. Pero claro que era malo. La señora Robinson era la primera persona que dejaban por completo en mis manos, y era mi primera paciente perdida. No podía ser una coincidencia. Tal vez debería ver lo evidente y admitir que esta carrera podría no ser para mí. ¿Qué otra conclusión había? Tenía solo un trabajo: vigilarla y llamar a alguien competente si algo iba mal. La pobre señora Robinson había tenido una suerte malísima al acabar bajo mi vigilancia. Seguro que Sebastian habría estado allí a tiempo, y él habría visto lo que a mí

se me podía haber pasado que causara las complicaciones que llevaron a su muerte.

Esa era otra cosa que me rompía el corazón: ni siquiera sabía lo que había hecho mal. Estaba segura de que era mi culpa, y sabía que el doctor Banks estaría de acuerdo con eso, pero era absolutamente incapaz de pensar qué podría haber hecho de forma diferente. Así que tuve que preguntármelo otra vez: ¿Qué clase de doctora voy a ser? ¿Qué clase de doctor no es capaz de aprender al menos de sus errores? Porque estaba haciendo todo lo que podía por encontrar aunque fuera una pista, o algo positivo de aquello, pero era incapaz.

La puerta de la sala de guardia producía un molesto ruido chirriante. El primer pensamiento en mi mente al oírlo no fue quién podría estar entrando, sino quién podría dormir con ese ruido. Me sorprendía que el paciente de la habitación de al lado no se hubiera quejado todavía.

En cuanto el chirrido se detuvo y la puerta quedó cerrada otra vez, vi a Sebastian mirándome con ojos entrecerrados, probablemente todavía acostumbrándose a la oscuridad. Esperaba que no llevara la mano a la derecha para encender la luz, pero por suerte no lo hizo. Por lo general, me avergonzaría que me viera llorar, pero en ese momento lo único que podía sentir era dolor. Dolor por la señora Robinson... y por mi carrera.

Sebastian se acercó a la cama que estaba ocupando y se sentó a mi lado sin decir palabra. Su pelo parecía suelto, como siempre que tenía un día difícil, y no dejaba de pasarse los dedos por él. Un hábito nervioso, como mis crujidos de nudillos. Me pregunté qué habría pasado para que tratara así su maravilloso pelo, y si estaría bien, pero antes de poder preguntarle, me rodeó los hombros con un brazo, haciendo que me inclinara hacia él, y presionó ligeramente los labios contra mi pelo, justo encima de la sien. Así que lo sabe.

Ese gesto honesto y aparentemente natural me hizo cerrar los ojos y dejar que otra oleada de lágrimas escapara de entre mis párpados cerrados. En parte porque me quedaban de antes, y en parte porque sabía cuánto le costaba mostrar cualquier clase de emoción hacia nadie, y el hecho de que estuviera dejando sus problemas a un lado para consolarme me hacía sentir especial e indigna al mismo tiempo.

Estaba intentando de verdad ser mi amigo, sin todo el equipaje emocional que ambos llevábamos. El mío seguía conmigo, pero cuidadosamente doblado en bolsas de vacío para que ocupara el mínimo espacio posible; y el suyo colgaba de sus hombros como una armadura de plomo que lo hacía encorvarse

a veces. Y, aun así, por hundido que estuviera, era él quien me consolaba, soportando no solo su peso sino también el mío. No era justo.

Apoyé la cabeza sobre su hombro mientras sus manos seguían sobre las mías, pensando que si lo dejaba abrazarme pero mantenía la espalda recta, tal vez contara como si estuviera soportando una parte de su peso yo también. Nos quedamos ahí sentados, en esa cama baja de hospital, en nuestro mitad abrazo y mitad sistema de apoyo, durante lo que parecía mucho tiempo. Era la primera vez que de verdad parecía cómodo con nuestra comodidad, e hizo que comenzara a preguntarme qué habría cambiado. ¿Era algo que solo ocurriría esa vez? ¿Un pase libre de «das asco en tu trabajo»?

Sebastian me rodeó con los brazos y me permitió apoyar la cabeza contra su pecho mientras mis sollozos iban y venían sin que pudiera controlar su ritmo errático de ninguna forma. Cada vez que sentía que se acercaba uno, trataba de ahogarlo con la mano o contra el pecho de Sebastian, pero no parecía funcionar, porque él aumentaba un poco la fuerza de su abrazo en el momento preciso, y sus labios me besaban el pelo o la frente.

—¿Era tu primera paciente perdida? —preguntó al cabo de un rato, con la barbilla sobre mi cabeza, sin señales de que estuviera pensando en soltarme.

Asentí con la cabeza entre sus brazos aliviada y agradecida de que estuviera allí conmigo. Y trataba de no quererle, juro que sí, pero en ese momento ya no quería seguir intentándolo. Mientras me besaba el pelo, la certeza tras ese momento me hizo cerrar los ojos y admitirme a mí misma lo enamorada que estaba del hombre que me abrazaba.

Como respondiendo a la pregunta que no le había hecho en voz alta, dijo:

—¡No ha sido culpa tuya, Ava! Sé que piensas que sí, pero no. He comprobado el expediente de la señora Robinson, y no has hecho nada mal.

—Seguro que el doctor Banks no estaría de acuerdo contigo —repliqué, con voz ronca e irregular. Se me rompió dos veces en esa corta frase, haciéndome continuar la conversación entre susurros.

Me apartó un poco de su abrazo y se giró para ponerse cara a cara conmigo, con la cabeza más baja para poder mirarme directamente a los ojos sin que yo tuviera que echar la mía hacia atrás.

—La señora Robinson ha estado en este hospital seis veces en los últimos dos meses, Ava. El hecho de que muriera bajo tu cuidado ha sido solo mala suerte. No podrías haber hecho nada, créeme.

—Sé que estaba enferma, pero seguro que se me ha escapado algo.

Deberías haber visto cómo me miró el doctor Banks cuando declaró su muerte. ¡Me miraba a mí! Porque yo estaba a su cargo, y yo la había fastidiado, ¡y ahora ha muerto por mi culpa!

Las lágrimas en mis ojos y mi voz rota habían vuelto, y no me dejaron terminar la frase del todo.

—¡Eso no es cierto! No te miraba por eso. Odio a ese puto gilipollas. — Su elección de palabras me hizo levantar la cabeza para mirarlo, confusa—. No es la primera vez que hace algo parecido. Cada vez que tiene oportunidad de darle una lección a un interno, lo hace. Cree que si piensas que un paciente ha muerto porque no estabas prestando suficiente atención o lo que sea, tendrás más cuidado en el futuro, y así evitará que mates a alguien de verdad en el futuro.

Fruñí el ceño, planteándome sus palabras. ¿Qué? ¿Cómo demonios va a ser útil eso? Sobre todo cuando no me conoce, no sabe lo cuidadosa que soy y que me hace juzgarme y dudar de mis competencias como doctora.

—A lo mejor con algún interno que piense que es Dios y no pueda equivocarse su lección sería útil, pero te conozco. —Sebastian continuó el hilo de mis pensamientos de esa forma extraña que hacía a veces—. Sé que lo estás reevaluando todo ahora mismo, pero no hay razón para tus dudas. No te lo diría si no estuviera seguro. Te he visto trabajar, y algún día serás una doctora genial.

Me había quedado sin palabras al oírlo hablar así, tan abierto y preocupado de una forma genuina. Era el discurso más largo que lo había oído dar, e hizo que se me derritiera el corazón. Confiaba a Sebastian, y creía en él y en su teoría sobre el doctor Banks, sobre todo porque había oído las historias que corrían sobre él. Nunca había sabido con exactitud por qué todos parecían odiarlo, pero ahora tenía sentido. Trataba a todo el mundo según su baja opinión de nosotros, pero nunca se tomaba el tiempo para observarnos y evaluarnos un por uno. Seguía el mismo camino con cada interno, sin molestarse en pensar que sus acciones podían afectarnos de formas diferentes.

Era la hora de la comida y, aunque no tenía hambre, fui a la cafetería porque Sebastian me hizo prometer que comería algo. Miles, Em y Paige me estaban esperando allí. Estaba segura de que debían de haber oído lo de mi paciente, y no quería que se preocuparan por mí porque ya me sentía mucho mejor. La furia me hacía eso. Más le vale al doctor Banks no cruzarse conmigo hoy.

Antes de dirigirme a la cafetería, cuando me sentí lo bastante

recompuesta como para salir de la habitación de guardia, fui derechita a una de las enfermeras con las que me llevaba bien para pedirle que me contara lo que le había pasado a la señora Robinson. Estaba segura de que Sebastian me había contado la verdad, pero seguía queriendo saber lo que había pasado. Y, tal como había dicho él, no tenía nada que ver conmigo.

Mientras esperaba en la cola, vi a Miles poniéndose en pie en nuestra mesa, saludándome con la mano. Tan solo compré un plátano y una botella de agua; no sabía si iba a ser capaz de retenerlo dada la situación. Antes de que Miles pudiera iniciar su ronda de preguntas, Em y Paige se unieron a nosotros, y me alegró no tener que contar la historia más de una vez. Cuando terminé con los detalles importantes, el doctor Banks tenía tres nuevos enemigos. Los tres procedieron a juzgar sus acciones, convirtiendo la charla en un verdadero debate. Dejé de escuchar cuando vi a Sebastian esperando en la cola para su comida. Tenía la bandeja llena: pizza, pastel, rollitos de huevo y postre. Ese tío come como una vaca. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Unos segundos antes, me miró directamente. Su cara entera cambió con la sonrisa que me dirigió. Se la devolví, e hice un gesto hacia el asiento vacío a mi lado. Tras pagar, él tomó su bandeja y vino a sentarse con nosotros. Todos saludaron, pero continuaron con la discusión sobre el doctor Banks sin detenerse. Sebastian dejó la bandeja sobre la mesa y miró a mis compañeros con curiosidad, probablemente tratando de ver lo que se había perdido. Aparté la mirada de su cara para hacer lo mismo hasta que me dio un golpecito en el costado con el hombro.

—Come algo —dijo, señalando su bandeja llena.

¿Ha comprado tanta comida para que pudiera elegir? Dios, a veces me mata. Sonreí y, tras unos segundos de mirar ausente, escogí el trozo de pizza, sin querer que se preocupara más de lo necesario. Di un mordisco y produje un sonido exagerado y evidentemente falso de «mmmm», poniendo los ojos en blanco y todo. Su risa hizo que todos en la mesa lo miraran sorprendidos. Por lo general, estábamos solos cuando actuaba de forma tan despreocupada, e incluso eso era poco común.

Capítulo 10

Últimamente, la situación entre Sebastian y yo era tan increíble como confusa. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando entre nosotros, me encantaba cómo me sentía al tenerlo conmigo tan a menudo. Ahora nos veíamos casi todos los días, e incluso cuando la situación no lo permitía, nos mandábamos mensajes o hablábamos por teléfono.

¿Te das cuenta de que no nos hemos dado el número de teléfono?

Me había enviado esas palabras por correo electrónico un día, aunque estábamos en la misma habitación de guardia. Miré al otro lado de la habitación, donde estaba tumbado en una cama con el teléfono sobre el pecho. Comencé a reír por su ocurrencia, pero un par de personas me chistaron y paré de forma igual de abrupta.

Ahora que lo dices, ¡es muy raro! ¿Y si acabo en una isla desierta sin internet pero con muy buena cobertura?

Unos segundos después, su teléfono vibró, y volví a mirar hacia él. Su risa fue todavía más corta que la mía, pero el ocupante de la cama de al lado levantó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido. Sebastian trató de transformar su risa en una tos, pero el chico parecía cabreado igualmente. Escondí la cara en la almohada para que no me dirigiera esa mirada a mí.

¿Ves lo que has hecho? ¡Dame el maldito número! ☺

Volvió a dejar el teléfono sobre su pecho y cerró los ojos fingiendo estar dormido hasta que su teléfono vibró otra vez.

¿Nos damos el número en 3... 2... 1...? ☺

Él me miró y formó con la boca la palabra «vale». Escribimos nuestros números con rapidez y nos miramos mientras presionábamos el botón de enviar. Nuestros teléfonos vibraron al mismo tiempo. Guardé su número como «Starbucks» y una risita se escapó de entre mis labios, haciéndole mirarme con una ceja levantada. Me limité a encogerme de hombros y me tumbé de nuevo sobre la almohada. Esto no es gracioso; debo de estar agotada. Me quedé dormida en cuestión de segundos.

Al principio, la gente nos miraba, probablemente sorprendidos de ver el cambio en el comportamiento de Sebastian. Debía de ser extraño para ellos

descubrir después de tanto tiempo que Sebastian sí que tenía todos los dientes. Pero pronto parecieron superar la novedad y procedieron a ignorarnos, tal como habían hecho antes. Lo cual me parecía bien. Éramos amigos; buenos amigos. Me sentía todavía mejor cuando me daba cuenta de que también trataba de llevarse bien con Em, Paige y Miles. Me sentía afortunada por tenerlos a todos en mi vida. No tenía ni idea de cómo había acabado con cuatro buenos amigos en menos de cuatro meses. En casa, había tardado años en encontrar a una persona que me comprendiera un poco siquiera después de Ally.

Starbucks: Despierta, dormilona. Se te enfría el café.

Yo: Doctora Dormilona para ti! ☺ Estoy levantada, disfrutando de la energía líquida. Casi acabo. Gracias, por cierto!

Starbucks. Eres graciosa cuando tienes sueño. Y fuiste tú quien comenzó este círculo vicioso. No voy a ser yo quien lo rompa ☺

Yo: Ahora que lo dices, cómo sabías que el primer café era mío?

Starbucks: Te vi durmiendo cuando entré. Cuando despertaste, te habías ido y estaba el café. Eras tú o Miles, y supuse que serías tú.

Me: Tus capacidades de suposición son impresionantes ☺ Tengo que irme, me está gritando el busca.

Starbucks: T veo en la comida.

Yo: Vale.

Incluso después de un corto e inocente intercambio de mensajes como aquel, las mariposas de mi estómago se estaban volviendo locas. A esas alturas, eran ellas o yo: estábamos en guerra. Estaba haciendo lo posible por conformarme con lo que Sebastian y yo teníamos, pero no podía negar que esperaba que algún día se convirtiera en algo más. Estaba más que lista para ese paso, pero Sebastian parecía contenta con cómo estaban las cosas entre nosotros, y no quería pasarme los días soñando con algo que no estaba listo para darme. Lo último que quería era que nuestra amistad se volviera incómoda. Por el momento, estaba dispuesta a aceptarlo en mi vida de cualquier forma posible. Si una relación no era lo que quería, aceptaría su amistad sin sentirme de menos. Simplemente, lo necesitaba en mi vida.

Capítulo 11

Agosto ya había terminado, y no podía creer lo mucho más cómoda que me sentía en el hospital que cuando había empezado. Tan cómoda que estaba comenzando a preguntarme cómo había sucedido. No parecía un trabajo, parecía... un hogar. Esperaba que no fuera la única que se sentía así, porque eso sería triste. Lo cierto era que mis compañeros de piso y yo dormíamos en el hospital más a menudo que en el apartamento. Nos veíamos todo el tiempo, muchas veces durmiendo en la misma habitación de guardia. Tratábamos de quedar para comer todo lo posible y, al menos para mí, el hecho de que Sebastian pareciera estar por ahí más a menudo era sin duda un aliciente. Cuando él estaba, Collin también venía, y eso hacía a Em tan feliz como yo.

Se acercaba el cumpleaños de Lana, y ninguno tenía el valor para rechazar su invitación de ir a la fiesta. Ninguno éramos muy fiesteros, pero no solo era la hermana de Em, sino una de nosotros. Habríamos preferido que quisiera algo más... tranquilo. Emily había convocado una «reunión familiar» unos días antes para informarnos del lugar y la hora, tan emocionada, si no más, como la chica del cumpleaños.

Ya era viernes por la noche, y todos teníamos un aspecto genial, aunque nos encontrábamos incómodos en mitad del apartamento de Lana. Emily había estado segura de que íbamos a llegar tarde, y nos había dado mal la hora a propósito, una hora antes de cuando llegó el primer invitado. Todos estuvimos listos a tiempo, y ahora nos veíamos obligados de disfrutar de la primera botella de vino nosotros solos mientras tratábamos de no interponernos en el camino de nadie mientras trataban de terminarlo todo a tiempo. El apartamento estaba vacío, a excepción del personal contratado corriendo por ahí.

Me había puesto el conjunto de la fiesta de inauguración, ya que entonces no había tenido oportunidad de disfrutarlo. La falda roja de tubo y la blusa color marfil del patrón bonito todavía me sentaban genial. En esa ocasión, lo hacía por mí, y no por Sebastian ni nadie más. Si nuestra fiesta de diez personas era demasiado para él, era lógico suponer que esta también se la

saltaría; el apartamento de Lana era enorme, y le preocupaba que fuera a estar muy lleno. No había podido hablar con él los últimos días. Parecía volver a estar de mal humor, así que decidí dejar que acudiera a mí cuando sintiera la necesidad de hablar. No habíamos llegado a ese punto en nuestra amistad en el que pudiera insistir para que confiara en mí. Sabía dónde encontrarme.

No podía quedarme quieta y bebiendo mientras los demás daban vueltas por ahí para terminar de prepararse para la llegada de los demás invitados, así que fui hacia la cocina, donde vi a Lana y a Emily tratando de terminar una tarta. ¿De verdad la están haciendo ellas? Me puse el primer delantal que encontré y tomé el cuenco de frutas de las manos de Em.

—Ah, ¡gracias! —dijo Lana mientras Em le lanzaba una mirada—. Lo siento, hermanita, sabes que te quiero, ¡pero estás muy lenta hoy!

—Me ofendería si no odiara hacer esto —replicó Em.

—¿Cómo es que no habéis comprado la tarta? —pregunté.

—Es la especialidad de nuestra madre. Solo nos queda terminar de poner la fruta encima —explicó Lana—. Podría haberla convencido para no hacerla, pero me encanta su tarta. Tengo derecho a comerla en mi cumpleaños.

Su voz sonaba a la defensiva, probablemente por los ojos en blanco de Emily.

—Puedo terminarla yo —dije—. Podéis ir a encargarnos de otra cosa.

Las dos parecían aliviadas. Lana me besó en la mejilla, y las dos desaparecieron por la puerta de la cocina sin decir palabra. Cuando terminé con la tarta, tenía tan buena pinta que me sentí tentada a cantar un «Cumpleaños feliz» prematuro solo para poder cortarla. Em había entrado a ver si necesitaba ayuda unos quince minutos antes, y me dijo que la gente ya estaba empezando a llegar. Yo estaba más que contenta de quedarme en la cocina, oliendo una tarta que todavía no tenía permitido comer.

Cuando ya no me quedaba nada que hacer en la cocina, eché un vistazo al salón para evaluar la situación. Vi que Paige y Miles se reían como locos por el chiste que había contado otro chico. No lo conocía, así que lo más probable es que ellos tampoco lo conocieran bien. Pero se lo estaban pasando bien y actuando de forma mucho más madura que yo, escondida en la cocina.

¡Ya está bien! Si Paige puede salir de su cascarón y disfrutar de esta fiesta, ¡tú también! ¡Así que saca el culo ahí fuera!, me reprendí. Guardé la tarta en el frigorífico, me quité el delantal rojo y, tras una rápida mirada al espejo del pasillo, me dirigí hacia la fiesta. Capté un par de miradas de mis compañeros de trabajo, y me di cuenta de que debían de estar sorprendidos

otra vez al ver mi pelo. A lo mejor debería acostumbrarlos más a esta parte de mí, pensé. Me sentía extraña porque todos me miraran solo porque hubiera decidido dejarme el pelo suelto. Nos veíamos a diario; mi apariencia no debería ser tan impactante.

Una hora después, me sentía genial. La combinación de vino y champán se estaba convirtiendo enseguida en mi nueva medicina favorita contra la ansiedad. Había hecho al menos una docena de amigos nuevos, aunque en realidad no recordaba ninguno de sus nombres. Los tacones me estaban matando, así que decidí tomarme un descanso y relajarme sola en el cómodo sofá de Lana.

Estaba mirando el gentío enfrente de mí, tratando de recordar al menos un par de los nombres de la gente que acababa de conocer. Entre todos los cuerpos que bailaban, vi que alguien se sentaba en un sofá parecido, no muy lejos de mí, con una cerveza en la mano. Lo único que separaba nuestro sofá de estar juntos en la misma pared era una puerta. Se encontraba lo bastante cerca de mí como para ver la marca de cerveza que estaba bebiendo. Una de las personas que había en mi camino se movió, y eso me dio la oportunidad de mirar directamente a los ojos que ya me estaban observando.

Ha venido Sebastian. No esperaba verlo, sobre todo porque sé que no se encuentra muy bien estos días. Estoy demasiado relajada como para confiar en no hacer ninguna estupidez si se acerca más, gracias al vino con el que he comenzado la noche. Por eso voy a quedarme aquí mismo. Problema resuelto.

Me vio mirándolo, así que levanté mi copa y asentí con la cabeza hacia él, sonriéndole. Él me devolvió la sonrisa y el asentimiento, con la botella de cerveza en el aire antes de volver a dejar el brazo sobre su rodilla. ¡Por qué tiene que estar tan guapo! Ni siquiera intenta ponérmelo fácil.

La selección musical era más de estilo tecno, lo cual no era exactamente lo que esperaba. Los pies me estaban matando, así que no pensaba bailar de todos modos, pero habría apreciado al menos un par de canciones de mi gusto. Por eso, cuando los primeros acordes de guitarra de Free Bird comenzaron a llenar la habitación, levanté la cabeza de golpe. Por alguna razón, miré de inmediato a Sebastian, que empezó a reír. O bien le resultaba graciosa mi reacción, o recordaba cuando presencié de forma desintencionada mi concierto en solitario.

Pensaba que la distancia serviría de algún modo para evitar que me avergonzara a mí misma, pero me encontré cerrando los ojos y siguiendo el ritmo de la canción, golpeándome ligeramente el regazo con las manos y los

dedos. Cuando abrí los ojos, Sebastian me estaba mirando con una expresión extraña pero sin duda divertida, mientras interpretaba la parte de la guitarra de la canción. Como es evidente, ninguno teníamos los instrumentos, así que estábamos en mitad de nuestro propio y sutil concierto invisible. Cuando vio que la canción aumentaba el ritmo y yo no dejaba de tocar la batería invisible, se levantó para sentarse junto a mí, todavía tocando la «guitarra». Al menos un par de personas lo estaban mirando con ojos muy abiertos, y me refiero a chicas. Pero eso podría haber estado pasando antes de nuestro concierto, sin que tuviera nada que ver.

Se colocó junto a mí de forma que quedáramos casi cara a cara. Giré el cuerpo para facilitar nuestro enfrentamiento cara a cara, sin dejar de tocar la batería invisible. No sabía si era por las bebidas o porque estábamos en la habitación menos atestada, escondidos en un rincón, pero empezamos a pasárnoslo bien. La seriedad de sus ojos desapareció en algún momento, y el Sebastian juguetón emergió por fin.

Durante cuatro o cinco canciones seguidas, lo único que hicimos fue tocar nuestros instrumentos imaginarios. Varias veces nos detuvimos en mitad de la canción, mirándonos fijamente a los ojos como si estuviéramos manteniendo una conversación silenciosa. Al segundo siguiente, continuábamos tocando, yo su instrumento y él el mío. ¡Era muy extraño! La primera vez que lo hicimos, comenzamos a reír como locos, doblándonos sobre el sofá, apenas capaces de recuperar el aliento.

Cuando comenzó la siguiente canción, los dos supimos que nuestro concierto había terminado. Ninguno comenzó a tocar; tan solo nos miramos y empezamos a reír otra vez. Estaba sin aliento y sudorosa, pero feliz. No me lo había pasado tan bien desde... tal vez nunca. Y ni siquiera nos dijimos ni una palabra en todo el tiempo.

Tras un par de horas, el sofá ya no era tan cómodo. Habíamos dejado de beber hacía un rato, pero el mareo que sentía no remitía. Sebastian seguía junto a mí, y yo estaba tratando de contribuir a nuestra charla, pero me sentía como si el sofá estuviera pegado a una montaña rusa.

—Lo siento, creo que tengo que tumbarme —dije—. No me encuentro muy bien.

—Espera, enseguida vuelvo —contestó él, y se levantó antes de que pudiera decir nada más. Buscó a Lana y le susurró algo al oído, lo cual le hizo señalar una puerta y sonreírme—. Vale, te he encontrado una cama.

Me tomó la cama y me ayudó a levantarme poco a poco del sofá. El

movimiento hizo que la cabeza me diera todavía más vueltas que antes, así que me rodeó la cintura con los brazos y me dejó apoyarme sobre él. Me llevó hasta la última puerta por el pasillo que Lana había señalado; giró el pomo, me condujo al interior y cerró detrás de nosotros en cuanto entramos.

—¡Gracias! —dije, sintiéndome avergonzada. ¿Cómo he podido emborracharme con tan poco alcohol?—. En realidad no he bebido tanto...

—No te preocupes, a todos nos ha pasado. ¿Crees que vas a vomitar? —me preguntó, mirándome a los ojos con una mano sobre la cara. Esa simple acción me dejó todavía más mareada que antes.

—De momento solo estoy mareada —dije, y me di la vuelta para sentarme en la cama. No tenía que saber lo ridícula que era, actuando así solo porque me había tocado. Me ayudó a tumbarme y se inclinó para quitarme los zapatos. En cuanto terminó, se sentó al otro lado de la cama, tan lejos de mí como podía. Y yo que pensaba que habíamos dejado atrás la incomodidad. O sea, sí, mis mariposas se volvían locas cada vez que me tocaba, pero él no lo sabía.

—¿Quieres dormir? ¿O puedo quedarme? —preguntó, y se giró para mirarme, expectante.

—¡No! —respondí de golpe, mirándolo como si fuera a marcharse. Pero parecía dividido, como si no estuviera seguro de lo que quería hacer. Tal vez el bajón no se le había ido del todo. Entrecerró los ojos y sonrió mientras yo me daba cuenta de que no le había aclarado nada con mi respuesta monosilábica. ¿No quieres dormir o no quieres que se quede?—. O sea, que no quiero dormir —dije, mientras un palpable tono rojo se extendía por mi cara—. Me gustaría que me quedaras conmigo.

—Bien —contestó, relajando los hombros—. El ambiente de fuera no me va mucho.

—Te entiendo; yo no estaría aquí de no ser por Lana. Pero tengo una petición si decides quedarte aquí.

—Claro, ¿el qué?

Me miró confuso.

—No te quedes a los pies de la cama, por favor —dije, sonriendo. Su sonrisa sorprendida me hizo reír en voz alta. ¿Qué esperaba oír? Se quitó los zapatos y se subió a la cama junto a mí, con la espalda contra la cabecera. Se puso cómodo con una almohada bien colocada—. Mucho mejor.

Lo miré desde abajo. Seguía tumbada boca arriba, pero mi mareo había remitido considerablemente. Creo que estar tumbada con Sebastian me ha

quitado la borrachez de golpe.

—¿Has podido añadir más procedimientos a tu lista? —preguntó tras unos minutos de silencio incómodo, atípico de nosotros—. Podrías haber puesto la vía central fácilmente sin mí, ¿sabes? Eres muy buena.

¿Por qué era tan extraño ahora que estábamos solos en la misma habitación? La misma cama. Tal vez esa era la respuesta. Lo más probable es que estuviera pensando lo mismo, ya que había empezado a hablar de trabajo.

—No tantos como querría —respondí, casi haciendo un mohín—. ¡No me dejan!

El alcohol me estaba volviendo una dramática. Estaba muy cabreada con mi responsable cuanto más pensaba en ello. Probablemente riendo por mi repentino arrebato, Sebastian se puso las manos sobre el pecho, que temblaba por la vibración de su risa.

—Mejorará. Solo están intentando evitar que lo dejes —dijo, mirándome la cara—. Si descubres demasiado pronto lo difícil que es el trabajo, podrías estar tentada a salir corriendo y gritando.

Comencé a reír, porque todo parece gracioso cuando estás borracha. Pero también me sorprendía lo gracioso que era Sebastian. Incluso después de todo lo que había pasado, todavía tenía sus momentos. Al menos lo estaba intentando, lo cual lo hacía más fuerte que yo. Quería oír sus historias como interno, pero no quería agriar su humor recordándole cómo había terminado su primer año. Si alguna vez me hablaba al respecto, tendría que salir de él y no porque yo lo presionara. Así que opté por una pregunta más sencilla.

—Necesito saber algo vital sobre ti —dije, riéndome por mis estúpidas palabras—. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El tres de mayo. ¿Necesitas saberlo? —preguntó entre risas—. ¿Qué vas a hacer ahora que lo sabes?

—Comenzar a preparar tu regalo de cumpleaños, por supuesto.

—¿Y necesitas nueve meses para eso? —preguntó, riendo más fuerte.

—Bueno, probablemente no... pero podrías haber dicho que es mañana —señalé—. No estoy segura de que me lo hubieras dicho de ser así.

—Te lo habría dicho —replicó simplemente—. Somos amigos, ¿no?

Eso espero. Sí, lo somos.

—Sí. Lo somos.

Durante el siguiente par de horas, hablamos de cada cosa aparentemente estúpida. Pero sabía que recordaría cada pequeño detalle que me diera, cada pedacito de información, durante años. Porque de ahora en adelante estaban

grabados en mi cerebro para no borrarse nunca. No era necesariamente intencional, pero ocurría siempre que algo despertaba mi interés. Todavía recordaba todos los detalles sobre mi primer novio, y mi buena memoria también era la razón por la que la facultad de Medicina no había sido una pesadilla.

Solo había estado con tres chicos, y recordaba cada detalle importante sobre ellos. O, al menos, lo que a mí me parecía importante entonces. Todavía recordaba la mayoría de nuestras charlas, sobre todo las del principio, las peleas y las discusiones. Esta característica mía era tan extraña que a veces me contenía con las cosas que recordaba sobre la gente, por miedo de asustarlos. No era algo que hiciera a propósito, ni nada que pudiera apagar. Y desde luego no lo usaba en las discusiones; lo había aprendido por las malas con mi segundo novio, Shane.

—Dime algo extraño sobre ti —dijo Sebastian, en el momento justo.

Decidí decir algo que diera menos mal rollo y que tal vez fuera un poco insinuante.

—Me pongo la ropa interior a juego con los calcetines. —Trató de esconder su mirada mientras reía, pero vi que sus ojos se iban derechos a mis calcetines blancos de encaje. Quería abrazarme a mí misma por mi avance, pero no quería que se sintiera incómodo, así que continué con mi propia pregunta—. Te toca. La misma pregunta.

—¿A qué estamos jugando? —preguntó, divertido.

—Eh... Vamos a llamarlo el juego de «responde la pregunta o ve a por tarta» —dije entre risas cuando lo vi agachando la cabeza, con el disfrute claro en sus ojos—. Las reglas dicen claramente que tienes que ir a por tarta si decides negarme una respuesta.

—Son unas reglas brutales —contestó y de pronto se levantó de la cama y fue hacia la puerta.

—¿De verdad no vas a responder? —pregunté sorprendida, apoyada sobre mis codos.

A medio camino fuera de la puerta, miró hacia dentro y dijo:

—Me crujo las muñecas.

—¿Q-qué?

Antes de que pudiera decir nada más, cerró la puerta, pero oí su risa por el pasillo. Tres minutos después, regresó con dos platos de tarta, con extra de frutas en la mía. Seguía riendo. Yo tan solo sonreí, sin olvidar que lo apreciaba por traerme la tarta.

—¡Gracias! —dijo mientras me entregaba el plato.

—¿Qué más quieres saber? —preguntó, y volvió a sentarse como antes.

—Sigo intentando comprender tu respuesta a la última pregunta —dije con la boca llena de fresas deliciosas—. Me temo que voy a necesitar pruebas.

—Sabía que ibas a decirlo.

Dejó su tarta entre nosotros, cerró el puño derecho y lo movió de un lado a otro un par de veces. Repitió el movimiento con la mano izquierda. Sí, sus muñecas crujían.

—¿Sabes lo difícil que es trabajar así? ¿Lo difícil que es tener que explicar a los pacientes por qué el doctor produce crujidos cada vez que hay un movimiento rotatorio?

Me miró muy serio, con el ceño fruncido, haciendo que casi me ahogara con la tarta, intentando no reírme con la boca llena.

—Yo tengo algo parecido —dije. Ahora fue él quien se rio con la boca llena—. El pulgar de mi mano derecha tiene doble articulación. Se me da fatal sujetar cosas por eso, así que siempre tengo que abrir cosas o levantar objetos pesados con la izquierda. Un mono da más uso a los pulgares oponibles que yo.

No sé de quién era la cama en la que estábamos sentados, pero me preocupaba que si seguíamos riéndonos así una de las tartas acabaría boca abajo entre nosotros, y no me podía permitir comprar ropa de cama nueva en ese momento.

—¿Te sentirías mejor si te contara otra cosa extraña sobre mí? —preguntó.

—¡Sin duda!

Me sentía mareada, aunque estaba segura de que mi ligero emborrachamiento ya se me había pasado hacía rato. ¡Realmente está ofreciendo información sobre sí mismo!

—Mi primer tatuaje fue para cubrir algo. Una marca de nacimiento. No puedo decirte la forma, pero era... algo guarro. Todos se burlaban de ella, así que al cumplir los dieciocho me la cubrí con este tatuaje.

Si no me lo dijera poniendo morritos, me habría doblado de la risa. Se levantó la manga derecha y me mostró un pequeño tatuaje en forma de dragón en el antebrazo. Era el tatuaje más mono que había visto nunca. Tan mono que quería ponerle un nombre y adoptarlo como mi mascota. Sin pedirle permiso, levanté la mano y dejé que mis dedos le acariciaran el tatuaje, emocionada por

ver su piel hormigueando bajo mis ojos.

—En fin —dijo, y se aclaró la garganta—. Después de eso, me enganché. ¿Tú tienes marcas de nacimiento extrañas? —preguntó, mientras se reclinaba y se volvía a bajar la manga.

—Tengo una constelación de pecas en el hombro izquierdo. ¿Eso cuenta?

—¿Una constelación... de pecas? —dijo, fingiendo desconcierto.

—Sí —contesté.

—Me temo que voy a necesitar pruebas —dijo, repitiendo mis palabras anteriores.

Me di la vuelta y me descubrí el hombro izquierdo. Como las pecas estaban en la parte superior, parecía lo bastante inocente. La constelación de pecas es exactamente como suena. Hay siete que destacan claramente entre las otras, más pequeñas, y su ubicación y su cercanía hace parecer que forman una constelación. O una banda de prisióon.

Se inclinó para mirarlos, moviendo la cabeza de izquierda a derecha de vez en cuando.

—Parecen... organizados de algún modo —señaló, todavía mirándome el hombro. Estaba cerca que necesité toda mi fuerza de voluntad para no estremecerme cuando sentí su aliento sobre mi piel desnuda mientras hablaba—. ¿Has comprobado si se parece a alguna constelación específica? Seguro que sí.

—Pues sí, ¡y así es! —dije, girando mi cara sonriente hacia él, disfrutando nuestra proximidad—. La que tiene más sentido se llama Equuleus, y es la segunda constelación más pequeña de las modernas. —Cuando lo vi devolviéndome la sonrisa, añadí—: No sé por qué, pero para mí tenía sentido. Y significa «caballito» en latín. Estoy pensando en conectar los puntos y convertirlos en tatuaje.

Su sonrisa se ensanchó.

—Si me preguntas, me suena al tatuaje perfecto para ti.

—¿Y tus tatuajes tienen todos significado? —pregunté mientras retomaba mi posición contra el cabecero, siempre curiosa de saber más sobre él.

—Solo me hago uno cuando tiene sentido, así no me arrepentiré jamás. Todos significan algo —explicó. Tras unos minutos de silencio, preguntó de repente—: ¿Tienes hermanos?

Así que su ceño fruncido está relacionado con lleva la conversación a territorio más complicado. No es que tuviera ganas de aquello, pero me lo esperaba, sobre todo porque no había salido el tema antes. Había conseguido

esquivarlo durante algún tiempo.

—Sí. Y no —logré decir. Me miró como si no fuera capaz de darle una respuesta normal. Por su media sonrisa, me di cuenta de que pensaba que estaba bromeando otra vez, así que me expliqué—: Tenía una hermana, pero murió cuando teníamos catorce años. —Su sonrisa desapareció tan rápido que supe con exactitud cuándo conectaba mi noticia con su historia. Continué esperando que su expresión no se profundizara—. Éramos gemelas.

Sentía que debía esperar antes de continuar. Su respiración se volvió rápida y superficial. De pronto, ya no estaba tan segura de que aquella fuera la mejor idea. Quería que me conociera, quería contárselo todo, no solo porque ya sabía mucho sobre él, sino porque si había alguien que pudiera entender por lo que había pasado, ese era él. Pero también sabía lo que me hacía escuchar su historia, y no estaba segura de que él estuviera preparado para aquello. Yo no estaba segura de que realmente quisiera saberlo.

Han pasado varios minutos. Cuatro desde que empecé a contar. ¿Debería decir algo, o darle tiempo para que vuelva a mí?

—¿Cómo se llamaba? —preguntó al fin, en voz tan baja que apenas la oí. Nadie me pregunta eso. La primera pregunta siempre es cómo ocurrió.

—Ally.

—Ava y Ally —dijo al fin.

—Ally y Ava —le corregí, sonriendo—. Era veinte minutos mayor que yo. —Traté de hacer que el aire de la habitación fuera respirable otra vez. Esperé que sirviera para él, porque todavía me costaba recobrar el aliento. Esto es más difícil de lo que pensaba.

—Si no quieres hablar de ello, no te preguntaré —dijo, apenas mirándome.

—Estoy bien; puedes preguntar. —Sentía la necesidad de verbalizar algo más—. Pero no tienes que hacerlo. Solo si hay algo que quieras saber.

—Quiero conocerte —contestó, con la mirada todavía concentrada en sus brazos cruzados por encima de su pecho. Yo también quiero conocerte—. ¿Qué pasó?

—Una enfermedad autoinmune. —No pensaba contar todos los detalles desgarradores, pero mientras lo decía vi la repentina preocupación en sus ojos. Era la primera vez que me miraba desde que le había contado lo de Ally, con ojos horrorizados—. Estoy bien. Me hicieron las pruebas y yo no tengo nada.

—Lo siento mucho... —dijo con un gran suspiro. Estaba segura de que se

detendría ahí, pero me sorprendió diciendo—: Sé lo que debes de haber pasado. Yo perdí a mi madre hace unos años. Después de eso, mi novia murió en un accidente de coche.

Aunque ya conocía la historia, oírlo contándola me dejó sin aliento otra vez. Por primera vez en lo que parecían meses, podía decirle exactamente lo que quería que supiera.

—¡Lo siento mucho! —Lo miré hasta que giró la cabeza y me miró a los ojos—. ¡L siento!

Solo la segunda vez que lo dije causó alguna impresión en él. Lo vi, y me hizo sentir un poco mejor, porque había tenido la oportunidad de decir algo por fin. No era solo una frase cualquiera; el significado era «te quitaría el dolor si pudiera», y creo que lo sabía. Tardó un poco, pero cuando lo dijo, se notaba que era de corazón:

—Gracias. ¿Estás bien ahora, después de tantos años?

La pregunta estaba llena de esperanza. Me estaba pidiendo que le dijera que mejoraría. Y pronto. No estaba segura de poder hacerlo, así que decidí optar por la verdad.

—Estoy bien. La echo de menos todos los días, pero en algún momento, ni siquiera sé cuándo, dejé ir al dolor y por fin empecé a recordar las cosas buenas. El sentimiento de pérdida ahora está en el fondo. Tarda un poco hacer el cambio, pero llega.

Respiró hondo. Parecía aliviado; esperaba que fuera así. Me encantaría saber que había hecho eso por él.

—¿Tienes pesadillas? —preguntó, sorprendiéndome otra vez. No esperaba la pregunta; nadie sabía de mis pesadillas, y nadie más me lo había preguntado nunca. No había hablado de ello con nadie, ni siquiera con mis padres. Y ahí estaba, con Sebastian, y creo que quería que lo supiera. Por primera vez, quería decírselo a alguien. No a cualquiera, sino a él. Necesitaba que él lo supiera.

—¿Tú también las tienes? —repliqué, aturdida. Aturdida porque había ocasiones en las que estaba segura de haberme vuelto loca, porque las pesadillas no podían ser una reacción normal. Y aturdida porque confiaba en mí con tanta facilidad para decirme que él también las tenía.

—Las tenía —dijo—. Sobre todo eran con Kristen. Mi madre estaba enferma y, aunque dolía muchísimo, al menos había una explicación. Lo de Kristen nos pilló a todos por sorpresa. Fue un accidente estúpido. No tenía sentido, y todavía no lo tiene.

Esperé a que continuara, pero no lo hizo.

—Yo también las tenía —admití, cerrando los ojos durante un segundo y preguntándome si sería capaz de continuar. Por él, lo era—. Primero soñaba con Ally y el funeral. Al principio yo estaba de pie junto a ella, pero cuando me despertaba temblando, no estaba segura de si la del ataúd era ella o yo. — Pensaba que el recuerdo de mis primeras pesadillas me volvería a llevar a ese estado, pero el hecho de que Sebastian se encontrara allí me reconfortaba. Se movió para poder tumbarse a mi lado; juntos, miramos al techo como si tuviera todas las respuestas. Debía de saber que no había terminado, porque respiró hondo y esperó a que prosiguiera—. Tras un par de meses, las pesadillas cambiaron. Ya no era yo quien moría, sino mi madre o mi padre.

Al principio, cuando comenzaron las pesadillas, pensaba que no podían empeorar. Me equivocaba. El miedo de perder a uno de mis padres me paralizaba, pero eso no se lo conté. Tan solo quería que me conociera, no destruirlo otra vez.

—No sé si eso es normal, ni cuánto —dijo, mirándome a los ojos otra vez—. Pero tú no eres la única que ha pasado por ello. Yo también.

Desearía que su confesión no me hiciera sentir mejor, pero lo hacía.

—¿De qué eran las tuyas? —pregunté.

—Las tuyas al menos tenían sentido —contestó—. Tenías miedo de perder a tu familia, de tener que pasar por ello otra vez. Las mías eran extrañas, y tardé mucho tiempo en comprenderlas. —Me giré hacia él, que hizo lo mismo—. Para que lo entiendas, tengo que hablarte de mi relación con Kristen.

Esperó unos segundos y yo asentí con la cabeza, pidiéndole sin palabras que continuara.

—Estuvimos unos años juntos, y en ese tiempo pasamos por muchas cosas. No sé si seguíamos juntos por eso o porque nos queríamos de verdad. Aunque de eso me di cuenta después de que muriera. Mientras estábamos juntos, creía de verdad que estábamos felizmente enamorados. Tras el accidente, fui a nuestro apartamento y empecé a mirar sus cosas. Solo quería sentirla cerca. Miré las fotos nuestras de su móvil, escuché su música. Quería leer los últimos mensajes que me había enviado, pero había roto mi móvil unos días antes, así que usé el suyo. Encontré mensajes de otro tío, y eso casi me mató. No sé si me estaba engañando o pensando en ello, porque los mensajes no lo explicaban, pero tampoco eran inocentes. A lo mejor se estaban enamorando, no lo sé...

Mierda, no tengo ni idea de qué decir.

Me miró a los ojos durante un par de segundos, pero continuó.

—A lo mejor habría encontrado una forma de superar el proceso más rápido, pero estar enfadado con una persona muerta te hace cosas en la cabeza. Me hizo cuestionarme todo lo que teníamos. Las pesadillas eran sobre nosotros. Nunca era nada especialmente terrorífico. Solo eran sobre nosotros estando juntos, haciendo cosas corrientes como solíamos hacer. Pero, por alguna razón, me despertaba empapado en sudor, temblando como si me persiguieran unos zombis o algo.

—¿Todavía las tienes? —pregunté.

—No.

—Bien.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Desde hace años, no.

Cerró los ojos, respiró hondo y asintió con la cabeza. Los dos estábamos llegando al punto en el que hablar de ello ya no era una tortura. O a lo mejor solo estaba sucediendo porque estábamos hablando entre nosotros.

—¿Cómo superaste el primer año? —me preguntó.

Pensé que estaba tratando de descifrar lo que había sentido, preguntándose si sería similar a lo que él habría sentido. A menudo me preguntaba eso yo también. Me preguntaba si alguien más habría reaccionado de la misma manera, o si solo era que yo era de las personas que no podían lidiar con esas cosas cuando ocurrían. Sabía que se había pasado la mayor parte de ese año de aventura borracho con Collin, y la verdad es que eso también me habría ayudado a mí.

—No sentí nada durante mucho tiempo —respondí con lentitud—. Sentía a todos mirándome en su funeral, esperando que llorara o gritara, o que rompiera algo. Creo que cualquier clase de reacción habría sido aceptable para ellos. Cualquiera menos la que tenía. No sentía el dolor que experimentaban mis padres; no sentía la negación, ni la furia, ni ninguno de los pasos del proceso de duelo. Me sentía vacía. Ally era una parte de mí, y ahora tenía demasiado espacio sin ocupar en mi interior.

Sin decir palabra, me tomó la mano izquierda con la suya y me la apretó. Continué, sabiendo que debía de sentir parte de lo que yo sentía. Dos veces. El corazón se me contrajo de pronto. Me di cuenta, sorprendida, de que no era por mis propios recuerdos resurgiendo, sino por imaginármelo teniendo que pasar por eso. Cuando me apretó un poco la mano, continué.

—Nos solían contar la historia de nuestra última ecografía antes de que llevaran a mi madre al hospital. Decían que estábamos cogidas de la mano. Incluso durmiendo, cuando éramos bebés solo nos dormíamos si nos tocábamos. No podían hacernos dormir en cunas separadas. Tras un tiempo se rindieron; vendieron la segunda sin usar. No sentí nada cuando el doctor vino a darnos sus condolencias, negando con la cabeza. Era amigo de la familia, pero con el tiempo la amistad murió. Ninguno podía mirarlo tras ese día; era como el ángel oscuro que nos la arrebató. Volvimos a casa. Mi madre lloró todo el camino, y mi padre apenas estaba presente. Yo los miraba tan desconectada que podría estar viendo la vida de otra persona. O una película.

—En la casa, ya habían llegado algunos amigos de mi madre, con comida —continué—. Yo me fui a mi habitación; nuestra habitación. Ally seguía ahí. Podía sentirla ahí, como siempre. No podía comprender lo que estaba ocurriendo. Por qué tanta gente, por qué los sollozos en el piso inferior. Recuerdo oír una especie de estertor constante y no poder señalar de dónde venía. Incluso me levanté y traté de buscar qué lo causaba. Pero, dondequiera que mirara, el sonido era igual. No aumentaba ni bajaba el volumen, sin importar dónde me encontrara. Mis padres entraron, y yo me estaba mirando las manos como si no fueran mías. La sentía extrañas y palpitantes, como ocurre a veces cuando haces ejercicio y casi puedes sentir la sangre corriendo por las venas.

Levanté la mirada y vi a Sebastian observándome con los ojos caídos y las cejas juntas, como si pudiera sentir lo que yo había sentido en ese momento. En cuanto lo miré, trató de suavizar la expresión, pero era demasiado tarde. Ya lo había visto, y aunque no fuera así, su expresión suave no engañaba a nadie. Todavía parecía estar sufriendo.

No estaba segura de si debía continuar. ¿A quién ayudaba aquello? Tan solo estábamos haciendo que el dolor resurgiera. Cerré los ojos durante un segundo, esperando dar a mi corazón oportunidad de calmarse. Todos los recuerdos que volvían a mí y tener mi mano en la de Sebastian no ayudaban con mi compostura.

—Si es demasiado —dijo, haciéndome abrir los ojos y mirarlo—, podemos cambiar de tema.

—¿Es demasiado para ti? —pregunté, sin querer que supiera cuántos detalles sabía en realidad sobre su vida. Ahora que estaba junto a mí tratando de construir una conexión, me parecía mal saber ya todas esas cosas íntimas y personales. Cosas que preferiría haber oído directamente de él.

—No, estoy bien. Quiero conocerte mejor.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —dijo, y las comisuras de sus labios se elevaron en el intento de una sonrisa.

Dirigí la cabeza otra vez hacia el techo y continué, con la mano todavía en la suya.

—Mis padres me miraban como si fuera a derrumbarme, aunque no lo hice. Pero me di cuenta de que el sonido venía mis dientes, y de que mis manos y todo mi cuerpo temblaban sin control. Seguía sin llorar, es solo que no podía dejar de temblar. Se sentaron en mi cama, se tumbaron a cada lado de mí y trataron de calmarme, aunque eran ellos quienes lloraban. No fui capaz de decir lo poco calmante que era eso. Me sentía muy lúcida, fuera de mi cuerpo. Y aunque no era yo quien sentía la desesperación devastadora de mis padres, y la que estaba tratando de calmarlos, era incapaz de dejar de temblar por mucho que lo intentara.

—Tras un par de horas, mi madre entró en pánico —continué—. Quién sabe cuántas veces lo habría hecho los últimos días, viendo cómo Ally tenía que ir al hospital otra vez, y ahora preocupándose también por mí. Podía oírlos hablando en el pasillo, fuera de mi habitación. Al segundo siguiente, mi padre estaba a mi lado, cubriéndome con una manta y cogiéndome en brazos antes de que pudiera protestar. Era posible que no le dijera nada de todos modos. Lo que pasaba a mi alrededor tenía poco interés. Creo que era eso, ya no me importaba nada. Mi madre ya había sacado el coche del garaje. Me metieron dentro y me llevaron a la sala de Urgencias de la que habíamos salido solo unas horas antes.

Me giré hacia Sebastian otra vez. Su agarre sobre mi mano seguía igual de fuerte.

—¿Sabes cuando a veces tenemos un paciente que llega a Urgencias y nos dice avergonzado que tenía síntomas en casa, pero al llegar al hospital ha comenzado a sentirse mejor de pronto? —le pregunté.

—Sí, es por la adrenalina, por venir a toda prisa al hospital.

—Exacto —dije—. A mí no me pasó.

Sonrió durante un segundo ante mi dispersión.

—Cuando el doctor me estaba examinando, mi temblor empeoró —proseguí—. Me costaba responder a sus preguntas, y mi madre tuvo que explicarle lo que yo no podía. Medio esperaba alguna clase de mirada de lástima, como las que había recibido de los amigos de mi madre unas horas

antes —expliqué—, pero no la hubo. El doctor tan solo me miraba como si fuera una lámpara con una bombilla rota que tuviera que arreglar. Aunque no habría servido de nada igualmente. Me puso en una camilla y le pidió a mi madre que saliera hasta que terminara. Me hizo un chequeo rápido y me puso una vía. El sedante funcionó como la magia; mi cerebro quedó inundado de inmediato. Lo oí decir que estaba en shock, pero no me sentía así. Estaba algo mareada, pero seguía sin sentir nada.

—Me conectó a un monitor de ritmo cardiaco y estuvo viniendo a ver cómo estaba cada cinco minutos —continué—. Recuerdo preguntarme qué esperaba que cambiara en esos minutos. Solo ya en la facultad me di cuenta de que estaba comprobando que no hubiera reacciones alérgicas al nuevo medicamento, sobre todo porque sabía que había tenido problemas de alergia siendo más joven. El sedante no tardó más de unos minutos en hacer efecto de verdad, y comencé a ver a la gente a mi alrededor como si estuvieran en un vídeo de Michael Jackson, todo sombras.

Sebastian se rio un poco y me apretó la mano otra vez. Me gustaba cómo aparecían esas leves arrugas alrededor de sus ojos cada vez que sonreía.

—Al final, el temblor se detuvo y le dijeron a mi madre mientras se acercaba a mí que me dormiría en cualquier momento. No sé cómo, porque pesaba muy poco entonces, pero no me dormí. Sentía un extraño consuelo en el hecho de que al menos estaba en el mismo hospital que Ally. Eso era todo lo que podía pensar. Tuvieron que darme otro sedante, e incluso después conseguí mantener los ojos cerrados hasta que llegamos al porche de mi casa. Después, dormí veintidós horas. Cuando desperté al fin, mis padres estaban a mi lado, con aspecto preocupado. Años después, descubrí que llevaban dos horas tratando de despertarme. Incluso habían llamado al médico, que les calmó un poco diciéndoles que despertaría cuando estuviera lista. No creo que estuviera lista todavía. Desperté siguiendo el mismo vacío, sin los temblores.

—Tras esos, todos esperaban a que explotara. Eso pasó un par de meses tras el funeral de Ally, el día que descubrí que su ropa, que me seguía poniendo hasta para irme a dormir, ya no olía a ella. Estaba en el baño después de ducharme cuando me puse una de sus camisetas favoritas e inhalé hondo mientras pasaba sobre mi cara, cómo solía hacer las últimas semanas. Era un hábito reconfortante, solo que ya no lo era. Corrí a nuestra habitación y comencé a coger prendas al azar, oliéndolas todas una y otra vez. Ya no podía oler nada, como si hubiera desaparecido de la noche a la mañana. El aullido que salió de mí era desgarrador, o al menos así es como me sentía. Me quedé

de rodillas en mitad de la habitación, con los ojos desorbitados y la ropa de Ally a mi alrededor, gritando como si acabara de descubrirlo. Ya no estaba. Mis padres irrumpieron en la habitación, probablemente pensando que me había atacado un oso. Cuando me vieron, lo comprendieron al instante. Esa noche dormimos los tres juntos.

Seguía tratando de mantener la conversación honesta, pero lo más ligera posible. No quería que fuera deprimente, pero no estaba funcionando muy bien. Sebastian me seguía mirando como si quisiera quitarme el dolor pero no tuviera ni idea de cómo hacerlo. Lo cierto era que yo quería quitarle el suyo y no se me había ocurrido nada útil. Todavía parecía roto.

En cuanto terminé con mi historia del oso, vi que pasaban tres cosas. Primero, su ceño fruncido aumentó, sus ojos oscuros se volvieron más profundos, y ni siquiera trató de ocultarlo como solía hacer. Después, lo oí tomar aliento, y de pronto estuve entre sus brazos, con la cara contra su pecho. Me estaba acariciando el pelo. Seguíamos de lado y, aunque me tomó por sorpresa, su olor y su forma de pasarme la mano por el pelo me reconfortaba. Cosa que no había pasado en mucho tiempo.

Mientras permanecíamos allí, con uno de mis brazos atrapado entre nosotros y el otro a su alrededor, abrazándolo fuerte, pensé en pedirle que me diera más detalles sobre su historia, pero me temía que fuera un paso demasiado lejos para él. Unos dos minutos después de que ese pensamiento se me pasara por la mente, comenzó a hablar por su cuenta. Me sorprendí otra vez por su extraña habilidad de responder a preguntas que no le había hecho.

—Cuando mi madre murió, no nos tomó por sorpresa —dijo, hablando contra mi pelo—. Llevaba mucho tiempo enferma, y como yo ya estudiaba Medicina, comencé a aprender todo lo relacionado con su enfermedad. Tenía un glioblastoma. Era un estudiante de primer año estudiando investigación médica de cuarto y entendiéndolo todo.

No tenía que mantener mi expresión neutral porque estaba entre sus brazos. Me pregunté si seguía teniéndome ahí porque no quería que le viera la cara mientras me contaba su historia. No sentía nada, salvo terror por su madre. Por él. Por todos los involucrados. Aunque habían pasado años desde entonces, no podía imaginar nada más terrorífico. El glioblastoma multiforme es uno de los tumores cerebrales más agresivos; incluso ahora no hay muchas opciones viables para el tratamiento.

Mi teléfono nos hizo sobresaltarnos al comenzar a sonar, interrumpiendo su historia. Me separé de él a regañadientes y me estiré hasta la mesita de

noche para alcanzar mi bolso. Saqué el móvil y lo miré; el número de Emily aparecía en la pantalla.

—Hola, Em —dije, reclinándome otra vez contra mi propia almohada. Sebastian estaba boca arriba, mirando al techo de nuevo—. Sí, estoy bien, solo un poco mareada. Vale, gracias. Adiós. —Quería detalles; lo notaba. Pero no iba a sacar nada importante. Jamás podría compartir con nadie lo que me había contado Sebastian—. Lo siento —le dije a él—. Em es como una mamá gallina.

Me dirigió una sonrisa forzada. Buscando la forma de que continuara con su historia, me tumbé de lado otra vez, esperando que imitara mi movimiento. Me alegró ver que lo hacía sin dudar. Lo que me sorprendió todavía más fue cuando sentí que me tomaba la mano otra vez. Me pregunté quién la necesitaba más, si él o yo.

—Me gustaría oír el resto de la historia, si todavía quieres contármela —dije. Él me miró durante unos segundos y asintió con la cabeza.

—Varios profesores no dejaban de llamarme a sus despachos para intentar convencerme de que me saltara un año. No parecían entender el sentido de todo, incluso después de explicarme. —Mantuve los ojos concentrados en nuestras manos unidas, observando su pulgar que me acariciaba el dorso con suavidad—. Eran indiferentes a las emociones humanas. Me acojonaba continuamente. —Sentí que se movía, y eso me hizo mirarlo a los ojos otra vez—. Todavía me da miedo convertirme en algo como ellos. Tal vez ya soy así.

Quería alejarse de mí, con una expresión resignada en el rostro. Lo detuve, colocando la mano libre sobre su cara, sintiendo el cosquilleo de su barba incipiente contra mis dedos, y lo miré atentamente a los ojos mientras decía:

—¡No lo eres!

Me examinó durante unos segundos y cerró los ojos, soltando un suspiro pequeño pero pesado. Parecía aceptar lo que le decía, al menos por ahora. Abrió los ojos y continuó:

—Estaba muy ocupado estudiando y llevando a mi madre a ver a distintos doctores. Había ventajas en ser el chico que iba tan bien en las clases; cada vez que pedía un nombre o ayuda con una cita para la siguiente gran prueba médica prometedora, alguien estaba dispuesto a ayudarme. Un profesor, un amigo de un profesor, o un amigo de un amigo de un profesor. Fuimos a cada especialista o doctor que pudiera tener remotamente algo que ver con su

enfermedad. Si alguien empezaba a hablar de un nuevo medicamento, mi madre ya estaba en la lista. Y mi madre era muy valiente —dijo, con la voz casi rota.

Me giré boca arriba para que no pudiera ver las lágrimas que comenzaban a formarse en mis ojos. Él hizo lo mismo, pero mantuvo mi mano en la suya, sobre su pecho.

—Creo que sabía lo que pasaría mucho antes de que yo estuviera preparado para aceptarlo. Pero fue a todas las citas, y lo hizo todo por mí.

Era mi turno de consolarlo. Miré su mano sujetando la mía sobre su pecho y tiré de ella con lentitud, sin romper la conexión. Él me miró, confuso, elevando la cabeza sobre la almohada, y me soltó la mano de mala gana. Pero yo no quería soltársela; solo quería sujetarla contra mi pecho. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, me dirigió una sonrisa dolorida, entrelazó los dedos con los míos y dejó que su cabeza cayera de nuevo sobre la almohada.

Mientras permanecíamos ahí, sujetándole yo la mano para variar, no pude evitar preguntarme si tan solo necesitaría a una amiga con la que hablar o si en realidad estaría comenzando a sentir lo que yo había empezado a sentir hacía un tiempo, más del que quería admitir. Mi cerebro tenía sus dudas, pero mi corazón estaba histérico por la posibilidad.

Cuanto más pensaba en nosotros y en cómo había estado actuando conmigo últimamente, más parecía que mi corazón ganaba la discusión. Era diferente conmigo, y yo no era la única en fijarse en el cambio. Y ahora que sabía más detalles sobre mi vida y me había confiado su propia historia, la expresión de sus ojos era todavía más intensa. Sabía que me dolería que no pasara nada entre nosotros esta noche. Y también sabía que tendría mi respuesta si no pasaba nada.

Me puse de costado otra vez, con su mano todavía en la mía, y lo miré hasta que abrió los ojos al fin. Parecía cauteloso, como si tuviera miedo de romperme si me tocara. A lo mejor debería demostrarle que no soy tan frágil como parezco. Pero, ¿y si no es a mí a quien protege, sino que el frágil es él?

Se giró para mirarme y me acarició la mejilla con la parte posterior de los dedos. Lo único que podía hacer para no hiperventilar era cerrar los ojos y concentrarme en mi respiración.

Nos quedamos así un tiempo, aunque no tengo ni idea de cuánto. Él de lado, dibujando unos ligeros patrones cariñosos en mi cara, el nacimiento de mi pelo, la mandíbula; y yo, casi sonrojada contra él, con los ojos cerrados,

rogando que me besara si no hacía ningún movimiento repentino. Enseguida, con un suspiro doloroso, rompió el contacto con mi piel y se puso boca arriba otra vez, con los ojos cerrados y un brazo sobre ellos. En cuanto sentí su calor corporal desapareciendo, abrí los ojos. Ya había levantado los muros como si no hubiera pasado nada, su mano ya lejos de la mía.

El sentimiento de rechazo era tan fuerte que los ojos se me humedecieron al instante. Tenía que salir de allí. No voy a ser la chica que llora porque el chico del que está más que pillada no siente lo mismo por ella. Al menos, no delante de él. Conseguí levantarme un poco de la cama, todavía mareada. Tenía que moverme deprisa. El nudo que sentía en la garganta amenazaba con ahogarme. Esperaba que él no tratara de detenerme, pero ni siquiera me había puesto en pie del todo cuando ya estaba delante de mí. Notaba que se moría por decir algo, pero en los segundos que estaba dispuesta a ofrecerle, no dijo nada.

Mi cuerpo intentó pasar junto a él, pero su mano sobre mi cintura me detuvo. Con movimientos deliberados, como si estuviera tratando de decirle a su cerebro qué hacer exactamente sin que hubiera lugar a errores, me puso los dedos sobre la cara y me colocó unos mechones sueltos del pelo detrás de la oreja, en su sitio. Sentí que se movían contra mis labios, dejando un cosquilleo al separarse de mi brillo de labios.

Menos sereno que antes, se inclinó hacia mí y apoyó la frente contra la mía, con los dedos todavía en mi pelo y su agarre más y más fuerte. Tenía los ojos cerrados, y como estábamos todo lo cerca que era posible sin que nuestros cuerpos se tocaran de verdad, podía sentir su respiración acelerada mientras su pecho subía y bajaba con movimientos superficiales.

Para calmarnos a él y a mí, conseguí levantar la mano derecha y colocarla sobre su pecho. No me di cuenta de que estaba temblando un poco. Mi plan tenía claros fallos, porque en cuanto lo toqué, mi corazón comenzó a reaccionar más de la cuenta, como solía hacer cuando él estaba cerca. Me hacía sentir mejor observarlo respondiendo de la misma forma a mi tacto cuando tomó aire de forma brusca e involuntaria, acariciándome el lateral del cuello con suavidad.

Sintiéndome de pronto más valiente de lo que nunca me había sentido con él, me estiré para ponerme de puntillas y rocé apenas los labios con los suyos, aceptando su respiración entrecortada como la mía. Me detuve durante una fracción de segundo, no solo porque no era lo bastante alta como para llegar bien hasta sus labios, sino porque estaba esperando que quisiera inclinarse

para alcanzarme a medio camino. Mis labios estaban calientes y me cosquilleaban con ganas, pero no podía darles aquello por lo que se morían. No a menos que supiera con seguridad que quería lo mismo que yo.

Abrí los ojos con lentitud, esperando ver una señal de que lo quería tanto como yo, solo para ver que su ceño se fruncía más y más. Parecía torturado. En cuanto me dejé caer sobre mis pies, él bajó la mano de mi pelo. Aunque no movió un músculo para alejarse de mí, con su cuerpo todavía tan cerca del mío como antes, la sensación de rechazo era palpable. No iba a suplicarle que me besara si le hacía sentir así. Esta vez, fui yo quien tuvo que poner distancia entre nosotros. Salí de la habitación, sin poder mirarlo a los ojos de nuevo.

Antes de que la puerta se cerrara del todo, oí que decía:

—Ava... Lo siento.

Pensaba que sus sentimientos eran claros solo con mirarlo. Pero, tal como sonaba, estaba todavía más claro. Sonaba completamente roto, y al parecer yo no era la que tenía lo que hacía falta para sanarlo. La certeza de ese hecho casi me rompió.

Capítulo 12

Habían pasado dos días desde la fiesta de Lana, y la situación entre Sebastian y yo no estaba mejorando. Ni empeorando, ya que estamos. Básicamente nos ignorábamos. No tenía ni idea de por qué lo hacía él, pero sí sabía mis razones para evitarlo. No estaba molesta, enfadada, resentida ni nada parecido. Ni con él, ni con la situación. No podría estar enfadada con alguien por ser honesto conmigo, sin importar el resultado.

Evidentemente, no era lo que quería oír; aunque no hubo mucha charla, eso estaba claro como el agua, pero eso era lo que él sentía y yo no podía hacer nada para cambiarlo. Tan solo podía aceptarlo. Y, en su mayor parte, lo había hecho. O bien no sentía nada más que amistad hacia mí, o no estaba listo ni dispuesto a aceptar la posibilidad de que fuéramos algo más.

Me sentía como una mierda por reaccionar así y dejar a Sebastian solo en esa habitación, pero la oleada inicial de emociones escocía demasiado, y tan

solo necesitaba tiempo para llegar a mis conclusiones. Al día siguiente no es que me sintiera mejor, pero era suficiente tiempo para que me diera cuenta de que la situación era la que era y, sin importar lo que ocurriera entre nosotros, seguía queriéndolo como amigo. Estaba segura de que podíamos hablar de ello y al menos tratar de actuar de forma amigable, esperando que actuar como amigos pudiera llevarnos al punto donde estábamos antes del fiasco de la fiesta.

Por desgracia, yo era la única dispuesta a actuar como una persona madura. Sebastian era... educado. Eso resumía toda la situación. Le pedí que habláramos, pero se excusó diciendo que estaba ocupado. Nos veíamos en el pasillo, nos saludábamos y continuábamos con nuestro camino. Seguíamos comiendo en la misma mesa, pero con mínimo contacto visual. Por su parte. Yo lo observaba como un halcón trastornado. Su comportamiento cordial y sus modales impolutos podrían haber avergonzado a la Reina de Inglaterra, y era exactamente lo que yo necesitaba. Para llevarme al extremo, claro. Mi paciencia duró unas cuarenta y ocho horas.

Al tercer día, supe que algo iba a explotar si la situación continuaba. Dejé mi bolso en la taquilla y fui a buscarlo sin ponerme siquiera la bata. Lo encontré leyendo un historial cerca de la sala de los enfermeros. Por suerte, estaba solo; no creo que hubiera tenido la paciencia de esperar al otro lado de la esquina para que terminara. Le cogí el brazo y lo llevé conmigo hasta que nos quedamos cara a cara en una zona relativamente tranquila. Sabía que me había visto llegar, y sentía su reticencia a seguirme, pero lo hizo de todos modos.

Cuando me detuve y lo miré, él se metió una mano en el bolsillo, pero al menos ahora me estaba mirando.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir así? —pregunté. Quería decir mucho más, y como no parecía dispuesto a ponérmelo fácil, continué sin esperar respuesta—. Mira, sé que esta situación es un asco, pero esperaba que no dejáramos que arruinara nuestra amistad. No sé tú, pero yo no hago amigos con facilidad. —Él se limitó a mirarme, con ojos decididos. Fuera lo que fuera lo que le iba a decir yo, él ya había decidido algo. Tras su mirada, también había dolor. Incluso al verlo, continué. Estaba empeñada en que me oyera primero—. Me gusta lo que tenemos, y me gusta que podamos hablar de cualquier cosa.

Esa vez el dolor ocupó la primera plana en su mirada. Se sacó la mano del bolsillo y se la pasó por el pelo.

—Así que, por favor, ¡háblame! —le pedí.

—Lo siento —dijo—. Debería haberlo parado antes, pero... —Miró por la ventana detrás de mí y después otra vez a mí, con las manos cerradas en puños a sus costados antes de meterlas con rapidez en sus bolsillos—. No puedo seguir siendo tu amigo. Lo siento.

Y se fue. Podría haberme echado a llorar ahí mismo. ¿Tan fácil le resultaba olvidarse de todo? ¿Olvidarse de mí? Durante el resto del día, pasé de incrédula a triste y a enfadada. Me sentía como si me culpara a mí por todo. Por casi besarnos... por arruinar nuestra amistad. Como si él no hubiera estado ahí, acariciándome la cara, tomándome la mano. Y, ah, sí, decidiendo que ya no podía seguir siendo mi amigo.

Era consciente de la situación y de cómo se había dificultado de la noche a la mañana, pero esperaba que significara lo suficiente para él como para que al menos tratara de arreglarlo. Así que sí, estaba enfadada. Traté de mantener el nivel de furia igual de alto; era más fácil ocuparme de la furia, pero pronto pasó a ser decepción, y se quedó así. Creo que Sebastian se dio cuenta del cambio en mi comportamiento, porque empezó a mirarme de forma diferente. Yo hice lo posible por evitar mirarlo siquiera.

Nuestro apartamento parecía mucho más grande cuando no había nadie. Paige y Em estaban en el hospital, y Miles había salido con unos amigos nuevos, pues era su primera noche libre en varios días. Era después de las nueve, y estaba libre hasta la tarde siguiente. Al menos durante esa noche, tenía el apartamento para mí. Por lo general, no me aburría cuando estaba sola. De hecho, me gustaba. Siempre encontraba algo que disfrutaba haciendo, e incluso cuando estaba triste, tener tiempo para mí me ayudaba a ponerlo todo en perspectiva.

Pero esa noche, por primera vez en años, el tiempo a solas no funcionaba. Todavía sentía una punzada de dolor en el estómago cada vez que me permitía pensar en Sebastian. Las mariposas que sentía siempre que se encontraba cerca estaban evolucionando. Me sentía como si les hubieran salido garras, o se hubieran comprado armas muy pequeñas pero muy afiladas. Todo en mi interior me dolía, y odiaba la sensación. Sabía exactamente lo que me ayudaría: hablar con él. Pero eso ya no era una opción. No dejaba de volver al mismo pensamiento molesto. ¿Qué posibilidades hay de que me eche de menos tanto como yo a él?

Un fuerte golpe en la puerta me hizo dar un salto en el sofá, donde estaba deprimiéndome. Rara vez teníamos visitantes inesperados, y menos de noche.

Miré por la mirilla y me quedé sin aliento. Sebastian. Notaba que estaba borracho, incluso a través del pequeño agujero. Abrí la puerta a cámara lenta.

—Hola.

Pasaron unos segundos incómodos hasta que respondió.

—Hola —dijo con voz entrecortada.

Vale, así que sigue en la parte no amigable de nuestra relación. ¡Pues vale!

—¿Qué haces aquí, Sebastian?

—Necesito hablar contigo —dijo en voz mucho más firme de lo que esperaba al ver su apariencia. Tenía la ropa arrugada, los ojos inyectados en sangre, y parecía que llevaba días sin afeitarse. Con pies algo vacilantes, preguntó—: ¿Puedo pasar?

—La puerta está abierta, y yo no estoy en medio. Sí, puedes pasar —dije, medio en broma aunque su comportamiento me dolía. Lo cierto era que estaba feliz de verlo. Era consciente de que lo más probable es que su evidente embriagamiento fuera la única razón por la que había acudido a verme para empezar, pero lo echaba muchísimo de menos. Fue derecho al sofá y se sentó—. Por favor, dime que no has conducido —añadí con voz calmante. Debería estar más enfadada, pero no era así. Él tenía un aspecto peor de lo que yo me sentía.

—No, he venido en taxi —respondió. Me senté al otro lado del sofá, esperando a que continuara—. La última vez que no me sentí mal por toda la mierda que rodea mi vida fue en la fiesta de Lana, cuando los dos estábamos bebiendo y hablando... fue divertido. ¿Recuerdas?

Dejó que su cabeza cayera hacia atrás y cerró los ojos.

—Fue hace una semana, así que sí, lo recuerdo —dije con una sonrisa.

Ahora me estaba mirando fijamente, pero no parecía que mi comentario le hubiera hecho gracia. De todos modos, no estaba segura de cuánto de aquella conversación iba a recordar al día siguiente.

—He pensado darle otra oportunidad esta noche a lo de beber —replicó.

—¿Y cómo te va?

—No muy bien. No creo que esa fuera la parte que supuso una diferencia. —Se inclinó hacia mí, con la cabeza entre las manos—. Necesito que me ayudes a mantenerme alejado de ti.

Cuando lo dijo, no parecía borracho en absoluto. Parecía... perdido. Tardé un tiempo en responder, porque mis mariposas estaban luchando contra mi interior otra vez, incluso más confusas que yo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con un susurro, temerosa de su respuesta.

—Es difícil de cojones verte todo el día sin poder hablar contigo. Sobre todo cuando sé que tú también quieres hablar conmigo —dijo, con la cabeza todavía entre las manos—, y yo ya no puedo estar cerca de ti. No sin... —Se detuvo y negó con la cabeza—. Sé que no lo entiendes, pero créeme cuando te digo que es lo mejor.

Se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta. Me puse en su camino, deteniéndolo antes de que saliera.

—¿Mejor para quién? —pregunté.

Por fin me miró a los ojos. Como si no pudiera evitarlo, me puso la mano izquierda sobre la cara y dejó que se deslizara hasta mi cuello. Cuando bajó la frente hasta la mía, podía sentir el dolor creciendo dentro de mí. Fuera cual fuera a ser su respuesta, no me iba a gustar.

—Para los dos. Estás mejor sin todo el dolor. Y eso es lo único que puedo darte —dijo.

Un segundo después, salió por la puerta, con su aroma embriagador todavía en el aire que me rodeaba. Miré por la ventana hasta que lo vi entrar en un taxi. Y después, lloré. Había conseguido mantener la compostura durante toda la tarde pensando que era más fuerte que eso, pero era lo único que había querido hacer desde que había llegado. No tenía forma de detener las lágrimas ahora que Sebastian se había ido. Y no quería hacerlo. A lo mejor eso era todo lo que necesitaba.

Había pasado otra semana y, aunque no estaba enfadada con Sebastian, tampoco podía seguir haciéndome eso a mí misma. Era evidente que las cosas entre nosotros habían cambiado, y ya no volverían a ser iguales. Lo que había querido evitar a toda costa había ocurrido. Salvo por el par de veces que lo había pillado mirándome, ya ni siquiera nos saludábamos. Incluso movió su hora de la comida habitual para que nuestros caminos no se cruzaran. Collin hizo lo mismo, como el amigo leal que era. Sabía que Em debía de odiarme mucho en esos momentos. Sebastian parecía haber vuelto a ser el chico que había conocido unos meses antes: cerrado, silencioso y enfadado con el mundo. Odiaba ser yo quien lo había obligado a volver a su antiguo ser.

Me habían convocado en el cuarto de suministros donde nos solíamos

esconder cuando necesitábamos un momento para nosotros o cuando teníamos que hablar de algo privado. No me refiero al hospital entero, sino a Em, a Paige, a Miles y a mí. Y no, no era el mismo que había utilizado Sebastian.

Emily había sido muy críptica sobre la razón por la que quería hablar conmigo, así que ahí estaba, esperando en la habitación pobremente iluminada a que llegara sin saber qué esperar. Al menos podría haber llegado a su hora.

La puerta se abrió por fin y se cerró detrás de una Emily demasiado emocionada. Se notaba cuándo estaba entusiasmada porque su andar tenía un ligero pavoneo. Temía preguntar de qué se trataba esta vez. Por cómo había requerido mi presencia, sabía que yo debía de estar involucrada de algún modo, y con Em, siempre había un motivo de preocupación.

—¡Hola, chica! —dijo.

Chica. Aquello era malo.

—Hola. ¿Qué pasa, Em?

Mi voz ya tenía un matiz cansado.

—Solo tengo cinco minutos, así que seré rápida. No tenía la paciencia de esperar hasta la noche, por eso te he pedido que vinieras —dijo—. ¿Recuerdas a Rick, el paramédico que conociste hace un par de semanas?

Por supuesto que lo recordaba.

Todas las mujeres a mi alrededor se irguieron más cuando entró en la sala de Urgencias. Cualquiera pensaría que la mujer mayor de la camilla sería la máxima prioridad, ya que había venido en ambulancia, pero la mayoría de mujeres que trabajaban en el hospital solo miraban al guapo paramédico. Sí, lo admito, era guapísimo. Y era bien consciente de ello; disfrutaba de la atención más de la necesario. Como todas en la sala estaban ocupadas babeando, me quedaban dos opciones: darles pañuelos y esperar a que se recuperaran, o acercarme al hombre y ocuparme yo misma de la paciente. Como parecía ser de los pocos inmunes a sus ojos traviosos, decidí encargarme (no sin antes poner los ojos en blanco) y me acerqué a él.

—Hola, soy la doctora Davies —dije, dirigiendo la mirada a la mujer que tenía rente a mí—. Me ocuparé de ti hoy. ¿Cómo te llamas?

—Es la señora Farris —respondió el sonriente paramédico mientras me entregaba su archivo.

Como todos mis intentos de hablar con ella acababan con Rick respondiendo mis preguntas, me giré hacia él y decidí presentarme. Si quería atención, tal vez me permitiera hacer más rápido mi trabajo si se la daba. Según el archivo, la señora Farris solo tenía un esguince de tobillo, así que la

situación no era urgente, pero aun así no estaba de humor para quedarme por ahí para aumentar el ego de Rick. Podía elegir a cualquiera de la sala llena de mujeres dispuestas a hacer eso en mi lugar.

—¿Gracias...? —dije, girándome hacia él y tendiéndole la mano mientras esperaba a que terminara la frase con su nombre.

—Rick —dijo—. Rick Blunt —me tomó la mano y esperó a que me presentara.

—Soy Ava Davies —respondí, con una sonrisa mucho menos amplia que la suya. Sin duda estaba flirteando conmigo. En ese momento. Con una paciente entre nosotros—. Gracias por toda la información. Yo me ocuparé de la señora Farris a partir de ahora.

Y, con eso, tomé la camilla y comencé a llevar a la paciente a Radiología. Aquella fue la primera y última vez que vi a Rick.

Me giré para mirar a Emily otra vez y formulé la pregunta que temía hacerle.

—Lo recuerdo. ¿Por qué estás tan emocionada y qué tiene que ver conmigo?

Me vio mirándola con ojos entrecerrados, pero la emoción jamás flaqueaba. Estaba en modo «ignorar a Ava».

—Bueno, estaba yo en el segundo piso, y él estaba preguntando por ti.

—¿Por mí? —pregunté incrédula—. ¿Tienes alguna idea de lo que quiere?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que lo sé. Fui a preguntárselo.

—¿Qué hiciste? —dije con exasperación.

—Puede que prometiera preguntarte algo de su parte —replicó mientras se mordía una uña.

—Dilo ya, Em.

—Quiere llevarte a cenar mañana, y le dije que te daría su número y te preguntaría si estabas interesada —soltó con un solo aliento.

—Ni que estuviera en quinto de primaria.

—¿Algún cambio con Sebastian? —preguntó tras un par de minutos de silencio por mi parte.

—Lo mismo. Básicamente estamos ignorándonos.

—No puedes sentarte a esperar por un tío cuando ni siquiera has empezado a salir con él —dijo.

—Ya lo sé. Y no estoy esperando a nadie. Es solo que no estoy de humor para citas ahora mismo —aseguré sin mirarla a los ojos, no muy segura de

creerme lo que acababa de decir.

Evidentemente, con Sebastian la situación no era la ideal, y la esperanza de que cambiara algo entre nosotros era cada vez más pequeña, pero no podía decidir por mi corazón. Este tenía su propio plan, y yo tan solo podía esperar a que se hiciera a la idea de la situación. Y, aunque mis sentimientos hacia él desaparecieran de la noche a la mañana, Rick no me decía nada. Estaba segura de que eso provocaría bofetones de alguna de mis compañeras, pero eso es lo que sentía. Rick era más que guapo, y tal vez incluso fuera majo si lo conocía, pero la chispa era entre minúscula e inexistente. Ni un bidón de gasolina y una antorcha podrían transformarla en llama.

—Al menos sal con él una vez. Pásatelo bien —insistió Emily—. No tiene que pasar nada si no te apetece.

—Aprecio tu preocupación, Em, de verdad. Pero no, gracias.

Me levanté para abrir la puerta.

—La cosa es que... —dijo, haciendo que me detuviera en seco.

—¿Qué? —pregunté con los ojos muy abiertos—. ¿Qué pasa?

—Le he dado tu número —contestó ella, y aprovechó mi expresión aturdida para pasar junto a mí y salir de allí—. Así que tendrás que decirle que no tú misma. Lo siento...

Su disculpa parecía de todo menos sincera. Era la más falsa que había oído jamás, y mi amiga era la maestra de las disculpas falsas.

—Uf... ¡lo que me faltaba! —murmuré para mí misma mientras cerraba la puerta.

Me di la vuelta para tomar el ascensor a unos pasos por detrás de mí con más determinación de la cuenta. Mientras giraba de forma abrupta, las fuertes manos de Sebastian me detuvieron en seco y probablemente evitaron que cayera de culo. Estaba segura de que había oído lo de «lo que me faltaba», porque parecía indeciso mientras me sujetaba los antebrazos con las manos. Yo ya estaba más que estable sobre mis pies, pero seguía sin soltarme. Supuse que estaba tratando de decidir si debería alimentar su curiosidad y preguntarme de qué hablaba o retroceder y dejarme marchar. Por desgracia para mí, decidió lo segundo.

Lo miré, esperando que cambiara de idea y me lo preguntaba. No iba a forzar una conversación entre nosotros aunque me fuera la vida en ello. Tenía que ser él quien se acercara a mí si mi intención era que tuviéramos la oportunidad de un comportamiento amigable futuro. Supuse que era lo mejor que podíamos esperar, tal como estaban las cosas entre nosotros por el

momento. E incluso eso era improbable, teniendo en cuenta su determinación a tenerme a un brazo de distancia. Expresó exactamente lo que yo estaba pensando cuando dio un paso atrás y continuó yendo a dondequiera que fuera antes de chocar conmigo. Me tembló la barbilla mientras lo observaba marcharse, con mis ojos trabajando horas extra para convertir el temblor en lágrimas.

Un número desconocido apareció en mi móvil, indicándome que tenía un nuevo mensaje. Rick. Era como si ese chico tuviera un radar incorporado de detección de vulnerabilidad.

«Hola, Ava. No sé si Emily te habrá dado mi número ya, pero me ha dado el tuyo. Lo estoy usando veinte minutos después. Espero que te parezca bien. Me gustaría llevarte a cenar mañana por la noche. Rick, el paramédico que dejaste boquiabierto en Urgencias no hace mucho ☺»

Y ahora está flirteando con mensajes. He tenido alguna clase de contacto con ese hombre dos veces y las dos ha flirteado. Aunque no lo conocía, y evidentemente él tampoco me conocía a mí, su personalidad me recordaba a Collin y cuando lo conocí. Estaba tratando de no cometer el mismo error dos veces y sacar feas conclusiones en base a las primeras impresiones. Pero, aun así, sabía lo que quería de mí, y también sabía que no estaba dispuesta a salir con él ni con nadie en ese momento. Bueno, tal vez hubiera una excepción a mi norma, pero mi cerebro no era quien decidía en ese aspecto. Mi corazón insistía en ello.

Apreciaba que Rick no me hubiera tendido una emboscada llamándome. Miré mi teléfono otra vez y respondí. «Hola, Rick. Pareces un chico genial, y te agradezco la invitación, pero no es un buen momento. Lo siento.» Tal vez debería haberle dado alguna explicación, pero era un chico mayor: podría soportar un rechazo. Me guardé el móvil en el bolsillo, pero volvió a sonar antes de llegar a la siguiente esquina.

«¡Sí que soy un chico genial! Y, sobre eso, insisto en que me dejes que te lleve. No tiene que ser una cita-cita. Puede ser una cita amistosa. Tú comes, ¿verdad?»

Uf, esto va a ser difícil. Le voy a pegar una patada en el culo a Em. Si hubiera sabido que se contentaría con una cena amistosa, habría dicho que sí. Probablemente me habría hecho algún bien. Mientras me apoyaba contra una pared, mirando mi teléfono mientras trataba de pensar una excusa lo bastante buena, Sebastian pasó junto a mí otra vez. Lo único que me dirigió fue una mirada corta y sin interés. Eso hizo que algo rugiera de furia dentro de mí, y en

ese segundo, dejé que mi exasperación decidiera el mejor rumbo.

«Vale, una cita amistosa.»

En cuanto lo envié, llegó el arrepentimiento. Soy idiota.

Unos segundos después, sonó otro pitido. «¡Genial! ¿Trabajas mañana? Si es así, puedo recogerte en el hospital. Hay un buen restaurante a unas manzanas.»

«Suenan bien. Trabajo hasta las siete. Nos vemos entonces.»

Había dos posibilidades. O bien sí que era un chico genial y comprendía lo que decía, en cuyo caso podríamos pasar un buen rato y la cita amistosa podría ser algo bueno; o bien sería un desastre en el que tendría que recordarle mi mensaje de que no era un buen momento. Tal vez varias veces. En cualquier caso, aprendería una lección. Y me encantaba aprender, ¿verdad?

Al día siguiente, estuve a punto de cancelar la cita amistosa con Rick cuatro veces. Pero como no tenía una razón más allá de la corazonada, siempre me detenía justo antes de mandarle un mensaje o llamarle. Fui del mensaje cobarde a la madura llamada telefónica una y otra vez. Em estaba entusiasmada cuando le conté mis planes para la noche. Parecía muy orgullosa de sus habilidades de casamentera, incluso después de contarle que no era una cita romántica y que no estaba preparada para nada parecido.

—Nunca se sabe —dijo—, a lo mejor sientes algo cuando lo conozcas mejor.

—Ya he probado esa clase de relaciones —le expliqué—. Las que lo intentas porque el chico es majo. No funciona. Si no sientes nada al principio, se convertirá en un trabajo, y ya tengo uno a tiempo completo.

—Sí, ya lo sé —respondió con el ceño tristemente fruncido—. Pero, ¿seguro que no sientes nada? ¡Está muy bueno! A lo mejor no le has dado una oportunidad porque estás muy colgada de Sebastian.

—Estoy trabajando en lo de estar colgada —dije de forma poco convincente—. Estaré bien. Pero la situación con Rick seguirá igual, créeme.

—Lo hago. Siento que prácticamente te haya obligado a hablar con él. Estaba cansada de verte tan triste todo el tiempo, y quería ayudar.

—Lo sé. Lo aprecio, y no te preocupes por nada. Podría sentarme bien salir hoy.

Fui a abrazarla porque necesitaba reforzar lo que le había dicho sobre no preocuparse, pues no parecía creerme la primera vez que lo dije. Apreciaba su preocupación, incluso aunque eso fuera exactamente lo que me estuviera lanzando a los lobos.

—¿Cuándo te recoge? —preguntó.

—En quince minutos. Apenas tengo tiempo para cambiarme; tenía que terminar un historial en el último momento.

—Estás genial. Seguro que se pone a hiperventilar te pongas lo que te pongas.

—Pero eso no es lo que quiero que haga, ¿recuerdas?

—En realidad no hay nada que puedas hacer al respecto —replicó con una sonrisa, y me pasó el brillo de labios que siempre tenía en mi taquilla. Puse los ojos en blanco ante su fe en mi atractivo. El que no creía demasiado que tuviera y, aunque fuera así, estaba claro que no sabía cómo dirigirlo a la persona adecuada. Bien podría estar practicando el tiro al blanco vendada. Mientras hacía step dance. Borracha.

Em me dejó terminar de ponerme los vaqueros negros y un top amarillo. Su turno ya casi había terminado, pero recibió un aviso en el último momento. Durante un segundo, quise cambiar de lugar con ella. Me puse el jersey de cachemira verde oscuro que me ofreció por si la noche se enfriaba y me dirigí hacia el vestíbulo, donde se suponía que iba a recogerme Rick.

No llegué hasta él, porque en cuanto me dirigí hacia los ascensores, lo vi hablando con Sebastian. Mi corazón se detuvo al mismo tiempo que mis pies. Rick le dio la mano y sonrió ante algo que le decía. Era casi de la misma altura que Sebastian, pero más esbelto. Sus ojos se iluminaron y se alejaron de los de Sebastian en cuanto me vio a unos metros de ellos.

—¡Ahí está! —dijo Rick mientras Sebastian se giraba hacia mí, todavía sonriendo. En cuanto me vio, su cara se ensombreció. Solo tardó un segundo en encontrar su anterior expresión, pero yo ya la había visto. La tensión en su mandíbula seguía ahí, incluso con la falsa sonrisa en sus bonitos labios. Odiaba aquello. No quería aquello. No quería la cita, por amistosa que fuera. No quería que Sebastian nos viera y pensara que había algo más de lo que era, o que lo hacía para jugar con él. Quería llevármelo a un lado y explicárselo, pero, ¿qué demonios iba a decir? ¿«Lo siento, estoy tratando de hacer lo que me has pedido»? No me quería. Había tomado la decisión por ambos, y yo ni siquiera podía decir nada al respecto.

No me saludó ni nada. Rick pareció notar la tensión entre nosotros, porque no dejaba de mirarnos de forma alternativa, probablemente esperando un mínimo de cordialidad. Miré a Sebastian y después a Rick. Sebastian apartó la mirada de mí y le dio la mano otra vez.

—Pásatelo bien con tu cita —dijo.

Me sentí como si cada gota de sangre de mi cuerpo se hubiera ido directamente a mi cara.

—Gracias, tío —respondió Rick—. Me ha alegrado verte de nuevo.

Sebastian se marchó sin decir nada más ni volver a mirarme. Quería hacerle un millón de preguntas a Rick. ¿De qué conocía a Sebastian? ¿Por qué tenían que conocerse? ¿Eran tan buenos amigos como para sentir la necesidad de decirle que tenía una cita? ¿Le habría dicho al menos que no era una cita de verdad? ¿Por qué no me había esperado en el vestíbulo como habíamos decidido?

Una por una, respondí a mis propias preguntas en el viaje en ascensor y durante media manzana de camino al restaurante. Todas menos una: ¿cómo se conocían? El hospital era enorme, Sebastian no era residente de Urgencias, y se había saltado tantos años que no tenía ni idea de cómo podría haber estado en el mismo curso o tener los mismos compañeros que Rick. Sentía curiosidad por saber si eran amigos de verdad o no, pero además el silencio entre nosotros estaba comenzando a molestarme. Tenía que decir algo.

—¿Te gusta trabajar aquí?

Sonaba como una entrevista, pero no sabía de qué otra forma llegar al punto que me interesaba.

—Sí, es genial. Fue difícil al principio, pero ahora me encanta.

—¿Cómo conoces a Sebastian?

Eso ha ido bien. Qué sutil. No había tenido oportunidad de detener la pregunta. Se me cayó de los labios.

—Oh, eh... —dijo, un poco distraído—. Mi hermano estaba de interno el mismo año que él. Eran compañeros.

Vale, todavía puedo salvar esto sin dar explicaciones. Pregúntale por su hermano.

—¿Tienes hermano? —pregunté, fingiendo entusiasmo—. Es residente, ¿eh? ¿Lo conozco?

—No, qué va —respondió, mirándose los zapatos mientras caminábamos—. Después del primer año, decidió que el trabajo no era para él y lo dejó. Supongo que no fue un buen año para el hospital; lo dejó mucha gente.

Soltó una risa amarga. Por su forma de decirlo, parecía que sabía algunos detalles sobre la historia de Sebastian. No quería que me preguntara sobre ello ni sobre Sebastian, así que cambié de tema otra vez.

—Vaya —dije—, ¿hizo todos esos años de preparación para después de dejarlo? Es duro, pero si ahora es feliz... eso es todo lo que importa. ¿Es

feliz?

—Sí, ahora es feliz. Pero las cosas tardaron un tiempo en volver a la normalidad en nuestra familia. Nuestros padres trabajan los dos en el campo médico, y no se lo tomaron muy bien cuando lo anunció.

Se encogió de hombros, con los ojos todavía tristes.

—¿Qué está haciendo ahora?

Aquello era extraño. Estábamos hablando de alguien a quien ni siquiera conocía, y le estaba haciendo toda clase de preguntas personales como si no hubiera decidido a cuál de los dos hermanos le permitía llevarme a cenar. Pero, cada vez que dejaba de hacer preguntas, el silencio se volvía pesado entre nosotros de nuevo. Así que seguí haciéndolas.

—Es instructor de yoga.

Me miró como si fuera a reírme de la elección de su hermano. En realidad, estaba impresionada, y quería que lo supiera.

—¡Vaya! Menudo cambio, ¡estoy impresionada!

—¿De verdad? —preguntó, con las cejas muy juntas.

—Sí, de verdad. Debe de haberle resultado difícil darle la espalda al futuro que tus padres querían para él. Admiro a la gente que persigue su felicidad sin importar las consecuencias.

—Sí, supongo que yo también lo estoy —dijo, con la mente en otra parte. Estaba dispuesta a apostar que nunca se le había dicho a su hermano, pero esperaba que eso cambiara pronto.

El resto de la noche continuó en el mismo tono, sin nada destacable. Hablamos sobre su familia, por fin pude hacerle algunas preguntas sobre él, y él me hizo algunas sobre mí. Las pausas de silencio seguían apareciendo de vez en cuando, pero con la comida y el grupo que tocaba en directo frente a nosotros era más fácil fingir que estábamos masticando o disfrutando del espectáculo.

Sin duda fue una buena cita. Una cita muy poco amistosa; estaba claro que había tirado la casa por la ventana. El restaurante era íntimo, con luces bajas, música en directo y comida casi orgásmica. Lo único que faltaba eran las flores, pero probablemente no querría asustarme desde el principio. Me temía tener que sacar el tema otra vez, porque no podría estar más claro lo que trataba de hacer.

—Siento todo esto —dijo cuando dirigí la mirada del pequeño escenario hacia él.

No estaba segura de que hablara de lo mismo que estaba pensando yo, así

que dije:

—¿A qué te refieres?

—Admito que, aunque tu mensaje era muy claro, quería que fuera una cita de verdad. Supongo que se nota. —Hizo un gesto hacia la mesa iluminada por velas entre nosotros—. Sabía que no iba a ser así en cuanto te recogí, pero ya no podía hacer gran cosa.

Perdió el hilo de sus palabras.

—Si ayer no aceptaste lo que te dije, ¿qué te ha hecho creerlo por fin?

—La forma en que os mirasteis Sebastian y tú —dijo, con los ojos clavados en mi cara.

—Oh.

Era todo lo que podía decir. Apenas había mirado a Sebastian, y él apenas me había hecho caso, pero Rick se había dado cuenta sin lugar a dudas, así que ya no tenía mucho sentido tratar de negarlo o dar explicaciones.

—Es evidente que hay algo entre vosotros —añadió.

—No hay nada —respondí—. Pero tienes razón; en parte por eso no salgo con nadie ahora mismo. Necesito un poco de tiempo.

Asintió con la cabeza.

—Lo entiendo. Y perdón por no haberte hecho caso. Me siento como un idiota.

—Por favor, no. Ha sido una cita muy buena, me lo he pasado genial, y me alegra que hayamos podido conocernos mejor. Tenía razón en creer que eras un chico genial.

No le conté que tardé un poco en llegar a esa conclusión; era mi problema, no el suyo. Pero estaba trabajando en ellos. Los últimos meses me habían enseñado eso.

Parecía complacido con mi respuesta. Tras eso, la tensión que los dos habíamos sentido antes se disipó un poco, y la noche continuó como la cita que había esperado al principio. Amistosa. Fue perfecta, justo lo que necesitaba.

Capítulo 13

Me moría por llegar a la habitación de guardia. El turno de aquella noche estaba siendo uno de los más difíciles que había tenido, y si no descansaba media hora, mis párpados iban a dejar una marca en mis ojos, porque parecían papel de lija.

La sala de espera estaba casi vacía, debido a la hora tardía. Había cuatro personas, tres de ellas dormitando en los sillones casi cómodos, mientras que el otro estaba paseándose mientras resoplaba por la nariz. Quería pasar junto a él para ir a la habitación como había planeado en un principio, pero algo en su postura me hizo detenerme y acercarme a él.

Su pelo era oscuro, con solo unas franjas blancas que se encontraban sobre todo en las sienes. Tenía los ojos inyectados en sangre, y las arrugas a su alrededor me recordaban a mi padre. Le puse una mano en el hombro mientras se paseaba por la habitación silenciosa. Se dio la vuelta de forma abrupta, con una miriada de emociones atravesándolo al mismo tiempo. Alivio, molestia, aprecio, furia, agotamiento

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —pregunté.

Sus ojos se detuvieron en la furia mientras daba otro paso hacia mí. En ese momento, ya no estaba tan segura de haber hecho bien en interrumpirlo.

—¿Qué clase de hospital es este? —gruñó. Yo no dije nada; no estaba segura de que nada que pudiera decir le fuera a sentar bien—. ¿Dónde demonios está mi hija?

—¿Cómo se apellida, señor?

Le hice un gesto para que me siguiera hasta la sela de las enfermeras. Normalmente teníamos que esperar a que los médicos terminaran las pruebas para entregar los resultados, pero algo en su mirada me decía que podía saltarme las reglas un poquito, solo esa vez.

—Grayson —respondió con voz cansada.

Busqué en el archivo y encontré a una Hannah Grayson.

—Han llevado a Hannah al cuarto piso para una tomografía; no debería tardar mucho más. El archivo no menciona nada preocupante —añadí, tratando de calmarlo. Su expresión no se sosegó como suele pasar cuando recibes una noticia que esperas.

—¡Sí! —me gritó, haciendo que un par de personas dormidas dieran un respingo en sus asientos—. Eso es lo que me dijeron la última vez. ¡Llevamos meses entrando y saliendo del hospital!

Su voz se rompió, y me di cuenta de que tan solo estaba agotado y asustado. No había nada que pudiera decirle. Era una extraña, y él un padre preocupado que tan solo necesitaba desahogarse sin sentirse culpable.

—Lo siento —dije.

Miré otra vez el archivo de su hija para ver quién era su doctor. Se trataba de una de las mejores especialistas, no solo del hospital, sino posiblemente del país. Quería decírselo, pero tras ver la impresionante lista de doctores por la que habían pasado los últimos meses, estaba segura de que no iba a creerme. A esas alturas, debía de haber oído lo mismo sobre cada doctor.

—¡Solo somos conejillos de indias! —gritó, con el labio inferior tembloroso—. ¡No tenéis ni idea de lo que hacéis, y nosotros somos los putos idiotas con los que aprendéis.

No quería volver a decirle que lo sentía. Eso le haría pensar que tenía razón, y no era así. Algunos casos son difíciles. No sabía qué tenía Hannah exactamente, pero si tuviera que dejar a mi hija en manos de alguien, la doctora Mallory estaría en la lista. Mientras bajaba la mirada, tratando de dejar que lo sacara todo sin mirarlo, sentí una mano en la parte baja de mi espalda que me apartaba a un lado con lentitud.

—Ava, ve a recoger esos resultados. Tengo que hablar con el señor Grayson —dijo Sebastian, y me alejó del hombre dolido que tenía enfrente. Era la primera vez que me miraba, me hablaba o me tocaba por voluntad propia en semanas. Y todo había pasado al mismo tiempo. Mis mariposas acaban de volverse locas otra vez. ¡Joder! ¿Qué resultados? Confusa, me alejé mientras lo oía hablar con el padre asustado—. Lo siento, señor Grayson. Sé que es difícil, pero me gustaría que hablara conmigo directamente cuando tenga preguntas —le dijo con tono conciliador—. Podría tener respuestas para usted pronto. Hannah ha vuelto a su habitación, por si quiere verla.

Sebastian está trabajando con la doctora Mallory en este caso, comprendí.

Continuaron hablando, pero ya no podía oírlos. Mientras negaba con la cabeza, la horrible sensación que tenemos a veces los doctores cuando no podemos calmar a la familia de un paciente me invadió. Aunque lo más probable es que ya no pudiera dormir, estaba dirigiéndome a la habitación de guardia cuando la mano de Sebastian en mi codo me detuvo en seco y me hizo girar para mirarlo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, y el ceño fruncido sobre sus ojos

inyectados en sangre me dejó claro que no solo estaba agotado, sino también enfadado.

—¿Qué quieres decir? Es tu caso. Sabes más que yo —dije, más preocupada de mirarlo que de su pregunta.

Puso los ojos en blanco.

—Ya sabes que no hablo de eso. ¿Por qué has dejado que te grite así? Deberías haber llamado a un responsable o a alguien del caso. —Pensaba que había terminado con la reprimenda, pero continuó—: ¿Tengo que estar pendiente de ti todo el tiempo? No tienes que aguantarlo todo. ¡Defiéndete!

Estaba comenzando a ponerme de los nervios, y yo me ponía bastante furiosa e irritable cuando estaba tan cansada como en ese momento. Di otro paso, entrando en su espacio personal, y dije con voz baja:

—¡No estoy indefensa! Ese hombre ha tenido unos meses horribles, ¡necesitaba desahogarse y le he dejado! Estaba ahí y dispuesta a aguantarlo. Sé que no tenía nada que ver conmigo. No me ha afectado, pero a él le ha ayudado, ¡así que déjame! ¡No necesito que me protejas!

Puso mala cara durante un breve segundo, pero no estaba de humor para señales confusas. Me di la vuelta y lo dejé en el pasillo vacío sin mirar atrás.

Estaba muy, muy cansada. Demasiado cansada para fingir que estaba enfadada con él, e incluso más para fingir que no lo echaba de menos. Lo veía casi a diario, pero lo echaba de menos. Echaba de menos hablar con él, verlo sonreír cuando me veía por primera vez en el día, despertando para encontrarme la taza de café que a veces dejaba junto a mi cama en la habitación de guardia. Incluso echaba de menos su ceño fruncido. Era doloroso verlo tan a menudo y no poder correr hacia él. Lo que era aún peor era saber con seguridad que resultaba mucho más doloroso cuando él no estaba cerca siquiera, y eso tampoco me parecía una opción válida. Así que estaba atrapada en nuestro limbo estúpido y doloroso. Y ahora parecía enfadado conmigo. Si alguien debía enfadarse en esa situación, era yo. Lo había dejado acercarse solo para darme cuenta de que era el último lugar donde quería estar.

Cada día se volvía más difícil que el anterior, sobre todo porque eso no era lo que yo quería. No era yo quien necesitaba alejarse de él. Tenía que recordarme de forma constante que eso era lo que él quería. Y si le resultaba tan fácil permanecer alejado de mí después de todo lo que había pasado entre nosotros, tal vez lo que teníamos no era tan profundo después de todo.

Cuatro horas más y podría volver a casa. Por el momento, necesitaba un descanso. Entre mi paciente de siete años que había acabado a mi cargo gracias a su padre violento y el encuentro que había tenido con Sebastian, ese turno estaba resultando ser bastante difícil. Estaba lista para dormir ya, sobre todo porque no había podido hacerlo unas horas antes, cuando tuve mi descanso. Había acabado en la habitación de guardia, más despierta que un chihuahua inflado a Coca Cola, pensando en las palabras de Sebastian. «¿Tengo que estar pendiente de ti todo el tiempo?». ¿Qué demonios se suponía que significaba eso? ¿Cuándo le había dado señales de ser una damisela en apuros? Hasta ese comentario, había estado casi orgullosa de cómo me había desenvuelto en aquel complicado entorno de trabajo. Ni necesitaba ni quería su protección.

Se me acabó el sueño, supongo. Salí de la habitación y me encontré deteniéndome tras una esquina que llevaba a un almacén. Supuse que no sería un lugar con mucho tráfico, así que podría parar ahí y apoyarme contra la pared junto a la puerta, sacar mi fiel iPod del bolsillo y permitirme cuatro minutos y medio de dolorosa respiración mientras Damien Rice cantaba Cannonball.

Tenía los ojos cerrados, porque esa era mi forma de que la canción fuera directamente a donde la necesitaba, como si las cuencas de mis ojos fueran una posible vía de escape o una opción de desvío. Los rayos de sol matinal se derramaban por la pequeña ventana delante de mí y me daban en la cara, un extra que apreciaba, aunque la intensidad era tan baja que apenas lo sentía calentar mi piel. Cuando una sombra se interpuso directamente entre nosotros y detuvo su viaje hasta mí, me sentí irritada. Con los auriculares todavía en mis orejas y el volumen tan alto como era posible sin que la canción se convirtiera en ruido, abrí los ojos para mostrarle a la persona que interrumpía mis cuatro minutos de calmante soledad lo cabreada que estaba.

Supuse que si podía despachar a la persona en diez segundos o menos, todavía tendría unos tres minutos y medio para mí. Tenía los ojos abiertos, pero el ceño fruncido que había preparado no estaba por ninguna parte. Supongo que mi cerebro estaba preparado para mantener su decisión para cualquier persona salvo la que tenía delante.

Me quité un auricular, pero mantuve mi débil cara de póker. No era gran cosa, pero era algo. Podía oír la canción resonando desde mi otro oído y el

auricular que me colgaba del hombro. Sabía que él también podía oírlo; sonaba lo bastante fuerte. No dije nada, y él hizo lo mismo. Tan solo se quedó ahí, a unos centímetros de mí, con sus ojos alternando entre los míos. Menos mal que he puesto la canción en repetición.

—¿Qué estás escuchando? —preguntó, inclinándose para dejar la cabeza a mi altura.

Quería responder, pero cuando sus manos se apoyaron en la pared detrás de mí, a ambos lados de mi cara... me quedé paralizada. Mientras tragaba saliva de forma sonora, no pude evitar apreciar la música fuerte. A lo mejor no me había oído. Claro que estaba muy cerca de mí, cada vez más, y todo el tiempo mirándome a los ojos. Cuando lo vi cerrar los ojos, cerré los míos y mi respiración se detuvo. ¿Va a besarme? ¿Ahora?

Cuando su mejilla me tocó la mandíbula, me di cuenta de que los labios que esperaba sentir contra los míos estaban cerca de mi oído. Abrí los ojos y me pregunté qué demonios estaba pasando. Estaba a punto de desmayarme por la falta de oxígeno. Su oreja se detuvo sobre la mía. Estaba escuchando la misma canción que yo por el auricular que seguía en mi oreja derecha. Su respiración no era tan vergonzosa como la mía, pero me hacía sentir bien saber que no estaba tan poco afectado como quería parecer. Su respiración sobre mi hombro era brusca, y parecía estar aumentando de velocidad. Cerré los ojos de nuevo y me lo imaginé abrazándome. Te echo mucho de menos.

Tras una vergonzosa cantidad de tiempo, dije con un susurro:

—Damien Rice. —Sentí que asentía con la cabeza mientras la levantaba con lentitud. Sus manos cayeron a sus costados, pero no hizo ningún movimiento por distanciarse de mí—. Me encanta esta canción.

—Habría juzgado tu gusto musical si no te gustara —repliqué con una media sonrisa.

Soltó una risa corta, acompañada de una negación de la cabeza antes de ponerse serio otra vez.

—Lo siento mucho —dijo—. Fui un gilipollas antes. ¿Me perdonas?

—Sí —contesté, mirándolo a los ojos con una expresión mucho menos seria que antes. Me gustaba el Sebastian arrepentido, y me estaba hablando otra vez. Al menos, por ahora.

—¿Sí fui un gilipollas, o sí me perdonas? —preguntó, consciente de la razón bajo mi corta respuesta.

Me escabullí de entre la pared y el buenorro tatuado que tenía delante y empecé a caminar hacia atrás por el pasillo.

—Sí —repetí.

Al fin, me di la vuelta y me alejé, sonriendo como una idiota cuando lo oí reír con suavidad.

Estiré un brazo y una pierna por el lateral de la cama, disfrutando de la frialdad de la sábana sin tocar, cuando sentí alguien en el camino de mi estiramiento completo matutino. A regañadientes, abrí un ojo para ver a Em sentada en un lado de mi cama, observándome dormir con paciencia.

—Qué mal rollo —dije con voz soñolienta.

—Duermes como un tronco. Tu puerta chirría un montón, me golpeé un dedo con el marco, comencé a quejarme, y tuve que saltar sobre una pierna hasta que llegué a tu cama y caí en ella. ¡Y ni te has movido! —señaló entre risas, y no pude hacer nada más que reír con ella.

—Es la primera vez que puedo dormir en mi cama esta semana. —Tenía media cara todavía sobre la almohada, así que mis palabras sonaban amortiguadas, pero la diversión en mi voz seguía clara—. ¿Tú también tienes el día libre?

—No. Pero Miles y Paige sí —comentó, entrecerrando los ojos—. Oye, ¿te has dado cuenta de que siempre tienen los mismos días libres? Acabo de darme cuenta, qué raro. —Y, como si nada, su atención volvió a mí otra vez—. Necesitamos que te levantes y vengas a comer con nosotros. Tenemos que hacer planes para Halloween. Es este fin de semana, así que no hay tiempo que perder.

—¿Lo dices en serio? —Levanté la cabeza de la almohada y la apoyé sobre una mano—. ¿Me has levantado por esto? ¿Para hacer planes de Halloween?

—¡Sí! Podríamos acabar viviendo juntos durante años, y tenemos que empezar a crear nuestras propias tradiciones. Los festivos son importantes para mí, y quiero pasarlos con vosotros. —Su confesión me había convencido, haciéndome sonreír, pero siguió hablando como era habitual—. Y no vamos a tener la misma discusión en Acción de Gracias, Navidad ni ningún otro festivo, ¡así que acostúmbrate!

—Vale —respondí, todavía sonriendo.

—Vale. —Ella también sonrió, y después se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Tengo que marcharme en treinta minutos.

—Saldré en cinco.

El aroma de las increíbles habilidades culinarias de Miles me golpeó en cuanto abrí la puerta. La pequeña isla ya estaba preparada con los cubiertos, y todos estaban sentados a su alrededor, hablando y comiendo.

—Bien, ¡te has levantado! —dijo Paige, emocionada, dando una palmada y lanzando un vistazo rápido a Miles, que ya la estaba mirando.

Tal vez Em tenga razón... ¿nos habremos perdido algo entre esos dos?

—Pareces contenta —señalé, y di un sorbo a mi vaso lleno de zumo de naranja—. No sabía que estuvierais tan emocionados por Halloween.

—¡Pues claro que sí! —aseguró Miles.

Se giró para servirnos los últimos trozos de bacon que acababa de sacar del horno. El primero fue a parar al plato de Paige, aunque ya estaba lleno. En otras circunstancias, diría que estaba buscando motivos para rozarla en cualquier oportunidad. ¿Cómo no lo he visto antes? Giré la cabeza y miré a Emily, que estaba sentada justo delante de mí, para ver si ella se daba cuenta de lo mismo que yo, pero estaba ocupada comiendo con la cabeza baja para que el viaje de la comida hasta su boca fuera lo más corto posible. A lo mejor por eso no nos hemos dado cuenta. Está usando la comida para distraernos. Aunque no me quejo. Sonriendo, no dije nada y di el primer bocado a mis tortitas con bacon. Si Paige y Miles eran algo o estaban en camino a serlo, me emocionaría mucho por ellos. Ahora que lo pensaba, serían perfectos el uno para el otro.

—Supongo que queréis hablar sobre una fiesta —dije, con la boca todavía llena.

—Bueno, sí y no —respondió Em—. La fiesta va a ocurrir independientemente de nosotros, así que no tiene mucho sentido hablar de ella. Lana se nos adelantó y le anunció a todo el mundo que quiere hacerla ella.

Justo lo que necesito. Otra oportunidad de estar a solas con Sebastian en una fiesta a la que ninguno de los dos quiere ir. Espera. En realidad, podría ser útil. A lo mejor podría conseguir que hablara conmigo al menos. No espero arreglar nuestra situación por arte de magia, pero me gustaría comprender al menos su comportamiento.

—Me apunto —dije, y todos en la mesa me miraron casi al instante.

—¿En serio? —preguntó Paige—. Pensaba que después de la última vez haría falta convencerte un poco.

—No... dije que estoy trabajando en ello, y así es —mentí—. Además, sé que es algo que queréis hacer todos, así que claro que me apunto.

Lo último no era una mentira. Habría hecho lo que quisieran que hiciera, aunque supiera con seguridad que Sebastian no estaría involucrado. De todos modos, ni siquiera sabía si era así. Si estaba tan decidido a evitarme, bien podría no presentarse.

—¡Genial! —replicó Em—. Ahora necesito saber vuestros disfraces. Quiero elegir el mismo después, no me gustaría repetir. Salvo tú, Miles. Creo que contigo no hay peligro.

Mientras me reía, contesté:

—Creo que iré como Mérida de Brave. Tan solo tengo que trabajar un poco en mi pelo y alquilar el vestido. ¡Fácil!

—Vale —dijo Em, con el cubierto a medio camino de su boca—. Pensaba que elegirías al menos un poco sexy, ¿pero qué sé yo?

—¿Me imaginas como las que van de enfermera sexy? —pregunté con una sonrisa—. ¿De qué vas a ir tú?

—De Wolverine —declaró, haciendo que todos rompiéramos a reír y yo casi escupiera el zumo sobre todo el mundo.

—La verdad es que tienes parecido con Hugh Jackman —bromeó Miles, y se agachó justo a tiempo para esquivar el pedazo de pan que le lanzaba Em.

—Vale. ¡Pues Wolverinette! ¿Os parece mejor?

—La verdad es que no —dije, riendo otra vez. Paige seguía tratando de tragar mientras reía.

—Me pondré un traje sexy de cuero negro y las garras de adamantium —añadió Em, un tanto orgullosa de sí misma.

—¿Adamantium? —Miles rompió a reír otra vez—. Sí que lo tienes controlado.

—¿Y tú de qué irás, Paige? —preguntó ella, ignorando a Miles por completo.

—Todavía no estoy segura, pero te prometo que no voy a ir de Wolverinette —contestó, ganándose otra risita de Miles—, así que no te preocupes.

Capítulo 14

Se suponía que iba a pasar mi día libre en casa, entre la cocina y mi cama increíblemente cómoda. Tal vez más en la cama que en la cocina. Después de todo, el mejor lugar para comer es la cama. Pero, como siempre, el universo estaba dispuesto a arruinarme los planes y jugar con mi cabeza al mismo tiempo.

Tras hablar de Halloween, el resto de la mañana fue tranquila, aunque Paige y Miles también tenían el día libre. Tan solo salí de mi zona de confort, es decir, mi habitación, para ir a por comida a la hora del almuerzo y ver qué estaban haciendo, pero no los vi por ninguna parte. La sensación de que nos estaban ocultando algo a Em y a mí se incrementó, y me hacía feliz. Riéndome para mí misma por mis asombrosas habilidades detectivescas, tomé un vaso de zumo de naranja y me senté en la isla de la cocina, ahora reluciente. Lo habíamos limpiado todo después de que Em se marchara al hospital y antes de que la pareja escurridiza me dejara sola sin decir palabra.

Mi teléfono comenzó a sonar, haciéndome saltar del asiento y correr hacia la habitación, donde lo había dejado. Tardé un poco en encontrarlo, pues estaba atrapado entre las mantas de mi cama. Me sorprendió haberlo oído siquiera. Tenía prisa por responder porque había tardado mucho en encontrarlo, así que no comprobé quién llamaba.

—¿Sí? —dije.

—Ava, soy yo.

—¡Ah, Em! Hola, ¿qué pasa?

—No sé si quieres saberlo o no, pero he pensado que debía llamarte de todos modos.

Estaba utilizando su voz seria; la que rara vez usa.

—¿Estás bien? —pregunté, asustada de pronto.

—Sí, todo bien. No es nada serio. Al parecer, Sebastian tiene la gripe.

Llamó esta mañana para decirle al responsable que no va a venir hoy. —Su tono era menos serio, pero sonaba preocupada—. No estaba segura de si querrías saber nada sobre él...

Su voz se apagó.

—No, quiero saberlo —le dije—. Gracias por llamarme.

—Vale. De nada. —Respiró hondo—. ¿Qué vas a hacer?

Ni siquiera me detuve a pensármelo.

—Iré a verlo. ¿Podrías usar tu magia con Collin y conseguirme la dirección de Sebastian?

—De acuerdo —respondió entre risas—. Cualquier razón me vale para hablar con él.

—¡De nada!

Yo también me reí.

Mientras esperaba el mensaje que me había prometido Emily, corrí hasta el armario y saqué unos vaqueros y una camiseta cómoda. *Menos mal que me duché antes*, pensé; no tenía el tiempo ni la paciencia para darme una ducha y domarme el pelo en ese momento. Tenía que hacer unos recados antes de presentarme en la puerta de Sebastian sin avisar.

No estaba segura de que le fuera a gustar verme, pero esta vez no era su decisión. La última vez que permití que las cosas fueran a su manera, los dos acabamos heridos. El problema era que seguíamos atascados. No en el mismo punto en el que hacía un par de semanas, pero las cosas no habían mejorado mucho desde el incidente en el que disfrutamos de una canción sexy utilizando el mismo auricular. Ahora comíamos en la misma mesa otra vez; ese era el mayor cambio. Parecía menos desesperado por mantenerse alejado de mí todo el tiempo, e incluso sonreía como solía hacer cuando me veía por primera vez en el día. Hacíamos contacto visual y nos saludábamos, pero eso era todo. Nada de cafés sorpresa, nada de conversaciones, nada de dormir en la misma habitación de guardia.

Ese día estaba dispuesta a ignorar su súplica. La que me había obligado a aceptar no hacía mucho, cuando llegó borracho a mi apartamento. No habíamos vuelto a hablar de ello, y como parecíamos estar ignorándolo por completo, mi plan era fingir que nunca había ocurrido siquiera. Sin importar cómo fuera la situación, sin importar cómo me viera, yo lo veía como mi amigo. Quería que fuera mucho más, pero era mi amigo. Y mi amigo estaba enfermo, así que iba a ir a verlo.

Em tardó menos de diez minutos en enviarme la dirección de Sebastian.

¡Joder, es buena! Eso, o Collin siente más debilidad por ella de lo que muestra. Me miré por última vez al espejo (¡una buena noche de sueño hace maravillas con tu piel!) y bajé las escaleras de dos en dos. El taxi me dejó justo delante de mi restaurante italiano favorito. Desde allí, la casa de Sebastian estaba a un par de manzanas; era fácil llegar caminando. Con una bolsa en una mano y el bolso en el mismo hombre, pronto llegué a su edificio. Unas manzanas más al sur y seríamos casi vecinos. Nunca me lo había mencionado.

En un intento de calmar mi corazón que latía con rapidez, decidí tomar el ascensor en vez de las escaleras. Me detuve frente a su puerta y respiré hondo antes de llamar con suavidad. Si su gripe tenía los mismos síntomas que la mía, su cabeza estaría como un bombo ahora mismo, así que nada de ruidos fuertes. Medio minuto después, la puerta se abrió. Un desaliñado Sebastian se encontraba en el umbral, con una manta sobre sus anchos hombros. Su mirada sorprendida fue mucho más corta de lo que pensaba. La sorpresa en su rostro quedó reemplazada por algo más intenso, algo que no podía identificar.

—¡Hola, enfermito! —dije, tratando de sacarle una sonrisa. Tuve éxito. Sin decir palabra pero todavía sonriendo, abrió más la puerta y me dejó pasar. Su apartamento era extrañamente parecido a mi habitación. Todas las paredes menos una eran simples y pálidas. Los muebles eran escasos y, además de un sofá de aspecto cómodo, su salón solo tenía una tele enorme en la cuarta pared, que era de ladrillos. Y libros. Había muchos.

Me giré y lo vi mirándome. Estábamos allí, el uno frente al otro. Parecía cansado, así que le tomé la mano y lo arrastré hasta el sofá donde suponía que había estado antes de hacerle responder la puerta. Se sentó y yo hice lo mismo.

—Siento venir sin avisar... —comencé a decir, pero él negó un poco con la cabeza y me interrumpió.

—Me alegra mucho verte. Estoy contento de que hayas venido.

—Bien —dije—, porque mi disculpa era solo una formalidad. Estaba lista para enfrentarme a ti. —La expresión incrédula en su rostro enseguida se convirtió en una sonrisa. Esa vez, sus ojos también sonrieron. Hizo que el hecho de que hubiera venido valiera la pena—. Toma —añadí, sacando un pequeño envase para llevar de mi bolsa de plástico—. Te he traído sopa de pollo. —Sus labios se elevaron mientras se movía para mirarme en el sofá, con una pierna por debajo de la otra—. También he traído para mí, porque no me ha dado tiempo a comer todavía.

Él tomó el recipiente de plástico de entre mis manos y lo dejó sobre la

mesa del café, frente al sofá. Hizo lo mismo con el mío y comenzó a levantarse.

—¿Adónde te crees que vas? —lo detuve, sujetándolo por lo manta.

—A por cucharas y servilletas —respondió entre risas, riendo y mirándome la mano, que todavía sujetaba la manta que tenía bien envuelta alrededor de los hombros.

—Quédate aquí —le dije—. Yo voy. Hoy vas a tener que acostumbrarte a la idea de que alguien te cuide. —Levantó una ceja, divertido pero no del todo dispuesto a dejarlo correr—. Por tu aspecto, ¡seguro que puedo contigo! —le advertí, lanzándole una sonrisa mientras me levantaba y me dirigía hacia la pequeña puerta abierta en la esquina de la habitación. Veía un fregadero, así que supuse que sería la cocina.

—Estás loca —murmuró negando con la cabeza, pero todavía sonriendo mucho.

Comimos en silencio, con solo el ruido de nuestros sorbos suaves. No hay una forma cómoda de tomar sopa en un sofá, pero hicimos lo que pudimos, pues Sebastian no parecía dispuesto a moverse y yo estaba ahí para ocuparme de él, no para torturarlo. La sopa estaba deliciosa, y lo bastante caliente como para calmar la garganta seguramente dolorida de Sebastian. Cuando limpié la mesa, recuperé mi lugar junto a él. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del sofá.

—Pareces destrozado —dije. Miré sus hombros caídos y me di cuenta de lo frágil que parecía. No había nada que quisiera más que acurrucarme junto a él.

Llevaba lo que parecía unos pantalones de pijama y una camiseta blanca y corriente. Dejó que su pelo cayera alrededor de su cara, como si quisiera esconderse tras él, e incluso aunque parecía enfermo de verdad, nunca había tenido mejor aspecto.

—He estado mejor —admitió, con los ojos medio abiertos para mirarme.

Puse la palma sobre su frente para comprobar su temperatura y él cerró los ojos de nuevo. La necesidad de besarlo era insoportable. Pero entonces me di cuenta de lo caliente que estaba... bueno, caliente en el sentido literal. Pero también en el otro. No demasiado, teniendo en cuenta que tenía la gripe, pero sí lo suficiente como para darme cuenta de que lo más probable es que se sintiera fatal. Quería que se sintiera al menos cómodo, ya que no podía ayudarlo mucho contra la gripe. Es un virus, así que lo único que se puede hacer es tratar de reducir la fiebre, hidratarse y descansar.

—Necesito una toalla. ¿Dónde está tu baño?

Con los ojos todavía cerrados, Sebastian señaló detrás de él a una puerta cerrada. Entré y cogí dos toallas limpias de un estante, las empapé y después escurrí parte del agua fría con las manos. Metí una de las toallas en el frigorífico para usarla después y coloqué la otra sobre la cabeza de Sebastian. Él se estremeció y se aferró a la manta todavía más, pero volvió a abrir los ojos y me miró, con la mona arruga entre sus cejas ahora más visible.

—Gracias —dijo con voz áspera.

—De nada —respondí, y apoyé la cabeza sobre su hombro. Respiró hondo en cuanto me sintió colocarme junto a él, pero no dijo nada.

Durante el resto del día, lo cuidé como a un bebé. No se lo diría a la cara, pero en parte me gustaba. No el hecho de que estuviera enfermo, claro, sino de que me dejara cuidarlo. Hice comida para los dos utilizando lo que pude encontrar en su frigorífico; vimos películas y hablamos sobre nada importante. Bueno, yo hablé, pues la garganta le seguía molestando, pero estaba bien. Como antes. Nos reímos mucho. Cada vez él hacía una mueca, aferrándose la garganta con una mano. Estaba sufriendo. Pero yo también, por más de una razón.

Cuando la luz en el exterior cambió y la noche comenzó a caer, miré a Sebastian pensando en preguntarle si quería otro té. Pero estaba dormido, con la cabeza ligeramente hacia mí y un brazo fuera de la manta. Me quedé mirándolo dormir durante unos minutos, apenas conteniéndome para no tocarlo. Cuando me pareció demasiado difícil de soportar, apagué la tele y me levanté. Estaba completamente fuera de combate, roncando con suavidad, así que tomé un cojín y lo situé junto a él. Quería ponérselo por debajo para que no se despertara al día siguiente también con el cuello rígido.

Durante los siguientes minutos, moví sus miembros con lentitud de uno en uno, deteniéndome cada vez que producía algún sonido o se movía. Dejé su cabeza sobre el cojín, sus pies en el sofá, y le cambié la toalla sobre la cabeza. Me arrodillé junto al sofá y me incliné sobre él para taponarle los brazos con la manta, pero me sobresaltó cuando levanté los ojos de sus manos y le miré la cara. Tenía los ojos abiertos.

Levantó un brazo y tomó mi mano sobre la manta con la suya. Con la otra, me tocó la cara, y sus dedos recorrieron mi cuello y se dirigieron hasta mi nuca, que utilizó para guiar mi cara hacia la suya. Tardé un segundo en recomponerme y darme cuenta de lo que estaba haciendo. Quería que me besara con todo mi ser. Pero no en ese momento, no así, mientras estaba

enfermo y vulnerable. Si le permitía besarme y descubriría al día siguiente que no recordaba nada, o peor, que lo recordaba y se arrepentía... me rompería el corazón.

Sebastian levantó la cabeza del cojín mientras su mano me acercaba más y más. Me miraba a los ojos con tanta intensidad que me costaba respirar. No parecía enfermo ni fuera de combate. Parecía todo real. Como si quisiera besarme tanto como yo quería que lo hiciera. Pero me aproveché del segundo que quedaba hasta que nuestros labios se encontraran y levanté mi mano libre entre nosotros. Puse mis dedos sobre sus labios para detenerlo. Él cerró los ojos y dejó que su cabeza cayera con lentitud sobre el cojín, respirando con fuerza. No me soltó. Movié mi cabeza hasta la suya, y me hizo apoyarla contra la toalla fría que descansaba sobre su frente. Mi respiración estaba fuera de control, pero la suya también. Nos quedamos ahí, con una de sus manos todavía sujetando una de las mías, y la otra sujetando mi cara cerca de la suya, con mis dedos sobre sus labios.

—Así no —susurré, esperando que si lo recordaba al día siguiente no pensara que era un rechazo. Dios sabía que era todo menos eso.

Él asintió con la cabeza y me soltó la cara con lentitud. Comencé a ponerme en pie, levantando la mano que tenía sobre su boca, pero él me detuvo. Presionó mis dedos sobre sus labios y los besó, haciendo que todo en mi interior doliera.

Cerró los ojos y murmuró:

—Soy idiota.

Lo hizo tan bajito que no estaba segura de que quisiera que lo oyera. Un minuto después, se durmió otra vez, todavía con mis dedos entre su mano. Los saqué con lentitud, recuperé mi cordura perdida y me marché.

Abrí los ojos y por un segundo pensé que ya había sonado el despertador y llegaba tarde al trabajo. Giré la cabeza para ver la hora, pestañeé un par de veces y me di cuenta de que la habitación seguía oscura. El reloj marcaba las 5:21 de la mañana; todavía me quedaba al menos una hora hasta tener que levantarme. Me sentía mareada y más cansada que cuando me fui a la cama.

Me dolía el estómago, y no sabía si era porque no había cenado la noche anterior y tenía hambre, o porque había pillado la gripe al ir a visitar a Sebastian un par de días antes. Parecía extraño. Me había vacunado no hacía

mucho, y por eso no me había pensado dos veces lo de ir a verlo, aunque fuera contagioso. Aunque la ausencia de vacuna tampoco me habría detenido; hubiera ido de todos modos. Mientras, él ya estaba en pie y en marcha, trabajando y todo, y yo estaba en la cama, retorciéndome de dolor. *He oído sobre el dolor empático, pero esto es ridículo.*

La vacuna para la gripe te protege del virus y, aunque lo contraigas, los síntomas son más leves. Pero los míos parecían estar comiéndome viva. *Sin duda no es la gripe, pensé.*

Tras unos minutos de luchar contra mis mantas, tratando de ponerme en una posición lo bastante cómoda para dormirme al menos otra media hora, me di cuenta de que no iba a ocurrir. El dolor no remitía; en vez de eso, estaba empeorando. Traté de levantarme, pero el colchón bajo no ayudaba. Tomé el teléfono, que casi se me cayó al dar un tirón, todavía enchufado al cargador. Me moví hacia él y llamé a Em, dejándolo enchufado.

—¿Hum? —respondió una voz soñolienta.

—Em, soy yo. No me siento muy bien... —*Eh, siento náuseas*—. ¿Podrías...?

Antes de que pudiera terminar la frase, Em entró en mi habitación, con el teléfono todavía al oído.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—No estoy segura, pero necesito levantarme y no puedo hacerlo sola.

—Espera —dijo, y salió corriendo por la puerta. Un minuto después, regresó con Miles junto a ella.

—Venga —dijo él—, vamos a levantarte.

Los dos me ayudaron a llegar a la puerta del baño, donde tuve que prometer que no me caería si me soltaran. Salí de allí, y me ayudaron a llegar hasta el sofá del salón, pues no quería soportar la agonía de bajar hasta la cama también. Paige también estaba despierta, y los tres me ayudaron a tumbarme y comenzaron el proceso de diagnosticarme. Como el único síntoma hasta el momento era dolor estomacal, no teníamos mucho para empezar. Me preguntaron por lo que había comido, por la vacuna y todo lo que pudiera estar relacionado. Durante la tormenta de ideas, los síntomas cambiaron. El dolor estomacal llegó a un punto más alto. Me sentía mareada, con necesidad de vomitar, haciendo que mis amigos me llevaran a toda prisa al fregadero. No sirvió de nada, porque mi estómago estaba vacío. En cuanto las secas arcadas remitieron y pude hablar de nuevo, el diagnóstico apareció en mi cabeza casi de inmediato.

—Ayudadme a volver al sofá —les pedí—. Y llamad a una ambulancia. Creo que tengo apendicitis.

Tras unos segundos, Paige dijo con cautela:

—O un embarazo extrauterino...

Traté de reír, pero el dolor era peor cuando lo hacía.

—No lo creo. —Giré la cabeza para mirarla—. Significaría que tengo el periodo de gestación de una elefanta.

Ellos si podían reírse. Su apéndice no les explotaría dentro si lo hacían.

—¿Tanto tiempo ha pasado? —preguntó Em.

—Cállate y llama ya a la ambulancia —me quejé mientras otra oleada de dolor me recorría.

—Ya está —dijo Miles detrás de mí.

Veinte minutos después, ya estaba en una camilla de hospital. Por suerte, el hospital más cercano era donde todos trabajábamos; y de todos modos era el único al que quería ir. Tardaron una hora en descartar todo lo demás, esperar los resultados de las pruebas y confirmar mi diagnóstico. Tenía apendicitis, y como era una emergencia médica, se apresuraron a ponerme una bata de hospital y me llevaron a toda prisa a la siguiente sala de operaciones disponible.

Capítulo 15

Las brillantes luces fluorescentes que pasan a toda prisa por encima de mí mientras la enfermera me lleva a mi habitación me están mareando, así que cierro los ojos por un segundo.

La vía intravenosa de mi brazo derecho no me deja moverme. Aunque moverme tampoco me haría mucho bien. Me duele la cabeza, me molesta el estómago vacío, y la sensación de la anestesia perdiendo efecto no es precisamente un paseo en el parque. Me deja grogui y picajosa, pero soñolienta al mismo tiempo. Lo que pasa a mi alrededor tiene poco interés. La enfermera me da algunos consejos, pero no sé qué demonios está diciendo. Me siento como si estuviera en un vídeo de música pop de los ochenta: borroso y con los peores efectos especiales. Siento los párpados pesados, más pesados... oscuros.

Me siento como si hubieran pasado cinco minutos cuando vuelvo a abrir los ojos. No porque quiera, sino porque necesito hacer pis. La guapa enfermera rubia me ayuda a sentarme en el retrete. Me habría sentido más avergonzada de no ser por la niebla que sigo sintiendo presente en cada rincón de mi mente. De vuelta en la cama, la niebla exige toda mi atención y cierro los ojos.

Algo me hace cosquillas en la cara. Abro los ojos a regañadientes. *Por favor, que no sea una araña, que no sea una araña...*

—No eres una araña —le digo a Sebastian, cuya mano me está acariciando la cara.

Se ríe entre dientes. No soy capaz de detener mis pensamientos. *Me quiero...*

—Todavía estás fuera de combate, ¿no?

—No sé de qué estás hablando —replico, esperando que si me negaba a hablar, tal vez no pronunciara en voz alta todos los «te quiero» flotando en mi cabeza.

—Duerme, Ava —dice, y me besa en la cabeza. Las mariposas me dicen que lo han notado oliéndome el pelo. Tontas, tontas mariposas. Cierro los ojos para poder hablar con ellas. Apenas oigo a Sebastian decir—: Estaré aquí.

Siento la boca seca. Necesito agua. Y una pizza. Tengo mucha hambre. *A lo mejor si voy a la cocina encontraré una porción de la otra noche en el frigorífico. A lo mejor Miles no se la ha comido toda. ¿Dónde está la cocina? Quiero levantarme, pero no puedo. Una mano me está sujetando. ¿Qué*

demonios...? ¿Quién podría estar durmiendo en la cama conmigo?

—Ava, deja de moverte. Vas a quitarte la vía —me dice una voz calmante. Una voz que me hace sentir cosas. Cosas bonitas. Abro los ojos y veo la voz. *Te quiero...*

—Ah —digo—. Quería ir al frigorífico a por una porción de pizza.

Él se ríe.

—Esta noche no, cariño. —Me besa la mano. *Cariño... Me encantaría que me llamara «cariño». Quiero decírselo. No, no voy a hacerlo. ¿Por qué pienso en esto? ¿Por qué me hago esto a mí misma?*—. ¿Quieres un poco de agua mejor?

Agua, sí. Tengo sed.

—Sí, por favor. —Me pone otra almohada bajo la cabeza y me acerca un vaso de agua a los labios. Aparto la manta mientras descubro mi brazo izquierdo. Doy unos sorbos—. Qué rica. —Él sonríe, baja el vaso y me tapa otra vez—. ¿Se ha terminado? —le pregunto, dejando caer la cabeza de nuevo sobre las almohadas.

—¿El qué?

—La apendicectomía. Ya no me duele el estómago.

—Sí, se ha terminado. Estarás bien.

Se sienta junto a mí en una silla, con los brazos descansando sobre mi cama. Quiero que me tome la mano otra vez, pero no se lo digo.

—Bien. No me gustaba —murmuro, soñolienta otra vez.

—¿No te gustaba tu propia cirugía? Qué... impactante.

No se me escapa su sarcasmo, así que me río. Me duele. Suelto un gruñido y me toco mi nueva cicatriz reluciente. O cicatriz en formación, lo que sea.

—Ay, ¡mierda! —dice, levantándose de la silla—. Lo siento, ¡no pretendía hacerte reír!

Se inclina sobre mí, cerca pero sin tocarme. Parece que no sabe cómo arreglarlo. El dolor ya ha desaparecido, pero me gusta que esté tan cerca de mí, así que no digo nada. Me mira directamente a los ojos. Al alma. A mis mariposas. Unas cuantas se desmayan. Tras unos pocos segundos, suelta aire y se sienta otra vez.

Estoy agotada y todavía hambrienta. Gana el agotamiento. Cierro los ojos.

Capítulo 16

El sol me daba de lleno en la cara. Abrí los ojos y miré por la venta. El reloj a mi derecha marchaba las seis de la mañana. El dolor había remitido de forma considerable, y ya no me sentía mareada. Debía de haber dormido al menos siete horas. En la mesita junto a la cama había un vaso de agua y mi iPod. Uno de mis increíbles amigos debía de haberme visitado mientras estaba fuera de combate.

Giré la cabeza para evitar la luz directa desde la ventana y me encontré con un post-it amarillo con la letra de Em (y unos dibujitos cortesía de Miles y Paige) al otro lado de mi cabeza. Así que sí me habían visitado. Si no los conociera mejor, habría pensado que lo habían dejado sobre mi almohada para que lo encontrara al despertar. Pero conocía a mis amigos, y habría apostado una cantidad considerable de dinero a que el post-it había pasado un tiempo pegado a mi frente.

Decía:

«El hada del día después ☺ te ha traído algunas cosas básicas. Están en el cajón a tu lado. La hemos llamado Marla. Vendremos de visita tras las rondas. PD: Llama a tu madre.»

El mensajito me hizo reír. El dibujo bajo él (mi hada parecía una culturista con un palo) me hizo reír con ganas. Dolía, pero mereció la pena. Abrí el cajón y encontré mi móvil, toallitas húmedas, mi neceser y unas revistas. Por suerte, el teléfono estaba cargado por completo. Lo abrí y miré los cuatro mensajes y unas cuantas llamadas perdidas que tenía. Tres mensajes eran de mi madre (la había llamado justo antes de que me llevaran a cirugía), y uno de Rick (no había hablado con él desde nuestra única cita). Las llamadas perdidas no eran importantes, salvo una. Sebastian me había llamado en algún momento entre el trayecto en ambulancia y todas las pruebas.

Mis padres estaban preocupados, pero al parecer habían hablado con Em, Paige y Miles el día anterior, y mis amigos habían hecho un buen trabajo en calmarlos. Me sentía muy agradecida, incluso más que por los regalitos de Marla. Cualquier cirugía implica ciertos riesgos, pero una apendicectomía es uno de los procedimientos más comunes, y rara vez hay complicaciones.

La charla con mis padres fue relativamente corta. Querían ir a Chicago el día anterior, cuando los llamé de camino a la sala de operaciones, pero los convencí para que no lo hicieran. Me había pasado la noche fuera de combate, y probablemente no estaría más de un par de días en el hospital. No tenía

sentido que vinieran. Me aseguré de contarles todos los detalles importantes, comenzando con el día anterior por la mañana, e incluso les envié una foto para que vieran que estaba más que bien. Eso y la cara ridícula que me había asegurado de poner les hicieron reír. Prometí llamarles de nuevo al día siguiente para decirles cuándo iban a darme el alta.

El camino hasta el baño fue dolorosamente lento, pero era recomendable pasar cinco minutos fuera de la cama y dar unos pasos. Y de verdad necesitaba ir. Me tomé mi tiempo para lavarme la cara y lavarme los dientes para parecer al menos medio decente antes de las rondas que estaban a punto de empezar en dos minutos. Un poco de hidratante y brillo de labios para mis labios agrietados y terminé.

Una enfermera a la que no había visto antes entró y me dio unas pastillas. Era guapa. Tal vez unos años mayor que yo, pero su pelo rubio le suavizaba las facciones y la hacía parecer más joven. Por alguna razón, me cayó bien antes de hablarme siquiera. Algo en sus ojos oscuros me hacía sentir cómoda.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó mientras me ajustaba las almohadas. Me rodeó los hombros con un brazo y me ayudó a incorporarme para poder poner otra almohada debajo de mí. Era increíblemente fuerte, a pesar de su pequeño tamaño.

—Estoy bien —dije con una sonrisa—. El único dolor o incomodidad que recuerdo es de antes de la cirugía.

—Eso es bueno. Salir de la anestesia no es divertido, pero la mayoría de pacientes no lo recuerdan, así que todo bien. ¿Quieres ir al baño otra vez? —me preguntó.

—Acabo de volver, pero gracias. —Levanté la mirada hacia ella, con la cara ligeramente ruborizada—. ¿Otra vez...?

—Te ayudé a ir anoche, pero lo más probable es que tampoco lo recuerdes. —*Ah... esto no es vergonzoso en absoluto.* Debió de ver mi incomodidad, porque cambió de tema—. Tienes unos amigos geniales. —Levantó la mirada justo mientras el doctor Green, con unos residentes tras él, entraba en mi habitación. Volvió a mirarme y susurró—: Tienes mucha suerte.

Debía de haber conocido a mi «hada del día después». A una de ellas, al menos.

—Pues sí —susurré, sonriendo. Ella pasó entre los residentes que bloqueaban la puerta y miró directamente a Sebastian, que estaba allí mirándome con una sonrisita en los labios.

Parece cansado, pero me alegra mucho verle.

—Señorita Davies —dijo el doctor Green con una sonrisa extraña en los labios, como si recordara alguna broma privada.

—Doctor Green.

Le devolví la sonrisa.

—Pareces estar mucho mejor.

Estaba mirando mi historial. Asentí con la cabeza y me incorporé un poco más sobre las almohadas adicionales.

—Mucho. Gracias.

—Eres muy entretenida con la anestesia —añadió, y su sonrisa se ensanchó.

¡Oh, no! ¿Qué he hecho?

Traté de fingir indiferencia, pero sentía la cara ardiendo de pronto, y la sonrisa del doctor Green me dijo que no se lo tragaba. Miré a Sebastian, que tenía la cabeza gacha, probablemente escondiendo su propia diversión. Solté un suspiro frustrado y no me molesté en seguir escondiendo mi ceño fruncido.

—¿Qué dije? —le pregunté a mi doctor, todavía divertido.

—Me llamaste «doc» y me pediste que no te contara lo que estaba haciendo. Entre otras cosas —dijo, claramente disfrutando de mi vergüenza.

—¡Ay, Dios mío!

Bajé la cara hasta mis manos y la dejé ahí unos segundos, negando con la cabeza con lentitud. *¡No voy a volver a pasar por una cirugía sin que me duerman!*

El doctor Green se estaba riendo, y también algunos compañeros míos. Por suerte, solo había dos además de Sebastian, y todos nos conocíamos.

—¡Venga ya, Ava! Ya sabes que estoy de broma. —El doctor Green estaba tratando de borrar algunos tonos de rojo de mi cara, pero no tuvo éxito—. En cualquier caso, debes saber que todo ha ido a la perfección con la apendicectomía. Nada fuera de lo corriente. Tuviste un episodio menor de taquicardia, pero nada por lo que preocuparse. Deberías salir del hospital y volver al hospital en dos o tres días.

Parecía orgulloso de su bromita de entrar y salir del hospital.

—¿Duró mucho la taquicardia?

Aquello, por alguna razón, me hizo pensar. Parecía un detalle importante, aunque sabía que debían de haber hecho todas las pruebas y no me pasaba nada malo. Pero no podía evitar sentir que se me escapaba algo importante.

—No, solo unos segundos. Te dejaré el historial por si quieres detalles específicos, pero estoy seguro de que Sebastian te lo contará todo sobre eso y

sus historias tristes.

Se giró y levantó una ceja en dirección a Sebastian, que parecía muy serio.

¿Qué sabría Sebastian al respecto? Pareció que pasaran varios minutos mientras unos destellos aparecían ante mis ojos. *Sebastian. Dedos rozándome la cara. Música. Sus labios sobre los míos. «No tienes ni idea de cuánto llevo queriendo hacer esto». Mi corazón latiendo como loco. Muy impresionable. «Sé que no vas a recordar nada mañana, así que quizás es lo mejor.»*

Debía de tener una expresión muy extraña en la cara, porque el doctor Green me preguntó:

—¿Te encuentras bien, Ava?

—Sí, estoy bien. Soy muy impresionable, supongo.

No podía apartar la mirada de Sebastian junto a la puerta, con aspecto de que le hubieran dado una patada. La sonrisa que había mostrado hacía unos segundos se desvaneció, y me miró como si pudiera ver exactamente lo que estaba recordando. Parecía avergonzado, pero la emoción que había claramente tallada en su rostro era el arrepentimiento. Mucho. No podía quitarle los ojos de encima, tratando de descifrar lo que había ocurrido. La posibilidad de que fuera todo un sueño se me pasó por la cabeza, pero la reacción de Sebastian confirmaba que no lo era. Rompió nuestra conversación silenciosa cuando se dio la vuelta y salió de la habitación.

El doctor Green no se dio cuenta de nuestra breve interacción, pues estaba ocupado escribiendo en mi historial.

—Descansa durante el día e intenta dar unos pasos por la habitación si puedes —me dijo—. Vendré a verte mañana.

—Gracias, doctor Green —contesté. Era todo lo que podía decir.

Todos se dieron la vuelta y salieron de la habitación, dejándome sola para intentar entender todo aquel desastre. *Nos hemos besado. Me ha besado. Y es evidente que ahora se arrepiente.* Era la única emoción clara en su rostro, y la única que yo era capaz de sentir. Arrepentimiento.

Traté de echarme una siesta, pero el hambre no me lo permitía. Ese día no me permitirían tomar nada que no fuera agua. No iba a morir de hambre porque tenía una vía intravenosa en el brazo derecho que me proporcionaba todo lo que necesitaba, pero tenía el estómago, lo cual no solo lo fastidiaba más con cada segundo, sino que lo volvía fastidioso. Tenía hambre todo el tiempo. Incluso cuando conseguía cerrar los ojos unos minutos y quedarme

dormida, soñaba con comida. Pasta. Pizza. Pollo asado. Con un resoplido enfadado, abrí los ojos solo para ver a Paige y a Miles entrando en la habitación.

—Eh, mira quién ha dejado de babear —me saludó Miles, jugueteando.

Yo no podía dejar de sonreír, aunque lo que había dicho no era precisamente un cumplido. Paige sonrió junto a él.

—Gracias por el *post-it* —dije, levantando una ceja, y los dos comenzaron a reír. *¡Sabía que me lo habían puesto en la frente!*

—En realidad eso fue Miles —contestó Paige, sentándose en el borde de la cama.

—Qué sorpresa —repliqué entre risas. Miles lo tomó como una señal de que era seguro acercarse a mí—. Dadle las gracias a Marla de mi parte. Sabía exactamente lo que necesitaba.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Paige.

—Me muero de hambre, pero por lo demás estoy bien. Podría ser peor.

Les dirigí una sonrisa tranquilizadora.

—Siento que tengas que pasar Halloween aquí —dijo Paige, y me apretó la mano.

Ah, sí, me olvidaba: era el día de Halloween, y esa noche sería la fiesta de Lana. Aunque iba a pasarlo con una bata de hospital muy poco favorecedora.

—¿Qué puedo hacer? Al menos ya tengo un disfraz para el año que viene, ya que no voy a poder utilizarlo esta vez. —Le devolví el apretón—. *¡Pero necesito fotos!*

—Hecho —aceptó Miles—. Por cierto, Lobezna dijo que vendrá a visitarte dentro de unas horas. Tiene trabajo abajo.

Comenzamos a reír, imaginando a Em con su disfraz. *Mierda, voy a perderme el espectáculo.*

Paige se levantó sin decir palabra, pero guiñándome un ojo. *¿Adónde va?* Miles la observó marcharse, pero no dijo nada. Como tenía un momento a solas con él, me aproveché y le hice la pregunta que me estaba haciendo desde hacía no mucho pero no había tenido oportunidad de preguntar.

—Entonces... —Hice una pausa dramática—. Tú y Paige, ¿eh?

Sus ojos desorbitados y sus pupilas dilatadas me hicieron reír y aferrarme el costado al instante. Mi dolor pareció sacarle de la impresión inicial de que lo supiera, y él también comenzó a reír.

—Joder —dijo—. Estaba seguro de que nadie lo sabía.

—Si te sirve para sentirte mejor, comencé a sospecharlo hace solo un par de días. Me lo acabas de confirmar.

—Oficialmente, doy asco guardando secretos —replicó entre risas.

—Ah, y Em también lo sospecha.

—¡Cómo no! —dijo, bajando la cabeza.

—¡Me alegro mucho por vosotros, Miles!

Parecía muy feliz. La media sonrisa que me dirigió lo decía todo.

—¡Es una chica increíble, Ava! Estoy... —Se dio la vuelta y miró la puerta abierta tras él antes de mirarme otra vez—. Estoy enamorado de ella.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero antes de que pudiera decir nada más, Paige volvió con un yogur en la mano, lo cual me hizo concentrarme por completo en ella.

—Tienes permiso para comerte un yogur —explicó, y me entregó la munición blanca y cremosa que me sustentaría hasta el día siguiente, cuando era probable que me permitieran comer otra vez. Se me hizo la boca agua al instante.

—¡Gracias, gracias, gracias! —dije, tomando el yogur con ambas manos. Aunque tenía tanta hambre que me habría comido a la vaca que ayudó a hacer el yogur (Es broma, no me comería a una vaca. Me encantan las vacas; son bonitas), tan solo me comí la mitad, para poder tener la otra mitad para cenar.

Unas horas después de que Miles y Paige se marcharan, Em se pasó y estuvo un rato conmigo. No quería que la pillaran en mi habitación después de las horas de visita, así que no dejé de echarla verbalmente, pero insistió en que tenía descanso y no quería comer sola. Me comí el resto del yogur mientras ella se comía un sándwich y me contaba su día. Quería hablarle de Sebastian y de lo complicado que se había vuelto todo de la noche a la mañana. Otra vez. Pero parecía demasiado personal, y quería algún tiempo para decidir cómo me sentía al respecto primero.

No tenía ni idea de cómo sabía que estaba pensando en él, pero dijo:

—Estaba muy preocupado. Deberías haber visto la expresión en su cara cuando te vio de camino a la sala de operaciones.

—¿Estaba ahí? No lo recuerdo.

Sentía mucho dolor, eso lo recordaba. Había mantenido los ojos cerrados la mitad del tiempo, forzándome por contener las lágrimas.

—Se estuvo paseando por el hospital un tiempo. Parecía en conflicto, como si no supiera si debía seguirte o no... —Dejó la frase inconclusa—. ¿Os habéis peleado otra vez?

—No, para nada —dije, evitando sus ojos—. No hemos tenido oportunidad de hablar desde el día que pasamos en su apartamento.

—Y entonces me vio y me pidió tu iPod —añadió Em, mirándome como si estuviera a punto de descubrir algo grande—. Fui a tu taquilla y se lo di. Después de eso, desapareció.

Básicamente me tenía pillada. No sabía exactamente dónde había ido Sebastian ni qué estaba pasando, pero le había dado suficientes razones para sospechar cuando le pidió ayuda. Por lo general, él ocultaba sus cartas junto a su pecho. Sobre todo en lo relativo a mí.

—Parecía asustado, Ava —me presionó—. Nunca lo he visto así. Normalmente se lo guarda todo, pero esta vez vino y me pidió ayuda. —*Exacto...*—. ¿Has hablado con él desde la cirugía? ¿Sabe que estás bien?

—Estuvo en la operación conmigo —susurré, casi avergonzada por alguna razón. Probablemente porque era mi mejor amiga y no se lo había dicho antes.

—¿En serio? —Ahogó un grito—. Si vas a decirme ahora que no siente nada por ti, voy a darte una patada.

—Me besó —dije con lentitud—, así que no voy a decir eso.

Em me estaba mirando con los ojos como platos.

—¿Te besó? ¿Cuándo?

—En la operación.

—Ay. Dios. Mío —dijo, abriendo aun más los ojos—. Qué morbo.

—Sí, muy morbosos, y también muy molestos, porque estaba conectada al monitor cardíaco. —Ante esa información en particular, Em levantó las cejas y se echó a reír; podía verla uniendo mentalmente las piezas de mi episodio de taquicardia—. ¡Y como estaba anestesiada, dijo que sería mejor que no lo recordara! —Em se dejó de reír de pronto y me miró con ojos tristes—. Pero lo recordaba, y ahora no ha venido a verme siquiera. ¡En todo el día! —me quejé, enfadándome más a cada segundo.

Em se subió a la cama junto a mí y suspiró. Yo también lo hice, solo porque te sientes todavía mejor cuando tu suspiro está acompañado por otro.

—Lo siento —dijo—. A lo mejor viene mañana. Además, su turno todavía no ha terminado...

—Las dos sabemos que, si quisiera venir, nada lo habría detenido. Pero supongo que puedo aferrarme a tu perspectiva optimista un poco más.

Esa parte era solo verdad a medias. Iba a intentar ver las cosas a su manera, pero mi optimismo parecía inútil en ese momento.

—¡Eso es! —dijo, de forma no del todo convincente. Tras un segundo, murmuró entre dientes—: Me estáis matando.

Una gran parte de mí esperaba que Sebastian volviera a mi habitación. Tal vez no mientras estuvieran todos y tuviera visitas, tal vez no mientras estaba trabajando. Cedí al optimismo de Em, solo porque necesitaba que fuera cierto. Hice lo posible por permanecer despierta hasta que acabara el turno de Sebastian, aunque seguía débil y mis párpados no dejaban de cerrarse solos. Debía de ser casi medianoche cuando me quedé dormida al fin. Al día siguiente, me dije exactamente lo mismo. *Vendrá a verte. Si no para hablar de lo que pasó, al menos para ver cómo estás. Le importas. Tal vez no de la misma forma que él a ti, pero le importas.* Pero no vino. Tres días después, volví al hospital, pero esa vez como residente, no como paciente. Me alegraba volver.

Esos tres días, atrapada en una cama de hospital sin nada que hacer salvo leer y hacerme amiga de la parte hambrienta (y muy furiosa) de mí, estuve atrapada en una especie de estado de introspección forzada. La reacción de Sebastian ante lo que había ocurrido en esa sala de operaciones me decía mucho sobre él, sobre nosotros. El problema es que no era la conclusión que esperaba. Desde que nos conocimos, había sido yo quien nos mantenía a flote con mi estúpido optimismo y mis sueños infantiles. Él no dejaba de apartarme, solo para volver a llevarme a sus brazos. Parecía que odiara cómo volvía a mí, y yo odiaba cómo veía nuestros momentos perfectos como debilidades. Y sí, nos habíamos convertido en buenos amigos en el proceso, pero queríamos cosas diferentes. Yo lo quería a él, y él quería dejar de quererme. Y, en algún punto entre eso, habíamos conseguido estropear también nuestra amistad. Ahora lo tenía como... nada. Sabía que le importaba, pero era evidente que no lo suficiente. A lo mejor necesitaba mi amistad más que cualquier otra cosa y yo era demasiado estúpida para verlo.

Estaba herida y decepcionada; conmigo por tardar tanto tiempo en ver que esa batalla mía había sido en vano, y con él por su inconsistencia y sus juegos mentales. Para ser honesta conmigo misma, sabía que probablemente se estaría enfrentando a sus propios demonios, y que los juegos mentales no eran intencionales. Pero estaba cansada de buscar excusas para él y aceptar su comportamiento como si fuera normal, porque no lo era. Era mi turno de que me cuidaran. Aunque fuera yo misma.

La última vez que había decidido dejar de intentarlo fue porque él me lo había pedido, pero mis intentos fueron solo superficiales. Mi corazón nunca se

rindió y, para ser sincera, mi cerebro tampoco. Ninguno estaba convencido de que olvidar a Sebastian fuera lo mejor. Tan solo permanecemos juntos, esperando el día en que pudiéramos chocar los cinco por estar en lo cierto en esperarle. Porque merecía la pena. Estábamos todos de acuerdo.

Pero, al hacerlo, había aprendido una cosa. No podía presionarlo para que admitiera sus sentimientos, aunque siguiera creyendo que sentía algo por mí. No era mi lugar. Necesitaba descubrir esas cosas sobre él por sí mismo. O tal vez no era yo quien podía hacer que se enfrentara a esos demonios. Tal vez algún día encontraría justo lo que necesitaba en otra persona, y sería capaz de olvidar el pasado y mirar hacia el futuro. Ser feliz. Había muchos «tal vez». Tal vez no ahora. Tal vez no conmigo. Tal vez algún día podíamos ser amigos de nuevo. Algunos eran más difíciles de aceptar que otros.

Cuanto más pensaba en ello, más sentido tenía. Quería creer que al menos lo había ayudado a derribar parte de los muros que lo rodeaban. Tenía un corazón increíble y cariñoso, y se merecía más amigos de los que se permitía tener en ese momento. A mí también me había cambiado. Había aprendido que no me encontraba tan bien como siempre le decía a la gente cada vez que salía el nombre de Ally. Y eso estaba... bien. Probablemente nunca fuera a estar como antes de que muriera. Sebastian era más directo y sin remordimientos sobre su dolor. Y, ¿por qué iba a ser diferente? Aceptar el dolor no es un algo negativo de la personalidad. Es algo con lo que tienes que vivir, algo que vive dentro de ti, pero nunca te mata de verdad.

Echaría de menos nuestra amistad y un millón de cosas más sobre él. Sabía que tardaría mucho tiempo en dejar de quererle de algún modo. Pero, por alguna razón, incluso eso parecía merecer la pena. Por fin me había enamorado, y era un privilegio. Necesitaba sentirlo todo, incluso lo malo. Por fin sentía algo además del duelo.

Capítulo 17

Hacía ya un par de días que había vuelto al trabajo y todavía no había visto a Sebastian. No es que lo estuviera evitando, y estaba bastante segura de que él tampoco me evitaba a mí, pero en un hospital de ese tamaño, algo así no era tan poco común. Había días en los que solo veía a mis compañeros de piso cuando quedábamos para comer juntos. Seguía dispuesta a lo que había decidido, pero sabía que tenía que hablar con él al menos una última vez. El hecho de que no nos hubiéramos encontrado todavía era de agradecer en cierto modo; sentía que necesitaba unos días más para averiguar qué era lo que le quería decir exactamente.

Trató de llamarme un par de veces el día que regresé. La primera me tomó por sorpresa, y al instante miré frenéticamente a mi alrededor, segura de que estaba observándome en algún lugar cercano. No lo vi, pero tampoco respondí a su llamada. En realidad, no sabía qué decirle en ese momento, y pensé que sería mejor no responderle que hacerlo y decir alguna estupidez. Unas horas después volvió a probar, y de nuevo no respondí. Necesitaba tiempo. Desde entonces, no trató de llamarme otra vez. Lo más probable es que pensara que no le hablaba, y por eso necesitaba aclararme lo antes posible. Pronto... pero no ese día.

Estaba en la cola para mi segunda comida del día. La cirugía me había hecho perder casi tres kilos, y no era algo que deseara ni me sentara bien. Supongo que todavía tenía algún trauma infantil. Me asustaba más perder peso que ganarlo. El chico que había detrás de mí estaba molesto, murmurando algo, lo cual me hizo darme la vuelta justo cuando una mano me tocaba el brazo. Le estaba murmurando a Sebastian, que se había saltado la cola y me estaba mirando con la cara muy seria. *Parece muy cansado. Más de lo habitual. Odio pensar que pueda tener algo que ver conmigo.*

—Necesito hablar contigo —dijo, con la mandíbula llena de determinación.

Mierda, este es el último lugar donde quiero que pase esto.

—¿No podemos hacerlo después? —pregunté con voz suave, para que supiera que no estaba enfadada.

—No. Es importante —contestó, y se me acercó más, haciendo que dejara de respirar. Si teníamos que hacerlo en ese momento, llenar mis pulmones de su aroma no iba a ayudar—. Solo necesito cinco minutos, Ava.

¡Por favor!

No quería disculpas ni explicaciones. Cada detalle sobre nosotros estaba muy claro en mi mente, y no quería prolongar el dolor más de lo necesario. Por el bien de los dos.

—Mira, Sebastian, no pasa nada. No tenemos que hablar de ello. —Lo miré fijamente, con la voz baja para que la gente a nuestro alrededor no me oyera. Abrió la boca para decir algo, pero se lo impedí—. No me arrepiento de que pasara... pero se acabó.

Parecía frustrado mientras sus labios se separaban para decir algo más, pero tomé mi bandeja vacía y lo dejé ahí. Me dolía a mí más que a él, pero me parecía la mejor opción. Un corte limpio.

Supongo que mi dieta para ganar peso tendrá que esperar. Dejé la bandeja vacía en el montón de donde la había tomado y salí de la cafetería sin mirar atrás. Me preguntaba si vendría detrás de mí, pero supongo que la sorpresa de su cara debía de ser genuina, porque no me siguió. Nuestra discusión no había ido como lo planeaba. No había podido decir todo lo que quería, y teniendo en cuenta que se quedó con la boca abierta para formar una palabra, parecía que él tampoco. *Si lo conozco como creo, mi corte limpio se va a ensuciar, porque no va a dejarlo correr.*

Tan solo necesitaba un poco más de tiempo para poder hacerme a la idea de todo lo que había ocurrido. Para poner mis pensamientos un poco en orden. ¿Por qué no podía darme eso? Quería una despedida que significara algo. Quería que supiera lo que había hecho por mí, cómo me había cambiado sin saberlo siquiera. Quería permitirnos tener la despedida que nos merecíamos, y no el drama que creía que habíamos tenido en su lugar. Y ahora me había quedado vagando por los pasillos con un arrepentimiento más que añadir a la lista.

En un intento por distraerme de más luchas internas, me paré a visitar a uno de los pacientes que me habían asignado. Era un anciano muy dulce, siempre haciendo chistes a todo el que le escuchara. *Me vendría bien un chiste ahora mismo,* pensé. Su forma de partirse de risa hacía que yo me partiera de risa, así que para mí los dos ganábamos.

Tomé su historial de una de las enfermeras solo para tener una razón médica para visitarlo. Por si acaso, claro. Pero al parecer no era la única visitante. Nina, la enfermera que se había encargado de mí mientras me recuperaba de mi cirugía, estaba a su lado.

—¿Cómo está? —susurré, decepcionada al encontrarlo dormido.

—Todo bien; le acabo de dar unos analgésicos y se ha quedado frito — dijo, con verdadera empatía en los ojos—. ¿Cómo va tu recuperación?

—Genial —contesté con una sonrisa. Se notaba que estaba hecha para ser enfermera. Nunca olvidaba a un paciente, y siempre los trataba como si fueran los únicos que importaban. Por eso todo el mundo la adoraba—. Haberte tenido de enfermera también ha ayudado.

—Yo como enfermera y un doctor buenorro como amigo. —Hizo una pausa dramática y me guiñó un ojo—. No tenías más opción que recuperarte cuanto antes.

¿Doctor buenorro? Sí, bueno, Miles es un encanto, pero... ¿buenorro? En fin, supongo que esto responde a la pregunta. Tener novia realmente te hace parecer más sexy a ojos de los demás.

—En realidad es residente de primer año, como yo —le conté por alguna razón.

—No creo que estemos hablando de la misma persona —replicó, mirándome con una ceja levantada y una sonrisa melancólica en los labios.

¿A lo mejor está hablando de Collin?

—Ah —dije, al darme cuenta de repente—. ¿El rubio que parece un surfero?

Era una descripción bastante acertada para alguien que no lo conociera, a pesar de que no era capaz de mantener el equilibrio sobre una tabla incluso aunque estuviera en la arena todavía.

—No, el dios griego con tatuajes y un moño.

Soltó una risita ante sus propias palabras. Mi corazón se detuvo al oír «dios griego», «tatuado» y «moño». Incluso aunque solo hubiera empleado una de esas palabras para describirlo, habría sabido de inmediato a quién se refería.

—Eh... —Tuve que detenerme y tragar la bola de pelo que parecía tener atascada en la garganta—. ¿Vino a verme?

Nina me miró, confusa, dejándome todavía más perpleja.

—Sí... estuvo a tu lado cada noche... —Su voz se apagó—. ¿De verdad no te acuerdas? La primera noche hablasteis varias veces. Yo entraba de vez en cuando para ver cómo estabas.

—Y él estaba ahí —dije.

No era una pregunta. La había oído diciéndolo; tan solo necesitaba decirlo yo también por alguna razón. No es que no me creyera lo que me decía, solo que parecía... difícil de creer.

—Sip —afirmó, haciendo un «pop» con la «p»—La mayoría de la gente no recuerda gran cosa estando anestesiada, pero pareces... en blanco.

Soltó una risita.

Me sentía en blanco. Y sin habla. Estuvo allí. Conmigo. Todas las noches. *¿Todas las noches?* Necesitaba que me lo confirmara una vez más, así que se lo pregunté a sabiendas de que probablemente estaba sellando mi nueva identidad como la residente de primer año cortita.

—¿Todas las noches?

—Pues sí —dijo, asintiendo la cabeza por si acaso yo solo entendiera el lenguaje corporal.

Me di la vuelta y caminé, aturdida, hacia quién sabe dónde. Desde luego, no sabía adónde iba. Tan solo necesitaba espacio lejos de cualquier mirada, porque mi expresión debía de ser extraña por decir algo. Cuando mi cerebro estaba total y absolutamente confuso como en ese momento, no parecía preocuparse por detalles triviales como las expresiones faciales.

No sé cuánto tiempo estuve deambulando por los pasillos cuando oí una voz detrás de mí.

—Ahí estás. —Me di la vuelta para mirar perpleja a Sebastian—. Necesito hablar contigo, y esta vez no vas a escaparte, así que ni lo pienses siquiera.

Me agarró la mano y prácticamente me arrastró a un cuarto de suministros. Su cuarto de suministros.

Quería decirle que, tras mi reciente descubrimiento, yo también necesitaba hablar con él, pero todavía me costaba formar palabras. Además de un ceño fruncido para cubrir toda mi confusión, no tenía absolutamente nada.

¿Por qué demonios me besó y actuó como si se arrepintiera, solo para estar a mi lado durante mi recuperación? ¿Por qué lo hacía solo por la noche, cuando estaba o drogada o dormida? ¿Solo para poder utilizar su fachada de «no significas nada para mí»? Estaba convencida de que o bien estaba loca y tan desconectada del mundo de las citas que no conseguía ver algo evidente, o bien como doctores estamos al límite de la demencia. Lo cierto era que nunca había salido con un doctor, así que aquello podía ser una explicación válida. ¿Qué sabía yo?

Ya estábamos en el cuarto cuando se giró hacia mí, con la espalda contra la puerta cerrada como si quisiera evitar con su cuerpo que me escapara. No tenía ni idea de que en realidad era él quien estaba atrapado en ese espacio confinado conmigo, y no al revés.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunté con genuina curiosidad, pues no se me había ocurrido ninguna explicación. Se acercó un paso, con la cabeza algo más baja que antes. Estaba muy interesada en su respuesta, pero la furia es un combustible muy efectivo, y no pude dejar de hablar incluso al ver que trataba de contestar—. ¿Esto es un juego para ti? ¿Te lo estás pasando bien? —inquirí con incredulidad, y después continué—: Me besaste y esperaste a que lo recordara sola. ¿Ibas a contármelo, o esperabas que no lo recordara para poder guardar tu secretito? —Hizo otro intento de intervenir, pero ya estaba en racha, así que, ¿por qué detenerme?—. ¿Y después te pasas cada noche a mi lado pero no te molestas en decírmelo? ¿Qué cojones?

A esas alturas tenía las manos en el pelo, claramente exasperado. Abría los ojos cada vez más con cada pregunta que le hacía. Me quedaban más, pero cuando abrí la boca para hablar de nuevo, dio otro paso hacia mí y me tapó la boca con la mano. Para ser sincera, probablemente fuera la única forma de callarme.

—Joder, ¿quieres escucharme? Eso es lo que estaba tratando de decirte antes, pero saliste corriendo. ¿Me dejas explicártelo? —Tras un segundo, asentí con la cabeza y él apartó la mano, pero no se alejó de mí. Su aliento me acarició la cara durante unos segundos mientras parecía buscar las palabras—. Te besé —dijo, y su mirada cayó sobre mis labios durante un segundo antes de volver a centrarse en mis ojos—. Incluso con la posibilidad de que no lo recordaras, quería decírtelo la primera noche, pero estabas tan fuera de combate que no habría supuesto ninguna diferencia. En un momento pensaste que era una araña.

Me miró a los ojos y sonrió, pero seguía pareciendo ansioso.

—Mi error fue no esperar a que terminaran las rondas cuando vine a verte al día siguiente. Después de que te durmieras, me fui a casa, dormí un par de horas también, me di una ducha y volví justo cuando el doctor Green comenzaba con sus rondas. No podía esperar para verte, así que no lo hice. Fue una estupidez. Quería ser quien te dijera lo que había pasado, no que lo recordaras delante de todo el mundo. ¡Lo siento muchísimo, Ava!

En lo relativo a las explicaciones, aquella no era tan mala. Mi furia estaba a raya, pero solo por poco. Todavía me quedaban muchas preguntas y comentarios sarcásticos, pero había prometido que le escucharía, así que eso es lo que hice. Mantuvo una distancia mínima entre nosotros sin estar encima de mí, pero seguía estando en mi espacio personal cuando continuó.

—Tenía muchos pacientes el primer día, y necesitaba tiempo para pensar

lo que quería decirte. Tu cara de confusión y decepción... me rompió el corazón. ¡Estaba avergonzado de mí mismo! Por eso me tomé mi tiempo. Ya estaba oscuro fuera cuando fui a la habitación de guardia para tener un momento para mí antes de venir a verte. Como solo había dormido un par de horas, me quedé frito. Cuando desperté fui derecho a tu habitación, pero estabas dormida. No quería despertarte, así que me quedé a tu lado un rato, pensando en todas las cosas que quería que supieras.

—¿Qué te detuvo el segundo día? —pregunté, por fin capaz de formular preguntas sin ayuda de mi furia.

—Decidí esperar a que te pusieras mejor. El doctor Green me dijo que solo ibas a estar en el hospital un par de días, y sabía que nuestra conversación sería mucho más larga que la explicación del beso. Quería que te pusieras mejor y estuvieras dispuesta a escuchar todo lo que quería decirte sin estar atrapada en una cama de hospital. Así que dejé que te curaras. Ahora estás mejor, así que necesito decirte algunas cosas. Te las habría dicho antes, pero eres buena evitándome, y como no me respondías las llamadas pensé que necesitabas espacio. Yo había tenido el mío, así que era justo darte el tuyo. Esos dos días fueron lo mejor que pude hacer. Me sentía como si estuviera perdiendo la cabeza todo el tiempo. —Respiró hondo y se pasó una mano por el pelo—. Por eso me acerqué en la cafetería. No quería tenderte una emboscada, pero te vi y no podía esperar un segundo más.

Me incliné contra la pared detrás de mí y respiré hondo. Necesitaba aclararlo todo ahí mismo, en ese momento. Estaba delante de mí, dispuesto a hacer lo mismo por primera vez. Se me constriñó el pecho ante la finalidad de todo aquello. Era el momento.

—Lo entiendo —le dije, sin mirarlo a los ojos. Si lo hacía, a saber lo que habría salido de mi boca. Yo también tenía unas cuantas cosas que aclarar—. Siento haber llegado a las conclusiones equivocadas; a lo mejor debería haberte dado el beneficio de la duda. —Negó con la cabeza, ya preparado para estar en desacuerdo conmigo, pero no le di oportunidad de hablar. Ahora era mi turno—. Pero lo hicimos todo mal desde el principio. Tendríamos que haber empezado nuestra relación o lo que tuviéramos con esta discusión. Ninguno de los dos fue claro con lo que queríamos del otro, y eso arruinó nuestra amistad. Lo siento mucho.

Frunció el ceño y movió la mano izquierda para tocarme. Lo miré y negué lentamente con la cabeza. No me presionó, pero su brusca respiración y la mirada en sus ojos me dijo que tenía que hacer un trabajo mejor, porque no iba

a aceptar lo que le decía.

—Siento haberte presionado —continué—. Ahora sé que no estabas listo para lo que quería de ti, y no pasa nada. Ojalá lo hubiera aceptado antes. Así que, por favor, no te disculpes más, porque yo tengo tanta culpa como tú en esta situación.

Y era cierto. A lo mejor estaba confuso y había tratado de averiguar lo que sentía por mí, pero yo lo había presionado cuando estaba claro que no quería que lo presionaran, esperando poder ser la que estuviera a su lado cuando decidiera dejar entrar a alguien. Cuando decidiera dejarme entrar. Teníamos algo; estaba segura. Nuestra amistad era especial. Nunca había tenido algo tan profundo con alguien, tan deprisa.

Con los ojos cerrados, respiró hondo para calmarse y susurró:

—Por favor, no digas eso. —Abrió los ojos para mirarme, y el dolor de su interior me entrecortó el aliento—. Me prometiste que me escucharías. Por favor, deja de decir adiós. Me siento como si estuvieras diciendo adiós.

Su respiración era brusca, como la mía. Decir adiós dolía, pero fuera lo que fuera aquello, lo que teníamos en las últimas semanas... no nos funcionaba. Le importaba, eso lo sabía. Pero yo quería mucho más, y él no estaba listo. No era justo continuar con aquella tortura para ninguno de los dos.

Me tomó la mano con la suya y se apoyó contra la misma pared que yo. Se dejó caer hasta el suelo, arrastrándome con él. Nos quedamos allí durante un rato, con las manos unidas.

—Cuando te vi en esa camilla sin saber si la situación era grave... —Cerró los ojos y negó brevemente con la cabeza; sus palabras parecían pesar sobre él—. El minuto que tardé en parar a una enfermera y preguntarle lo que te había pasado me costó años de vida.

Podía imaginar cómo se había sentido. Yo me habría sentido exactamente igual si fuera al revés y viera cómo se lo llevaban a la sala de operaciones. Con nuestros pasados, no creo que pudiéramos ver a alguien que nos importara en el hospital y poder esperar con paciencia a que un médico nos explicara la situación. Siempre íbamos a asustarnos, eso era un hecho.

—Incluso después de decirme que solo era una apendicitis, no podía quitarme de encima el sentimiento de pérdida. En ese mismo momento, me di cuenta de que esa batalla de amor-odio que tenía contra mí mismo por ti, de pronto parecía insignificante, y mientras estuvieras bien, estaría encantado de ir a la batalla día tras día. En ese segundo, supe lo que quería y lo que tenía

que hacer. Sabía que cualquier miedo sobre nosotros, sobre lo que pudiera pasar entre nosotros, no sería nada comparado con el miedo de ver cómo te llevaban a la sala de operaciones. Por eso fui a quedarme contigo durante la cirugía. Sabía que al día siguiente habría otra batalla, una que pocos días antes no me habría planteado siquiera, pero en ese momento era lo que quería hacer. Estar ahí, luchando. Por ti. —Hizo una pausa—. También estaba la cadena de pensamientos tras el beso, aunque no es algo que planeaba hacer. No en una sala de operaciones, digo. No estaba pensando en lo que hacía, ni siquiera cuando noté que me inclinaba para besarte. En el momento en que mis labios tocaron los tuyos, todo mi mundo se arregló de golpe. Sin miedos, sin preocupaciones, sin ansiedad. La certeza de lo que sentía me dejó sin aliento.

—Y ahora te arrepientes —dije en voz baja.

—No, Ava. Dios... —Cerró los ojos y murmuró—: Es lo único que no me arrepiento de hacer. Desde que te conocí, he cometido un error tras otro. Me arrepiento de varias cosas sobre ti. Sobre nosotros. Pero ese beso nunca ha estado en la lista. Ese beso me hizo darme cuenta de que no podía seguir haciéndome eso. En ese segundo fue dolorosamente obvio lo idiota que había sido. Hasta entonces, no dejaba de decirme que me contentaba con ser tu amigo, que agradecía poder verte sonreír cada día. Me dije que podía vivir con tu amistad y nada más. Quería hacerlo por ti. No me parecía justo obligarte a hacerte amiga de mis demonios. ¿Cómo iba a saber que ya se estaban enamorando de ti?

—Por favor, no lo hagas —susurré—. Por favor, no digas lo que creo que estás diciendo. No tienes que hacerlo. Ya sabes lo que siento por ti; nunca he tratado de ocultarlo. Pero ahora dices lo que crees que quiero oír. A lo mejor tú también has empezado a sentirlo; a lo mejor tan solo tienes miedo a perder la amistad que hemos construido...

Tomé otro aliento tembloroso para poder encontrar todo lo que necesitaba decir. Estaba tratando de reparar el daño; era evidente que se sentía culpable por cómo lo había hecho todo. No quería que intentara que las cosas funcionaran entre nosotros porque la discrepancia entre lo que sentíamos el uno por el otro era demasiado grande. Yo estaba locamente enamorada, y él tan solo estaba empezando a ordenar las cosas en su cabeza. Necesitaba tiempo. Los dos lo necesitábamos. No podía pedirle que se precipitara en sus conclusiones para poder quedarse a mi lado. Y yo no podía arriesgarme a pasar por ese desamor otra vez.

—¿Qué? —preguntó, incrédulo y furioso al mismo tiempo. Me estaba

mirando como si estuviera loca—. ¿Crees que estoy aquí porque me siento *culpable*? —Su forma de susurrar la palabra como un grito la hizo sonar sucia—. No es algo que acabe de descubrir. He luchado con todo lo que tenía por mantener la distancia contigo porque te mereces mucho más... pero la primera vez que comprendí cuánto te quería fue el día que fui a tu apartamento. Me asustó darme cuenta de repente, que estuviera tan claro en mi corazón que quería mucho más de ti. Lo he deseado desde que te conozco; he vagado por este hospital sin hacer nada más que desearte. Te deseaba en el club cuando bailamos por primera vez, en la fiesta de Lana cuando me di cuenta de lo parecidos que somos en realidad... es todo lo que he hecho desde el día en que te conocí. Pensaba que estas cosas pasaban gradualmente... pero fue mirarte y ya está. No estaba listo para esa clase de certeza. La cagué ese día, y todos los días desde entonces. Te hice daño, y me hice sentir fatal durante meses.

Cuanto más hablaba, más me costaba entender el sentido de todo. Mi cerebro se estaba ahogando con la cantidad de información que recibía, y mi corazón tenía miedo de creerlo todo. Quería hablar, decirle que creía lo que me decía, que por fin veía las cosas desde su perspectiva, y era como ver mi propia película. Todo lo que él sentía, yo lo sentía también. Quería decírselo, pero tenía las palabras atrapadas en la garganta.

—Y entonces vi a Rick en el pasillo. —Apoyó la cabeza en su mano izquierda. La derecha seguía sobre la mía—. No tenía ni idea de que tú fueras la cita de la que hablaba Rick. Sus ojos estaban tan felices que supe que debía de estar muy pillado por quienquiera que fuera. Y cuando me di la vuelta y te vi, guapa de cojones, y lo oí decir «ahí está»... nunca he sido celoso, pero en ese momento solo quería partirle la cara. Y me cae muy bien Rick, es buen tío. Pero el hecho de que pudiera disfrutar de tu sonrisa cuando yo ya no podía era el peor castigo. Y me lo merecía, por haberte apartado sin más razón que mi propia estupidez. No esperaba verte en una cita tan pronto. ¿Por qué lo hiciste? ¿Estabas tratando de sacarme alguna reacción? —preguntó, todavía jugando con mis dedos. La pregunta dolía, pero su tono no era acusador. Tal vez curioso—. No digo que no me lo mereciera...

—¿Cómo puedes pensar eso? —Había encontrado mi voz al fin—. ¿De verdad piensas que soy de esa clase de chica? No era una cita. Al menos, no por mi parte, y se lo dejé claro a Rick. Eso duele. Pensaba que me conocías mejor, pero tal vez no. Sabía que esa era tu conclusión; la vi en tus ojos ese día.

—Lo siento —dijo, y después espiró hondo con la cabeza contra la pared tras nosotros—. Mira, esto es territorio nuevo para mí. No he tenido celos en mi vida, y ahora siento que se me va la cabeza cuando veo que se me acerca un tío. Ni siquiera te das cuenta de cómo te miran. Nunca dije que se me diera bien manejar lo que siento por ti.

Se levantó del suelo y se paseó por el reducido lugar. Había espacio solo para dos de sus zancadas antes de que tuviera que darse la vuelta para mirarme de nuevo. Me levanté también y lo miré, segura de que tenía más que decir.

—¿Que no te conozco? —preguntó con un susurro y una expresión dolida en la cara—. Te conozco mejor de lo que piensas, y estoy dispuesto a apostar a que sé más de ti que nadie más en tu vida.

Sabía que tenía razón. Lo que le había dicho era debido a la furia, y no me sentía orgullosa de ello. Además de Ally, él era la única persona que me conocía por completo.

—Dices que la muerte de Ally ya no te duele tanto, pero creo que tan solo la has escondido con cuidado en tu mente y te ocupas de ella solo cuando tienes que hacerlo, cuando se vuelve insoportable. Supongo que es un proceso continuo, diferente para cada uno. Y sé que yo tengo más días de mierda que tú, pero eso es porque mi dolor no está escondido. Puedes verlo, está justo delante de ti porque no sé de qué otra forma llevarlo. Pero no tienes que ser tan valiente con el tuyo todo el tiempo. Al menos, no conmigo. —Respiró hondo otra vez—. Te vi escuchando música; te sabes toda la letra de todas las canciones. Estaba fascinado, y seguía viéndote por el hospital y en el cumpleaños de Lana, cantando en voz baja para ti.

No me había dado cuenta de que fuera tan obvio. Lo que hacía era más que nada murmurar la letra.

—Me di cuenta de algo sin querer. Cada vez que las palabras «muerte» o «morir» o alguna de la misma familia aparecían en una canción, te la saltabas como si no existiera. Cantabas toda la letra, menos esas palabras. —Continuó con voz más suave—. Al principio pensaba que me lo estaba imaginando, pero como la palabra estaba en el estribillo, esperé a ver qué pasaba. Y, ¿sabes qué?

—Lo hice otra vez —susurré.

—Así que a lo mejor no estás tan bien. Pero no pasa nada, lo entiendo. Todavía... —Se detuvo lo suficiente para que yo levantara la cabeza y lo mirara a los ojos, suplicándole que continuara. Dio un paso más y puso una

mano sobre mi cara, con los ojos más intensos que nunca—. ¡Te quiero igualmente!

Abrí la boca para decir las palabras que había en mi mente. *¡Yo también te quiero! Te quería desde antes de saber que podía.* Pero sus labios ya estaban sobre los míos, ardientes, quemando todas las inseguridades. Las mías y las suyas. El recuerdo neblinoso de nuestro primer beso regresó con toda su fuerza, y su sabor era como una descarga en mi sistema. Esa vez era mi boca buscando entrar, mis manos alrededor de su cuello, desesperadas por sentirlo entero contra mí. No me decepcionó; me lo dio todo. Su gruñido cuando nuestras lenguas se tocaron al fin hizo que se me tensara a tripa y se me erizara todo el vello del cuerpo. No sabía de ninguna droga capaz de hacer eso, pero las manos de Sebastian en mi pelo, su olor en mis pulmones... si tuviera que elegir mi muerte, escogería una sobredosis de Sebastian. Sus manos me acariciaron la cara y el pelo, y fueron a mi espalda, abrazándome con fuerza a él. Me tomó en el aire, y mis piernas le rodearon la cintura al instante, y me besó como nunca me habían besado, con mis dedos por fin perdiéndose en su pelo, como siempre habían deseado.

Tras un rato, nos movió para descansar contra la pared detrás de nosotros, pero solo porque los dos estábamos sin aliento. Apoyé la frente contra su hombro, con las piernas todavía a su alrededor y los brazos firmemente alrededor de mi cintura. Escondía la cara en la curva de mi cuello, con su respiración profunda a juego con la mía, se tomó su tiempo en besarme el cuello hasta que otra vez ya no podíamos respirar. Estaba claramente tan emocionado como yo por nuestro reencuentro, pero tuve que recordarme que seguíamos en el hospital y cualquier plan de enrollarnos que tuviéramos tendría que esperar hasta más tarde. Sebastian me bajó y apoyó la barbilla sobre mi cabeza, todavía abrazándome. Tras un par de minutos de profunda respiración, dijo:

—Me enamoré de ti en un abrir y cerrar de ojos, Ava. Representabas todo lo que podría querer, y lo único que me aterrorizaba pedir. El poder de lo que sentía me aterrorizaba por completo, y me hacía quererte y odiarme por no ser el hombre adecuado para ti.

—Siempre fuiste exactamente lo que necesitaba —susurré contra su camisa.

Sus brazos me rodearon todavía más fuerte, y bajó la cabeza para enterrar la cara en la curva de mi cuello, con la nariz en mi pelo. Respiró hondo y dijo:

—No sé cómo quererte, salvo con todo lo que tengo. Y la mayoría de lo

que tengo, de lo que soy, es dolor, y es oscuridad, y es retorcido. Pero entonces me di cuenta... si esa parte de mí también se había enamorado de ti, a lo mejor no es tan mala. A lo mejor podemos reconocernos mutuamente y tratar de coexistir.

—Mis demonios quieren a los tuyos con locura —susurré, levantando la mirada para ver su cara sonriente—. Tan solo se necesitaban, al igual que yo te necesito a ti. Tengo la sensación de que se van a portar mucho mejor de ahora en adelante.

Sebastian se rio entre dientes y me besó otra vez. Un beso suave y ferviente que me dejó al borde del sollozo. Un sollozo que él se tragó en cuanto salió de mí.

Me estaba haciendo saber cuánto me necesitaba él también. No hacían falta palabras.

—Ven a casa conmigo —dijo Sebastian en cuanto terminaron nuestros turnos. Gracias a Dios, solo nos quedaban un par de horas más, porque apenas podía concentrarme con todos mis pensamientos volando hacia Sebastian a cada segundo—. O puedo ir yo a la tuya. Sea como sea, no me hagas dormir sin ti esta noche.

Estábamos todavía enfrente del hospital, con sus brazos alrededor de mi cintura, como si fuera tan estúpida como para huir de él.

—Sí.

—Sí... ¿en tu casa o en la mía? —preguntó, con los labios crispados con una sonrisa reprimida.

—Da igual. No me importa. Pero no me sueltes —dije, y le rodeé la cintura con los brazos.

Me besó con suavidad, me tomó la mano con la suya y me llevó a casa. Su apartamento o el mío, ni siquiera importara. Mientras estuviera con él, estaría en casa.

Por el camino, le dije que su casa probablemente fuera mejor idea porque tendríamos más privacidad allí, pero Sebastian insistió en dormir en la mía, preocupado por mi comodidad porque ahora tenía una nueva y reluciente cicatriz de la que ocuparme.

—Si todavía quieres, podemos dormir en mi casa mañana, cuando puedas llevarte algunas cosas —dijo de camino hacia la mía.

No dejaba de mirarlo, maravillosamente sorprendida de cómo había terminado el día. Por fin estaba allí, por fin estaba en el mismo lugar que yo. Y, ahora que nos habíamos tomado el tiempo de hablarlo todo (y aunque estaba segura de que nos pasaríamos los siguientes meses diciendo todo lo que temíamos decir antes), era como si toda la energía que había invertido en alejarse de mí nos estuviera inundando. Porque ahora me tocaba todo el tiempo; sus brazos me rodeaban con cada oportunidad, sus ojos me seguían sin importarle dónde estuviéramos o quién estuviera presenciando la posesividad de su mirada.

Por mono que me resultara, solo lo había visto fruncir el ceño una vez ese día, cuando un mensaje de emergencia puso fin a nuestro maratón de besos. El recuerdo me hizo reír y morderme el labio inferior, esperando que no me preguntara en qué estaba pensando. Había estado toda la tarde intentando que la rojez de mis mejillas remitiera, sin mucha suerte por el momento. El ascensor nos dejó frente a mi apartamento, así que abrí la puerta y llevé a Sebastian detrás de mí, tocándome las mariposas de la parte inferior del estómago con la otra mano. Por fin eran felices, por fin estaban calmadas con lo bien que me sentía teniendo allí a Sebastian, con su mano sobre la mía.

Como aún me sentía débil de mi cirugía y el largo turno que habíamos tenido en el hospital, ir a dormir era lo único que los dos necesitábamos. Me di una ducha mientras Sebastian se ponía cómodo en mi habitación. Puede que hiciera un baile estúpido bajo el chorro de agua solo por pensar en ello.

Cuando llegó su turno, le di una toalla y le dije que usara mi cepillo de dientes si lo necesitaba. Me miró, vestida solo con mi albornoz azul, y me besó el cuello, inhalando profundamente.

—Estoy en un buen lío —murmuró, haciéndome reír.

Cuando volvió a mi habitación, yo ya estaba en pijama, bajo las sábanas y más despierta que nunca. ¿Cómo se suponía que iba a dormir con Sebastian lo bastante cerca como para tocarlo? Tan solo llevaba una camiseta y unos bóxers, haciendo que mi garganta subiera y bajara cuando traté de tragar saliva y me di cuenta de que tenía la garganta seca. Me miró durante un par de segundos antes de apagar la luz y venir a tumbarse a mi lado. Su cuerpo era cálido, sus brazos protectores y sus labios reverentes.

—Me siento como si siguiera anestesiada. ¿Vas a estar aquí por la mañana, cuando despierte? —le pregunté un poco después, bromeando a medias. Estábamos abrazados con fuerza, con mi oreja contra su pecho y su mejilla sobre mi cabeza.

—¿No te has dado cuenta ya de que no puedo marcharme? Estaré aquí tanto como quieras. Ya llevo un tiempo por aquí, pero se me daba bien esconderme —añadió, y sus palabras eran al mismo tiempo serias y arrepentidas.

—Se acabó el esconderse —susurré, con los labios sobre su pecho.

—Se acabó el esconderse —asintió, besándome el pelo.

Desperté extrañamente cálida y contenta. Se había acabado el dolor de mi cirugía, el dolor de mi corazón. Me sentía tan feliz y ligera que estaba segura de que iba a explotar o ponerme a flotar. Como ninguna de las opciones me parecía bien, tensé mis brazos alrededor de Sebastian, solo para asegurarme de que iba a quedarme ahí. Su parte delantera estaba contra mi espalda, así que estaba en mejor posición para darme un abrazo de verdad, cosa que hizo en cuanto sintió mis dedos apretándolo. Se acercó todavía más, apretándome más con los brazos.

—Buenos días —dijo, besándome el hombro—. Te echaba de menos.

—Hola —murmuré soñolienta, y me di la vuelta entre sus brazos para darle un beso de verdad—. A lo mejor deberíamos dormir menos un tiempo, porque yo también te echaba de menos.

Se rio entre dientes y se colocó sobre mí con suavidad, asegurándose de no aplastarme bajo su peso. Su piel se volvió más cálida bajo mi tacto, y sus labios más atrevidos. Flexionó los músculos, y su forma de mover su duro cuerpo sobre el mío hizo que mi respiración se volviera vergonzosamente ruidosa en cuestión de segundos. Levanté las piernas a cada lado de él y pasé mis pies por la parte posterior de sus muslos, mis brazos alrededor de su cuello, y recorrí codiciosamente su espalda con los dedos. Él se estremeció y dejó de besarme, con la respiración ardiente contra mi cuello.

—Quiero hacerlo —me aseguró, con voz torturada—. Dios, quiero hacerlo, pero tuviste una cirugía hace tres días. —Me besó la nariz como si el gesto fuera a poner fin a nuestra discusión, pero gruñó con sorpresa cuando le pasé los dedos por los hombros, demostrando lo bien que se me da escuchar—. Cariño, ¡por favor! —dijo, mitad riendo y mitad gruñendo, desenredándose con lentitud de entre mis miembros codiciosos—. Se supone que tienes que ayudarme... no torturarme.

—No recuerdo aceptar nada de esto —dije, poniendo un mohín cuando se

levantó de la cama y haciéndole reír.

Tomó los vaqueros y se los puso forcejeando con la cremallera, lanzándome una mirada envenenada. Traté de esconder mi risa en mi almohada, pero no funcionó muy bien. Giré hasta quedar boca abajo y me reí un poco más, hasta que sentí un dolor agudo en la nalga izquierda.

—¡Aaah! —grité, y me reí todavía más—. ¿Me has mordido?

—Ahora estamos sufriendo los dos —dijo, riendo de forma malvada de camino al baño.

Durante el resto de la semana, Sebastian me consintió más que yo a él cuando tenía gripe. Mi cicatriz estaba un poco mejor con cada día que pasaba, y ya apenas me dolía. Todavía tenía que evitar levantar cosas pesadas y hacer movimientos bruscos hasta que me quitaran los puntos, pero aparte de eso, tenía permitido hacer cualquier cosa. Menos sexo, claro. Pasar juntos cada segundo fuera del hospital no había mejorado nuestra frustración, a pesar de que Sebastian tenía una fuerza de voluntad impresionante. Yo, por otro lado, nunca había estado tan cerca de gritar en los pasillos del hospital sin razón aparente. No es que no supiera que sería inteligente esperar un par de días más, pero sinceramente pensaba que me sentía lo bastante bien como para que la espera fuera innecesaria.

Y, con eso en mente, una noche le pedí a Sebastian que me diera un masaje. Estábamos viendo una película en mi portátil, los dos bajo las sábanas, agotados tras otro largo turno. Sabiendo que era probable que no mantuviera las manos estrictamente en la zona que estaba trabajando, me aproveché de las grietas en su autocontrol y me puse boca arriba, ofreciéndole una pierna. Ni dos minutos después ya lo tenía encima de mí, besándome todas las zonas que se suponía que debía estar masajeando.

—Mmm —gimió cuando sus labios encontraron la cinturilla de mis pantalones cortos—. Me encantan esos pantalones.

—Eso pensaba —le dije sin aliento.

—No creas que no sé lo que estás haciendo —replicó, pasando los labios por mi tripa mientras sus manos estaban ocupadas bajándome los pantalones. Lo ayudé alegremente, meneándome hasta que acabaron en el suelo.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —dije entre gemidos.

No se molestó con mis bragas, y estaba en un punto en el que ya no me

importaba. Puse los brazos sobre mi cabeza y me aferré a la almohada mientras sus besos se acercaban más y más al punto donde los necesitaba. Cuando me dio un besito a través del encaje de mis bragas, solté un gemido y levanté las caderas de la cama sin querer.

—Necesito que te estés quieto, cariño —dijo en voz baja, con un brazo sobre mi tripa.

Usó su nariz y su barba para hacerme cosquillas a través del tejido. Cuando gruñó como si estuviera sintiendo tanto dolor como yo, me resultó imposible hacer lo que me pedía. Abrió la boca y unió sus labios y mi lengua a mí. Me encorvé de forma tan brusca que casi se me saltó un punto. Siseé y bajé la mano que tenía sobre la cabeza hasta mi cicatriz. Antes de que pudiera tocarla, las manos de Sebastian estaban sobre ella, acariciando ligeramente la zona sin saber qué hacer para arreglarlo.

—¡Joder! Lo siento, lo siento. Tenemos que parar.

—Nooo... —gimoteé, más dramática que nunca.

—Uf, tu cirugía podría tener una tasa de mortalidad mayor mañana —dijo, con expresión dolorida—. ¡Pronto, cariño! —insistió—. Solo un par de días más. Nada de tonterías hasta que sepa que no te duele.

—¡Pero esto duele!

Lo miré a los ojos, arrugando la cara para demostrar cuánto dolía no estar con él en ese momento.

—¡Lo sé, cariño! —dijo, a cuatro patas encima de mí. Exhaló con fuerza entre nosotros y me miró otra vez—. Ya lo sé. Yo también, créeme. Pero necesito que no sientas ningún dolor relacionado con la cirugía. No puedo permitir que te muevas y se te salte un punto. Y necesito hacer esto bien. Nuestra primera vez... va a ser algo más que una cosa rápida. No voy a dejar de tocarte en toda la noche, cariño. Te lo prometo.

—Grr —gruñí, todavía más encendida que antes—. ¡Eso no ayuda! Tienes que dejar de hablar.

Me tumbé boca arriba, lista para soltar un gruñido de frustración contra mi almohada. Él se tumbó encima de mi espalda, haciéndome gemir.

—Solo unos días más —murmuró contra mi oído, y me besó el pelo. Bajó de la cama, probablemente temeroso de que hiciéramos alguna estupidez si no poníamos espacio entre nosotros.

Tenía razón, sabía que sí, pero me estaba muriendo y no estaba de humor para ser racional.

Los siguientes días transcurrieron en cámara lenta. No podía recordar que el tiempo hubiera transcurrido nunca con tanta lentitud, y era probablemente porque estaba contando los días hasta que me quitaran los puntos y pudiera hacer... cualquier cosa. La mañana en cuestión, fui derechita al doctor Green para preguntarle cómo iba la recuperación. Tras un par de preguntas extrañas yéndome por las ramas por mi parte, comprendió al fin lo que le estaba preguntando y me dio luz verde para hacer «cualquier cosa». Me sentí avergonzada durante dos segundos, hasta que la cara de Sebastian apareció en mi mente. Tras eso, me distraje otra vez.

Quería contarle a Sebastian la buena noticia, pero cambié de idea al ver lo ocupado que estaba. No debía distraerlo también. Acabamos haciendo cuatro horas extra esa noche, con la sala de urgencias llena de gente.

Cuando por fin llegamos al apartamento de Sebastian, estaba tan cansada que podría haber llorado. Se quedó dormido sobre el sofá, con una toalla alrededor de la cintura de la ducha que se había dado antes y el mando todavía en la mano. Se lo quité y apagué la tele. Sebastian abrió los ojos, mirando confuso a su alrededor.

—Vamos a la cama.

Le tomé la mano y lo puse en pie. Tan solo tardamos un minuto en meternos bajo las sábanas y quedarnos dormidos. *No pasa nada*, pensé, con la mente entrando y saliendo de la inconsciencia. *Tenemos todo el tiempo del mundo*.

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, la habitación seguía mayormente a oscuras, y podía oír los sonidos de la lluvia contra el alféizar. Pero el detalle más importante era lo que estaba pasando contra mi espalda. Sebastian estaba pegado a mí, y mi delgada camiseta era lo único entre mi piel y la suya. Le gustaba dormir solo con sus bóxers, y no me importaba lo más mínimo. Sus labios me rozaban la clavícula, su rutina matinal habitual. Cuando se dio cuenta de que ya no estaba dormida, me mordió el hombro, juguetón, haciéndome reír.

—Está lloviendo —murmuró contra mi piel.

—Mmm.

—Tenemos una razón para pasarnos todo el día dentro.

Me di la vuelta y le rodeé el cuello con los brazos.

—A mí se me ocurre otra razón —le dije, y levanté con rapidez la sábana

sobre mi tripa antes de que tuviera que correr hacia la ducha fría otra vez—. ¿Ves? Ya no hay puntos.

Acarició la cicatriz rosada sobre los bóxers que llevaba, unos suyos, mirándola de cerca, y después volvió a besarme. Nuestro beso suave enseguida se volvió apasionado, y a juzgar por los sonidos que producíamos, bastante desesperados.

—Cariño, no me malinterpretes... —dijo, con la voz ronca a causa del sueño y sus labios moviéndose sobre los míos mientras hablaba—. Ahora mismo, con tus labios contra los míos, te deseo tanto que no puedo respirar. — Nuestros labios se separaron y me miró con los ojos serios. Dicho eso... no hay ninguna prisa en absoluto. Sé que te sientes mejor, pero podemos espe...

—Si no me besas ahora, te voy a atacar —le informé. Él escondió la cara en mi pelo, con el cuerpo temblando de risa—. ¡No me hagas esperar más, Sebastian!

—¡No me atrevería! —me murmuró al oído, y su voz de pronto era cálida sobre mi piel y más baja que nunca.

Al oír su voz llena de deseo, algo con lo que había soñado pero que solo había podido experimentar recientemente, hizo que mi estómago se tensara hasta llegar a doler, y mis piernas se separaron. Lo necesitaba lo más cerca posible. Se situó encima de mí, y yo lo abracé con todo mi ser, con los cuatro miembros. Sintiénolo tan cerca, todo él contra toda yo... *Estoy tan feliz que quiero llorar*. Sus dedos jugaban con mi pelo, y no había un centímetro de mi cuerpo que no tuviera la carne de gallina. Incluso así, estaba claro que era un multitareas, porque sus manos estaban sobre mí tratando de dejarnos piel contra piel lo más rápido posible, y sus labios estaban ocupados haciendo girar mi cabeza. Los dos pares de bóxers estaban ya en el suelo, y mi lámpara había caído sobre una lámpara de lectura cerca de mi cabeza. Si no hubiera estado tan concentrada en sus dientes sobre el lóbulo de mi oreja, me habría reído.

Llevó sus labios desde mi oreja hasta el punto donde mi cuello se encontraba con mi hombro y, tras un par de besos largos y dulces con la boca abierta, hizo un movimiento de succión que nos tomó a los dos por sorpresa e hizo que mi espalda se arqueara sobre la cama.

Me di cuenta de que el movimiento nos afectaba a ambos cuando dejó lo que estaba haciendo y gruñó, con la cara oculta bajo mi barbilla y sus dedos cerrados en mi pelo. Podía sentirlo entero, tan cerca de lo que quería y aun así no lo bastante cerca.

—Dios —dijo con una dolorosa exhalación. El corazón me latía tan fuerte que apenas comprendía lo que estaba diciendo—. Me estás matando.

Decidí que probablemente no fuera el mejor momento para señalar que era él quien me mataba. Tenía el cuerpo ruborizado, temblaba de la cabeza a los pies, y mis dedos estaban trazando un patrón de zigzag en su cara, en lugar de los trazos más o menos rectos que había planeado. Él no estaba en mejor forma que yo, y ni siquiera habíamos llegado todavía a la mejor parte.

Desenredó la mano izquierda de entre los mechones de pelo rojo desperdigados por la almohada y tomó la mano que le había puesto sobre la cara y llevó mis dedos a sus labios. Si se dio cuenta de cuánto me temblaban, no dijo nada. Tan solo besó cada uno de ellos mientras me miraba a los ojos. Vi que sacaba la lengua para lamerse los labios, y eso fue todo lo que pude soportar. Crucé la distancia entre nuestros labios y lo besé con todo lo que tenía. Encontré su lengua con la mía, y gemí ante el contacto. Él gruñó y me presionó todavía más contra el colchón, y prácticamente podía sentir su ensayada paciencia comentando a agrietarse. Estaba rezando por ello. Cuando utilicé una pierna como apoyo para levantar las caderas, lo encontré situado justo en mi entrada, con los ojos clavados en los míos. Nuestra respiración se detuvo mientras entraba en mi interior con lentitud, con los ojos nublados y las cejas casi tocándose con cada centímetro que introducía dentro de mí. Estábamos tan cerca como era humanamente posible cuando el aire salió de nosotros y nuestra respiración se mezcló. Sin querer malgastar su aliento, lo besé, adorando cómo su respiración entrecortada me calentaba desde dentro hasta afuera.

No dejó de besarme, ni siquiera cuando comenzamos a movernos más deprisa y nuestros gestos perdieron su delicadeza. Nos miramos, tocándonos con tanto cuidado que parecía un baile coreografiado, solo para sucumbir al ritmo frenético de nuestros corazones. Lento y tierno, o rápido y feroz, Sebastian me estaba desnudando el alma con las manos, y por su expresión maravillada al mirarme, yo le estaba haciendo lo mismo. Mi placer creció de forma lenta pero constante, solo para explotar cuando menos lo esperaba. Si hubiera sido un chico, me habría avergonzado de lo poco que había conseguido aguantar. Sebastian, por otro lado, parecía agradecido de tragarse todos mis sonidos y usarlos para impulsar sus movimientos hasta que, con el sonido más sexy que había oído jamás, acabó mientras hundía los dedos en mi carne. Me abrazó con fuerza hasta que nuestros cuerpos dejaron de temblar, todavía suspendido sobre mí de algún modo. Apenas tenía el poder de

mantener los brazos alrededor de su cuello; tenía que agarrarme a su pelo. Los dos sufríamos réplicas como un terremoto, y nos quedamos pegados sin que él hiciera ningún movimiento por separarse de mí.

Sebastian consiguió besarme como si se muriera de hambre, como si nuestras cabezas no estuvieran mareadas por la falta de oxígeno. Unos minutos después, ralentizó el beso a un ritmo más pausado, como si se hubiera dado cuenta de pronto de que teníamos todo el tiempo del mundo. Me robó el aliento cuando me besó las comisuras de la boca, me lamió el labio superior y succionó el inferior entre los suyos. Pasó de suave a hambriento y vuelta a empezar, como si no pudiera decidir lo que necesitaba primero. Yo solo podía contener el aliento y disfrutar de su indecisión.

—No puedo creer que pueda besarte cada vez que quiera —murmuró entre besos, con la voz tan sexy que me arrancó un gruñido involuntario—. Prométeme que siempre tendré tus besos, pase lo que pase. No me importa que uno de los dos esté enfermo, que acabemos de pelearnos, que hayas comido ajo o que ya no tengamos dientes.

Me miró con tanta adoración que no podía creer que fuera el mismo chico que había conocido hacía no tantos meses. Se me humedecieron los ojos de agua, pero conseguí responder sin gimotear.

—Siempre. —Lo besé—. Siempre que los quieras, serán tuyos.

Lo besé otra vez, sin dejarle saber que cada vez que le daba uno de mis besos estaba robando uno de los suyos.

No hablamos desde ese momento. Tan solo nos perdimos el uno en el otro, desesperados por estar cada vez más cerca.

Epílogo

Seis meses después — Sebastian

Todavía no me puedo creer mi suerte. La deseé durante tanto tiempo que

ahora que la tengo a mi lado a todas horas, incluso seis meses después, me resulta difícil de creer. Pero lo hago. Lo creo porque lo siento. La siento a ella. Está dentro de mí todo el tiempo. Su forma de volverme del revés me hizo darme cuenta de que no era tan malo. Me obligó a hacer las paces conmigo mismo, y siempre le estaré agradecido por ello.

Pero la razón para amarla es una historia completamente diferente. Amo sus pecas, su pelo alocado, su forma de cantar toda la letra de cualquier canción, y lo únicos que son sus besos. Cada uno de sus besos tienen su igual en uno de los míos. Amo cómo me mira nada más despertarse por la mañana. Me enamoro un poco más de ella cada vez que lo hace. Me doy cuenta del segundo en que se da cuenta de que no es un sueño, de que somos reales. Su rostro se ilumina, justo a tiempo para imitar el mío.

Sí, vivimos juntos. Tardamos como un mes, y en ese tiempo apenas estuvimos separados, durmiendo juntos ya fuera en mi cama o en la suya. Dice que nuestros amigos siguen aturdidos, pero no tengo ni idea de lo que quiere decir. Yo no he visto nada extraño, claro que tampoco he sido capaz de apartar la mirada de ella durante los últimos seis meses.

El hombre delante de mí me limpia el antebrazo y me aplica la crema de cuidado de mi nuevo tatuaje. Lo miro y no puedo dejar de sonreír. Poca gente se fijará en él, pero sé que Ava sí. Me lo he hecho justo al lado de su favorito, su mascota, como ella lo llama. *Dios, ¡amo a esa mujer!*

Le doy la mano al hombre y salgo por la puerta, deseoso de volver a mi apartamento, donde la chica más maravillosa del mundo sigue durmiendo. Tuvo guardia anoche, pero hoy tenemos el día entero para nosotros. No creo que vaya a sentir nunca la necesidad de hacer nada más que tenerla en la cama todo el día. Tal vez en un par de años, pero no puedo prometer nada.

Cuando entro en la habitación, la encuentro boca abajo, todavía durmiendo. ¿He mencionado que duerme como una estrella de mar? Me encanta. No hay ni un segundo en el que quiera que me devuelva mi lado de la cama. El hecho de que esté allí, siempre tocándome de algún modo... es todo lo que necesito, todo lo que siempre querré. Me subo a la cama y me meto bajo las sábanas, junto a ella. Le rodeo la cintura con el brazo y entierro la cara en su pelo. Huele a todas mis cosas favoritas juntas. Espero a que abra los ojos y me dirija su sonrisa matinal. Cuando lo hace, se me queda el aire atascado en la garganta, como siempre. La beso con suavidad y susurro contra sus labios:

—He hecho una cosa.

—Alguna locura, espero.

Se ríe, y sus labios rozan los míos mientras habla. Podría tener una conversación entera así. Siempre querré sentir sus labios contra los míos.

—No es ninguna locura. Es lo único de lo que me siento completamente seguro. Además de ti —digo, abrazándola con fuerza. La beso otra vez, y mi plan inicial de un besito rápido queda olvidado en cuanto sus labios se separan, invitándome a entrar. Suelto un gruñido y me coloco sobre ella, aceptando su invitación sin pausa. Nuestros cuerpos se unen como si supieran exactamente qué hacer, lo completos que se vuelven nuestros mundos cuando estamos así.

La beso hasta que me detiene con los dedos sobre mis labios. Mi ceño fruncido debe de ser evidente.

—Cuéntame lo que has hecho —me pide, divertida.

¡Ah, eso! Me había olvidado por completo. Me quito de encima de ella y la ayudo a incorporarse para poder sentarnos cara a cara en el lado de la cama.

—Tu mascota nunca ha estado más feliz que ahora —le digo, pensando en el pequeño tatuaje de dragón que tengo en el brazo. Sabe de lo que estoy hablando, porque se ríe un poco—. Pero necesitaba un amigo.

En cuanto lo digo, su risa se detiene.

—¿Te has hecho otro tatuaje? —pregunta, tomándome el brazo y tratando de levantarme la manga. Pongo la mano sobre la suya para detenerla. Lo hace, pero su forma de mirarme hace que me tiemblen las rodillas, y como ya había olvidado lo que estaba a punto de decir, aparto la mano y dejo que me suba la manga con lentitud. Ahoga un grito al verlo.

—Madre mía, ¡es una monada! —chilla, con una mano sobre sus labios perfectos y besables.

—Es un caballito —digo, esperando a que recuerde lo que significa.

Hace tiempo me habló de su constelación de pecas, la que llama «caballito». Cuando me la mostró, me gustó tanto que lo único que quería hacer era besarla. No tengo falta de vista, pero me acerqué a ella todo lo posible, fingiendo examinar sus pecas. Mientras, ella conectaba los puntos y convertía la constelación de pecas en el tatuaje más sexy que había visto nunca.

Al segundo siguiente, abre los ojos todavía más al darse cuenta de lo que representa el caballito. De que la quería grabada en la piel para siempre, igual que ha estado grabada en mi corazón desde el primer día que la vi yendo hacia

mi mesa en la cafetería del hospital.

—No puedo creer que hayas hecho esto.

Sus palabras estaban amortiguadas por la mano que todavía tiene contra los labios.

—¡No puedo creer que haya tardado tanto!

Me aprovecho del hecho de que siga aturdida, mirándome con los ojos llenos de lágrimas sin derramar. Le quito la mano que tiene sobre la boca y la beso hasta dejarla sin sentido. La beso hasta que su sabor, sus gemidos, su sudor, su cuerpo y sus suspiros se vuelven todos míos.

Un año después

Sebastian

¿Cuántos días tienes que pasar con una persona para saber, sin lugar a dudas, que es para ti? ¿Cuántas conversaciones? ¿Cuántos secretos compartidos? ¿Necesito saberlo todo de ella antes de decidir que la quiero a mi lado pase lo que pase? Porque estoy seguro de que todavía tenemos años de conversaciones e historias por delante, pero lo sé. *¡Lo sé!* La quiero. Todo lo que es, todo lo que va a ser. Lo único que necesito es estar junto a ella cuando todo ocurra. Necesito sus recuerdos futuros, y quiero que tenga los míos.

Así que sí, solo llevamos un año saliendo, pero miro atrás y solo veo fragmentos de lo que está por venir. Es como el adelanto de nuestra vida juntos, y ya no puedo esperar más. Quiero lanzarme de lleno. No necesito esperar a ver qué pasa. Pase lo que pase, cuando pase, quiero poder llamarla «esposa». Quiero oír que me llama «marido». Nunca pensé que sería así, pero es lo que quiero.

Sí, quiero.

Ya llevo dos semanas llevando el anillo encima. Emily se ofreció a ayudarme a elegirlo, pero yo ya lo tenía en el bolsillo. Un zafiro simple pero impresionante sobre un delgado aro de oro blanco. Parece tan natural, tan bonito pero sencillo. Igual que Ava. No tengo ni idea de si va a gustarle tanto como a mí, pero lo vi y tenía que comprárselo. Y así fue como empezó, porque después de comprarle el anillo, decidí pedirle matrimonio. Así es como pasó. Primero el anillo, y después la idea. Todo en menos de una hora.

Paige también lo sabe. Y Collin. Y Miles. Vale, ¡sus padres también lo saben! Nunca antes había sido tan bocazas, pero tras comprar el anillo estaba tan emocionado que tenía que contárselo. Cuando eres el tío que evita a la gente durante años, hasta el punto de que te vean como el Grinch del hospital, y de pronto comienzas a sonreír a todo el mundo y a tararear en los ascensores, acabas atrayendo la atención sobre ti mismo. Y son mis amigos; tenía que decírselo. Además, tampoco es que tengan límites. Hubieran organizado una intervención o algo igual de ridículo para que desembuchara.

Ahora el único problema es que mi mejor amiga no lo sabe, y me mata no poder decírselo. Es la primera persona a la que quiero contárselo todo.

Quiero organizar el momento perfecto para pedírselo, pero hasta el momento he fracasado. Estamos en el hospital todo el tiempo y, cuando no es así, apenas tenemos los ojos abiertos el tiempo suficiente para darnos una

ducha. Así que esas son mis opciones: el hospital o la ducha.

Y así es como he acabado aquí, en nuestro cuarto de suministros. El lugar donde empezó todo, donde hemos tenido todos nuestros momentos importantes. En ese lugar pequeño y oscuro le di el primer regalo de cumpleaños: la grapadora bebé. El mismo día que experimenté la incontrolable necesidad de besarla, la misma que siento casi cada vez que la veo. Aquí es donde le dije que la quería por primera vez, donde tuvimos nuestros primeros momentos como pareja, y algunos muy memorables desde entonces. Sí, es oscuro y huele a desinfectante y, por extraño que parezca, a polvo. Pero es real. Y es nuestro. Ya no voy a esperar por los momentos perfectos porque sé que los momentos perfectos me están esperando a mí. Son todos con la mujer que estoy esperando a que llegue al cuarto de suministros en cualquier momento. Solo que esta vez, cuando entre no me encontrará sentado en la oscuridad, esperándola. Verá mi cara iluminada por las tres velas que he dejado en los estantes a mi derecha, y olerá la combinación de todas las flores que sé que adora. No es gran cosa, pero es lo mínimo que puedo hacer: que este lugar al que le tenemos tanto cariño parezca un poco más romántico.

La puerta se abre, y mi corazón se abre con ella. Llevo semanas como si ya hubiera dicho que sí, como si ya estuviéramos casados. Tenía miedo de estropearlo todo si la llamaba «mi esposa» o algo. Creo que se ha dado cuenta de que hay algo diferente, y sé lo curiosa e impaciente que es. Probablemente esperaba resolver el misterio aquí y ahora. Lo sé por la mirada que me está dirigiendo mientras abre la puerta y ve cómo la miro otro vez. Sé que debo de parecer un loco, pero la quiero tanto que no puedo mirarla como si fuera menos que mi mundo entero. Espero que me perdone por disfrutar de momentos así el último par de semanas sin decírselo.

Mira a su alrededor y ve lo que he montado.

—¿Qué es esto? —pregunta con una sonrisa—. Es la primera vez que este lugar huele a algo que no sea desinfectante. Empezaba a asociarlo con recuerdos felices.

Habla mucho cuando está nerviosa, y nunca la interrumpo porque es adorable de cojones cuando lo hace. Así que dejo las manos detrás de mi espalda, donde está el anillo. Sonrío y espero a que termine.

—Ay, mierda. —Mira su reloj—. ¿Es nuestro aniversario o algo? ¿Me he olvidado?

Está monísima, tan preocupada por nada. No habíamos decidido cuándo debería ser nuestro aniversario. Siempre le digo que ya no podía ver a nadie

que no fuera ella desde el día que nos conocimos. Le conté cómo le rogué a Collin que me cambiara los turnos para poder estar cerca de ella si me necesitaba. Le gusta que le cuente todas las estupideces que hacía para estar cerca de ella, cuando lo único que tenía que hacer era besarla. No deja de recordarme ese pequeño detalle una y otra vez. Así que, para ella, nuestro aniversario es el día que tuvo la apendicectomía y al fin parecía que mi mundo iba a implosionar si no la tocaba.

Debe de haber olvidado nuestro debate de todo un año, porque sigue preocupada de haber olvidado nuestro aniversario.

—Cariño. —La detengo con una mano sobre la mejilla. Me mira. Estamos muy cerca, pues este lugar no es demasiado espacioso. Es una de las razones por las que me gusta tanto—. ¿Cuánto tiempo llevas levantada?

Suelta una risita y deja caer la cabeza sobre mi hombro durante un segundo. Cuando vuelve a mirarme, veo lo cansada que está.

—Unas veintidós horas.

Le beso el pelo.

—Necesito que te concentres en mí durante un minuto, ¿puedes hacerlo?

De pronto estoy extremadamente nervioso otra vez. Por elegir este momento, por esperar demasiado, por cuál va a ser su respuesta. Pero entonces la miro y me calmo otra vez. Doy un paso atrás, respirando hondo.

Me está mirando como si lo que hago fuera perfectamente normal, incluso cuando extiendo la mano para que me la tome, incluso cuando me arrodillo delante de ella. Cuando empujo por accidente el cubo detrás de mí con la pierna, haciendo que el agua en él salpique, comienza a reír. Estoy segura de que debe de saber lo que me propongo hacer, pero sigue riendo. Su risa se detiene y abre mucho los ojos cuando le enseño el anillo. No tengo una caja para él, tan solo lo sostengo entre los dedos, ansioso por ponerlo en el suyo.

—Por todos los besos que te he dado, espero tener un millón más. Por todas las veces que te he tomado la mano, por todas las sonrisas que me has dirigido por la mañana, por todos los días contigo a mi lado... sueño tenerlos todos. —Trago saliva y tomo aire otra vez, obligándome a terminar de decir todo lo que quiero decirle antes de que sus lágrimas comiencen a mezclarse. Se seca unas pocas y se arrodilla delante de mí, y una fregona cae en algún lugar por detrás de ella—. Todos tus momentos, buenos y malos. Los necesito todos, cariño. Y necesito que tengas los míos. —Tomo su cara entre mis manos y pongo la frente contra la suya. Sus lágrimas corren por mis dedos, y no ha dejado de asentir con la cabeza desde que se arrodilló enfrente de mí—. Por

favor, di que sí —susurro.

—Te elegiré cada día, durante el resto de mi vida —responde con un susurro, y se le rompe la voz.

La beso hasta que ya no siento el sabor salado de sus lágrimas. Ella me besa hasta que mis manos dejan de temblar.

Pero mi corazón... mi corazón siempre tendrá un latido más solo para ella.

Parte de mí nº 2 - Extracto

Prólogo

Emily

Hoy el suelo se cayó bajo mis pies. La gravedad me hizo sentir que la caída no iba a terminar nunca. Me dolía el cuerpo del uso repentino de todos mis músculos a la vez. Mi respiración era rápida y entrecortada. Probablemente debería mencionar que el suelo del que hablo es metafórico, ¿y cuál es la razón de todo esto? Un tío. Un tío que nunca pensé que volvería a ver estaba mirándome fijamente, con los ojos tan abiertos como los míos.

Era la única persona en el ascensor. Collin. Diría «mi Collin», pero no creo que nunca llegara a pertenecerme. Ni siquiera cuando lo único que nos separaba era nuestra respiración combinada. *No, ¡no pienses en eso!* Mis ojos protestando cuando traté de pestañear me hicieron darme cuenta de que lo estaba mirando fijamente como una acosadora. Durante mucho tiempo. El suficiente para que el ascensor empezara a cerrar las puertas de nuevo conmigo todavía fuera, en el pasillo del hospital donde acababa de empezar a trabajar como interna. Mi primer día. Mis primeras horas, en realidad. Mi primer viaje en ascensor. Y aquí está. Con bata. *¡Mierda!*

Collin

No puedo creer que ya esté en mi primer año de residencia. El hecho de que en realidad debería estar en mi cuarto y último año es todavía más abrumador. No me arrepiento de perder ese año, ni siquiera ahora. Sé que era lo correcto, y probablemente lo haría otra vez, aunque cambiaría un detalle muy grande. Lo daría todo por volver atrás en el tiempo y encontrarla. Explicárselo. Pedirle que me esperara. Todavía pienso en tenerla entre mis brazos. No pasa un maldito día sin que lo desee.

Las puertas del ascensor se cierran detrás de mí en cuanto entro, y respiro hondo otra vez. Necesito hacerlo siempre que pienso en ella. *Mi Em*. Cada día entro en el hospital decidido a preguntarle por ella a su hermana, Lana, y cada día decido otra vez no hacerlo. Me mataría oír que ha encontrado a alguien. O, peor, que está comprometida o algo. ¿Qué idiota podría tenerla y dejarla marchar? Solo se me ocurre uno...

Me siento como un cobarde, pero al menos soy feliz en mi ignorancia. Casi. No, en realidad no. Vale, ¡me siento como una mierda! Hace más de un año que volví, y aunque veo a Lana unas cuantas veces por semana, y a veces hasta comemos juntos, no ha mencionado a su hermana ni una vez. A lo mejor se fue finalmente a Europa, como siempre dijo que haría. Me mata no saberlo, pero también podría matarme descubrirlo.

El primer pitido del busca me hace dar un respingo. Pero solo de forma interna; después de todo, soy un tío. No somos asustadizos. Me lo saco del bolsillo y compruebo cuál es la emergencia mientras las puertas del ascensor se abren una vez más antes de dejarme un piso por debajo. No entra nadie, así que levanto la cabeza para ver si puedo apretar el botón para cerrarlas de nuevo. El corazón se me para en el pecho solo para reiniciarse un segundo después, latiendo como loco. Me pregunto si esto es lo que se siente antes de un infarto.

Las pupilas de Emily son de pronto tan grandes que no me permiten ver el bonito castaño oscuro de sus ojos. Sé que el color sigue ahí, pero me habría gustado verlo. Lo he echado de menos. La he echado de menos. Tanto que me duele el pecho al verla tan cerca de mí. Abre y cierra la boca, pero no dice nada. Creo que estoy tan aturdido como ella, porque las puertas se cierran y todavía no soy capaz de darle sentido en mi cerebro. Nunca esperé volver a verla. No en este hospital. No con bata. Trabaja aquí, y por la expresión en su rostro debe de odiarme. Debería. *Soy un puto gilipollas*.

*Si quieres disfrutar de las canciones con las que nos enamoramos,
puedes encontrar la playlist en la siguiente página 😊*

Ava y Sebastian

Muchas gracias por tomarte el tiempo de leer mi primera novela. ¡Ni te imaginas lo increíble y emocionante que me resulta esto!

Si quieres estar en contacto, puedes ir a mi página de Facebook:

<https://www.facebook.com/AuthorDianaTScott>

O seguirme en Twitter:

<https://www.facebook.com/AuthorDianaTScott>

Espero que esta historia te haya hecho sonreír. Si tienes tiempo, me encantaría saber qué piensas. Una reseña ayuda mucho, sobre todo al principio. Si no, una frase de dos palabras es suficiente. ¡Si hasta me contentaría con un pulgar arriba! ☺

¡Gracias!

Si quieres enterarte antes que nadie de próximos lanzamientos, suscríbete aquí: <http://www.dianatscott.com>

Playlist

Purple Rain – Prince
Free Bird - Lynyrd Skynyrd
Broken – Lifehouse
Kryptonite – 3 Doors Down
Trying not to love you – Nickleback
Cannonball – Damien Rice
Better than me – Hinder
To blossom blue – Lake of Tears
Call me - Shinedown

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)